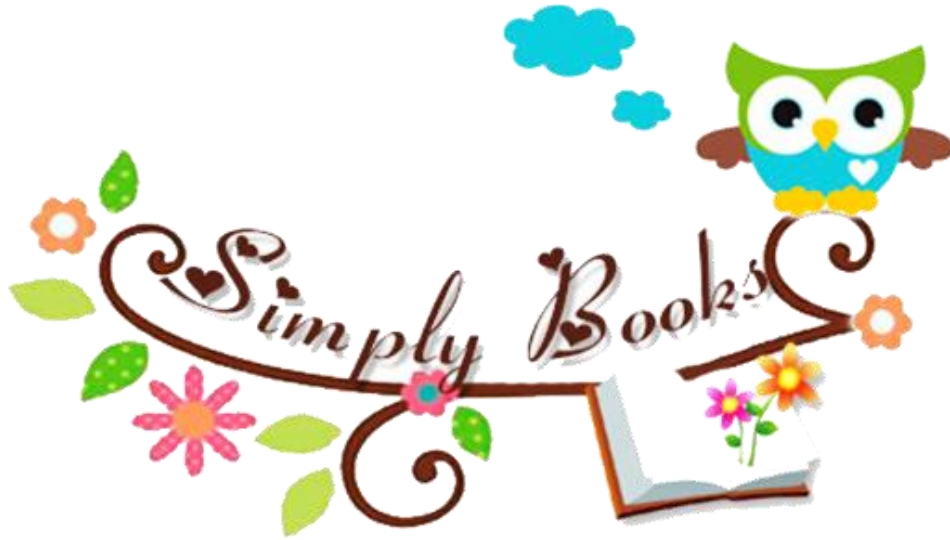


LINE OF Scrimmage

MARIE FORCE



Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!

Créditos

Moderadora y Traductora

Nelly Vanessa

Correctoras

mayelie

Osma

Loby Gamez

Agus Morgenstern

Dabria Rose

Merlu

Recopilación

Merlu

Revisión final

Nanis

Diseño

Móninik

Índice

Sinopsis	Capítulo 14
Capítulo 1	Capítulo 15
Capítulo 2	Capítulo 16
Capítulo 3	Capítulo 17
Capítulo 4	Capítulo 18
Capítulo 5	Capítulo 19
Capítulo 6	Capítulo 20
Capítulo 7	Capítulo 21
Capítulo 8	Capítulo 22
Capítulo 9	Capítulo 23
Capítulo 10	Capítulo 24
Capítulo 11	Capítulo 25
Capítulo 12	Epílogo
Capítulo 13	Sobre la Autora

Sinopsis

Ella renunció a él y siguió adelante..

Susannah finalmente tiene una vida pacífica, calmada y un hombre sin sorpresas. El matrimonio con la superestrella del fútbol Ryan Sanderson fue un torbellino de pasión, calor, energía y emoción, pero Susannah se enfermó de ser el segundo violín de su equipo, viendo mujeres arrojándose a él, y viviendo el terror de los golpes duros que él recibía en el campo. Con su divorcio a pocos días de finalizar, ya está planeando una boda con su nuevo novio...

Él finalmente descubrió lo que es realmente importante. Ojalá no sea demasiado tarde...

Ryan tiene sólo diez días para convencer a su futura ex esposa de darle una segunda oportunidad. Acaba de traer a casa su tercer campeonato y su carrera está en su máximo apogeo, pero durante el año de su separación, Ryan llegó a darse cuenta que no significa nada en absoluto sin Susannah...

Capítulo 1

Si había algo en lo que Susannah Sanderson —pronta a ser Susannah Merrill— se destacaba, era en saber cómo armar una mesa elegante. Junto con el brillante cristal y cubiertos de oro y plata, podías encontrarte con delicadas velas cónicas encaramadas en antiguos candelabros de plata. Una pieza floral en colores amarillos mantequilla y dorados combinaba justo con el centro de mesa: la porcelana china de su abuela. A menudo Susannah afirmaba que en caso de incendio, lo primero que agarraría sería su álbum de fotos de debutantes y la mayor cantidad de porcelana de la abuela Sally que pudiera cargar.

No todas las cenas justificaban desempolvar la porcelana con flores pálidas y tiras de oro de catorce quilates alrededor del borde. Pero entretener a su novio y a sus padres ciertamente calificaba como un evento digno de la porcelana. Susannah miró a Henry, y él sonrió con aprobación mientras tomaba un bocado de la succulenta pierna de cordero que ella había preparado con un toque de menta.

—Esto está absolutamente delicioso, cariño —dijo Henrietta Merrill a su futura nuera.

—Eres un hombre con suerte, hijo —añadió Martin Merrill—. No hay nada como estar casado con una hermosa mujer que sabe cocinar

Henry tomó la mano de Susannah, su amor por ella evidente en su mirada de adoración.

—Lo sé, papá.

Cuando una hebra de su cabello cano cayó sobre su frente, Susannah tuvo que resistir el impulso de peinárselo hacia atrás. Henry no aprobaría una exhibición tan abierta de afecto delante de sus padres. El moño que llevaba con su camisa azul claro almidonada estaba un poco torcido, pero eso sólo lo hacía más adorable para ella. Él la llenaba de una abrumadora sensación de seguridad y tranquilidad, dos cosas que le había hecho muchísima falta en su vida hasta que Henry se las había devuelto. En sólo un mes sería su esposa, y tendría esa seguridad y tranquilidad para siempre. Susannah no podía esperar.

Casi como si pudiera leer sus pensamientos, Henry le apretó la mano y luego se la soltó para alcanzar su copa de vino.

—¿Ya encontró el vestido perfecto para la ocasión, señora Merrill? —preguntó Susannah.

Los padres de Henry se quedarían durante todo un mes antes de la boda en casa de su hijo.

—Ayer en Nordstrom. Es de una preciosa seda verde pálido.

Susannah se obligó a no hacer una mueca. El color quedaría horrible con los rojos profundos que había elegido para la boda en febrero.

—Me alegra que haya encontrado algo que le guste.

—Y ahora dime —dijo Henrietta con un brillo en sus ojos—. ¿Qué es eso de “Sra. Merrill”?

—Lo siento —respondió Susannah con una suave risa—. Los viejos hábitos tardan en morir. He estado llamándola señora Merrill desde que Henry y yo salimos de la secundaria.

—Bueno, ahora serás su esposa, así que pensé que podríamos prescindir de las formalidades, ¿no?

—Por supuesto... madre.

El rechoncho rostro de Henrietta se iluminó con una sonrisa cálida. Después de que Susannah sirviera su famoso mousse de chocolate, su futura familia política se dispuso a continuar con la sobremesa bebiendo café, descafeinado para que Martin pudiera dormir.

Susannah se sobresaltó al oír el eco de un chirrido a través de la casa, indicando que alguien había abierto la puerta principal.

—¿Esperabas a alguien, cariño? —preguntó Henry.

—No.

Ella empujó hacia atrás su silla, pero se congeló a medio camino, estremeciéndose al escuchar el paso de una bota sobre el suelo de mármol del vestíbulo, y luego otra. Sólo una persona se atrevería a pisar con botas su vestíbulo... No podía ser. ¿Podría? *Oh, Dios, por favor no...*

—Discúlpenme —balbuceó Susannah a sus invitados mientras corría desde el comedor, por la cocina, y al vestíbulo, deteniéndose de golpe al encontrarse con su ex esposo, Ryan—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en un exagerado susurro.

Él estaba doblado a la mitad metiendo algo en el deteriorado bolso de lona que estaba a sus pies. Lentamente se irguió por completo, con su característico sombrero Stetson sombreando la mitad de su cara. Un profundo hoyuelo se formó en la esquina de su boca cuando sonrió.

—Hola, cariño —la saludó con ese arrastrado acento de Texas que solía usar para detenerle el corazón. Pero ahora, igual que todo lo relacionado con él, la dejó fría.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó de nuevo.

—Estoy en casa —dijo él encuadrando sus anchos hombros. Se quitó la desgastada chaqueta de piel de becerro y la arrojó al perchero. Susannah no se sorprendió cuando el abrigo se enganchó con un gancho y quedó perfectamente colgado en el antiguo soporte de latón.

—¿Qué quiere decir con “en casa”? —masculló entre dientes—. Esta no es tu casa.

—Pues, verás, ahí te equivocas. —Teatralmente le echó un vistazo a su reloj—. Durante los próximos diez días soy el propietario del lugar.

—Esta casa es mía —susurró—. Levanta ya tus cosas, y salte de aquí. Ahora mismo. —Tomó su abrigo y casi aulló cuando él cerró su mano alrededor de su muñeca.

Acercando su rostro a pocos centímetros del de ella, él sonrió y preguntó:

—¿Por qué estamos susurrando?

—Porque tengo invitados. —Ella hizo un vano intento de librarse del agarre que tenía en su brazo—. Y no eres bienvenido aquí.

Él olió el aire como un perro buscando el aroma de un hueso.

—¿Es cordero lo que huelo? —Se lamió los labios—. Sabes que me encanta tu cordero. Espero que hayas guardado algo para mí.

Al darse cuenta que sus ojos habían quedado prendados por el movimiento de su lengua sobre sus labios, Susannah apartó la mirada.

—No sé qué tipo de juego piensa que estás jugando, Ryan Sanderson, pero más te vale que recojas tus cosas y te vayas —dijo Susannah en un tono cada vez más urgente mientras luchaba una vez más por liberarse de él.

Pero, en lugar de soltarla, la obligó a levantar la mano a la altura de sus ojos para poder estudiar con mayor atención su anillo de compromiso.

—¿Eso fue lo mejor que el viejo Henry pudo conseguirte? No es exactamente la roca que recibiste de mí, ¿verdad?

—No viene con ninguno de los dolores de cabeza que recibí de ti, tampoco. Ahora, ¡déjame ir y vete!

—¡Suéltala! —rugió Henry desde atrás de Susannah—. ¡En este instante!

Ryan resopló.

—O si no, ¿qué?

Susannah deseó que el suelo de mármol se abriera y se la tragara.

—Henry, cariño, vuelve con tus padres. Todo está bien. Ryan ya se iba.

—Ni por una mierda me voy. Acabo de llegar a casa. ¿Es esta la forma de una esposa de saludar a su marido? —preguntó Ryan, añadiendo ese acento exagerado tan propio de él—. Así que te conseguiste otro hombre mientras estaba en la guerra, ¿no, cariño? Ni siquiera enviaste una carta.

Con desesperación Susannah miró a Ryan. La mitad de su rostro que no estaba oculta por el gran sombrero tenía dibujada una expresión de tozudez que le decía que estaba decidido a salirse con la suya. Eso no era bueno.

—Henry, por favor. Vuelve con tus padres y dame un momento —le volvió a rogar Susannah a su novio, quien le disparaba dagas con los ojos a su ex marido... bueno su *futuro* exmarido.

—Por favor.

—Sólo si te quita las manos de encima —dijo Henry. Sus orejas estaban de color rojo brillante, en un claro esfuerzo por mantener la compostura.

Ryan soltó el brazo de Susannah.

—¿Así está bien, amante?

—Estará bien cuando te largues de aquí y vuelvas a la cueva de la que saliste.

—Uhhh —dijo Ryan dramatizando un escalofrío—. Tengo tanto miedo. Te ves tan aterradorante con ese moño en tu cuello.

—Ya basta, Ryan —le espetó Susannah. Con una débil sonrisa hacia Henry, ella asintió hacia el comedor. Después de una larga última mirada fría hacia Ryan, Henry se dio la vuelta y los dejó.

—Es toda una fiera ese —dijo Ryan con un gruñido—. Apuesto a que debe destrozar la cama.

—¿Qué quieres, Ryan?

—¿En dos palabras? A ti.

—Bueno, no me puedes tener. Así que esta visita, aunque inesperada, no ha sido agradable. —Ella giró sobre sus talones y se alejó de él—. Ya sabes dónde queda la puerta.

—No tan rápido. No me iré a ninguna parte. Esta es mi casa. La compré y todo en ella.

Susannah se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Y me la diste enterita en el divorcio!

—Lo cual, debo recordarte, no es definitivo sino hasta dentro diez días más. Para que lo sepas, soy un tipo bastante razonable y lo creas o no, no intento causarles problemas a ti y a tu amante. Así que permíteme que te ponga las cosas sencillas.

Cautelosa, Susannah asintió.

—Eso sería lo mejor.

—Tenemos diez días más como señor y señora, y vamos a pasarlos juntos.

Susannah empezó a protestar, pero Ryan levantó la mano para detenerla.

—Cada minuto de cada día por los próximos diez días.

—¡Estás demente! De ninguna manera voy a pasar diez minutos más contigo, mucho menos diez días. Ni soñando.

—Siempre has tenido debilidad por la McMansion.

Con su mirada recorrió el amplio hall de la entrada, la escalera, y la formal sala de estar.

—Nos costó bastante tiempo llegar a un acuerdo la primera vez. Una renegociación tomaría meses y, a la luz de tu compromiso, creo que podría resultar un poco incómodo para ti...

—¡No te atreverías! —Susannah estaba que ya echaba humo, pero incluso mientras lo decía sabía que Ryan era capaz de eso y mucho más. Su estómago se apretó al pensar en la boda y en todos sus planes con Henry.

Ryan cruzó el vestíbulo de mármol hasta ella. Su olor, una mezcla amaderada que siempre le recordaba a las montañas, se le hacía tan familiar como cualquier cosa en su vida.

—Mírame —dijo él en voz tan baja que ella no podría haberlo oído de estar un poco más alejada.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué haces esto?

Él extendió la mano para tocarle el cabello rubio en su hombro.

—Cometimos un error.

—¿Cómo puedes decir eso? —Le golpeó su mano—. Nuestro matrimonio fue una pesadilla. El divorcio fue lo mejor que pudimos hacer.

Él sacudió la cabeza.

—No fue una pesadilla. No siempre. ¿Recuerdas los primeros años, Susie?

—No me llames así. Ese no es mi nombre, y sabes que lo odio.

—Eso no era así antes. ¿Recuerdas cuando hacíamos el amor y te llamaba Susie? ¿Alguna vez piensas acerca de cuánto calor había entre nosotros?

—¡No! Nunca pienso en ti. Nunca. —Le dio un empujón y él jadeó—. ¿Qué...? ¿Qué tienes?

Luchando por recuperar el aliento, Ryan dijo:

—Nada.

Pero sus labios se habían puesto blancos por el dolor.

Susannah extendió la mano hacia él para quitarle el sombrero y retrocedió al revelar el lado de la cara que el sombrero había mantenido oculto.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasó en la cara?

—Algo salió mal el domingo. Hombreras directo a las costillas, y el casco en la cara. Tres costillas rotas, pero afortunadamente la cara solo quedó algo magullada. No afectará mis acuerdos de patrocinio.

—Bueno, gracias a Dios por eso —dijo ella con sarcasmo. Su rostro estaba tan negro y azulado que Susannah tuvo que resistir la tentación de extender su brazo y acariciarle la mejilla. No pudo evitar preguntar—: ¿Y tu casco? ¿Cómo pudo pasar esto?

—El tipo me golpeó tan fuerte que no sirvió de nada —dijo, sacudiendo la cabeza antes de que su sonrisa regresara—. Ganamos, sin embargo. No me sacaron del juego hasta al final del último cuarto, cuando ya lo teníamos asegurado.

—Genial —dijo sin un ápice de entusiasmo. Nunca sería lo suficientemente pronto para no volver a oír sobre los Mavericks de Denver.

—¡El Super Bowl, nena! —dijo él con esa sonrisa arrogante suya—. Eso significa que llevamos tres de cinco, en caso de que estuvieras contando.

—No lo estaba haciendo, pero felicitaciones. Ahora, por favor vete. Lo digo en serio, Ryan. Esta visita al pasado ha sido interesante, y lamento que estés herido, pero no tenemos nada más de qué hablar.

—No estoy de acuerdo. —La tomó por el cuello, arrastrándola hacia él y estremeciéndose cuando la aplastó contra sus costillas lastimadas. Inclinando la cabeza, sus labios se plantaron en los de ella en un rápido y candente beso.

Susannah intentó protestar, pero él se aprovechó de su boca abierta para hundirle su lengua y profundizar el beso. Cuando por fin se apartó de ella, Susannah se le quedó mirando furiosa.

—¿Cómo pudiste olvidar eso, querida? —preguntó él en voz baja.

Ella lo empujó sin importarle el destello de dolor crudo que cruzó su hermoso rostro. Ya fuera por el golpe a su ego o a sus costillas lo que lo causó, no lo sabía y no le importaba.

—¡No me toques! ¿Me oyes? Estoy comprometida con otro hombre. Tuviste tu oportunidad conmigo, y lo arruinaste. Vienes aquí como un gran héroe deportista conquistador, ¿y te piensas que esa mierda va a funcionar conmigo? Ya lo oí todo antes, Ryan, así que puedes ahorrártelo. Te pedí de buena manera que te fueras. Llamaré a la policía si no te vas.

Él se rió y se peinó con las manos su cabello rubio hacia atrás.

—¿Y qué crees que le harán al tipo que acaba de traer a casa un trofeo del Super Bowl? —Metió la mano en el bolsillo de sus desgastados y ajustados vaqueros, sacó su celular y se lo ofreció—. Llámalos. Adelante.

—¡Ugh! —gruñó ella con frustración, sabiendo que tenía razón. Los policías no harían absolutamente nada excepto adularlo como todo el mundo siempre hacía.

—Si vas a ser tan cabeza dura con todo esto, no me dejas otra opción. —Casualmente empezó a buscar algo en su teléfono. Cuando encontró lo que estaba buscando, apretó el botón de llamar.

—¿A quién llamas?

—A mi abogado de divorcio. Él se encargará de todo esto...

Ella arrebató el teléfono de su mano y lo cerró. Él levantó una ceja, y su maltrecho rostro se iluminó con diversión.

—¿Eso quiere decir que tenemos un trato?

—¿Y qué se supone que le diga a Henry?

—Si por mí fuera, bien podrías mandarlo a la mierda.

—Qué adorable, Ryan. Eso es una maravilla. Tan grosero y rudo como siempre.

—Y como siempre sigues calentándote por mí —afirmó él con una sonrisa petulante—. Maldita sea, eso sí que te debe haber hecho enojar, ¿no es así?

—Sé que tu ego inflado lo encontrará difícil de creer, pero ni siquiera estoy tibia por ti.

—Lo que tú digas, cariño —dijo él, haciendo una mueca al agacharse para recoger su bolso de lona desgastada Mavericks. Le quitó el sombrero de las manos, y lo lanzó hacia el colgador, embocándolo perfectamente en un gancho antes de empezar a subir las escaleras.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Susannah con creciente desesperación.

—Irme a la cama. Siéntete libre de unirme a mí cuando se vaya tu amante. Ah, y si te sientes generosa, puedes traer un poco de hielo para mis costillas.

—Cuando los cerdos vuelen.

—Si ese es el tiempo que se necesita, puedo esperar. La temporada terminó, y si hay algo que me sobra es tiempo.

Impotente, vio que subía por las escaleras y desaparecía por el pasillo. Se quedó allí por mucho tiempo tratando de averiguar qué hacer hasta que Henry finalmente llegó a encontrarla.

—¿Te deshiciste de él? —preguntó. Aún con la mirada fija en la parte superior de las escaleras, dijo:

—Um, no exactamente.

—¿Qué?

—Shhh —dijo Susannah. En ese momento, se dio cuenta de que excitarse no era la única emoción que hacía que las orejas de Henry se pusieran rojas.

—¡Esto es indignante! No puede quedarse aquí.

—Baja la voz —le dijo entre dientes—. Este vestíbulo se hace eco a través de la casa. Va a escuchar cada palabra que digas, y también lo harán tus padres.

—No me importa. Lo quiero fuera de aquí.

Susannah se mordisqueó la uña de su pulgar mientras la ansiedad la recorría.

—No creo que eso vaya a suceder. No esta noche de todas formas.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Dejarte aquí con tu exmarido?

—Técnicamente, no es mi exmarido aún.

Henry tiró de su corbata de lazo que de repente parecía estar ahogándolo.

—Volvamos con tus padres. —Susannah deslizó su mano en el hueco de su brazo—. Hablaremos de esto más tarde.

—Sí, ciertamente lo haremos.



Ryan se acomodó en la cama e hizo una mueca cuando el colchón se hundió bajo su peso. El dolor se encendió como una lámpara por todo el cuerpo. Se desabrochó la camisa e hizo una mueca al sacársela por los hombros. El simple acto de levantar sus piernas sobre la cama y acomodarse contra la pila de almohadas fue suficiente para hacerlo transpirar en frío. Inhaló respiraciones cortas hasta que la explosión de dolor se pasó. Sin embargo, para el momento en que lo hizo, su corazón ya latía acelerado y su estómago se revolvía con náuseas.

Minimizar la lesión frente a Susie había gastado lo que quedaba de energía después de haberse dado de alta él mismo del hospital esa mañana—contra consejo médico—, para volar a casa desde Nueva Orleans en el avión privado que el equipo le había mandado.

Consciente de que se estaba quedando sin tiempo para evitar un divorcio que no quería, Ryan había estado desesperado por llegar a casa con Susie. El resto del equipo había vuelto a casa dos días atrás, para encontrarse con sus admiradores esperándolos en el aeropuerto. Ryan había lamentado perderse la fiesta en el avión y la celebración en el aeropuerto, pero ya le había pasado antes; dos veces, de hecho así que sobreviviría faltar esta vez.

Había sido golpeado muchas veces en los veinte años transcurridos desde que empezó a jugar al fútbol americano en sexto grado. Durante su primer año en Florida se dislocó el codo —no el brazo que usaba para lanzar, afortunadamente—, en un partido contra el estado de Florida.

En otra ocasión hacían tres años, los Mavs habían estado jugando contra los Bears cuando se desgarró un ligamento en su rodilla izquierda. Eso había dolido como la hostia y lo dejó fuera en medio de una temporada. Pero nunca se había roto una costilla, y mucho menos tres, y en una escala de uno a diez el dolor de costillas rotas era de un doce. Su rostro se sentía demasiado grande, también, y su cabeza había estado latiendo por un par de días. Quiso llorar al darse cuenta que se había dejado los analgésicos en el bolso de lona en la habitación. Esperaba que Susie subiera a pelear con él, para poder convencerla de que se las trajera.

Ryan odiaba estar tan impotente, pero afortunadamente se recuperaba rápido de sus lesiones. Ya se sentía mucho mejor que cuando sucedió por primera vez. Había tenido los ojos fijos en su amigo Bernie en la zona de anotación y no había visto al descomunal defensor que se le venía encima. El balón apenas había salido de la mano de Ryan cuando... ¡PUM!

Estrellitas nadaban ante sus ojos mientras yacía en el campo luchando por aire y atontado por el dolor en la cabeza y pecho. Ocho horas pasaron en una niebla inducida por el dolor antes de que a Ryan se le ocurriera preguntar si Bernie había atrapado la

pelota. Por supuesto que lo había hecho, y el touchdown¹ agregó seis puntos seguros a la puntuación.

Luego supo que había sido nombrado JMV² del Súper Bowl —de nuevo—, le informaron que una de las costillas rotas casi le perforó el pulmón y que el golpe en la cara le había producido conmoción cerebral.

Ryan hizo una mueca al imaginarse su para nada glamorosa salida de la NFL³, en una camilla sobre todas las cosas.

Hasta ahora nadie sabía que había jugado su último partido. Había tomado la decisión semanas antes del Súper Bowl y estaba esperando dar cuenta de ello después de que el equipo tuviera su momento de celebración. De ninguna manera permitiría que su anuncio personal vulnerara la atención que sus compañeros merecían después de una gran victoria.

Un estornudo le sobrevino de golpe y no pudo pararlo a tiempo. El nuevo estallido de dolor lo atravesó de cabo a rabo y produjo lágrimas en sus ojos. Había descubierto en los últimos tres días que estornudar era lo más doloroso del mundo cuando tienes las costillas rotas.

Por desgracia, sus alergias habían escogido justo esta semana para activarse por primera vez en meses. Mañana llamaría al médico del equipo para que le consiguiera una inyección contra las alergias, lo que fuera para detener los estornudos.

Cuando se las arregló para recuperar el aliento, Ryan se quedó inmóvil al oír voces en el piso de abajo.

—Todo estuvo encantador, Susannah —dijo Henrietta, ofreciéndola la mejilla a Susannah. Susannah le besó la regordeta mejilla.

—Gracias... madre.

—Hablaremos esta semana sobre los últimos detalles de la boda —añadió Henrietta.

Susannah asintió mientras besaba a Martin diciéndole adiós. Habían conseguido evitar decirles a los padres de Henry que su ex marido estaba en la casa.

—Saldré en un minuto —les dijo Henry a sus padres, entregándole las llaves del coche a su padre. Susannah sabía que quería que se fueran para poder enfrentarla acerca de Ryan. Ella quería suplicarles que se quedaran.

—Tómate tu tiempo, hijo —dijo Martin con un guiño. En el momento en que la puerta se cerró detrás de ellos, Henry se abalanzó hacia las escaleras—. Voy a hablar con él.

¹ **Touchdown:** es la forma básica de anotación en el fútbol americano y canadiense, donde el jugador que acarrea el balón cruza el plano de la zona de anotación; o cuando un receptor captura el pase en la zona de anotación. Un touchdown otorga seis puntos y la oportunidad de un punto extra o una conversión de dos puntos.

² **JMV:** Jugador Más Valioso.

³ **NFL:** Sigla en inglés que traducida quiere decir Liga Nacional de Fútbol.

Susannah lo agarró del brazo.

—Esa no es una buena idea.

—Yo me encargo, Susannah. Tengo que ponerlo en su lugar.

—No puedes —insistió ella—. No está escuchando razones. Lo conozco. Cuando se pone así, todo lo que puedes hacer es esperar hasta que cambie de opinión. Tienes que confiar en mí.

—Confío en ti. Es en él de quien no me fío.

Levantaron la vista cuando oyeron a Ryan asomarse a la parte superior de las escaleras.

Susannah se quedó sin aliento al ver que llevaba puesto sólo calzoncillos. La mitad de su rostro que no estaba golpeado se veía pálido y aplastado por el dolor. Por encima y por debajo de la venda en sus costillas, todo su torso tenía mal aspecto con moretones que se extendían desde la cintura hasta el hombro. Mientras bajaba las escaleras se dio cuenta de que su habitual arrogancia estaba desvanecida.

Que estuviera sufriendo tan obvia agonía, hizo que su corazón se apretara por él, a pesar de su atrevimiento al aparecer repentinamente después de más de un año de separación. Vio como los ojos de Henry recorrían los amplios hombros de Ryan, su pecho, sus esculpidos abdominales y sus estrechas caderas.

Henry tragó. Duro.

Incluso golpeado, Ryan Sanderson era el hombre más sexy que Susannah había visto—y siempre lo había sabido. Por la expresión en el rostro de Henry, él también lo sabía. Que fuera intimidado por el imponente físico de Ryan era exactamente lo que Ryan esperaba lograr al bajar allí en ropa interior.

—¿Hay algún problema, querida? —le preguntó Ryan al llegar a la parte inferior de las escaleras.

—Tienes que irte —tartamudeó Henry—. Es completamente inapropiado que te aparezcas aquí y que andes... así.

Con mirada inocente, Ryan se rascó la barriga justo por encima del elástico de sus bóxers color rojo a cuadros.

—¿Así cómo?

—Medio desnudo.

Ryan resopló.

—No sé lo que consideres estar desnudo, pero diría que estoy cerca de tres cuartos de desnudo. Susie puede decirte que prefiero estar al natural. La única razón por la que aún tengo puesto estos, es porque teníamos compañía. A pesar de tu baja opinión sobre mí, no soy un completo chimpancé.

—Suficiente, Ryan —le espetó Susannah.

—Sólo bajaba por un vaso de agua para poder tomarme mis pastillas para el dolor —dijo Ryan—. No dejes que los interrumpa.

—No te quedarás aquí con mi novia —dijo Henry en un estallido de valiente indignación.

—Puede que sea tu novia, pero sigue siendo mi esposa. Así que odio señalar lo obvio, hermano, pero eso definitivamente le gana a tu situación.

Henry estaba que echaba humo; sus orejas se pusieron rojo brillante.

—Así es como esto será —dijo Ryan—. Quiero unos días a solas con mi esposa sin distracciones molestas...

—Eso no va a suceder —replicó Henry.

—Sí lo haré, o no habrá divorcio y por lo tanto no habrá boda. ¿Me estás entendiendo?

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Henry.

—Creo que ya lo hice. —Ryan los dejó en el vestíbulo y fue a la cocina.

Cuando se quedaron solos, Henry tomó la mano de Susannah.

—Ven conmigo —declaró—. Vente a casa conmigo.

—No puedo —susurró ella—. Tengo que calmarlo, así no me dará problemas con el divorcio. Es la única esperanza que tenemos.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo mientras estás jugando a las casitas con tu exmarido?

—Esperar y ser paciente.

—He estado haciendo eso por más de once años. ¿Cuánta paciencia más esperas que tenga?

—Son sólo diez días. Después de tanto tiempo, seguramente podrás darme ese tiempo. —Acunó su rostro con las manos—. ¿No?

Con expresión pétrea, Henry dijo:

—Me estás pidiendo demasiado, Susannah. Sé lo que ese ególatra bastardo te hizo pasar. ¿Cómo esperas que salga por esa puerta y te deje aquí con él?

Ryan volvió a entrar al vestíbulo con un vaso de agua.

—¿Todavía aquí, Henry? —preguntó, levantando esa ceja arrogante. Henry mantuvo la mirada en Susannah.

—Me estaba yendo.

—Te estaré esperando en el piso de arriba, querida —dijo Ryan mientras empezaba a subir las escaleras.

—¡Sanderson! —lo llamó Henry—. Si le pones un dedo encima te mato. ¿Me escuchas?

—Tendrías que atraparme primero —dijo Ryan con una risita.

Susannah detuvo a Henry de responder.

—Déjalo ir —dijo en voz baja—. Él es puro bla bla.

—Lo digo en serio, Susannah —dijo Henry, sosteniéndola con fuerza contra él—. Si te toca, lo mato.

—No tendrá la oportunidad.

—Vigila que no lo haga.

Susannah retrocedió como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Qué me insinúas?

—¿Qué es esto de que tu ex marido se aparezca a menos de un mes antes de la boda y replanteé su derecho sobre ti como un vaquero cursi y occidental?

—Creo que será mejor que te vayas ahora, antes de que uno de nosotros diga algo que vayamos a lamentar.

—¿No ves lo que está haciendo? Ya está causando problemas entre nosotros.

—Lo único que puede causar problemas entre nosotros es si se lo permitimos.

Susannah se inclinó para darle un beso. Lo que pretendía ser un rápido beso de despedida se convirtió en mucho más cuando Henry tiró de ella y la tomó en un profundo beso posesivo.

—Lláname si me necesitas. —Miró a lo alto de las escaleras—. Si algo sucede...

—No lo hará.

Con gran renuencia, él asintió y se fue. Mientras Susannah lo veía caminar a su sedán de Toyota, lo vio hacer una pausa para estudiar el nuevo Cadillac Escalade negro en la entrada del garaje. Al parecer Ryan había sido nombrado el JMV del Súper Bowl de nuevo. Ella se llevó la mano a sus labios que aún hormigueaban por el beso más apasionado que Henry alguna vez le dio.

Mucho tiempo después de que él se fuera, Susannah apoyó la frente contra el frío cristal de la puerta de la tormenta.

Diez días a solas con Ryan Sanderson. Nunca voy a sobrevivir a eso. Apenas salí entera de la primera ronda. ¿Qué en el mundo voy a hacer?

Susannah se tomó su tiempo para limpiar el comedor y la cocina. Lavó y secó la cristalería, devolvió los cubiertos a su caja de caoba, y lavó la vajilla hecha a mano de la abuela Sally. Cuando no quedó nada que lavar, secar, o restregar, se limpió las manos con un paño de cocina y lo colgó. Cerró la puerta de atrás y apagó las luces antes de arrastrarse por las escaleras para encontrarse con la luz del dormitorio principal encendida.

¡Pero qué coraje tenía este tipo!

Cuando se detuvo en el pasillo un momento para reunir la fortaleza necesaria para enfrentarse a él de nuevo, lo oyó estornudar tres veces en una rápida sucesión. Él gritó de dolor, y Susannah se precipitó a la habitación. Tenía los ojos cerrados, su piel era cetrina y enrojecida, y jadeaba en busca de aire.

—Oh, Dios, Ryan —suspiró—. Deberías estar en el hospital.

—Estoy bien —dijo él entre respiraciones superficiales—. Son estas malditas alergias. Algo en Nueva Orleans me las agita.

Susannah fue al baño y regresó con dos pastillas antialérgicas que le entregó.

—¿Aún mantienes esas cosas en la casa?

—Son tuyas —respondió con un encogimiento de hombros—. Nunca las tiré.

Tomó su vaso de agua de la mesita de noche y se lo entregó.

—Gracias. —Le devolvió el vaso y cerró los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ryan? ¿En serio?

—Ya te lo dije —dijo con un suspiro débil.

—¿Esperabas una cálida bienvenida a casa?

—No en realidad. Lo único que sé con certeza es que aún te amo, y creo que tal vez todavía me ames también.

Susannah había inclinado para recoger sus pantalones del suelo. Se enderezó y lo miró con asombro.

—No lo hago —dijo ella, doblando los pantalones y dejándolos al pie de la cama.

Ryan volvió a estornudar y envolvió sus brazos alrededor de su cintura para defenderse contra el dolor.

—Te traeré hielo —dijo ella, impaciente por alejarse de verlo sufrir.

El Ryan que conocía nunca estuvo tan indefenso. Incluso cuando se desgarró el ligamento cruzado anterior, había estado él había de pie y activo el día después de que había tenido una cirugía para repararlo. Jamás lo había visto tan aplastado y se ponía nerviosa por ello. Cuando regresó con el hielo, Ryan tomó su mano.

—Quédate conmigo, Susie —dijo, sus almendrados ojos marrones clavados en los de ella mientras dejaba la bolsa de hielo sobre el vendaje en sus costillas.

Esos ojos, esa fabulosa boca sexy, el pelo enmarañado que en otros hombres se vería desordenado, los hoyuelos...

Era más de lo que Susannah podía soportar. La ira la colmó. ¿Cómo era capaz de aparecerse así, y revolver viejos sentimientos cuando estaba a punto de rehacer su vida con otro hombre? No podía dejar que se saliera con la suya.

—No puedo —dijo ella—. No lo haré.

—¿Qué crees que vaya a pasar? Apenas puedo moverme. —Respiró profundamente y apretó su agarre en su mano—. Quédate. Por favor.

Ella estudió su rostro golpeado por un largo momento antes de liberar su mano.

—Susie... —le dijo a ella en retirada—. Te necesito.

Susannah fue al baño y cerró la puerta. Su corazón estaba acelerado con ansiedad, simpatía y —*maldita sea*—, con deseo.

Tenía razón. Lo deseaba tanto como siempre. Quería acostarse junto a él, rodearlo con sus brazos y ofrecerle tanto confort como pudiera. Pero nada con Ryan

era tan simple. Que fuera posible que todavía sintiera simpatía y deseo por él la sorprendía y la perturbaba.

Se puso su pijama de franela de color rosa, se lavó el maquillaje de su cara, y se aplicó la crema hidratante que utilizaba cada noche sin falta. Estudiando su rostro en el espejo, contempló la tez cremosa que hacía todo lo posible para mantener fuera del sol que brillaba trescientos días al año en Denver. Sus ojos azules estaban un poco demasiado ausentes para su gusto, pero Ryan siempre decía que eran los ojos de una niña inocente

Pasó un dedo por el puente de su nariz recta, la cual consideraba su mejor facción. Algunas amigas de su juventud habrían pagado pequeñas fortunas por narices que se parecieran a la de ella. Poniéndose bálsamo en los labios que formaban un arco perfecto, deseó por enésima vez que su labio inferior no estuviera tan lleno. En suma, era un rostro atractivo aunque no como el de su impresionante y hermosa hermana. Pero era mejor que la mayoría.

Se cepilló el cabello rubio hasta que estuvo brillante y liso y luego tomó su cepillo de dientes.

Para cuando salió del baño, Ryan ya se había sumido en un sueño inquieto. Susannah suspiró al observarlo, recordando la primera vez que lo había visto.

Ella había estado con su grupo de amigas en el Marsopa Purple en Gainesville. Cuando Ryan entró con un grupo de jugadores de fútbol, las amigas de Susannah se habían disuelto en susurros y risitas idiotas. Todas se paralizaron cuando Ryan se detuvo en su mesa, con los ojos clavados en Susannah.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

Ignorando la risa de una de sus amigas, Susannah dijo:

—Bien.

—Ryan Sanderson —dijo él, extendiendo su mano hacia ella.

—Susannah Freeman.

Él mantuvo su mano en la suya mientras su boca se torcía con diversión.

—Encantado de conocerte, Susannah Freeman.

Justo entonces ella se dio cuenta de que todo en el restaurante se había detenido y que todas las miradas se centraban en ella. Su rostro se había vuelto caliente de vergüenza. Tiró de su mano hacia atrás y tomó su refresco.

—Ya nos veremos, Susannah Freeman.

Ella consiguió ofrecerle una pequeña inclinación de cabeza antes de que se fuera.

—Oh Dios mío —dijo una de sus amigas—. Ese era Ryan Sanderson.

—Sí, le oí decirlo —dijo Susannah.

—Es el mariscal de campo titular de los Gators.

—Oh. —Susannah miró sobre su hombro para darle otro vistazo—. ¿Qué es un mariscal de campo?

Cuando él le dio un guiño, ella rápidamente se dio la vuelta. Aunque se dio cuenta en aquél entonces que había algo en él que la ponía nerviosa, por su parte sus amigas no dejaban de mirarla con la boca abierta.

—¿Qué? —les preguntó.

Susannah sonrió ante el recuerdo. Desde ese día había aprendido más de lo que nunca hubiera soñado saber sobre fútbol, y Ryan Sanderson. Él se estremeció en su sueño, así que ella tomó la manta a los pies de la cama, le quitó la bolsa de hielo, y extendió con cuidado la manta sobre él. Llevó el hielo al cuarto de baño y lo arrojó en el lavabo. Cuando regresó, encendió una luz de noche, para que él no se lastimara aún más si se despertaba desorientado.

Sus ojos se abrieron, y tendió la mano hacia ella.

—Quédate conmigo, Susie.

—No puedo. Sabes que no puedo.

—Puede ser que necesite algo durante la noche, y en serio no me puedo mover en estos momentos. ¿Por favor?

Atraída por su sufrimiento, ella apagó la luz de la mesilla, caminó hacia el otro lado de la cama, y se metió bajo las sábanas. Mientras se acostaba, se dijo que no significaba nada. Haría lo mismo por cualquiera que resultara herido y necesitara de ayuda.

Cuando estuvo acomodada, él llegó a ella.

Susannah entrelazó sus dedos con los de él, recordándose a sí misma una vez más que era sólo porque estaba muy malherido que aún estaba hablando con él, y mucho menos sosteniendo su mano y dormiría con él. Bueno, no estaba técnicamente durmiendo con él. La mayoría de la cama King size estaba entre ellos, y él no estaba bajo las sábanas con ella.

—Gracias —susurró él.

—Hablares de esto mañana. No puedes quedarte aquí, Ryan.

Él volvió la cabeza para poder verla en el débil resplandor de la luz de noche.

—Diez días, Susie. —Su voz era ronca por el dolor y lo que podría haber sido emoción—. Si todavía quieres el divorcio después de eso no me interpondré en tu camino. Te dejaré tranquila con Henry. Te lo prometo.

—¿Lo harás? ¿Me prometes que no irrumpirás de nuevo así para recordarle a Henry que mi exmarido es una popular súper estrella, más fuerte y ridículamente rico?

Él sonrió.

—Se te olvidó fabulosamente sexy.

Susannah no quería reírse pero no pudo evitar que el gorgoteo se le escapara.

—Eres imposible.

—Dije en serio lo de antes. —Él le apretó la mano—. Te amo, Susie. Siempre lo he hecho, y siempre lo haré.

Su corazón se agitó en su pecho, pero estaba decidida a no dejarlo encantar su camino más allá de sus defensas.

—Esas son sólo palabras, y no significan nada para mí. No después de todo lo que ha pasado.

—He cambiado —insistió él—. No soy el mismo chico que fui tan estúpido como para dejar que la mejor cosa que me haya pasado se escapara. Todo lo que estoy pidiendo son diez días.

Diez días, pensó ella. Si no hago esto, siempre voy a preguntarme qué pudo haber sucedido. No, sé lo que va a suceder. Vamos a estar peleando en dos días, si toma ese tiempo.

Henry nunca me perdonará si paso mi tiempo con Ryan. Pero, ¿cómo puede Henry, o cualquiera, saber lo que este hombre ha significado para mí durante toda mi vida adulta? O cómo me lastimó. No me puedo dejar olvidar eso. Simplemente no puedo. Susannah suspiró. *Pero como ya le di más de diez años, ¿qué son diez días más para garantizar que por fin voy a ser libre de él?*

—Muy bien —dijo en voz baja, incluso aunque se admitía a sí misma que nunca podría librarse verdaderamente de él—. Diez días. Ni un minuto más. Y cuando se acaben, seguiré deseando el divorcio y espero que mantengas tu palabra, y dejes en paz a Henry.

No vio ninguna de la patanería habitual que había llegado a esperar de él cuando se salía con la suya. En lugar de ello, sus ojos y su expresión fueron solemnes.

—No te arrepentirás.

Capítulo 2

El teléfono sonó a las ocho treinta de la mañana siguiente.

Susannah lo oyó, pero no pudo reunir la energía para abrir los ojos y responderlo, hasta que sintió algo peludo acariciar su cara. Sus ojos se abrieron para encontrar el pecho de Ryan sirviéndole como almohada.

Su pierna estaba sobre la suya y su brazo extendido a través de su abdomen, justo debajo de la venda en sus costillas.

Él tenía el brazo apretado alrededor de ella, sus labios presionados en su frente. En el momento antes de que ella comenzara a luchar para liberarse de él, se dio cuenta de que estaba enormemente excitado.

Él gruñó de dolor cuando ella lo rechazó.

—¿Qué estás haciendo?

—Abrazándote —dijo él con un gran bostezo.

—Debería haber sabido que no podía confiar en ti —se crispó.

—Oye, ¡no es mi culpa! Te darás cuenta de que estoy exactamente donde me dejaste cuando fuimos a la cama. Tú eres la que traspasó los límites.

—¡No lo hice! —Se sentía mortificada de sólo pensar que podría haberse acercado a él en sueños.

—Um, sí, sí lo hiciste. Yo estaba aquí pensando en mis cosas...

Ella saltó de la cama.

—Oh, ¡cállate!

Él la observó divertido mientras daba vueltas alterada por toda la habitación.

—Eres tan condenadamente hermosa cuando te enojas. Siempre lo fuiste.

—Pues vaya que debes saberlo. Hiciste de tu meta en la vida el hacerme enojar.

—¿De verdad crees eso?

El teléfono volvió a sonar.

—¿Vas a contestar eso? —preguntó entonces.

Con una mirada fulminante hacia él, tomó el celular de su cama.

—Buenos días, Susie. Soy Duke Simmons.

—Hola, Duke —le dijo al entrenador de los Mavs.

—¿Cómo está nuestro chico?

—*Tu* chico está muy bien. —Miró a Ryan, y él le sonrió—. Ahora te lo paso.

—Gracias, cariño.

Susannah le pasó el teléfono a Ryan y fue al baño, cerrando la puerta detrás de sí.

—Buenos días, entrenador —dijo Ryan, peinándose su rebelde cabello con los dedos.

—¿Cómo estás, Sandy?

—Un poco mejor hoy —dijo Ryan, aliviado al darse cuenta de que era verdad—. ¿Qué hay de ti? ¿Has podido asimilarlo?

—Tres veces en cinco años —dijo Duke con evidente asombro en su voz—. Es difícil de creer, ¿no?

—Claro que lo es. ¿Ya se ha empezado a escuchar la palabra con D?

—Como loco. Pero si este equipo no es una dinastía, no sé qué lo sea. Los periodistas están como perros rabiosos queriendo un pedazo de ti. ¿Te importa si los actualizo de tu condición actual?

—De ninguna manera. Sólo diles que me estoy recuperando en casa y que voy a saltarme el desfile y todo eso a causa de mis lesiones.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? Podríamos resolver algo...

—No voy a desfilar por las calles de Denver viéndome como un maldito zombi.

Duke se rió.

—Probablemente tengas razón. Terminarías rompiéndoles el corazón a todas las mujeres de la ciudad si ven tu cara bonita toda golpeada.

—Vete a la mierda —dijo Ryan, pero había humor en su voz.

Duke Simmons era el padre que Ryan nunca había tenido, y no había nada que no hiciera por ese tipo. Se le estrujaba el corazón de pensar en la conversación que tenía pendiente con su entrenador. Pero no hoy. No cuando Duke seguía tomando el sol en el resplandor de la victoria del Super Bowl, lo que consolidó su posición como el mejor entrenador de fútbol viviente.

Todavía riendo, Duke agregó:

—¿Hay algo que podamos hacer por ti, Sandy?

—¿Podrías enviar al Doc a mi casa con algo para las alergias? Estos estornudos me están matando.

—No hay problema. Le diré que vaya justo después del desfile. Así que tú y Susie, ¿eh? ¿Están juntos de nuevo?

—Estoy trabajando en ello.

—Eso es bueno. Me alegra oírlo. Cuando terminaron... bueno, fue una verdadera pena.

—Nunca debió haber ocurrido —coincidió—. Escucha, quisiera estar tranquilo con ella por unos pocos días, así que mantén a los medios alejados, ¿podría ser?

—Hecho. Aunque en cuanto a tus compañeros de equipo...

—No tengo problema con ellos. Me pueden llamar cuando quieran.

—Ah, y Rodney Johnson quiere hablar contigo, también. ¿Estás de acuerdo con que le pase tu número? Lamenta muchísimo el daño que te produjo.

Ryan sonrió. El jugador más religiosamente fervoroso de la NFL era el responsable de sus costillas rotas y su conmoción cerebral.

—Sí, dale el número.

—Sabes dónde estoy si hay algo que necesites, ¿no?

—Por supuesto. Felicidades de nuevo, entrenador.

—No podría haberlo hecho sin ti, hombre.

—Gracias por llamar.

Ryan apagó el teléfono y lo apretó contra su pecho. Echaría de menos tener el apoyo y la camaradería que venía con pertenecer a un equipo. La mayor parte de su vida había tenido compañeros de equipo y entrenadores rodeándolo, y sabía que la pérdida dejaría un profundo vacío cuando se retirara.

Cuando se retirara.

Ryan suspiró. Treinta y dos y retirado. Podría haber jugado durante unos años más y confiaba en que sus destrezas y habilidades resistieran. De hecho, había estado planeando firmar por tres años más cuando su amigo, Dan Trippler, había sido sacado sin contemplaciones como mariscal de campo titular de los Buccaneers. Un par de partidos malos, unas intercepciones y balones perdidos, y de pronto la estrella del equipo era relegado a la segunda cadena.

Ryan no se quedaría el tiempo suficiente para permitir que eso le sucediera. Prefería salirse en el punto más alto, que esperar a que el desgaste y el desgarre lo dejaran literalmente fuera de juego. Con un Trofeo Heisman y tres anillos del Super Bowl en su haber, ciertamente no tenía nada que demostrar y se había asegurado su lugar en el Salón de la Fama hace mucho tiempo.

Tenía grandes intereses comerciales que, junto con su esposa, tendrían ahora su total atención.

Susannah salió del baño vestida con un traje de pantalón negro y una blusa de seda color rosa pálido.

—¿Cómo supo Duke que estabas aquí?

—No me dejaron bajar del avión hasta que les dije que estaría aquí contigo.

—Estabas condenadamente seguro de que te dejaría entrar, ¿no?

Él se encogió de hombros y luego hizo una mueca mientras se movía para encontrar una posición cómoda.

—¿A dónde vas?

—Tengo una reunión en el Club Downtown Athletic para el Baile en Blanco y Negro.

—¿Cuánto tiempo te irás?

—No mucho —contestó mientras se ponía los pendientes de diamantes que le había dado como regalo de bodas. Se sintió satisfecho de que todavía los usara.

—¿Te encontrarás con Henry mientras estás fuera?

—Eso no es de tu incumbencia.

—No estoy de acuerdo.

—Puedes ser todo lo duro que quieras en esta casa, pero no me dirás a quién puedo ver y lo que puedo o no hacer.

—¿Por qué tienes que hacer esto tan difícil, Susie? —preguntó con un profundo suspiro.

Ella se volvió hacia él, incrédula.

—¿Hablas en serio? Estás trastornando toda mi vida chantajeándome para que pase diez días contigo. Tienes demasiado coraje para decir que soy yo la que está haciendo las cosas difíciles.

—Chantaje es una palabra muy fea.

—¿Cómo quieres llamarlo?

Él hizo caso omiso de eso y dijo:

—Quiero saber cuándo regresarás

—En un par de horas —dijo con un suspiro por su cuenta.

—Te estaré esperando.

Sacudiendo la cabeza, ella salió de la habitación.

Ryan la observó marcharse y se llenó de una emoción que era nueva para él, miedo. Tenía miedo de haber esperado demasiado tiempo para tratar de recuperarla. Tal vez lo decía en serio cuando dijo que no lo quería más. Pero, aun así, en el instante antes de recordar todas las razones por las que quería divorciarse de él, había visto una chispa de algo en sus ojos cuando despertó en sus brazos. Lo que era, no podía decirlo, pero era suficiente. Por ahora. Se sentó con gran dificultad.

Cuando recuperó el aliento, se levantó y fue hacia el baño para ducharse y afeitarse. En el momento en que estuvo vestido con vaqueros y una camiseta Mavs, estaba débil por el cansancio y furioso porque tuviera que sentarse en la cama durante varios minutos para reunir la energía para ir abajo. En la cocina, hizo café y tostadas. Estaba decidido a pasar el día sin esos analgésicos que lo dejaban mareado y fatigado. Habían pasado cuatro días desde su lesión, y ya estaba harto de ser débil e indefenso. Había aprendido de la experiencia, sin embargo, que cuanto más se acostara todo el tiempo más le tomaría recuperar su fuerza.

Se llevó una segunda taza de café y se sentó lentamente en el sofá. Su cabeza le punzaba por la actividad, pero era un dolor menos intenso que el del día anterior.

Incluso al final de su carrera, todavía estaba bendecido con un cuerpo que se recuperaba rápidamente de lesiones que hubiera dejado fuera de juego a un hombre menos fuerte por semanas.

Alcanzando el mando a distancia, lo dejó en una de las estaciones locales para ver a sus compañeros que desfilaban por el centro de Denver. Sonrió cuando vio a Bernie, al entrenador Simmons y a todos los chicos caminando por las calles atestadas de aficionados vestidos con los colores del equipo, morado y naranja. Bernie levantó el trofeo Lombardi sobre su cabeza mientras el carro en el que viajaban pasaba frente a una joven con un letrero que decía: “TE QUEREMOS RYAN!!!! DENVER JMV!!”.

Ryan sonrió y lamentó tener que perderse un momento por el que había trabajado tan duro toda la temporada. Escuchó los discursos de felicitación del gobernador, el alcalde y del entrenador, los cuales mencionaron las hazañas de Ryan al esfuerzo ganador.

—Ryan se está recuperando en casa y envía su agradecimiento a los fans que nos apoyaron durante toda la temporada —dijo el entrenador.

Ryan se rió cuando sus compañeros de equipo requisaron una de las cámaras y llenaron la pantalla con sus rostros gritándole aliento a su mariscal caído.

—Idiotas —murmuró, a pesar de que se sintió conmovido por su exuberancia.

Cuando la cobertura local del desfile de la victoria llegó a su fin unas horas más tarde, Ryan pasó los canales buscando algo para ver mientras esperaba a que Susie llegara a casa. Dado que no había nada excepto telenovelas y espectáculos de entrevistas, se desplazó por la lista de TiVo para ver si Susie tenía alguna buena película allí. Se sorprendió al encontrar el Super Bowl en la lista. Su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

—Bueno, que me condenen —susurró—. Sí te importa, cariño.

Descubrir que había grabado su infuso juego le daba esperanza.

¿Por qué iba a molestarse si no le importaba nada de mí? No debería haberlo visto, sin embargo, porque pareció sorprendida anoche por cuán golpeado estoy. Si tengo la oportunidad, le preguntaré sobre eso.

Avanzó rápidamente a través del juego, parando para ver sus cuatro series de touchdown en la primera mitad y disfrutando de los efusivos elogios que recibió de los comentaristas.

—¿La NFL alguna vez ha visto a otro quarterback como Ryan Sanderson? —preguntó uno de ellos, un jugador retirado.

—No se me ocurre ninguno ahora, Jim —el otro respondió—. Su talento es deslumbrante.

Hmm, deslumbrante, pensó Ryan. Me gusta eso. Se saltó el espectáculo del medio tiempo y el tiempo sin incidentes del tercer cuarto, durante el cual los 49 habían anotado su único touchdown, y fue hasta la mitad del último cuarto, preparándose para el ver el golpe que causó sus lesiones.

Mirando en cámara lenta, le prestó mucha atención a los guardias⁴ y a los jugadores defensivos⁵ que se suponían iban a protegerlo desde una línea defensiva que podía ver ahora que había estado en una formación de bombardeo. El central de Ryan, Marcus “Darling” Darlington, había logrado mantener a raya a Rodney Johnson hasta que la monstruosa defensiva irrumpió pasando a Darling, arremetiendo directamente contra el costado de Ryan. No pudo evitar esbozar una mueva al ver a Rodney estrellarse contra él, provocando que su cabeza se retrajera violentamente.

Ryan se frotó el adolorido cuello mientras observaba atento el juego por segunda vez. Lo último que recordaba, era la brillante bandera amarilla de penalización del árbitro de campo.

Luego de eso, el equipo de entradores y el médico se habían apresurado al campo, seguidos de cerca por Simmons, y el entrenador de línea ofensiva. Después de unos intensos minutos, durante los cuales los comentaristas especularon con nerviosismo sobre la falta de movimiento de Ryan, los entrenadores lo sacaron del campo en una camilla. El entrenador se inclinó para decirle algo. Entonces Ryan levantó una mano en saludo a la multitud, mientras salía del campo. No tenía ningún recuerdo de los aficionados ovacionándolo por su gesto.

El teléfono sonó, y Ryan se movió con cuidado para alcanzarlo.

—¿Hola?

—Um, sí. ¿Hola? Soy Rodney Johnson. ¿Qué tal te sientes?

—Como si me hubiera arrollado el más malo y grande defensor de la NFL —dijo Ryan con una sonrisa—. Qué curiosos que llames ahora. Justo estaba viendo la reproducción.

—Oye, lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Por hacer tu trabajo?

—Lo hice demasiado bien esta vez. No era mi intención romperte las costillas y eso.

—Dejaste toda una impresión en mi atractivo rostro, también.

Rodney resopló de risa.

—Estoy seguro de que es un problema mayor para ti que las costillas.

—Lo sabes. Agradezco la llamada, Rodney, pero no pienses más en eso. Los dos sabemos la mierda que sucede en este juego.

—Gracias por tu perdón, y oraré por tu pronta recuperación.

⁴ **Guardia:** Es uno de los cinco jugadores de la línea ofensiva, por lo que resulta ser uno de los más corpulentos del equipo y también inelegible para recibir pase directo. Los guardias son dos, y se alinean uno a cada lado del centro. La abreviación de la posición de guardia es “G”.

⁵ **Jugadores defensivos:** Parte de la línea defensiva, que se alinea en el interior de ésta. Hay dos tackles defensivos, alineados uno al lado del otro, y son los que ponen presión por el centro de la línea ofensiva rival. Su misión principal es la de no permitir juego terrestre por el interior y de poner presión al pasador en las jugadas aéreas. La abreviación de la posición de tackle defensivo es “DT”.

La imagen de los trescientos kilos del defensa arrodillado en oración, divirtió a Ryan.

—Aprecio eso.

—La liga fue un poco menos tolerante que tú. —Rodney chasqueó la lengua.

—Te golpeó con una fuerte multa, ¿eh?

—Claro que sí.

—Bueno, sé que no lo hiciste a propósito, por lo que no te preocupes. Disfruta de la temporada.

—Oh, tengo la intención de hacerlo, pero lo disfrutaría mucho más si les hubiéramos ganado.

Ryan se rió.

—Tal vez el próximo año.

—Cuídate, Ryan.

—Igualmente.

Regresó el teléfono a su lugar y apoyó la cabeza hacia atrás en el sofá, endureciéndose al darse cuenta de que ya estaba cansado de nuevo. Pero, en lugar de luchar contra ello, cedió y se durmió un par de horas. El timbre de la puerta lo despertó

Después de su rígida siesta, Ryan se arrastró por la casa como un hombre de ochenta años y abrió la puerta para encontrar a un grupo de sus compañeros de equipo en el porche sosteniendo bolsas de la tienda de comestibles y paquetes de cerveza. Gracias a Dios Susie no estaba en casa en ese momento. Ryan los saludó con una sonrisa.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Te perdiste toda la diversión —dijo Bernie—. Si Mahoma no va a la montaña...

—¿Vas a dejarnos entrar, Sandy? —gritó Darling desde los escalones.

—Claro, sí, entren. —Susie lo iba a matar por esto. Hizo una mueca cuando Toad, su mariscal de campo de refuerzo y uno de los jugadores más jóvenes del equipo, le pegó en el hombro al entrar.

—Por el amor de Cristo, Toad, está herido. —Bernie golpeó a Toad en el lado de la cabeza—. No lo toques de nuevo.

—Lo siento, Sandy —dijo Toad.

—Sin preocupaciones. No voy a romperme.

—Claro que siento haber permitido que sucediera. —Darling apretó los labios con consternación por los moretones de colores sobre la cara de Ryan—. Ese hijo de puta de Johnson es enorme.

—Dímelo a mí. —Ryan los siguió hasta la cocina. Una cerveza estaba presionada en su mano, y la tomó sólo porque no había tomado ningún analgésico hoy—. Llamó para ver qué tal estaba.

Todos en la cocina se paralizaron.

—No me jodas —exclamó finalmente Bernie.

Ryan sonrió.

—Lo sé. Fue la primera vez para mí, también.

—Salvado a sí mismo de un viaje al confesionario —dijo Toad, y los otros aullaron de risa.

Mientras Darling, sacaba ollas y sartenes, algunos de los chicos se acomodaron en el mostrador de granito que era el centro de la isla, cada uno de los enormes hombres con una cerveza fría en la mano.

Oh oh, pensó Ryan. Están poniéndose como en casa. Susie definitivamente va a matarme.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —preguntó Ryan. La gran sonrisa blanca de Darling iluminó su rostro negro.

—Mi famoso chile picante. —Pasó una enorme bandeja de carne picada a una sartén.

El timbre sonó de nuevo, y Ryan fue a contestar.

—Hey, Doc. Ven y únete a la fiesta.

Las canosas cejas de Doc se fruncieron con desaprobación.

—¿Qué está pasando aquí, Sandy? Se supone que deberías descansar.

Ryan miró sobre su hombro hacia las voces y la música que pulsaba de la cocina

—Los chicos querían venir a saludarme.

—¿Tengo que recordarte que deberías estar en el hospital?

Ryan apoyó una mano en el hombro del pequeño hombre.

—Lo sé. ¿Me trajiste algo para las alergias?

Con una mirada adusta a la cocina, Doc asintió. Ryan llevó al médico al foso y se bajó suavemente a sí mismo al sofá.

Doc le dio la vacuna para las alergias y le estaba cambiando el vendaje de las costillas cuando Bernie entró en la guarida.

—Hola, Doc —dijo Bernie—. ¿Cómo está el paciente?

—Debería estar en un hospital, no saliendo de fiesta con tontos.

—Me siento ofendido en nombre de todos los tontos en la cocina —dijo Bernie indignado

Ryan se rió entre dientes, pero su sonrisa se desvaneció cuando Doc tensó la cinta. El dolor lo atravesó como reguero de pólvora, haciendo que sudara frío.

—Maldita sea, hombre —dijo Bernie—. ¿Estás bien?

—No está bien —dijo Doc—. Tendría que estar descansando.

Ryan se habría defendido si hubiera podido hablar. Deseó haberse tomado los analgésicos para el dolor.

—Casi termino —dijo Doc.

Para el momento en que Doc se fue, Ryan estaba estirado en el sofá tratando de respirar a través del dolor.

—Jesús —exclamó Bernie—. Me estás volviendo loco, Sandy.

—Lo siento —dijo Ryan con voz áspera—. Duele como un hijo de puta.

—¿No tienes drogas o algo así?

—Sí, pero estoy tratando de no tomarlas.

—¿Por qué no?

—Me joden. —Ryan puso una mano en su cabeza golpeada—. Sólo dame un minuto. Pasaré.

Bernie se sentó frente a Ryan.

Darling, entró en la habitación.

—¿Listo para un poco de chile?

—Sandy está en la cuenta atrás, hombre —dijo Bernie—. Probablemente deberíamos irnos.

—Voy a estar bien —dijo Ryan. En circunstancias normales, habría bromeado con sus amigos por estar tan preocupados. Ahora mismo, sólo no lo tenía en él—. No tienen que irse.

Alguien encendió música rap en la cocina, y sonó a través de la casa.

Unos minutos más tarde, Susie entró por la puerta principal y fue directo hacia la guarida. Con las manos en las caderas y los ojos tirándole dagas a Ryan, dijo:

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Bernie se levantó para abrazar a Susannah.

—Me alegro tanto de verte, Susie. —La besó en la mejilla—. Mary Jane y yo te extrañamos.

—Te he echado de menos —dijo Susannah con una sonrisa.

Ryan se sintió aliviado al verla ablandarse mientras su viejo amigo la abrazaba.

—Estaba tan feliz de oír que tú y Ryan están juntos de nuevo —dijo Bernie.

Ryan hizo una mueca. Ups.

Los ojos de Susannah se estrecharon.

—No estamos juntos de nuevo. —Le lanzó una mirada mordaz a Ryan—. No sé de dónde sacaste esa idea.

Desde su lugar en el sofá, Ryan se encogió de hombros con inocencia.

—Oh —farfulló Bernie—. Pensé, quiero decir, el entrenador dijo...

—No te preocupes, Berna —dijo Ryan.

Darling, rompió la tensión en la sala cuando plantó un sonoro beso en la mejilla de Susannah.

—Te ves magnífica, como siempre.

A pesar de su molestia con Ryan, ella sonrió y le acarició la mejilla.

—Sigues siendo un hombre encantador, ¿no es así, Marcus?

—Sí, señorita, por lo que me dicen.

Ella echó una mirada a la cocina, donde voces competían con música a alto volumen.

— ¿Todo el equipo está aquí o sólo suena de esa manera?

—Oh, no —dijo Darling—. Sólo hay alrededor de quince.

—Bueno, eso es un alivio —dijo Susannah secamente—. ¿Qué estás cocinando?

—¡Oh, mierda! —Darling saltó de la habitación—. ¡Chili! Quédate ahí. Te voy a traer un poco.

—Genial —murmuró Susannah mientras se quitaba el abrigo de cuero negro y lo ponía sobre la silla frente a su antiguo escritorio de persiana—. Quince jugadores de fútbol y un tazón de chili.

—Siento todo esto, querida —dijo Ryan con una sonrisa tímida—. Los chicos sólo querían ver por ellos mismos que todavía estoy vivo. —Podía decir que ella estaba trabajando duro para no ser una pobre deportista frente a sus amigos—. ¿Cómo estuvo la reunión?

—Bien —dijo ella—. El Baile de Blanco y Negro es el próximo fin de semana.

—¿Y estás en la silla de nuevo? —preguntó, avergonzado de no saber a ciencia cierta y avergonzado de que Bernie fuera testigo de cuán fuera de contacto estaba con su esposa.

Ella asintió.

—¿Esos son cinco años en fila?

—Siete —dijo en voz baja. Sus ojos azules tristes eran un recordatorio de una de las muchas cuestiones que había entre ellos, su falta de atención a las cosas que le importaban.

Ryan se maldijo por ser tan estúpido. El hospital de Niños era una de las organizaciones benéficas favoritas de los Mavericks, y Susannah había estado al frente de la participación del equipo como el gran recaudador de fondos anual del hospital por casi tanto tiempo como Ryan había estado liderando el equipo en sí. Su divorcio pendiente aparentemente no le había hecho dejar su trabajo en nombre del hospital

—Bueno, te dejo para que estés con tus amigos. Me alegro de verte, Bernie.

—Yo también, Susie. Dale a Mary Jane una llamada. Le encantaría saber de ti.

—No te vayas. —Ryan movió los pies hacia atrás para hacer espacio para ella en el sofá—. Quédate y come algo. Herirás los sentimientos de Darling si no lo haces.

—No tengo hambre, y tengo algunas llamadas de teléfono que tengo que hacer.

Ryan levantó una ceja y esperaba que fuera suficiente para recordarle su trato. Contuvo la respiración mientras esperaba a que ella captara el mensaje. Después de un interminable momento en el que no tenía idea de lo que estaba pensando, Susannah se sentó en el sofá, pero se esforzó en mantenerse tan lejos de él como pudo.

Él le sonrió, y ella miró hacia otro lado.

Hicieron una pequeña charla con Bernie hasta que el resto de los chicos comenzó a filtrarse en el foso, llevando cervezas y tazones de chili. Darling, le dio uno a Ryan y le ofreció otro a Susannah.

—Gracias —dijo ella—. ¿Qué hay en eso?

—Eso es un secreto de familia Darlington.

—No hay mantequilla de maní, ¿verdad? —preguntó ella.

Darling se burló.

—Me ofendes. Esa sería hacer trampa.

El resto de los chicos se rió en la cara de Darling cuando salía de la habitación. Regresó con un paquete de seis de cerveza y un plato de chili para sí mismo.

—¿Cómo está eso? —preguntó.

—Más caliente que el infierno —dijo Toad con voz ahogada.

—No me digas. —Ryan estuvo de acuerdo, llegando por la cerveza de Darling que abrió para él. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Susannah sostenía su garganta y que le faltaba el aire. Él se movió tan rápido que nunca sintió el dolor que debió haberse irradiado por sus costillas mientras dejaba su tazón de chili en la mesa de café y salía corriendo de la habitación.

—¿Sandy? —Uno de los chicos gritó su nombre—. ¿Qué pasa?

—¡Llama al 911! —gritó Ryan mientras corría hacia el armario de la cocina donde siempre lo había mantenido, rezando para que no se hubiera movido en el año desde que había vivido allí. Se llenó de alivio cuando encontró lo que estaba buscando, y volvió a la madriguera, tirando de la tapa del EpiPen mientras corría. Cuando llegó a su lado, su corazón casi se detuvo cuando la vio luchando por respirar mientras ronchas rojas explotaban en su cara. Sumió la aguja a través de sus pantalones en su muslo y la apretó contra su pierna hasta que sintió que se empezaba a relajar.

Las lágrimas corrían por su rostro mientras la llevaba en sus brazos.

—Está bien, nena —susurró—. Estás bien. Te tengo.

—El 911 quiere saber lo que pasó —dijo Bernie, con el rostro blanco por la sorpresa.

Los otros chicos miraron a Ryan y a Susannah.

—Anafilaxia —dijo Ryan—. Es alérgica a los cacahuetes.

—Dulce Jesús. —Darling se quedó sin aliento—. ¡Pensé que estaba bromeando!

—No lo hacía. —Ryan sostuvo a Susannah cerca de él—. Mantén la respiración, nena. Puedo oír la ambulancia. —Él rozó sus labios sobre su frente húmeda.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Bernie.

—Nada —dijo Ryan mientras luchaba por tragarse la pelota caliente de pánico que se alojó en su garganta. Toda la cosa duró menos de treinta segundos, pero para él se había sentido como un año—. Ella está bien ahora.

La sirena se acercaba, y Bernie fue a contestar la puerta. Regresó con dos paramédicos, que salpicaron a Ryan con preguntas sobre la historia médica de Susannah y lo que había comido.

—Su presión arterial es elevada —dijo uno de ellos.

—Vamos a llevárnosla. —Sus ojos se abrieron cuando de repente reconoció a Ryan y a los otros jugadores.

—Soy su marido. Iré con ella.

—Por supuesto, señor Sanderson. No hay problema. —Cargaron a Susannah en una camilla y la cubrieron con mantas.

Ryan tomó su abrigo del perchero en el vestíbulo y tiró de las botas que había dejado allí la noche anterior. Sus costillas gritaron en protesta por los movimientos bruscos, pero ignoró el dolor en su prisa.

—Lo siento mucho, Sandy —dijo Darling, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Está bien. —Ryan apretó el hombro de Darling—. Ella va a estar bien. —No estaba seguro de a quién estaba tratando de convencer, a sí mismo o a su amigo angustiado.

—Vamos a limpiar todo —gritó Bernie tras Ryan, quien lo saludó con la mano mientras corría hacia la puerta detrás de los paramédicos.

Ryan gimió cuando Henry se detuvo en el camino de entrada y saltó de su coche.

—¿Qué está pasando? —preguntó Henry—. ¿Es Susannah?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ryan.

—Quería ver cómo estaba Susannah. ¿Qué sucede?

—Ella tuvo una reacción alérgica a algo que comió. —Ryan se esforzó por ser paciente cuando lo único que quería era llegar a Susie—. Están llevándosela como medida de precaución. Está bien.

—Quiero verla —dijo Henry, corriendo hacia la ambulancia.

—Ahora no. —Ryan pasó junto a él y se estremeció cuando se subió a la ambulancia. Su cabeza y costillas estaban machacados, pero ignoró su propia incomodidad mientras se sentaba en el banquillo al otro lado de Susie y le tomaba la mano—. ¿Cómo estás, cariño?

—Mejor —dijo ella.

—¡Susannah! —gritó Henry desde afuera—. Cariño, ya estoy aquí.

Los para médicos cerraron las puertas, y la ambulancia se sacudió mientras se retiraba de la calzada. Ryan podría haberse desmayado por el dolor que irradiaba de sus costillas, pero en cambio apretó los dientes y se forzó a sí mismo a mantenerse enfocado en Susie.

—¿Era Henry?—, Preguntó ella.

—Sí. —Ryan llevó su mano a sus labios—. Le dije que estás bien. —De repente, todo vino a estrellarse sobre Ryan y las lágrimas llenaron sus ojos—. Me asustaste.

Ella apoyó la frente en su mano mientras luchaba por conseguir un agarre de sí mismo.

—Me salvaste la vida, Ry.

Ryan le besó la mano.

—Me sentí tan aliviado de que el EpiPen estuviera donde siempre lo mantienes.

—No puedo creer que recuerdes eso.

—Solía vivir en el temor de que esto ocurriera, pero nunca imaginé que me pudiera haber preparado para la realidad de ello.

Ryan soltó la mano de Susie para que el paramédico pudiera revisar supresión arterial.

—Esto no ha sucedido desde que tenía trece años. Había olvidado lo terrible que es.

En el momento en el paramédico eliminó el manguito de la presión arterial, Ryan recuperó su mano. Las ronchas en sus mejillas se habían desvanecido, pero sus ojos seguían siendo grandes por la conmoción.

—Darling se estaba volviendo loco. Pensó que estabas bromeando acerca de la mantequilla de maní

—No es su culpa. Debí hablar y decirle que era alérgica.

—O yo debí hacerlo. Debería haber sido más protector contigo, no sólo hoy, sino siempre —susurró mientras el paramédico dejaba colgando sus palabras—. Siento no haberlo hecho.

Los ojos de Susannah se llenaron de lágrimas mientras le apretaba la mano.

Llegaron al hospital un minuto más tarde, y los paramédicos llevaron a Susie a una sala de examen. La enfermera detuvo a Ryan cuando trató de seguirla.

—Espere aquí, señor Sanderson. El médico estará con usted en un minuto.

Henry entró corriendo por la puerta de E.R.

—¿Cómo está? Quiero verla.

—No puedes —dijo Ryan, molesto por el hombre que de alguna manera había convencido a Susie de casarse con él—. ¿Por qué no te vas a casa, Henry? No hay nada que hacer aquí. Me aseguraré de que alguien te llame más tarde con una actualización.

—No me iré hasta que vea a mi novia —dijo Henry, con el rostro en una expresión obstinada.

Una enfermera con un sujetapapeles se acercó a ellos.

—Necesito un poco de papeleo —dijo, sosteniendo el tablero.

Henry llegó a él.

—Yo lo haré.

La enfermera levantó la ceja.

—¿Y tú eres?

—Su prometido.

Ryan tomó la tabla de ella.

—Yo me encargo de eso.

La enfermera miró de Henry a Ryan y negó mientras los dejaba pelear contra él

—¿Sabes siquiera su fecha de nacimiento? —preguntó Henry, con las manos en las caderas y la barbilla levantada con indignación.

Hoy su pajarita era una amarilla de Paisley, y sus gafas de montura dorada se habían deslizado por su nariz, dándole el aspecto de un profesor chiflado. ¿Qué demonios tenía Susie que ver en este tipo?

—Ya es oficial —dijo Ryan—. Me estás molestando. —Se sentó en la sala de espera e hizo lo mejor que pudo para completarlos formularios. Igual que un mosquito molesto, Henry zumbó a su alrededor, mientras Ryan hacía algunos cálculos rápidos para determinar el año en que Susie nació antes de que Henry pudiera darse cuenta de que no se lo sabía de memoria. Pero sí, se sabía su cumpleaños.

¿Por qué clase de imbécil lo tomaba Henry? *Por el tipo olvidadizo desatento*, Ryan admitió para sí mismo. El tipo que olvidó su cumpleaños, se olvidó de nuestro aniversario, y de casi todo lo demás que le importaba. Ryan miró a Henry, quien se paseó a lo largo de la sala de espera. *Dios mío. No la merezco. No la merezco, y él sí.* El pensamiento le aterrorizaba, casi tanto como ver su punto anafiláctico de shock. Un médico entró en la sala de espera.

—¿Sr. Sanderson?

Ryan se puso de pie tan rápido como sus costillas se lo permitieron y le dio la mano al médico.

—Es un honor conocerlo—, dijo el médico—. Soy un gran fan.

—Gracias.

Henry gimió y rodó los ojos

—¿Cómo está Susannah?

—Está bien. Su presión arterial es mejor, y todos sus otros órganos vitales están dentro de los rangos normales. Le administró la epinefrina antes de que se produjera algún daño, Sr. Sanderson.

—Genial —murmuró Henry—. Eso es simplemente genial.

—¿Crees que podrías callarte? —dijo Ryan a Henry—. ¿Puedo verla? —le preguntó Ryan al médico.

Él asintió.

—Ella está preguntando por usted.

—Claro que no. —Henry soltó un bufido.

—¿Quién es usted?

—Su prometido.

El médico miró a Ryan por su confirmación. Ryan se encogió de hombros.

—Lo siento, pero mi paciente está preguntando por el señor Sanderson —le dijo el médico a Henry.

—Si te doy cinco minutos con ella, ¿te irás? —le preguntó Ryan a Henry.

Henry reunió la feroz mirada de Ryan con una de las suyas

—Por ahora —dijo finalmente.

—Bien. Ve.

Después de que Henry se escabullera con el médico, Ryan se sentó en una silla dura. Tenía las piernas débiles de sus propias lesiones y la conmoción del súbito ataque de Susie. Mientras se daba cuenta de lo cerca que había llegado a perderla para siempre, se hizo aún más decidido a recuperarla. Este era el partido más importante de su vida, y tenía toda la intención de ganarlo.

Capítulo 3

Susannah estiró su mano para peinar suavemente el cabello de la frente de Henry.

—Estoy bien, de verdad —le aseguró—. Tuve suerte de que Ryan supiera exactamente qué hacer.

La mandíbula de Henry se apretó con tensión.

—Siempre es el héroe, ¿no?

—Me salvó la vida, Henry. ¿Te molesta eso?

—Por supuesto que no. Pero supongo que estaría señalando lo obvio diciendo que si no hubiera vuelto a tu vida no estarías en una cama de hospital en este momento.

Susannah suspiró.

—Eso no es justo.

—¿Sabes lo que no es justo? Que tu exesposo, la superestrella, me empujara a un lado apenas unas semanas antes de nuestra boda. ¿Es eso justo?

—No, no lo es. Es terriblemente injusto. —Ella le apretó la mano—. Te amo, Henry. Tienes que tener fe en eso y en mí.

—Lo tengo. —Pasó un dedo sobre una de las ronchas descoloridas de su mejilla—. Tengo toda la fe del mundo en ti, Susannah. Es de él de quien no me fío. Te lastimó tanto. No puedo simplemente sentarme y ver que eso suceda de nuevo.

—Shh, no lo hagas. Voy a estar bien, y en unas pocas semanas seré tu esposa. Estaré donde siempre debí haber estado... contigo. No puedo esperar hasta que tengamos el resto de nuestra vida para estar juntos.

Él se inclinó sobre la baranda para abrazarla. Dejando besos a lo largo de su mandíbula, dijo:

—No puedo esperar a finalmente tenerte de vuelta en mi cama otra vez. Once años es mucho tiempo para esperar por eso, también.

Ella sonrió.

—Estaremos encantados de haber esperado. Nuestra noche de bodas será súper memorable.

Sus orejas ardieron con color.

Susannah lo adoraba. Él era la única persona con quien siempre podía contar. Su devoción a ella nunca vacilaba, incluso después de que cometió el mayor error de su vida al dejarlo por Ryan cuando estaban en la universidad.

Había pagado un precio enorme por ese error, así como también Henry.

—Se acabó el tiempo —dijo Ryan desde la puerta.

Henry levantó la cabeza de su pecho y se inclinó para besarla castamente. Susannah pasó los dedos por su cabello y lo atrajo de vuelta para un beso más profundo.

—Te llamaré más tarde —dijo él, sin aliento por su apasionado beso. Ella asintió. Se dio media vuelta y se retiró sin mirar a Ryan.

—¿Te hace sentir como poderoso hacer que él se sienta pequeño? —preguntó ella.

Ryan entró en la habitación.

—Es bastante pequeño.

—En comparación contigo, es un gigante.

—Entonces, ¿por qué no estás acostándote con él?

Jadeó.

—¿Estabas escuchándonos?

—Escuché por casualidad.

—Me das asco.

—¿Eso significa que ya olvidaste que salvé tu vida? Pensé que mis actos heroicos me comprarían al menos un día de dulzura. Me siento engañado.

Sólo lo miró fijo sin responder. Él metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Su enorme presencia hacía que la pequeña habitación se sintiera llena de gente.

—¿Por qué no estás acostándote con él?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Apuesto a que sé el por qué —dijo con una sonrisa arrogante.

—No puedo esperar a escuchar.

—Tienes miedo de que te decepciones después de mí, y será mejor si estás casada cuando eso suceda.

Susannah luchó por evitar mostrar la indignación en su rostro. No le daría la satisfacción.

—Me temo que estás muy equivocado, pero ni siquiera trataré de explicarte mi relación con él. Ambos sabemos que eres incapaz de verdadera intimidad. Todo lo que tuvimos fue sexo, no intimidad.

Sus ojos brillaron con ira.

—Eso no es cierto —dijo él, dando un paso más cerca de su cama—. Era más que eso, y lo sabes. —Cuando sus costillas toparon con la baranda, su rostro se puso pálido y empezó a sudar. Extendió la mano para agarrarse de algo y tropezó al encontrar nada más que vacío.

—¡Ryan! ¿Qué pasa? —Cuando no respondió, llamó a una enfermera—. ¡Algo está mal con él!

La enfermera ayudó a Ryan a sentarse en una silla y le tomó el pulso.

—¿Cómo terminó tan lastimado?

Susannah se dio cuenta de que estaba tratando con una de las únicas tres personas que vivían en Denver y que no tenían idea de quién era Ryan Sanderson.

—Juega fútbol. Tres costillas rotas y una conmoción cerebral hace cuatro días.

La enfermera, que era lo suficientemente mayor como para ser su madre, chasqueó la lengua con desaprobación mientras apuntaba con una linterna sus pupilas.

—Tiene que sentarse. —Puso su brazo alrededor de Ryan—. Vamos, grandote.

No se resistió cuando ella lo ayudó a levantarse y lo llevó a la otra cama en la habitación.

—¿Sabes si ha tomado algo para el dolor hoy?

—No, no lo sé. —Susannah estaba más preocupada de lo que estaba dispuesta a admitir—. No estuve con él antes. ¿Está bien?

—Lo estará. Probablemente se excedió. Las conmociones cerebrales pueden jugarte una muy mala pasada si no tienes cuidado.

—Me salvó la vida antes —dijo Susannah en voz baja, con los ojos fijos en Ryan en la cama de al lado.

—Yo diría que eso probablemente califica como excederse —afirmó la enfermera con una sonrisa—. Enviaré un médico que los venga a revisar a ambos en un rato. —Miró a Ryan, quien parecía estar dormido—. Vaya que es un bribón bien guapo. Eres una chica con suerte.

—Sí —susurró Susannah después de que la enfermera saliera de la habitación—. Qué suerte la mía.



—Ambos tendrán que tomarlo con calma por unos días —dijo el doctor.

Susannah estaba centrada en el rostro de Ryan, el cual aún tenía que recuperar algo de su color habitual.

—Recibiste un golpe demasiado fuerte en la cabeza, y las costillas rotas no es algo que debas subestimar. Si no quieres que te ingrese, tendrás que prometerme que no harás nada más agotador que orinar por los próximos cinco o seis días. ¿Entiendes?

—Ajá —dijo Ryan.

—No me convence. No me importa quién seas, ya tengo una cama lista con tu nombre en ella si creo que no me estás tomando en serio.

—Entiendo, Doc. Descansaré.

Algo apaciguado, el médico se volvió a Susannah.

—Deberás sentirte mucho mejor para mañana, pero tuviste un colapso en tu sistema. También necesitas descansar y tomarte las cosas con calma.

—Me aseguraré de que lo haga —dijo Ryan.

El médico levantó una ceja.

—¿Y cómo harás eso cuando estés completamente acostado sobre tu espalda o en el hospital?

—Iremos a nuestra casa en Breckenridge mañana por la mañana —dijo Ryan.

—No, no lo haremos —dijo Susannah.

—Sí, lo haremos. Es justo lo que necesitamos: sin teléfonos, sin visitantes, sin distracciones.

—Eso suena perfecto —dijo el médico, aparentemente contento de que Ryan fuera a hacerle caso.

—¿Cómo llegarán allí?

—Haré que un par de mis amigos nos lleven.

—Entiende esto. —Susannah cruzó los brazos sobre su pecho—. Yo-No-Voy.

Ryan sacó su celular de su bolsillo.

—Ya veremos.

El médico los observaba divertido, lo cual incrementaba la irritación de Susannah.

—Adelante, llama a tu maldito abogado. No me importa.

—Si eso es lo que quieres. —Ryan presionó el número en su marcación rápida—. Habla Ryan Sanderson. ¿Puedo hablar con Terry, por favor?

Susannah clavó la vista en una mancha de agua en uno de los paneles del techo, mientras su corazón latía con fuerza.

Él no se atrevería.

—Hey, Terry —dijo Ryan—. Un poco mejor. Sí, fue todo un éxito, pero ganamos, así que valió la pena.

Susannah puso los ojos en blanco. ¿Valía la pena una conmoción cerebral y tres costillas rotas? Sí para Ryan. Todo lo que le importaba era el fútbol.

—Escucha, la razón por la que te llamo es que decidí ponerle freno al divorcio.

Luciendo incómodo de estar oyendo sus asuntos personales, el médico firmó el papeleo para dar de alta a Susannah, se lo entregó a ella, y salió de la habitación.

—Sé que debíamos regresar a la corte en nueve días, pero cambié de opinión. —Ryan escuchó un momento y luego miró a Susannah—. Ella está de acuerdo.

Susannah salió de la cama y tomó el teléfono de Ryan.

—No estoy de acuerdo, Terry —dijo ella, cerrando el teléfono con violencia.

—Pensaste que estaba bromeando, ¿verdad, querida? —preguntó con una sonrisa perezosa que la hizo querer golpearlo. O darle un beso. No, definitivamente darle una cachetada.

—Estás mintiendo. No detendrás el divorcio.

—El juez sabía lo que estaba haciendo cuando nos hizo esperar seis meses más antes de dar la sentencia final. Pudo ver que, a pesar de todo, todavía no terminábamos del todo el uno con el otro.

—¡Yo sí terminé! ¿Qué tengo que hacer para convencerte de eso?

—Pasa los próximos días conmigo en Breckenridge. Ya oíste al médico. Tengo que tomarlo con calma, y tú también. No tendremos un minuto de paz si nos quedamos en la ciudad. El teléfono estará sonando sin parar, la gente irá a visitar...

—Y me envenenará...

—¡Susie! Eso no es agradable. Sabes que fue un accidente.

Ella suspiró mientras se levantaba de la cama y se ponía sus zapatos.

—No puedo salir de la ciudad en estos momentos. Tengo el baile el próximo fin de semana y una boda que planear. No lo haré.

—Te traeré con un montón de tiempo de sobra para el baile, e irás. A menos que quieras que llame a Terry de nuevo...

—¿Qué se supone que debo decirle a Henry?

—Estoy seguro de que algo se te ocurrirá. —Ryan trató de empujarse a sí mismo a una posición sentada.

Sin pensarlo, Susannah se acercó para ayudarlo a levantarse.

Aprovechándose, puso sus brazos alrededor de ella, inclinó la cabeza y la besó suavemente. Le acarició la mejilla.

—Has recuperado tu color.

Asombrada por su audacia y su reacción ante el suave beso, Susannah solo pudo mirarlo. *¿Por qué tiene tal efecto en mí, y por qué mis rodillas todavía se sienten débiles cuando me mira de esa manera? ¡No me gusta eso!* Zafándose de él, salió de la habitación.

Bernie y Darling se paseaban en la sala de espera.

—¡Susie! —Darling corrió hacia ella—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Conmovida por la genuina preocupación en su rostro, lo abrazó—. Fue un accidente. No quiero que le des más vueltas.

—Lo siento mucho. No tenía idea de que fueras alérgica.

—No podías haberlo sabido. —Los descomunales jugadores de fútbol habían captado la atención de todos en la sala de espera—. Vamos a olvidarnos de ello, ¿de acuerdo?

—Um, sí, claro —dijo Darling—. Dame un año o dos.

Susannah se rió y alzó la mejilla para recibir un beso de Bernie.

—Te ves mucho mejor —dijo Bernie mientras Ryan se unía a ellos, provocando murmullos por toda la sala de espera—. Pero él se ve como el infierno, incluso peor que antes. ¿Qué pasó?

—Supongo que me “excedí” hoy. —Ryan se encogió de hombros—. Necesito un favor, chicos.

—Cualquier cosa —dijo Darling con una seriedad que divirtió a los demás.

—¿Podrían llevarnos a Breckenridge en la mañana? Uno de ustedes puede conducir mi coche y el otro seguirnos para que puedan regresar.

—No hay problema —dijo Bernie, poniendo su abrigo sobre los hombros de Susannah—. Vámonos. Hay que llevar a los dos a casa.

Cuando Ryan trató de poner su brazo alrededor de ella, Susannah se escurrió fuera de su alcance. Tendría que pensar rápido porque no había manera de que pudiera irse a la cabaña con él. Ryan no solo estaba tratando de escapar de la ciudad al hacer un plan para ir a Breckenridge. No, sabía que la cabaña le recordaría a los momentos en que había sido feliz con él, y que bajara sus defensas. No podía dejar que eso sucediera.

Mientras iba a casa en el asiento trasero del Mercedes de Bernie, Susannah estaba perpleja por la situación desde todos los ángulos. La llamada que Ryan le había hecho a su abogado la había sacudido. De repente, tenía miedo de presionarlo. Él no tenía nada que perder al detener su divorcio, pero ella sí.

Ella tenía un montón que perder, a Henry, su cordura, y la vida tranquila, sin complicaciones que había construido para sí misma en el último año. Su estómago se retorció con ansiedad cuando levantó la vista para encontrar a Ryan viéndola con diversión bailando en sus ojos. En ese momento, lo odiaba por lo que la estaba haciendo atravesar y por los sentimientos que trataba de resucitar, sentimientos que tenía guardados desde hace mucho tiempo y con los que trataba muy duro para olvidar. Cuando sus ojos se encontraron, su corazón se agitó con alarma al darse cuenta de que él y el juez tenían razón en una cosa: no habían terminado con el otro.



A la mañana siguiente, Susannah echaba humo en el asiento del pasajero del Escalade de Ryan mientras Bernie los conducía hacia el oeste hasta la cabaña en Breckenridge. Darling los seguía en su camioneta cuatro por cuatro. La nieve había empezado a caer mientras dejaban su exclusivo barrio de Cherry Hills en Denver, y el nublado día combinaba con su estado de ánimo. Ryan, quien estaba tendido en el asiento trasero, hablaba con Bernie mientras Susannah revivía la gran pelea que había tenido con Henry sobre el viaje a la cabaña. Había ignorado los reiterados esfuerzos de

Ryan para introducirla a la conversación, prefiriendo revisar el desorden que él estaba haciendo a su nueva y bien ordenada existencia.

¡Él no tiene derecho a hacer que vaya a ningún lugar donde no quiera ir!

Había tenido que entregar los planos finales para el Baile Blanco y Negro a su comité, diciéndole que había sido llamada para salir de la ciudad inesperadamente. *¡Eso era decir poco!* Pero no podía decirles que había sido chantajeada y prácticamente secuestrada por su famoso exmarido. Un chisme así agitaría años de cotilleo dentro de su círculo social. Era bastante malo que su visita al hospital se hubiera mencionado esa mañana en el Denver Post, y en la sección de deportes, ni menos. ¡Qué insulto! Sólo fue noticia porque estaba vinculada a él.

Su día había comenzado con una airada llamada de Henry que no había apreciado ver a su novia ser referida en el periódico como “la esposa del mariscal de los Mavericks de Denver, Ryan Sanderson”.

—¿Qué se supone que debo decirle a mis padres y amigos cuando vean eso? —había preguntado Henry.

Susannah había sido incapaz de darle una respuesta satisfactoria a esa pregunta porque no había una. Henry había pasado de enojado a furioso cuando le dijo que Ryan insistía en que tenían que ir a la cabaña por los próximos días.

—No voy a soportar esto, Susannah.

—¿Qué se supone que debo hacer? Si no voy, detendrá el divorcio, y ahí va nuestra boda. ¿Qué elección tengo?

—Estoy empezando a pensar que estás disfrutando de esto.

—¿Disfrutar de qué?

—De tener a dos hombres peleando por ti.

Ella le había colgado, y cuando la había llamado de nuevo diez minutos más tarde, había ignorado la llamada. En ese momento, no tenía nada que decirle a ninguno de ellos. Estaba harta de todos los hombres y de sus ilimitados egos.

—Tenía muchas ganas de esquiar —gimió Ryan mientras Bernie conducía por la ocupada ciudad de Breckenridge—. Estuve esperado todo el año para que terminara la temporada, y poder esquiar. Pero no este año.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Bernie—. Qué fastidio. Con suerte, podrás volver a las pistas en un par de semanas. Mientras tanto, no olvides que se supone que tienes que descansar mucho.

—Sí, papá —dijo Ryan con una sonrisa.

Cuando llegaron a la extensa serie de cabañas en las estribaciones de la montaña, Bernie y Darling no dejaron que Ryan o Susannah cargaran ni una cosa.

—Pon mis cosas en la habitación de invitados, por favor —le dijo Susannah a Darling.

Con una mirada nerviosa a Ryan, Darling tomó sus maletas.

Susannah respiró hondo antes de entrar a la casa que habían comprado justo después de que Ryan firmara con los Mavs. Cruzó el umbral y fue golpeada con un centenar de recuerdos, sentimientos y olores que, todo combinado, la agitó hasta las lágrimas.

Oh, él sabía lo que estaba haciendo al traernos aquí.

Debido a que Ryan había estado viviendo entre la cabaña y un apartamento en la ciudad desde su separación, se sorprendió al no encontrar nada del caos habitual que asociaba con él. De hecho, el lugar estaba impecable. El sonido de unos pesados pasos en el porche delantero la hizo enjuagarse las lágrimas.

Darling y Bernie entraron con sus maletas y la bolsa de lona de los Mavericks de Ryan. Pusieron las bolsas en los dormitorios y se unieron nuevamente a Susannah y a Ryan en el rústico salón.

Bernie salió al porche y volvió con una brazada de madera que llevó a la chimenea de piedra. Unos minutos más tarde, tenían una crepitante chimenea.

—Vamos a ir a la tienda de comestibles para abastecerlos —dijo Bernie—. ¿Alguna petición especial?

Susannah negó.

—Ella querrá al menos una caja de Coca-Cola Light —dijo Ryan—. Además, cereales *Total Raisin Bran*, plátanos, helado de vainilla francesa, y cualquier cosa que pueda ir en una ensalada. —Él arañó la barbilla de su mentón mientras estudiaba a Susannah—. Ah, sí, atún, galletas Triscuits, y queso cottage, también.

No quería estar impresionada por su memoria o conmovida por su atención, pero lo estaba.

—¿Memorizaste todo eso, Bern? —preguntó Darling.

—Creo que sí.

Cuando se fueron, Susannah entró en la habitación para desempacar, todavía furiosa de estar allí.

—¿Alguna vez volverás a hablarme? —preguntó Ryan.

Ella se giró para encontrarlo recostado contra el marco de la puerta.

—¿Qué quieres que diga? Tú parece tener todas las respuestas.

—Si tuviera todas las respuestas, nunca hubiéramos aterrizado en la corte de divorcio en primer lugar.

—Quiero dejar una cosa perfectamente clara, Ryan. Sólo estoy aquí porque me forzaste a venir.

—Forzar es más o menos una palabra fuerte. No es tan mala como chantaje, pero...

Ella levantó la mano para detenerlo.

—No quiero estar aquí. No quiero estar contigo. Quiero estar con Henry. Así que pasaré el tiempo hasta que decidas que tuviste suficiente de esta tonta farsa o hasta

nuestro día en el tribunal, lo que ocurra primero. ¿Hay alguna parte de eso que no entiendas?

—No, creo que lo entiendo. Incluso un tonto deportista puede entender español claramente.

Susannah odió que la entristeciera el dolor que irradió de él.

—Como no tengo planes para darme por vencido con nosotros en el corto plazo, ¿crees que podríamos ser cortés con el otro?

Ella se encogió de hombros.

—No me siento muy civilizada por el momento.

—Te amo, Susie.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ahórratelo.

—No te he dado muchas razones para creerlo, pero es cierto. Te amo. Te he amado durante tanto tiempo que no puedo imaginar algún día no amarte. Cuando te vi luchando por respirar ayer, me acordé otra vez que una vida sin ti no es vida en absoluto. Así que no tienes que ser civilizada. Ni siquiera tienes que hablar conmigo, pero yo sí hablaré contigo. Espero que escuches.

Después de que se fue, ella se sentó en la cama y lloró.

Capítulo 4

Bernie y Darling regresaron de la tienda de comestibles con suficiente comida como para alimentar a diez personas. Acomodaron todo y metieron suficiente leña para varios días. Los cuatro compartieron un almuerzo tranquilo en el que la tensión entre Ryan y Susannah era palpable.

Para llenar los incómodos silencios, Bernie y Darling hablaron de su siguiente viaje a la Casa Blanca donde el presidente les daría la bienvenida a los campeones del Super Bowl.

—¿Eso no suele suceder después? —preguntó Susannah.

—Este presidente es un gran fan de los Mavs —explicó Darling—. Limpió su agenda para poder vernos antes de que nos dispersáramos para la temporada baja.

Mientras se preparaban para volver a Denver, Bernie pidió un momento a solas con Susannah.

Ella agarró su abrigo y salió al porche con él.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Lo estaré.

Bernie miró a Ryan a través de la ventana.

—Es mi mejor amigo, y lo quiero como a un hermano. —Bernie llevó sus ojos de nuevo a Susannah—. Pero te quiero a ti, también. Si no quieres estar aquí con él, solo di la palabra, y te llevaré a casa.

—Parece bastante decidido a jugar en este escenario de rescate de último minuto —dijo Susannah con un suspiro—. No voy a volver con él. Te va a necesitar cuando finalmente lo acepte.

—Sé que puede ser un idiota torpe a veces... infiernos, yo también puedo serlo. Pregúntale a Mary Jane. Pero él es uno de los buenos, Susie. Confío en él con mi vida y la de mis hijos. Y si hay algo sobre él de lo que estoy seguro, es que te ama. Ustedes tuvieron un final duro, pero eso no quiere decir...

Desesperada por detener la dirección que la conversación estaba tomando, se puso de puntillas para besarle la mejilla.

—Aprecio lo que estás tratando de hacer, Bern. Realmente lo hago. Gracias por preocuparte, pero me quedaré y jugaré. Él parece necesitar un cierre.

—¿Qué hay de lo que necesitas tú?

Su rostro se levantó en una sonrisa irónica.

—Realmente nunca se ha tratado acerca de lo que yo necesito, ¿verdad?

—Si cambias de opinión y quieres ir a casa, llámame y vendré por ti. De día o de noche. Si estoy en Washington, enviaré a alguien más.

—Gracias.

La puerta se abrió, y Ryan salió con Darling.

—¿Listo? —le preguntó Darling a Bernie.

Bernie asintió, y ambos hombres abrazaron a Susannah.

—Dale un saludo al presidente de mi parte —dijo Ryan.

—Te echaremos de menos, hombre —dijo Darling—. ¿Estás seguro de que no puedes venir?

—He estado allí antes. Y además —añadió con una mirada significativa a Susannah—, tengo cosas más importantes que hacer en este momento.

Con su estómago hecho un nudo, Susannah despidió a sus amigos mientras conducían por el largo camino que llevaba de nuevo a la ciudad. Quería correr tras ellos, pero no parecía poder obligarse a caminar mientras se llenaba de ansiedad por lo completamente sola que estaba con Ryan.

—¿Te acuerdas de la primera vez que estuvimos aquí? —preguntó él—. Nunca vimos las Montañas Rocosas, pero había algo acerca de este lugar que nos encantó desde el primer minuto que lo vimos, ¿recuerdas? Después de crecer en Florida y Texas, no teníamos nada con qué compararlo, ¿no? Las montañas, los árboles y la nieve. El aire tan fresco y frío que casi dolía respirar. Por primera vez en mi vida tenía dinero, pero estábamos reacios a ceder a ese gran impulso de compra. ¿No fue así cómo lo llamaste? ¿Un impulso de compra?

Susannah se mantenía de espaldas a él como una defensa contra los recuerdos enterrados desde hace tiempo que estaba resucitando.

—Nunca me arrepentí, sin embargo, ¿verdad? ¿Qué habríamos hecho sin este lugar para escondernos durante esos locos primeros años con los Mavs? Sé que te encanta la mansión lujosa en la ciudad, pero esta es nuestra casa, Susie. Aquí es a donde pertenecemos. Sé que lo sientes, también.

Ella se dio la vuelta y se aseguró de no mirarlo o acercarse demasiado a sus doloridas costillas mientras pasaba junto a él en su camino a la casa. Una vez dentro, se dirigió a la habitación de invitados y cerró la puerta.



Susannah flotaba entre el sueño y la vigilia.

Música.

Una guitarra y canto.

Ryan.

Sus ojos se abrieron, y se quedó inmóvil para escuchar, sintiéndose como si acabara de despertar en una habitación extraña.

Oh, suspiró. No esa canción... eso no es jugar limpio, Ry.

Estaba tocando *You're in my heart* de Rod Stewart, la canción que habían bailado en su boda. La voz de Ryan era profunda, y su toque en la guitarra había mejorado dramáticamente desde la última vez que lo escuchó tocar. Hace unos tres años, había decidido aprender guitarra. Y como todo lo demás que comenzaba, la había dominado rápidamente.

Susannah estaba consternada al darse cuenta de que su canción estaba teniendo el efecto deseado. Le dolió el corazón cuando recordó su boda, apenas dos semanas después de que Ryan se graduara en Florida y dos semanas antes de que debiera reportarse al campamento de novatos de los Mavs. Había estado tan emocionada, tan enamorada y tan llena de esperanza de su futuro.

Eso fue hace mucho tiempo, se recordó. Y todo es diferente ahora.

La puerta se abrió.

—Hola —susurró él—. ¿Estás despierta?

La luz del pasillo contorneó la silueta de su gran figura.

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—Más o menos.

—Hice algo de cenar.

—¿Lo hiciste?

Él se rió entre dientes.

—No te emociones demasiado. Es sólo bistec y una ensalada.

—¿Y no lo compraste hecho?

—¡Qué graciosa! He estado viviendo solo desde hace un tiempo. Tuve que dominar la cocina.

—Un desarrollo interesante.

—Han habido unos cuantos. Me gustaría hablarte de ellos si me lo permites.

Susannah se quedó allí por un momento más, tratando de reunir la fortaleza que requería para poder estar en la misma habitación que él. Finalmente, se incorporó.

—Iré en un minuto.

—Está bien. —Él comenzó a alejarse, pero se volteó—. Me alegro de que estés aquí, Susie. Este lugar no sería el mismo sin ti.

Después de que se fue, ella se sentó en el borde de la cama por un largo tiempo antes de levantarse y entrar al cuarto de baño.

Cuando se aventuró en la sala de estar, se sentía como una visitante en la casa de otra persona, aunque todo estaba tal como lo había dejado. Mientras observaba el acogedor salón de estilo rústico, la chimenea de piedra que ocupaba toda una pared y el alto techo con las vigas de madera, se dio cuenta de lo mucho que había extrañado

estar allí y de lo mucho que extrañó a Ryan, también. Nerviosa al comprenderlo, dobló la manta Azteca que había quedado en una pila en el sofá, evidencia de que él había dormido la siesta, también. El hombre que rara vez dormía la siesta, a menudo lo hacía en esta cabaña, el único lugar donde se las arreglaba para relajarse por completo.

Vestido con camisa de franela roja y vaqueros viejos, Ryan apareció por la cubierta con un plato en la mano.

—¿Lista para comer?

Susannah pensó, como siempre, que nada en su apariencia lo delataba como el multimillonario que era. A pesar de todo su éxito, en muchos aspectos seguía siendo el mismo chico que la había escogido de una multitud en un restaurante en Gainesville hace más de once años.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó ella.

—Nada. —Le ofreció una silla en la mesa del comedor. Cuando se sentó, él encendió las velas y le sirvió una copa de vino tinto.

Su estómago se retorció con nervios.

—Ryan, esto es muy bonito y todo, pero...

Él le tomó la mano.

—Es sólo la cena. Siempre teníamos velas y vino, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Entonces no te preocupes. —Él le apretó la mano y luego se la soltó para que pudiera servirse la ensalada.

Después de comer en silencio durante varios minutos, ella dijo:

—Esto está muy bueno. Gracias.

—De nada. —Él volvió a llenar su copa de vino—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Puedo detenerte?

Él esbozó esa sonrisa que lo transformaba en una superestrella con las mujeres de Denver, y más allá.

—¿Por qué grabaste el Super Bowl?

Susannah se congeló.

—No lo hice.

—Sí, lo hiciste.

—No fue mi intención.

Él se echó a reír.

—¿Cómo se puede grabar accidentalmente el Super Bowl?

—Probablemente estaba ahí de cuando vivías allí.

Él negó.

—No —dijo en voz baja.

Susannah se puso a trabajar en terminar su cena.

—¿Lo grabaste porque yo estaba jugando?

Ella levantó la mirada para encontrar que la observaba atentamente y supo que no había razón para tratar de evadirlo. Él vería a través de ella, como siempre lo había hecho.

—Sí.

Sus ojos se iluminaron con placer y lo que podría haber sido esperanza.

—¿Por qué?

—Tenía planes con Henry esa noche, y pensé que podría querer verlo más tarde.

—¿Porque te hice una gran fanática del fútbol? —preguntó con una sonrisa triste.

—Algo así.

—¿Lo viste?

—No. —Ella tomó un largo trago de su vino—. Pero sabía que ganaste.

—¿Sabías que estaba lastimado?

Ella asintió.

—No sabía que era tan malo —dijo, señalando su cara magullada—. No sabía eso.

—Es por eso que no viste el juego, sin embargo, ¿no es así? Porque oíste que me lesioné. Todavía no puedes soportar ver eso, ¿verdad, nena?

—Basta, Ryan —susurró, sus ojos contradiciendo sus palabras, pesar de su deseo de permanecer al margen.

Él le tomó la mano.

—Siempre te afectaba que me lesionara. Odiaba eso.

Zafando su mano, ella gritó:

—¿Es eso tan malo? Que no me guste ver al hombre que yo... yo... —Consternada por lo que casi había dicho, la mano de Susannah voló hasta cubrir su boca.

—Al hombre que ¿qué? ¿Al hombre que amas? ¿Es eso lo que ibas a decir?

Desesperada por escapar de él, se levantó de la mesa y salió a la terraza. A lo lejos podía ver las luces parpadeantes de la ciudad de Breckenridge y las luces de esquí de noche bien iluminadas corriendo en la montaña. Temblando violentamente, dio un manotazo a las lágrimas que le dejaron helado el rostro. Ryan se acercó por detrás, y la envolvió en una manta y sus brazos fueron alrededor de ella.

—Ya terminé, Suze.

—¿Con qué? ¿Con tratar de conseguir que vuelva?

—No, con el fútbol. Me retiraré.

Ella soltó un bufido de risa.

—Sí, claro. Buena broma, Ry. Estás realmente encendido con humor esta noche, ¿no es así?

Él la giró para que quedaran enfrentados.

—No estoy bromeando. En cuanto el equipo vuelva de Washington, me voy a reunir con Duke y Chet —dijo, refiriéndose a su entrenador y al dueño del equipo.

—No lo harás.

—Lo haré. Tengo tres anillos de Super Bowl, un probable lugar en el Salón de la Fama, un Trofeo Heisman, y más dinero del que puedo gastar en la vida. Nada tengo que demostrarme a mí mismo o a nadie más. Quiero irme mientras todavía esté en la cima y mientras mi cuerpo todavía tenga algo de vida en él.

Susannah se le quedó mirando como si nunca lo hubiera visto antes.

—Lo digo en serio, Susie. —La sostuvo cerca, y ella lo dejó porque estaba congelándose—. Así que, si te quedas conmigo, no tendrías que vivir con el temor de que el hombre que amas salga herido más.

Ella lo rechazó, pero tuvo cuidado de evitar las costillas rotas.

—Eso no cambia nada.

La tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Lo cambia todo. Hay otra razón por la que me retiraré, y es mucho más importante que todas las otras.

Trató de apartar la mirada de él, pero no se lo permitió.

—Quiero pasar todo el tiempo que pueda con mi esposa. Quiero que tengamos una familia.

Susannah cerró sus ojos ante el dolor y negó. Sus ojos se abrieron de golpe cuando sus labios fríos aterrizaron en los de ella. Encarcelada por sus fuertes brazos y la pesada manta, Susannah tenía miedo de lastimarlo si luchaba.

Sus labios se calentaron mientras se movían sobre los de ella. Él inclinó su cabeza para profundizarlo más, su lengua suave pero insistente.

Cuando ella recuperó sus sentidos, descubrió que su camisa estaba apretujada en sus manos. Tenía la boca abierta, su lengua envuelta alrededor de él, y no podía negar que le devolvió el beso.

—Jesús —jadeó él cuando fue a tomar aire. Su aliento salió como pequeñas nubes en el frío—. Susie... —Capturó su boca de nuevo, pero esta vez no hubo nada suave al respecto.

Ella empujó a su pecho.

—Detente. Ryan. Detente. No quiero esto.

—Podrías haberme alejado —susurró él mientras dejaba besos calientes a lo largo de su mandíbula y luego le daba una vuelta al lóbulo de su oreja entre sus dientes.

—Por favor —gimió ella—. No quiero hacerte daño luchando contigo, pero si no me dejas ir ahora mismo voy a lastimarte.

Él dejó lo que estaba haciendo en su oreja y se apartó de ella.

—Lo siento —dijo mientras arrastraba sus manos a través de su mata de cabello—. No puedo evitarlo. Te deseo tanto, Susie. Lo único en lo que puedo pensar es en cómo era entre nosotros cuando toda estaba bien... muy, muy bien.

Con sus manos ahora sobre sus hombros, apoyó su frente contra la de ella.

—Antes de que todo... sucediera. Sé que lo recuerdas. No me puedes convencer de que no lo haces. Quiero que encontremos nuestro camino de regreso a las cosas buenas. ¿No podemos hacer eso? ¿No podemos intentarlo, por favor?

Ella temblaba. Ya fuera por el frío o el anhelo que oía en su voz no podía decirlo. Él puso su brazo alrededor de ella y la llevó adentro, instándola a sentarse delante de la chimenea. Después de meter más leña al fuego ardiente, se acomodó junto a ella, gruñendo ante el contacto con el suelo.

—¿Estás adolorido? —le preguntó ella.

—No es tan malo como ayer.

Ella se dio cuenta de que lo sorprendió cuando tomó su mano.

—Quiero que sepas que escuché todo lo que dijiste ahí. Y antes, también.

—Lo dije en serio. Todo.

—Lo sé.

Sus ojos marrones se abrieron.

—¿Lo haces? ¿Me crees?

Ella asintió.

Él parecía que podía llorar cuando se estiró hacia ella.

—Será diferente esta vez, Susie. Te lo prometo. Tú serás lo primero.

Ella suavemente se desenredó de su abrazo.

—Me he dado cuenta de algo en los últimos días.

—¿De qué, nena? —preguntó, metiendo un mechón de cabello detrás de su oreja.

—De que te amo, Ryan. Lo hago.

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Fui una loca al pensar que terminaría solo porque ya no estábamos juntos. —Ella lo agarró de las manos—. Pero también han ocurrido muchas cosas para que recuperemos lo que teníamos

—No —protestó él—. Eso no es cierto. Nos amamos. ¿Qué más hay?

—Esperé años, Ryan, demasiados años para tener exactamente el tipo de conversación que tuvimos esta noche. Pero siempre había algo que era más importante, algo que tenías que atender, o alguien más.



—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó él con vehemencia.

—No importa ahora. Nada lo hace. Ya es demasiado tarde. Tienes que aceptar eso y dejarme ir.

—Nunca.

—Me lo prometiste. Dijiste que si te daba estos diez días y todavía quería el divorcio me lo darías. Me prometiste que no interferirías con Henry y conmigo. Te haré cumplir eso.

—Tengo ocho días aún, y ahora sé que todavía me amas —dijo con una sonrisa arrogante que era característica de él—. Y si no me quisieras más, no me habrías besado como lo hiciste. Así que, de la manera en que lo veo, todavía estoy en el juego.

Con un suspiro de exasperación, ella se levantó del suelo.

—Tenías razón cuando dijiste que era hora de retirarse, Ry. Salgamos mientras todavía estamos en la cima. Buenas noches.

Capítulo 5

Susannah daba vueltas. Escuchó a Ryan tocar su guitarra y todavía estaba despierta cuando él se deslizó en su habitación, le apartó el cabello del rostro, y besó su frente.

—Te amo, Susie —susurró—. Te amo más que a nada.

Haciéndose la dormida, se esforzó por mantener su respiración constante mientras su corazón latía con fuerza. Él se fue tan calladamente como había llegado. Cuando escuchó la ducha en el dormitorio principal, lloró amargamente en su almohada.

¿Cuánto tiempo deseé que se entregara a mí de esta manera? Sólo ahora que piensa en dejar el fútbol será primera para él. Ya es demasiado tarde. Ahogada por los sollozos, se acordó de todas las noches que había llorado hasta quedarse dormida por el hombre que una vez más ocupaba cada uno de sus pensamientos.

No puedo hacerme atravesar esto una segunda vez. Le he sido infiel a Henry besando a Ryan como si besar estuviera de moda. Henry... te mereces algo mucho mejor. Te he decepcionado tantas veces en el pasado. No puedo dejar que suceda de nuevo.

Simplemente no puedo.

Desesperada.

¿Había alguna otra palabra para describir lo que sentía en ese momento? Desde sus principios con Ryan había sido succionada a su órbita. Salió de la universidad para casarse con él, y se mudó a Denver cuando él firmó con los Mavs. Su vida había girado en torno de él durante tanto tiempo que cuando terminó su matrimonio, se dio cuenta que no tenía ni idea de quién era sin él. Había pasado el último año descubriendo eso y estaba en la senda de construir una nueva vida, cuando él se había abalanzado de nuevo, poniendo su vida patas para arriba de la manera en que sólo Ryan podía.

Sus sorbidos se convirtieron en hipo mientras cálidas, amargas lágrimas continuaron cayendo en cascada por su rostro.

—¿Susie?

Ella reprimió un gemido.

—Vete a la cama, Ryan.

Él entró y se sentó con cuidado en el borde de la cama.

—¿Estás llorando? —Estirándose para acariciarle el rostro, dijo—: ¡Lo estás haciendo! Nena, ¿qué pasa?

La luz que entraba por el pasillo hizo posible que viera que estaba en boxers. Su cabello mojado estaba peinado hacia atrás, enmarcando su rostro recién afeitado.

Seguía siendo el hombre más hermoso que había visto en su vida, y que Dios la ayudara ya que todavía lo deseaba.

—No pasa nada —dijo—. Ve a acostarte. Por favor.

—No puedo dejarte aquí triste y sola.

—¿Por qué no? Ya lo has hecho antes.

Él hizo una mueca.

Ella no podía ver sus ojos, pero podía imaginar el destello de ira y dolor. Sus propios ojos se inundaron de nuevas lágrimas.

—Susannah... estás rompiendo mi corazón.

—Tú rompiste el mío —dijo ella entre sollozos—. Más de una vez.

—Lo siento —dijo en tono suplicante—. Eres la última persona en el mundo que alguna vez quise lastimar. Tienes que saber eso. —Se estiró y la levantó, metiéndola dentro de sus brazos—. Cometí errores —dijo, pasando una mano sobre su cabello—. No niego eso, pero quiero hacer lo correcto. Tienes que ayudarme a hacer las cosas bien.

—No tengo que hacer nada —replicó ella—. El tiempo para hacer lo correcto fue cuando te rogué que participaras en nuestro matrimonio. Estás tan acostumbrado a conseguir todo lo que quieres que no tienes ni idea de cómo tratar con la palabra *no*, ¿verdad?

—No conseguí todo lo que quería —le recordó.

Se apartó de él, incrédula.

—No llegar a jugar para los Cowboys no cuenta.

—Nunca entendiste cómo me sentía acerca eso, así que no espero que lo hagas ahora.

Ella lo miró con incredulidad.

—Tuviste una carrera por la que la mayoría de los hombres venderían su alma, y sin embargo todavía te alimentas de esa vieja herida, ¿verdad? Has sido tan bendecido que no puedes ver lo estúpido que es.

—Sé que he sido bendecido, y ahora sé que estaba destinado a jugar para los Mavs, aunque crecí soñando con una carrera con los Cowboys. No tendría tres anillos de Super Bowl si los Cowboys me hubieran reclutado. Entiendo eso... ahora.

Nunca lo había oído decir eso antes, y la revelación era intrigante. Él había cambiado.

—Ryan, no quise decir...

Sacudió la cabeza para detenerla.

—Dijeron que era el mejor jugador de fútbol de la secundaria que venía de Texas en una década, pero no llegué a jugar para el equipo con el que crecí adorando. Sé que piensas que es tonto a la luz de todo lo que he tenido con los Mavs, pero me dolió. No

espero que lo entiendas. ¿Por qué lo harías? Después de todo, fui yo el que te explicó que el mariscal de campo es la persona que lanza la pelota.

Ella se rió cuando recordó su sorpresa al descubrir que no sabía absolutamente nada acerca de fútbol y que no estaba entre las legiones de fieles de Florida que pasaban los sábados del otoño en The Swamp en el altar de Ryan Sanderson.

—Y nadie lanza el balón mejor que tú —dijo suavemente, lamentando ahora haber tirado de la costra de una vieja herida—. Disculpa por no haber intentado más duro tratar de entender cuánto te dolió.

Él se encogió de hombros.

—Es una noticia vieja ahora y, en retrospectiva, creo que fue un poco tonto. Casi no tengo nada de qué quejarme, ¿no? ¿Cómo llegamos a este tema viejo y cansado, de todos modos?

Ella sonrió.

—Creo que empezó conmigo diciendo que tienes todo lo que quieres.

—Ah, sí —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Y algo acerca de que no entiendo la palabra “no”, si mal no recuerdo.

La diversión se desvaneció en deseo cuando sus ojos se encontraron en la oscuridad.

Él pasó los dedos por su cabello y tiró suavemente, moviendo su rostro hacia arriba.

—Bésame —susurró.

—No —dijo ella, a pesar de que se quemaba por él. Un largo momento pasó antes de que quitara la mano de su cabello y la ayudara a bajar a su almohada. La besó en la frente, susurrando:

—¿Ves? Puedo aceptar un no por respuesta.

Susannah permaneció despierta durante mucho tiempo después de que él se fue, deseando que se hubiera quedado y preocupada por lo que podría haber hecho si él no hubiera tomado un no por respuesta.



Ryan le llevó el desayuno a la cama a la mañana siguiente: café, tostadas, huevos revueltos, jugo y una ramita de árbol de hoja perenne en un florero.

—No pude encontrar una rosa —dijo con una sonrisa tímida e insegura.

—Las rosas no son muy fanáticas de la nieve —dijo, impresionada y conmovida por el esfuerzo que estaba haciendo. Se sentó y pasó los dedos por su cabello, preocupada de que pareciera salida de un naufragio.

Él apoyó la bandeja en su regazo y la besó en la mejilla.

—Te ves hermosa en la mañana. Nunca me creías cuando te decía eso.

Que leyera sus pensamientos tan fácilmente era más que un poco desconcertante. Que fuera tan diferente del Ryan que había llegado a conocer era aterrador. No tenía idea de cómo protegerse a sí misma de esta nueva, sensible, atenta versión de Ryan. Alcanzando la taza de café en la bandeja, tomó un largo trago, esperando que despertara sus defensas, porque en ese momento se estaban perdiendo.

—¿Crees que tal vez podrías quitarte eso mientras estamos aquí? —preguntó.

—¿Qué?

Él asintió a su anillo de compromiso.

—No.

Sentado en la cama, le tomó la mano y pasó su pulgar por el anillo.

—¿Qué hiciste con los anillos que te di?

—Están en la caja fuerte en casa.

—Pensé que los habrías vendido o algo así.

—¿Por qué? No necesito el dinero. Viste eso.

Él se encogió de hombros.

—Me imaginé que serían un mal recuerdo, como yo.

—No eres un mal recuerdo. Bueno, no del todo...

Su risa llenó la habitación, pero su sonrisa se desvaneció cuando el celular de Susannah sonó. Se levantó y tomó su bolsa, dejándola caer en la cama junto a ella.

—Lo siento —dijo con una débil sonrisa. Tenían una regla sobre que no había teléfonos en la cabaña. Nunca habían tenido un teléfono instalado allí y solían hacer un gran espectáculo en apagar sus celulares al minuto que entraban en la ciudad de Breckenridge. Susannah había estado tan molesta con él cuando llegaron el día anterior que no había pensado en ello—. ¿Hola? —dijo mientras Ryan salía de la habitación.

—Susannah —dijo su hermana—. ¿Qué demonios está pasando ahí?

—Hola a ti también, Missy —dijo con un suspiro.

—Acabo de hablar por teléfono con Henry. Está fuera de sí. Dime que no hablaba en serio acerca de que estás en Breckenridge con Ryan.

—Ojalá pudiera.

—Aaarsh, ¡ese podrido hijo de puta! —La maldición sonó casi cómica en el acento musical de Missy.

La hermana de Susannah, que vivía en Savannah, era la última belle⁶ del sur.

—¿De verdad te amenazó con cancelar el divorcio si no ibas con él?

⁶ **Belle del Sur:** Arquetipo con el que se denominaba a las solteras de clase alta, quienes disfrutaban de gran popularidad y de la moda durante el siglo 19.

—Sí.

—¡Eso es una barbaridad! ¿Hablaste con tu abogado? No puede hacer eso.

—Tiene todo el poder, Miss. No es como si él estuviera comprometido con otra.

—Está haciendo esto porque estás comprometida con Henry. Su rampante ego no puede manejar la idea de que estés con otro hombre.

—No sé si sea sólo eso. —Susannah mordisqueó el desayuno que él había hecho para ella mientras hablaba con su hermana—. Parece diferente de alguna manera. Realmente no puedo poner mi dedo en lo que es, pero cambió.

—Oh, Susannah, por favor. ¡Dime que me estás tomando el pelo! Ryan Sanderson nunca cambiará. El universo gira alrededor de él, y siempre lo ha hecho. No puedes haber olvidado cómo era tu vida con él, sobre todo en los últimos años.

—No lo he hecho —dijo con otro suspiro profundo—. Dijo que se retirará del fútbol.

Melissa se rió mucho, y duro.

—¿Y te lo vas a creer? ¿Qué demonios te pasa cuando lo tienes cerca? Es como si hubieras sido abducida por extraterrestres o algo así.

No, sólo por mi exmarido.

—Parece hablar en serio —dijo Susannah dócilmente, preocupada ahora que Ryan la hubiera engañado. No sería la primera vez.

—Escúchame, Susannah. ¿Me estás escuchando?

—Sí —dijo Susannah débilmente.

—Ese hombre es veneno puro. Tu vida era todo acerca de él. Eras como un accesorio, no una esposa. No puedo verte ser aspirada de nuevo a eso. Trabajaste muy duro para liberarte de él. ¿Cómo puedes olvidar eso después de sólo unos días con él? ¿Y qué pasa con Henry?

—Lo sé, lo sé —dijo Susannah.

—Ese pobre hombre ha esperado toda su vida adulta para que regreses a tus sentidos y termines con esa obsesión que tienes con Ryan.

—No es una obsesión, Missy. Lo amo. Siempre lo amaré.

—Y siempre te lastimará porque no sabe cómo amar a nadie más que a él mismo.

—Eso no es cierto —protestó Susannah—. Me ama. Lo hace.

Melissa se quedó en silencio, lo que nunca era algo bueno.

—Di algo.

—Regresarás con él, ¿verdad?

—¡No! Nunca dije eso.

—Pero estás pensando en ello.

—No dije eso, tampoco.

—Es por lo que hizo por papá, ¿no es así? Es por eso que no le dirás que se vaya al infierno como haría cualquier persona racional. Te sientes obligada con él.

—No, no lo estoy. No hubo condiciones con lo que hizo.

Missy resopló.

—Eso es lo que piensas.

—Evitó que papá fuera a la cárcel y nuestros padres terminaran sin casa —le recordó Susannah a su hermana—. Deberías sentirte obligada a él, también.

—Es muy heroico tirar dinero en una situación, en especial cuando tienes un montón de ello para tirar.

—No tenía que hacerlo —dijo Susannah—. Lo hizo porque me ama y se preocupa por mi familia. —Se preguntó por un momento por qué se sentía tan obligada a defender a Ryan de su hermana. Se sentía correcto hacerlo.

—Él tiene tu cabeza retorciéndose de nuevo —dijo Missy con un suspiro—. No puedo soportarlo.

—Estás saltando a todo tipo de conclusiones y sólo voy a pasar un par de días con él.

—No soy la única que saltó a conclusiones, Susannah. ¿Hablaste con tu prometido hoy? ¿Lo recuerdas? Él sacó unas pocas conclusiones por sí mismo.

El estómago de Susannah se torció en nudos mientras pensaba en Henry.

—Bueno, me tengo que ir —dijo Missy—. George y yo estamos planeando decirles a mamá y a papá que estamos saliendo en la boda... Si es que hay boda.

—La habrá —insistió Susannah.

—Si eso es lo que quieres, entonces escucha el consejo de tu hermana mayor, termina con lo que sea que tienes con Ryan y vuelve con tu prometido. Las bodas tienden a salir mejor cuando la novia no está conviviendo con su exmarido.

—Vaya, gracias, Missy. No sé lo que hubiera hecho sin tu consejo.

—Podrías hacerlo con menos sarcasmo y más sentido común.

—No sueltes la boca sobre esto con papá y mamá.

—No soñaría con disgustarlos diciéndoles que has regresado con él.

—No he regresado con él —insistió Susannah.

—¿A quién estás tratando de convencer, Susannah? ¿A mí o a ti? Me tengo que ir. George y yo tenemos poco tiempo. Llámame en un par de días, y ten cuidado. Te quiero. No quiero verte lastimada de nuevo.

—Te quiero, también. Hablaré contigo pronto.

Susannah terminó la llamada, apagó el teléfono, y lo arrojó en su bolso. Se dejó caer contra las almohadas y exhaló un largo y profundo suspiro. Todo lo que su hermana había dicho era verdad, y Susannah lo sabía. Pero nadie, ni sus padres, ni su hermana, ni especialmente Henry, habían entendido alguna vez el vínculo especial que

compartía con Ryan. Mientras que otras mujeres envidiaban a su guapo, atractivo, exitoso, famoso marido, las personas más cercanas a ella habían cuestionado la pareja desde el principio. Incluso cuando Ryan contrató al mejor abogado de Florida para evitar que su padre fuera a la cárcel después de que su socio de negocios malversara los bienes de sus clientes, incluso entonces su familia retuvo la aprobación de su matrimonio con un atleta profesional. A pesar de su evidente devoción a Susannah, estaban convencidos de que eventualmente se desviaría. Oh, siempre fueron amables y corteses con él, pero Ryan nunca se sintió como un miembro de su familia, que era algo que quería desesperadamente después de crecer como el hijo único de una madre soltera que trabajaba en dos empleos para apoyarlos.

La cabeza de Susannah se sacudió mientras tomaba una ducha y se vestía. Llevando la bandeja del desayuno, fue a la sala, donde Ryan estaba estirado en el sofá con el control remoto dirigido a la televisión.

—Gracias de nuevo por el desayuno —dijo Susannah.

Sin apartar la vista de la televisión, él dijo:

—No hay problema.

Ella esperaba un desastre cuando fue a la impecable cocina, pero una vez más la sorprendió. El Ryan con el que solía vivir podría haber hecho el desayuno, pero hubiera dejado el desastre para que ella lidiara con él. Habían discutido acerca de contratar servicio tiempo atrás. Susannah había insistido en aquel entonces que al no trabajar, bien podría cuidar de su propia casa. Él no quería que tuviera que lidiar con eso, diciéndole que sus compromisos como voluntaria eran equivalentes a un puesto de trabajo a tiempo completo y que por eso podían permitirse ayuda. En verdad, ella no había querido a una extraña en su casa. Sus vidas eran tan públicas que tenía que estar en algún lugar donde pudieran estar completamente solos.

Puso sus platos en el lavavajillas y limpió la bandeja. La ramita de árbol de hoja perenne le llamó la atención. Susannah la recogió y aspiró el aroma fragante que le trajo recuerdos de árboles de Navidad y acogedoras vacaciones, algunas aquí en esta casa. Cuando no hubo nada más para mantenerla en la cocina, respiró hondo para prepararse e ir hacia él, preguntándose cómo pasaría ocho días más a solas con él.

Él entró en la cocina y volvió a llenar su taza de café.

—¿Qué quería tu no-amante?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Era Missy.

—Oh, otra de mis mayores fans. ¿Cómo está mi cuñada? —preguntó, inclinándose contra el mostrador. Ella se dio cuenta de que los moretones en su rostro comenzaban a volverse amarillos y a desvanecerse un poco.

—No está feliz de que esté aquí contigo.

—¿Por qué no me sorprende?

Susannah se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que te regañó.

—Y más.

Él levantó una ceja, divertido.

—¿Te acuerdas de lo que solíamos decir cuando teníamos ambiente de desaprobación de tu familia?

Susannah sintió que sus mejillas se calentaban de vergüenza.

—No lo digas.

—¿Por qué no? —preguntó, disfrutando de su malestar—. Si pudieran vernos en la cama, nunca preguntarían qué nos mantenía juntos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Se necesita más que buen sexo para mantener unido a un matrimonio. Descubrimos eso, ¿verdad?

Poniendo su taza sobre el mostrador, él cruzó la habitación y apoyó las manos en sus hombros.

—Lo que teníamos no era solo buen sexo. Era sexo grandioso. —La besó en la mejilla y luego en su cuello—. ¿Necesitas que te refresque la memoria?

—No, gracias. —Ella empujó suavemente su pecho—. Aprecio la oferta, sin embargo.

Él se rió entre dientes, pero no quitó los labios de su cuello.

—¿Quieres salir de aquí por un tiempo?

Perdiendo el equilibrio por la pregunta y tratando de no estar sin aliento por lo que él le estaba haciendo en su cuello, le preguntó:

—¿Y hacer qué?

—Podríamos tomar la moto de nieve para un paseo.

—¿Harías eso?

—Me siento mucho mejor hoy, y si no consigo un poco de aire voy a volverme loco.

Ella lo empujó con más insistencia mientras la advertencia de su hermana se hacía eco en su mente.

—Siempre fuiste un paciente terrible.

—No voy a negar eso.

—Estoy de acuerdo con el aire, pero no con la moto de nieve. ¿Qué tal si empezamos con un paseo?

Él hizo una mueca de disgusto.

—Sé que un paseo no saciará tu hambre de velocidad, pero un movimiento en falso en la moto de nieve te puede mandar directo al hospital.

—¿Por qué siempre tienes que actuar tan madura? —preguntó él, sus labios formando un puchero que lo redujo a un niño de doce años. Se había hecho la pregunta a menudo durante su vida en común.

—Uno de nosotros tiene que serlo —dijo ella, y la familiar réplica le dolió por lo que solía ser. Por la mirada en su rostro, él también lo sintió.

—Susie... —susurró, sosteniendo su cara entre las manos—. Dame un beso como lo hiciste anoche. Solo una vez.

Esta vez, ella no dijo que no. Lo besó porque quería hacerlo. Era tan simple como eso. Además, el nudo en su garganta hacía imposible que hiciera cualquier cosa excepto sostenerse mientras él aplastaba sus labios contra los de ella. Sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello, las manos en las caderas de ella moldeándola a él, y su pecho apretándose contra el suyo. El calor, la única cosa con la que siempre podía contar de él, ardió a través de ella, haciéndola sentir débil y con poder al mismo tiempo. Él había pedido solo un beso, por lo que se aseguró de darle el valor de su dinero. Para el momento en que se apartó de ella, Susannah se aferraba a él.

—Déjame hacerte el amor —le susurró al oído, enviando un temblor a través de ella—. Estuve despierto toda la noche pensando en lo que podría haber pasado si no hubieras dicho que no. Te deseo tanto, Susie. —La movió contra el mostrador para asegurarse de que podía sentirlo.

—No puedo. —Ella eludió su abrazo y se movió tan lejos de él como pudo sin salir de la habitación—. No puedo hacerle eso a Henry.

Ryan explotó.

—¡No quiero oír ni una palabra acerca de él! ¿Cómo puedes soportar estar con ese viejo de setenta años atrapado en el cuerpo de uno de treinta?

—¡Lo amo! —gritó Susannah.

—Si lo amaras no me habrías besado de la forma en que acabas de hacerlo, como lo hiciste anoche. ¡Me amas a mí! ¡Dijiste que lo hacías!

Susannah se echó a llorar.

Él se acercó y la tomó en sus brazos.

—Me amas —dijo en tono más suave, pero no menos urgente—. No lo deseas a él. Es por eso que no estás acostándote con él. Me quieres a mí.

—No quiero desearte —dijo ella, golpeando su pecho con los puños.

Antes de que pudiera conectar con sus costillas, él apretó su abrazo.

—No puedo hacer esto de nuevo, Ryan. Sobreviví apenas la primera vez, y la única razón por la que lo hice fue porque Henry estuvo allí para mí.

—Él siempre estaba ahí para ti. —Ryan echaba humo—. Ha sido la tercera persona en nuestro matrimonio desde el principio. Toleré tu amistad con él, pero siempre supe que estaba enamorado de ti. No podía esperar a que nos separáramos para poder lanzarse en picada y rescatarte.

—Eso no es cierto.

—¡Como el infierno que sí! Él ha estado envenenando tu mente contra mí durante años.

—No, no lo ha hecho —protestó Susannah, incluso mientras algo acerca de lo que Ryan decía sonaba a verdad. No podía recordar a Henry alguna vez diciendo algo bueno de Ryan, pero siempre había pensado que era porque lo había dejado por él. ¿Henry deliberadamente había tratado de sabotear su matrimonio?

—Me odia porque me amas, y lo sabe —dijo Ryan en voz baja—. Está dispuesto a casarse con una mujer que está enamorada de otro hombre. ¿Quién hace eso, Susie?

—¡Me ama!

—Sí, lo hace. Pero tú no lo amas. Él lo sabe, yo lo sé, y tú lo sabes. Lo sabes, Susie.

Atrapada por la verdad y abrumada por sus sentimientos por Ryan, Susannah se liberó a sí misma de él y salió de la habitación antes de que pudiera humillarse llorando de nuevo.

Capítulo 6

Ryan la vio marcharse y luego golpeó una de las sillas de la cocina con frustración. Hizo una mueca cuando el dolor subió por su sección media.

—¡Maldita sea!

Nada iba según lo planeado. No había esperado tomarse este tiempo para traerla. Había tenido tiempo más que suficiente el año pasado para pensar en lo que había salido mal entre él y Susie, y asumir la responsabilidad de su parte en ello, que era la mayor parte si era honesto. Estaba tratando de mostrarle que había cambiado, pero él estaba descubriendo que ella había cambiado, también.

Ya no era la chica con los ojos atentos que lo amaba incondicionalmente, que estuvo junto a él atravesando todos los altos y bajos de su ilustre carrera, y que lo hacía sentir adorado incluso en tiempos más difíciles. Esa chica había desaparecido y en su lugar estaba una mujer más grande, más sabia que no sería tan fácil domar esta vez.

Pero no podía renunciar, sobre todo ahora que sabía que todavía lo amaba. Necesitaban más tiempo. El único problema era que no tenía mucho tiempo. En poco más de una semana debían regresar a la corte, y a menos que de alguna manera pudiera convencerla de darle a su matrimonio otra oportunidad, le daría un divorcio que no quería. Si eso sucedía, ¿cómo se suponía que viviría el resto de su vida sin ella? Debido a que Susie ya no era susceptible a lo que a menudo le decían era su formidable encanto, tendría que llevar su juego a un nivel superior. Pero, ¿cómo? No tenía idea, pero tenía que pensar en algo, y rápido.

Desesperado y lleno de pánico, Ryan la buscó inútilmente por la casa. En el vestíbulo, se dio cuenta de que su abrigo tampoco estaba. Agarrando su abrigo, lo pasó por sus hombros y salió.

—¿Susie? —gritó, pero fue recibido por el silencio. El cielo estaba lleno de nubes tormentosas, y el aire pesado con humedad.

Seremos golpeados por más nieve, pensó, estudiando el cielo por un momento antes de mirar hacia abajo para encontrar sus huellas en la nieve vieja.

—¡Susie! —gritó, irrumpiendo en un trote que lo hizo dolorosamente consciente de su debilitado estado. No había recorrido el largo de un campo de fútbol cuando tuvo que detenerse para recuperar el aliento.

La encontró sobre una cresta que daba a la ciudad. Habían pasado muchas horas en ese lugar, pero no cuando la pendiente que conducía a la cresta estaba resbaladiza con hielo como ahora.

—Susie —dijo, débil por el esfuerzo y alivio—. Susie, baja de allí. Vamos.

Ella no se movió ni siquiera indicó que lo oyó.

—¡No podré hacer una maldita cosa por ti si te caes de la roca! —gritó, sin soltar su lado mientras intentaba recuperar el aliento—. Así que baja. ¡Ahora!

—Déjame en paz, Ryan. ¿Por favor me dejarías en paz?

Odió las lágrimas que vio en sus mejillas enrojecidas por el frío, y odió saber que era el responsable de ponerlas allí.

—Si no bajas, subiré.

—Subí yo sola, puedo bajar de esa manera también. Ahora, vete.

Él escaló la subida de unos cuantos metros con los ojos, gimiendo por dentro ante lo que le costaría subir allí en su condición actual. Alcanzando la primera muesca en la roca, se agarró de ahí y gruñó subía por la escarpada ladera.

—Oh, por el amor de Dios —dijo ella, descendiendo con facilidad. Se secó las manos en sus vaqueros y lo miró—. ¿Feliz ahora?

—No —dijo él—. No estoy feliz en este momento.

Ella trató de empujarse lejos de él, pero bloqueó su camino.

—Necesito que me dejes sola por un momento. —Sus ojos azules brillantes escupían fuego hacia él—. ¿Puedes hacer eso? No puedo pensar cuando estás ocupando todo el espacio.

Él luchó para ocultar su sonrisa.

—¿Aquí afuera? —Hizo un gesto a los álamos y pinos nevados—. ¿O allí dentro? —preguntó, apoyando un dedo en su pecho.

Ella golpeteó su mano.

—¡Uf! ¡Me estás volviendo loca!

—Lo mismo digo, querida. Me conduces a la locura. Me vuelves salvaje. Me trastornas. Eso es lo que he estado tratando de decirte.

—Bueno, he estado tratando de decirte que es el momento para que consigas un nuevo conductor, pero te niegas a escuchar otra cosa que lo que quieres oír.

—No quiero otro conductor. Te quiero a ti.

—¡No puedes tenerme! ¿Qué parte es la que no entiendes?

—Um, ¿la parte de “no puedo”?

Ella gritó con frustración.

—Podrías tener a cualquier mujer en esa ciudad. —Hizo un gesto hacia Breckenridge en la distancia—. Infiernos, podrías tener a tres a la vez, si eso es lo que hace flotar tu barco. ¿Por qué no te vas encontrar a alguien que te quiera y me dejas en paz?

—Tal vez pueda tener a cualquier mujer que quiera. —Trabajó en no mostrar que lo había herido al estar tan ansiosa para que encontrara a alguien más—. Pero lo único que quiero es a quien está de pie justo frente a mí.

—Bueno, lamento decepcionarte pero...

—Sé que estás esperando que me aburra de esto y me dé por vencido, porque eso es lo que hice en el pasado. Pero eso no va a suceder.

—Déjame preguntarte algo, Ryan.

—Todo lo que quieras.

—¿Qué pasaría, hablando hipotéticamente, si me “consiguieras”? —Hizo comillas con sus dedos—. ¿Qué sucedería entonces?

Se encogió de hombros.

—Pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos.

—Y cuando no estés en lo que consideras ser la pelea de tu vida, ¿vas a estar así de preocupado como ahora por cómo me siento y lo que pienso y si soy feliz?

—Por supuesto que lo haré —balbuceó—. Lo haré.

Ella resopló.

—Lo que sea. Una vez que la emoción de la persecución se haya ido, la emoción se habrá ido también, y vamos a estar de vuelta en la normalidad, que es el gran y maravilloso Ryan Sanderson y yo siendo un mueble en su vida. No me puedes convencer de que algo sería diferente.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Se dijo que debía callarse antes de decir algo que no pudiera recuperar. Pero de alguna manera su boca nunca recibió el mensaje de su cerebro.

—Oh, por favor, ilumíname. —Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—Nunca me perdonaste.

—¿Por?

Él dio una patada en la nieve con la punta de su bota.

—Ya sabes.

Su rostro se puso pálido.

—No vayas allí. Eso está completa y totalmente fuera de los límites. —Pasó junto a él.

—¿Por qué? —La persiguió—. ¿Por qué está fuera de los límites? Nunca hablaste conmigo al respecto. Sé que hablaste con otras personas al respecto. ¿Por qué no conmigo? ¿Por qué no con la única persona en el mundo que se siente de la misma manera que tú?

Se detuvo y se volvió hacia él, una mirada de incredulidad en su rostro.

—Tú no sientes lo mismo que yo, ¡y tienes mucho valor para decir eso!

—¿Por qué? —exclamó él—. ¿Porque no fui el que lo cargó? ¡Eso no significa que no lo quería! Lo quería. ¡Más de lo que he querido algo en mi vida!

Susannah se puso las manos sobre sus orejas y sacudió la cabeza.

—Por favor, detente.

Él alargó la mano hacia su brazo.

—No, no voy a detenerme —dijo, avanzando hacia adelante a pesar del daño que hacía que cada terminación nerviosa de su cuerpo se sintiera como si estuviera en llamas—. Esta conversación ha estado largamente atrasada. Es la razón por la que estamos al borde de un divorcio.

—No es la única razón.

—Es una grande, y nada volvió a ser igual después de eso. Háblame, Susie —suplicó—. Necesitaba compartirlo contigo, pero tú te cerraste y me dejaste fuera.

—¡Te fuiste a trabajar! —Ella zafó su brazo—. Si querías compartirlo conmigo, deberías haberte quedado en casa.

Siguiéndola mientras avanzaba de nuevo por el camino, le dijo:

—Tenía un trabajo que hacer. Mi equipo contaba conmigo.

—Tu esposa estaba contando contigo —le disparó por encima del hombro.

—Mi esposa me trató como si todo fuera mi culpa. Volver al trabajo fue un alivio.

—Qué típico. Por supuesto que fue todo acerca de ti. —Sus movimientos fueron espasmódicos mientras entraba en la cabaña y se quitaba el abrigo.

Él colgó su abrigo junto al de ella y reunió toda su fuerza para ir adelante, sabiendo que si no lo hacía, nada importaría.

—No fue todo sobre mí, Susie —dijo en tono tranquilo mientras luchaba por controlar sus emociones—. Pero no fue todo acerca de ti, tampoco. Yo estaba en esa habitación cuando no pudieron encontrar los latidos de su corazón. Estuve ahí contigo. Y luego tuve que ver a mi esposa dar a luz a un bebé que sabía que estaba muerto. —Su voz se atoró—. Así que no trates de decirme que no me sucedió a mí, también. —Se acercó detrás de ella y apoyó las manos en sus hombros encorvados—. Fue lo peor que me ha pasado —susurró—. Incluso peor que perder a mi madre.

Los sollozos sacudieron su pequeño cuerpo.

—Fue mi culpa.

—¿Qué? —Él le dio la vuelta para poder ver su rostro—. ¿Por qué dices eso?

—Debí haber hecho algo malo. Se movía por todas partes. Durante treinta y dos semanas vivió en mi interior, y entonces desapareció. ¿Qué pudo haber pasado?

—Nadie lo sabe, nena. —Las lágrimas se deslizaron por su rostro—. Pero no fue tu culpa. Hiciste todo bien. Deseé poder ayudarte. Después. Quería estar allí para ti, pero tú no me querías. Eso me volvió loco, Susie. Sentí

que te había perdido, también. Por eso me fui de nuevo al trabajo. Sé que no debería haberlo hecho, pero no podía soportar la idea de pasar otro día en esa casa esperando a que te voltearas hacia mí. Tu madre y tu hermana estaban allí, así que sabía que estarías bien cuidada. Sólo necesitaba volver a algo que pudiera controlar.

—¿Y cómo salió?

Su boca se torció en una sonrisa irónica.

—Ya sabes. Fue la mayor paliza de mi carrera.

—Lo que llevó a toda la prensa a cubrir nuestra pérdida. Era nuestra, Ryan. Nunca debería haber estado en los periódicos.

Él apretó la mandíbula con vieja ira.

—Sé eso. Traté de averiguar quién lo filtró a la prensa, pero nunca lo logré. Estuve muy furioso por eso durante semanas.

Ella se encogió de hombros.

—Podría haber sido cualquiera, una enfermera del hospital, un entrenador del equipo. ¿Quién sabe? No importa. Nada importó, por mucho, mucho tiempo.

—He pensado en eso todos los días durante dos años —confesó Ryan—. Me imagino qué estaría haciendo, qué estaría diciendo, en lo que estaría interesado. Tengo esta imagen en mi mente de cómo podría ser, que tendría el cabello rubio como nosotros. Espero que hubiera tenido tus bonitos ojos azules y tal vez mis hoyuelos. Las chicas siempre se vuelven locas con ellos.

Susannah lo miró con sorpresa, sus ojos brillantes con nuevas lágrimas.

—No sabía que pensabas acerca de él de esa manera.

—Nunca me dejaste decírtelo. No podía soportar tener que fingir que no pasó nada cuando la peor cosa en el mundo había sucedido. Después de que Bernie y yo limpiamos su recámara antes de ir a casa, tú me gritaste durante horas. Yo era un desastre total, pero te negaste a dejarme incluso mencionar su nombre.

Ella negó.

—No.

—Justin —susurró Ryan—. Su nombre era Justin, y era nuestro hijo, Susie. Nuestro. —La jaló apretadamente contra él cuando ella rompió en sollozos—. Lo quería tanto como te quiero a ti, y lo echo de menos. Lo extraño todos los días. —Se removió las lágrimas del rostro—. Deberíamos haberlo intentado de nuevo.

—No pude —dijo ella—. No podía soportar la idea de que volviera a ocurrir.

—Los médicos dijeron que no había ninguna razón para creer que pasara. Fue una casualidad, nena. ¿Y no piensas que le debemos a nuestro hijo más que dejar que su muerte arruine nuestro matrimonio? Él no hubiera querido eso, Susie. Estuvimos tan contentos por tanto tiempo, y luego se acabó. Sólo así.

—No fue solo por lo que pasó con...

—Dilo, Susie. Di su nombre.

—Justin —susurró ella—. No fue solo a causa de él.

Él se sentó en el sofá y la hizo caer sobre su regazo, envolviendo sus brazos alrededor de ella.

—No sirvió de nada que no hubiéramos podido compartir nuestra pérdida, que ambos recurriéramos a otras personas para que nos ayudara a atravesar eso.

—No —admitió ella—. Eso no ayudó. Lamento si sentiste como si te culpaba. No lo hice. Me sentía como si te hubiera fallado miserablemente.

—¿Fallarme? —Él no lo podía creer—. No me fallaste. Nunca me pudiste fallar.

—Sabía lo mucho que querías una familia propia, y quería darte eso. Quería hacer eso por ti.

—Ya lo hiciste. El día en que aceptaste casarte conmigo, tuve a mi familia. Tenerte a ti es más que suficiente. Justin y cualquier otro niño que pudiéramos haber tenido habrían sido la cereza del pastel.

Susannah lo miró fijamente, luciendo sorprendida por su confesión.

—Así que, ¿qué dices? —preguntó—. ¿Crees que me puedes perdonar?

—¿Por qué?

—Por volver a trabajar cuando me necesitabas. Por dejarte pensar que el fútbol era más importante para mí que tú, lo cual no lo fue, nunca.

Ella levantó una ceja escéptica.

—¿Nunca?

Él negó.

—Nunca.

Acariciando su mejilla amoratada, ella lo estudió por un largo tiempo.

—Ya te perdoné, Ryan. Te alejé después de todo lo que pasó. Tienes razón en eso. Sabía que lo estaba haciendo, y sabía que me arrepentiría de ello. —Se vio casi avergonzada—. En cierto modo, creo que te estaba poniendo a prueba.

—Supongo que fallé entonces, desgraciadamente, al reunirme con el equipo —dijo, sintiéndose enfermo cuando lo dijo.

—Hiciste lo que esperabas que hicieras.

—Debí haberme quedado. Si me hubieras dado la más mínima indicación de que me querías allí, me hubiera quedado. Hubiera sacrificado el resto de la temporada si hubiera pensado que sería importante para ti.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Realmente la cagamos, ¿no?

—No es nada que no podamos arreglar.

—Me voy a casar con otra persona —le recordó ella. Él levantó su barbilla y rozó sus labios sobre los de ella.

—No, no lo harás.

—Sí, lo haré.

Riéndose, él atrapó su labio inferior entre sus dientes.

—Te casarás sobre mi cadáver

—Si eso es lo que se necesita —dijo ella con una sonrisa descarada. Sus ojos bailaban con diversión, lo que prefería más a la devastación de unos minutos antes. Tiró su cabeza hacia atrás y se rió, pero fue silenciado cuando sintió sus labios sobre su cuello.

—Susie... —gimió—. ¿Qué estás haciendo?

—Recordando.

—¿Recordando, qué? —preguntó mientras ella se movía a su oreja, enviando una oleada de disparos de deseo directamente a través de él.

—Cómo podía conseguir que hicieras lo que yo quisiera con sólo unos besos bien colocados. —Ella pasó sus labios a lo largo de su mandíbula.

—Creo que lo que estás haciendo en este momento fue como conseguiste un cuarto decorado por completo con ardillas para mostrar la vajilla de la abuela Sally —dijo él secamente, pero su corazón se sentía como que iba a saltar de su pecho. Tenía dolor de nuevo, pero no de sus lesiones.

Ella se rió de su mueca contenida mientras la dejaba salirse con la suya.

—Entonces, ¿qué es lo que estás intentando conseguir ahora? —preguntó con una sonrisa, deslizando sus manos debajo de su suéter para encontrar la suave piel de su espalda. Había olvidado lo suave que era, como seda. Ella se sentía como en un sueño del que nunca quería despertar.

Dejó caer besos suaves en el lado maltrecho de su rostro.

—No estoy segura.

—Sólo para que estemos en la misma página, ahora sería un buen momento para pedirme lo que quieras.

—¿Qué tal un divorcio? —pidió con una sonrisa burlona. Picado, él la quitó de su regazo y se levantó—. Ryan...

Se mantuvo de espaldas a ella.

—Voy a dar un paseo.

Ella se levantó y se acercó a él. Descansando sus manos sobre su pecho, dijo:

—Lo siento. Eso no fue justo a la luz de lo que estaba haciendo...

Él la detuvo con un dedo en sus labios.

—Vuelvo en un rato.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Querías algo de tiempo para ti misma, y yo podría utilizar un minuto, también.

—¿Ry?

Se volvió hacia ella en su camino a la puerta.

—Realmente lo siento.

Con una breve inclinación de cabeza, él cerró la puerta tras de sí. Ella se dio cuenta después de que se fue, que había olvidado su gorro.

Capítulo 7

Ryan se fue durante mucho tiempo. Susannah hizo sopa y sándwiches de queso a la parrilla para el almuerzo, pero no regresó, y no podía comer hasta que lo hiciera. Durante su ausencia, la nieve comenzó a caer suavemente al principio y luego de manera más constante. Mientras ponía varios troncos en el fuego, le preocupaba que se hubiera caído, tal vez que volviera a lesionarse las costillas o algo peor.

La tarde había oscurecido, y ya se estaba paseando impaciente delante del fuego para cuando finalmente entró, su cabello blanco por la nieve y con la cara roja por el frío. Llevaba un periódico empapado.

Susannah voló por la habitación y saltó a sus brazos.

Siseó de dolor por el impacto, pero la levantó de todos modos.

—Lo siento. Fui mala, y me odio por lastimarte.

—Cállate, querida, y dame un beso, ¿quieres?

Sus labios estaban fríos y exigentes, pero el beso fue caliente, tan caliente que se fundió en él, ajena a la nieve descongelándose por todas partes, sobre ambos. La instó a que se echara sobre su espalda sin romper el beso.

Ella la quitó de sus hombros, y cayó sobre el húmedo suelo. Jalándolo hacia atrás, lo condujo a la chimenea y lo hizo a sentarse.

—Estás congelado. ¿Por qué te quedaste fuera durante tanto tiempo?

—Fui a la ciudad para conseguir el periódico.

Su boca se abrió.

—¿Caminaste seis kilómetros por el periódico? ¿Estás loco? ¡No deberías estar haciendo eso! Tienes un buen auto justo ahí.

—Necesitaba el ejercicio. Todo esto de andar por aquí me está convirtiendo en un fideo.

Ella le quitó las botas y frotó los pies a través de sus calcetines.

—¿Están bien tus costillas? ¿Te duelen?

—No me estaban doliendo hasta que escalaste por ellas —dijo con un tono de diversión, no de reproche. Juguetearando con su cabello agregó—. Me gusta esta Susie preocupada. Tendré que hacer que te preocupes por mí más a menudo.

—Todo lo que siempre hice fue preocuparme por ti.

Tomó sus manos para que dejara de frotar sus pies.

—Nunca me dijiste eso antes.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre estabas subiendo algo, escalando algo, volando algo, poniendo a prueba tus límites. Ya es bastante malo que dejaras que hombres de ciento cincuenta kilos se estrellaran contra ti para ganarte la vida. —Se estremeció—. Las otras cosas fueron insoportables. Pasé un montón de tiempo esperando que me avisaran que te habías quedado paralizado, o muerto.

—¿Por qué no me pediste que me detuviera?

—Porque eso sería como pedirte que dejaras de respirar. Es lo que eres. No podía pedirte que fueras alguien que no eras.

—Fuiste muy tonta, ¿sabes eso?

Ella resopló con indignación.

—¿Por qué me hace eso una tonta?

—Porque todo lo que tenías que hacer era decirme que te molestaba, y me hubiera detenido. —Besó sus manos—. El equipo odia mis actividades extracurriculares tanto como tú. Me metí en problemas con Chet más veces de las que puedo contar —dijo, refiriéndose al dueño del equipo—. Dice “el seguro no paga por la estupidez”. Si repite eso una vez más, lo habré escuchado una y mil veces.

—Tiene razón, pero por supuesto ya lo sabes.

Se encogió de hombros.

—Sólo se vive una vez.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Tienes hambre? Tengo preparado el almuerzo desde hace rato. Podría calentártelo.

—Claro. Gracias.

Se puso de pie y fue a la cocina. Cuando la comida estuvo lista, la llevó a la sala de estar en una bandeja. Ryan había inclinado la cabeza contra el sofá y sus ojos estaban cerrados. *Se excedió de nuevo*, pensó arrodillándose a su lado. Peinó el cabello mojado con sus dedos.

—Ry —susurró, trazando su mandíbula con su índice. No se movió, así que se inclinó y lo besó. Se despertó con un sobresalto y la miró fijamente.

—Hazlo de nuevo.

Ella mantuvo los ojos abiertos y fijos en los suyos cuando hizo lo que le pidió. Pero antes de que el beso pudiera salirse de control se apartó.

—Tienes que comer.

—¿Qué hiciste?

—Sopa de tomate y queso a la parrilla.

—Yum, comida de cabaña. —Aceptó el plato de sopa que le ofrecía—. Solía anhelar ese combo cuando estaba aquí solo.

—¿Por qué no lo preparaste?

—¿Sin ti? —preguntó horrorizado.

Ella sonrió.

—Come. Te hice los habituales tres sándwiches.

—Mi chica me conoce. —Vació el plato de sopa y devoró los tres sándwiches en el tiempo en que le tomó a Susannah comer uno.

—Cómo te las arreglas para comer de la manera en que lo haces y no ganar ni un gramo, nunca lo entenderé.

Con una gran sonrisa, dijo:

—Metabolismo, nena. —Alcanzó un libro de la mesa de café—. ¿Las Uvas de la Ira? ¿Estás leyendo esto?

—Sí.

—¿Por qué?

Ella se echó a reír.

—Es un clásico, sabes.

—Lo leí en la universidad.

—Yo también.

La miró con sorpresa.

—¿Retomaste la facultad?

—Ajá. Me tomé este semestre libre debido a la boda, pero debería estar terminando a finales de año. “Las Uvas de la Ira” está en la lista de lectura para el próximo semestre, así que pensé que podría avanzarlo.

—Eso está muy bien, Susie. Siempre me sentí tan mal porque dejaste la escuela para casarte conmigo.

—Dijimos que volvería, pero las cosas nunca salen como uno las planea.

Sonrió.

—Nada lo hizo.

—En el momento en que firmaste en la línea punteada con los Mavs, todo se volvió una locura.

—Fue emocionante, sin embargo, ¿no?

—Cuando no estaba aterrorizada, supongo que fue emocionante.

—¿Por qué estabas aterrorizada? No me acuerdo de eso.

Ella se encogió de hombros.

—Apenas me había casado. Quería instalarme y tener un hogar, pero teníamos obligaciones sin escalas, acontecimientos, recaudadores de fondos, fans, seguridad, dinero. Tanto dinero. Fue alucinante. Tenía tanto miedo de que te olvidaras que tenías esposa o que te olvidaras de volver a casa.

—Nunca lo hice, sin embargo, ¿no?

—Nunca olvidaste volver a casa.

—Nunca olvidé que tenía una esposa, tampoco —enfaticó.

—¿Nunca?

—Ni una sola vez. Nunca.

Susannah lo estudió por un momento.

—Todas esas mujeres, Ryan, arrojándose a donde quiera que fueras. ¿Me va a decir que nunca...? Ya sabes...

—Nunca te fui infiel. Nunca. Ni una sola vez. Nunca pensé en ello. Nunca lo consideré. Nunca lo hice. Todavía no lo he hecho.

—No hablas en serio —dijo, resoplando con incredulidad—. Rompimos hace más de un año. En todo ese tiempo...

—No ha habido nadie más.

Ella negó.

—Te conozco. Sé lo que... necesitas. Me parece muy difícil creerlo.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Hubo rumores cuando aún estábamos juntos —dijo en voz baja.

Su rostro se volvió tan tormentoso como el clima.

—Lo que oíste, nada de eso fue cierto. —Tomó su mano y la miró a los ojos—. Puedes creer en las malas lenguas o puedes creer a tu propio marido.

Susannah se debatía. Deseaba tanto creerle, pero había una persistente duda en su interior que la dejaba fría. Debió haber temblado porque él la atrajo hacia sí. En el momento en que estuvo cerca estuvo caliente de nuevo.

Le besó la parte superior de su cabeza.

—Tengo algo para ti.

—¿En serio? —Echó la cabeza hacia atrás para poder verlo.

—Quédate aquí. Ya vuelvo. —Se levantó, fue por el pasillo hasta el dormitorio, y regresó con una pequeña caja envuelta en papel aluminio rojo.

Desconcertada, ella preguntó:

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo he tenido durante un tiempo. Lo vi en una vitrina, en Houston, y he estado esperando que llegue la oportunidad de dártelo. —Se la dio—. Ábrela.

Rasgó el papel para encontrar una caja de joyero. Dentro había un dije: el número diez, con incrustaciones de diamantes.

—Ryan...

—Nuestro aniversario fue importante, y estábamos técnicamente todavía casados. —Se sentó al lado de ella junto al fuego y la rodeó con su brazo—. Me olvidé de una gran cantidad de cosas importantes cuando estábamos juntos, de cosas imperdonables. Pero quería que supieras que me acordé de nuestro décimo aniversario, a pesar de que no estuvimos juntos.

Susannah descansó su cabeza sobre sus rodillas y empezó a llorar. Ryan echó la cabeza en su hombro y le frotó la espalda.

—No tengo ni idea de qué hacer con este nuevo y mejorado Ryan.

—Podría ofrecer un par de sugerencias si eso ayuda.

Levantando la cabeza fuera de sus rodillas, sonrió y tocó el delicado dije.

—Me quedé sola en casa en nuestro aniversario. No vi a nadie ni tomé ninguna llamada. Me quedé en pijama todo el día.

—Yo vine aquí y tomé una larga caminata. Moría de ganas por llamarte. Debería haberlo hecho. Pero las cosas se habían puesto tan hostiles entre nosotros. Quería decirte que lo sentía y rogarte por otra oportunidad, pero no creo que ese fuera el día para hacerlo.

—Yo quería llamarte, también —confesó—. Eras el único con el que quería hablar ese día. No sé lo que te hubiera dicho. Sólo... te extrañaba.

La jaló a sus brazos, y ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Gracias por esto, y gracias por recordarlo —dijo, admirando el dije de nuevo—. Voy a añadirlo a mi pulsera.

—Iba a conseguir algo más grande, algo más significativo...

—No, esto es perfecto. No hay nada más que prefiera.

Lo regresó a la caja colocándolo sobre la mesa.

—También me va a recordar los diez días locos de un febrero.

—¿Diez días que tal vez sean el comienzo de algo nuevo?

Levantando la cabeza para mirarlo, dijo:

—Tal vez.

La besó con una pasión y una minuciosidad que los tomó a los dos por sorpresa. Ella se sorprendió al darse cuenta de que la atracción casi química que siempre habían tenido había crecido y se había intensificado durante su larga separación. Su lengua se enredó con la suya, y el sabor que era tan singularmente único alimentó su deseo queriendo más. Cuando deslizó su mano a la parte trasera de sus vaqueros, gimió y cayó encima de ella.

Sin romper el beso, llenó las manos con sus pechos y empujó su erección en la V entre sus piernas. Despegó sus labios de los de ella y se obligó a recuperar un poco el aliento.

—Susie... Dios, te deseo. Te deseo más que nunca antes.

Con una sonrisa tímida, ella levantó las caderas para presionarlas contra su palpitante erección.

—Lo sé. Puedo decirlo.

La miró durante un largo rato antes de agachar la cabeza y reclamar sus labios. Lo que había sido frenético ahora se volvió suave y sensual. El aire se sentía eléctrico con los sonidos de bocas húmedas, de urgentes gemidos, del crepitar del fuego, y del aullido del viento. Las luces parpadearon una vez, dos, y luego se apagaron.

Ryan levantó la cabeza.

—Estupendo —dijo con su sonrisa con hoyuelos que hizo que sus rodillas se volvieran débiles—. ¿No es romántico?

Ella se rió y lo trajo de vuelta a ella.

—Planeaste esto.

—Tienes toda la razón, lo hice. —La besó en las mejillas, nariz y barbilla.

En el momento en que regresó de nuevo a sus labios, Susannah estaba desesperada por él. Olvidándose de sus heridas, lo sostuvo apretado, e hizo una mueca.

—Oh, Dios, lo siento.

—Estoy bien —susurró contra sus labios mientras tiraba de su suéter—. Quítate esto.

Ella se sentó, consciente de que estaba a punto de cruzar la línea. Pero no estaba pensando en Henry o en su compromiso en ese momento. No, cada pensamiento y emoción pertenecía a Ryan. Sus ojos, intensos con deseo, la devoraron mientras esperaba sin aliento para ver si haría lo que le había pedido. Llena de su propio poder, dejó que sus dedos fueran al dobladillo. Se pasó la lengua por sus labios mientras esperaba y esperaba. Finalmente, su paciencia se agotó y lo hizo él mismo.

El suéter voló por encima de su cabeza y aterrizó en el sofá.

Arrastrando sus dedos sobre su pecho, ella le desabrochó la camisa y lo empujó a un lado. El vello en su musculoso pecho y estómago de lavadero era dorado brillante a la luz del fuego.

—Ry —susurró cuando descubrió los horribles moretones por encima y debajo de la venda en sus costillas—. Temo tocarte.

—No me voy a romper.

Cuidadosa de mantenerse alejada de su sección media acarició su pecho. Incluso magullado y maltrecho, era magnífico. Sus pezones se endurecieron mientras acariciaba el vello suave, para pasar la lengua por uno de ellos.

Estando tumbado en el suelo, exhaló una respiración larga y profunda, y cerró los ojos.

—Una vez no será suficiente —dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Hmm? —preguntó ella, interrumpiendo lo que le estaba haciendo a su pezón.

—Susie... —Con las manos en su cara, se encontró con sus ojos—. Si haces el amor conmigo y regresas a él, me vas a destrozar.

Sus palabras fueron como una ráfaga de aire frío. Ella se sentó y pasó los dedos por su cabello.

Alargó la mano hacia ella.

—Regresa.

Se acostó a su lado, apoyando la cabeza en su pecho.

—¿Estás lo suficientemente caliente? —preguntó.

—Sí.

—Hará frío aquí si la luz no regresa. Vamos a tener que dormir junto al fuego.

—Lo hemos hecho antes.

—Voy a conectar el generador para la nevera.

Le besó la mejilla.

—Ya vuelvo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, yo me las arreglo.

—Cuida esas costillas.

—Sí, mamá —dijo con una sonrisa burlona mientras se abrochaba la camisa y se ponía las botas. Antes de alejarse, la besó—. No vayas a ninguna parte.

—No lo haré.

Susannah se acurrucó a ver el fuego.

Si no me hubiera detenido, estaríamos haciendo el amor en este momento.

No pensaba a menudo en Ryan como alguien vulnerable, pero le había mostrado más con una simple declaración de lo que había hecho con todos los temas más grandes, más profundos que habían cubierto durante el transcurso de ese extraordinario día.

La luz del fuego se reflejaba en su anillo de compromiso, y se dio cuenta que no había pensado en Henry en horas.

De hecho, rara vez pensaba en él cuando no estaba con Ryan. Quería a Henry, pero no estaba enamorada de él. No podía estarlo porque todavía estaba enamorada de su esposo. Este tiempo a solas con Ryan le había mostrado eso. Ahora tenía que decidir si podía darle otra oportunidad.



Ryan pisoteó a través de la nieve al cobertizo donde guardaba la gasolina para el generador.

—Maldito idiota —murmuró en voz baja—. Podrías estar ahí con ella en este momento. ¿Por qué tuviste que detenerla?

Nunca había apreciado el agarre que tenía sobre él. Había sospechado a menudo que estaba esperando que se cansara de ella y pasara a convertirse en nada más que otra de las groupies siempre presentes que seguían al equipo de una ciudad a otra. Pero nunca se había cansado. En todo caso, se había vuelto tan dependiente que cuando lo dejó había estado completamente perdido.

Se había dicho a sí mismo en el inicio de su campaña de diez días que haría lo que fuera para recuperarla. Pero hoy había descubierto que tenía límites, y quería morir por mostrarle que lo había dejado indefenso. En algún lugar en el curso de la discusión del hijo que habían perdido, del aniversario que se habían perdido, y la vida que habían compartido, las apuestas habían subido. Ryan estaba aún más convencido de que si lo dejaba para siempre, no sobreviviría.

Capítulo 8

Cocinaron hot dogs en la chimenea y abrieron una botella de vino tinto. Después de que despachó su tercer hot dog movió el sofá más cerca al fuego. A apenas dos metros del fuego, la cabaña ya se ponía helada.

Susannah se acurrucó bajo una pesada manta y cogió el libro para leer con la luz del fuego. Ryan tomó su guitarra, pero metió los pies debajo del otro extremo de la manta.

—¿Tomas peticiones? —preguntó con una sonrisa después de que lo escuchó durante mucho tiempo.

—Depende de quién las haga.

Rió entre dientes.

—¿Qué quieres escuchar?

—Cualquier cosa de The Eagles.

Tocó una canción que no había oído antes, llamado "*No more Cloudy Days*", que era sobre las segundas oportunidades y nuevos romances.

—Me gusta eso —dijo Susannah suavemente.

—Se supone que debes estar leyendo.

—Prefiero escucharte. Lo haces muy bien.

—He tenido un montón de tiempo para practicar.

Tocó "*Peaceful Easy Feeling*", que sabía que era su canción favorita de The Eagles. El concierto continuó con una rebanada de "*American Pie*", un poco de Toby Keith, y terminó con una explosión de Kiss que la hizo aullar de risa.

—Hot dog y Kiss —dijo, recuperándose del ataque de risa—. Sólo otra noche con mi marido millonario.

Mantuvo los ojos fijos en ella mientras continuaba tocando la guitarra, cantando una melodía de su propia creación.

—“Ella me llamó su esposo, así que tengo que creerlo, me ama lo suficiente como para no irse. Me mira con sus ojos tan azules, y la amo más de lo que sé”.

Estaban separados un metro, pero la tocaba por todas partes.

—Tal vez es mejor que no renuncies a tu trabajo el domingo después de todo —dijo en un intento por ocultar sus verdaderos sentimientos

⁷No More Cloudy Days: No hay más días nublados.

—¿Estás insinuando que mi sueño de una segunda carrera como compositor es imposible? —preguntó, fingiéndose ofendido.

—Más o menos.

—Te gusta.

Se encogió de hombros simulando aburrimiento.

—Estuvo bien.

Riendo, dejó la guitarra e hizo un túnel debajo de la manta a su extremo en el sofá. Se acomodó y descansó su cabeza sobre su pierna.

—Lee para mí.

—Ya lo leíste —le recordó.

—No puedo recordarlo. Vamos. Léemelo.

—Bueno. Si insistes.

Se movió sobre su costado bueno, y Susannah le acarició la cabeza distraídamente. Absorta en la historia, no se dio cuenta cuando liberó dos de los botones inferiores de su camisa. Sus palabras se atascaron cuando él apretó los labios contra la piel que había descubierto.

—Sigue leyendo —susurró mientras abría dos botones más y le besaba los pechos a través de su sujetador.

Agarró un puñado de su cabello.

—Ry... ¿qué estás haciendo?

—Estaba escuchándote leer, pero luego te detuviste.

—No puedo leer cuando estás haciendo eso.

—¿Haciendo qué?

Abrumada, fue suave pero insistente cuando lo rechazó.

—Déjame levantar. Quiero cambiarme.

Se incorporó lentamente, ayudando su lado lesionado. Susannah corrió por el oscuro pasillo al dormitorio de invitados e hizo un trabajo rápido cambiándose a un camisón de franela y calcetines gruesos. Estaba temblando cuando fue al baño a lavarse la cara y cepillarse los dientes. No más de cinco minutos después volvió para encontrar que Ryan había inflado el colchón de aire que utilizaba los raros fines de semana cuando invitaban amigos a unirse a ellos en la cabaña.

—Vamos, labios azules —dijo levantando una manta. Agarró su libro mientras se acostaba en el colchón.

Acomodó las mantas encima de ella.

—¿Está bien?

Asintió.

—Gracias —dijo a través de un castañeteo de dientes.

—Debe haber suficiente agua caliente para una ducha rápida —dijo cuando terminó de avivar el fuego—. Ten la cama preparada para mí.

Susannah planeaba leer pero descubrió que hacía demasiado frío para hacer otra cosa que hundirse más profundo bajo las cobijas. Una y otra vez revivía lo que había dicho antes: *Si haces el amor conmigo y luego vuelves a él, me vas a destrozar.*

Me vas a destrozar.

Ya que aún no sabía si estaba lista o era capaz de reconciliarse con Ryan, tenía miedo de acercársele demasiado hasta que se decidiera con seguridad. Aún desconcertada, se quedó dormida.

Despertó cuando Ryan se arrastró junto a ella llevando solo un chándal. Debido a que solía dormir desnudo, el pantalón era una importante concesión al frío.

—Sí que es una buena nevada la de allá afuera —susurró mientras se enroscaba a su alrededor—. Podríamos estar atrapados aquí durante semanas.

—Todo es parte de tu malvado plan —lo acusó con un bostezo. Se sentía tan bien y tan caliente que puso su brazo a su alrededor y descubrió que la venda se había ido—. ¿Te las quitaste? ¿Puedes hacer eso?

—Estaba empezando a picar.

—¿Todavía te duele?

—Ahora es más como un dolor de muelas que un ataque al corazón.

—¿Realmente duele tanto?

—Peor que cualquier cosa... excepto perderte, por supuesto.

—Lindo.

—Crees que estoy bromeando.

Encontró sus ojos a la luz ámbar y descubrió que no estaba bromeando.

—Ry —dijo con un suspiro. La llevó más cerca y le dio un beso.

—No puedo —dijo—. Lo que dijiste antes... Aún no he decidido nada todavía, y hasta que lo haga... no quiero hacerte daño.

—Cerca de cuatro segundos después de que lo dije decidí que estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Pero qué pasa... —tartamudeó—. Y si...

—¿Y si nunca deja de nevar y nos quedamos atrapados aquí para siempre? —Dejó un rastro de besos suaves en su cuello—. ¿Y si...? ¿Y si...? ¿Qué tal si hablamos de lo que es?

—¿Qué es?

—Bueno, veamos. —Llenó de besos su rostro, pareciendo evitar su boca a propósito—. Estamos tú, y yo, y esta cabaña oscura, fría, y este buen fuego. Parece tonto dejar que todo este ambiente se gaste inútilmente, ¿no te parece?

Mientras lo escuchaba, acarició los abultados músculos de su espalda. Sus labios se cernieron sobre ella, pero volvió la cara.

—Espera, Ry.

—¿Qué, nena?

—Es sólo que no quiero que pienses que si, ya sabes, hacemos esto, significa...

—Lo único que significa es que queremos hacer el amor. Sigues siendo mi esposa, Susie.

—Pero también...

—No lo digas. —Sus ojos se endurecieron fijos en ella—. No digas eso.

Lo alcanzó.

Sus labios descendieron sobre los de ella y barrieron cualquier duda final de que estaba exactamente donde pertenecía. Todo en él era familiar, pero nuevo también. Este no era el mismo hombre del que había querido divorciarse.

No era el mismo hombre del que había decidido que podía vivir más fácil sin él. ¿Cuál Ryan tendría si accedía a quedarse con él? Esa incertidumbre todavía la molestaba. Pero cuando alcanzó el borde de su camión, se sentó, y lo levantó sobre su cabeza, dejando de pensar nada más que no fuera Ryan

—Oh, Susie, ¿eso es del EpiPen? —preguntó, pasando su mano sobre el moretón del tamaño del puño en su muslo.

Temblaba del frío y del calor de su mirada.

—Sí.

Reemplazó su mano con sus labios.

—No me gusta que te haya hecho eso.

—Me salvaste la vida. Creo que te puedo perdonar un pequeño moretón.

—Es un gran moretón.

—No es nada en comparación con todos los tuyos. —Pasó las manos por sus brazos—. ¿Estás cómodo arriba?

—No. —Sus labios viajaron a la parte interna de su muslo—. Estoy muy incómodo, y tú eres la única que puede arreglarlo.

Su risa se volvió un jadeo.

—Ry...

—¿Hmmm?

—Oh, Dios —gimió cuando le dio un codazo para que abriera las piernas.

Había olvidado lo que era hacer el amor con Ryan, la pasión que la consumía, el placer sin fin. O tal vez no lo había olvidado, sino más bien había bloqueado los recuerdos en algún lugar muy dentro donde no pudieran ser encontrados fácilmente mientras construía una vida sin él. Jugó con su lengua en ella, arrastrándola en un

sendero sensual sobre la cara interna de su muslo y luego del otro. Las piernas de Susannah temblaban, así que las descansó sobre sus anchos hombros.

—¿Qué quieres? —susurró contra su muslo. La sensación de sus suaves labios contra su piel la volvía loca.

—A ti.

—¿Dónde?

Levantó sus caderas.

—Ya lo sabes.

La besó de manera más suave. Tan cerca...

—No, no lo sé. Tienes que decírmelo.

También se había olvidado de la forma en que le gustaba hablar cuando hacían el amor y lo mucho que disfrutaba conseguir que dijera cosas que nunca diría en ningún otro momento.

Acariciando su núcleo, dijo:

—No lo puedes tener hasta que me digas que lo deseas.

—Quiero tu lengua —susurró.

—¿Dónde?

Su cara ardía de vergüenza, pero el deseo la quemaba más brillante.

—En mí. Sobre mí. En todas partes.

—Vamos a llegar a eso. —Pasó el dedo por encima de sus resbaladizos jugos—. Oh, estás tan mojada, Susie. Tan caliente.

Susannah se estremeció, y su jadeo sonó más como un sollozo en el momento en que se liberó de un nudo en su garganta. Gritó cuando deslizó dos dedos profundamente en ella.

—¡Ryan!

—Dime.

Sintiéndose como si estuviera fuera de sí misma viendo a alguien más, dejó que sus piernas se abrieran en señal de rendición.

—Muévelos —susurró.

Mantuvo sus dedos tortuosamente quietos.

—¿Cómo?

En cualquier otro momento, Susannah se habría muerto de vergüenza. En este momento, se preocupaba sólo de la palpitante tensión entre sus piernas.

—Adentro y afuera.

Sus dedos se torcieron, muy ligeramente.

—¿Rápido o lento?

—Rápido —jadeó, levantando sus caderas para pedir más—. Rápido.

—Cuando estuvimos separados, soñé con esto —susurró contra su muslo mientras sus dedos se movían dentro y fuera de ella—. Soñé con lo mojada que siempre estabas para mí y cómo olías. —Manteniendo el movimiento constante de sus dedos, enterró su nariz en el montículo rubio suave en su montículo e inhaló hondo—. Y cómo sabes... tan, tan dulce. —Reemplazó sus dedos con su lengua.

Se vino al instante, gritando mientras se empujaba contra las embestidas suaves pero insistentes de su determinada lengua. Cuando pensó que finalmente se recuperaría del orgasmo, él no se lo permitió.

—Hazlo de nuevo —susurró, su aliento caliente contra su sensible piel.

—No puedo —gimió.

—Sí, sí puedes. —Agarrando su trasero en las palmas de sus grandes manos, la mantuvo en su lugar y se dispuso a demostrarle que estaba equivocada.

—¡Ryan! —exclamó al instante de un segundo orgasmo, éste aún más potente que el primero, la elevó hasta el cielo. Temblando y débil, flotaba mientras las réplicas ondulaban a través de ella.

Bajó las piernas de sus hombros y entró en ella con un empuje rápido de sus caderas que la trajeron profundamente a la Tierra.

Abrió la boca y se esforzó por acomodar su anchura y longitud.

Durante un largo momento aguantó la respiración.

—Susie —susurró al oído—. ¿Cómo he vivido sin ti, sin esto, desde hace más de un año?

Con las manos en su cara y las lágrimas en sus ojos, lo acercó para un beso profundo de alma mientras comenzaba a moverse. Cuando sintió que sus lesiones le estaban molestando, se movió cuidadosamente sobre su espalda y se sentó a horcajadas.

Envolviendo las mantas alrededor de ellos, jugó con él, negándose a concederle entrada.

Gruñendo, sostuvo sus caderas quietas y se subió arriba y dentro de ella. Una vez que estuvo de vuelta donde quería estar, se estiró hasta que pasó los dedos por su cabello.

—Te amo, Susie. Te amo tanto.

—Te amo, también.

—¿Lo haces? ¿De verdad?

Asintió, echó la cabeza hacia atrás, y lo montó con abandono, llena de la emocionante sensación de estar llena por él, de ser consumida por él.

Tomó sus pechos y pasó sus pulgares sobre sus pezones, llevándola a otro clímax.

—Ryan —jadeó, mirándolo con ojos que estaba segura estaban vidriosos por la pasión y lo que podría haber sido sorpresa de todavía poder sentir tanto... tanto... incluso más que antes.

—Susie —gimió—. Dios, no te detengas. No te detengas.

Se echó hacia atrás, llevándolo más profundo, hasta el final.



—Esto me recuerda la primera noche que pasamos juntos —dijo Ryan mucho más tarde, mientras yacían uno frente al otro—. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto que sí. Estuvimos en el apartamento lleno de pulgas que alquilaste cerca de la universidad.

—No había pulgas —dijo con indignación. Se rió de la cara que puso.

—Estaba esperando algo fabuloso, debido a que supuestamente eras esa gran estrella.

—Era una gran estrella y el apartamento era fabuloso. Al menos lo fue hasta que nos mudamos. Recuerdo haberlo ordenado con los otros chicos y esforzarme por dejarlo impecable, antes de que lo conocieras por primera vez. Pasé meses tratando de llevarte a la cama, y no quería que nada lo estropeará. Por supuesto que no esperaba que la cama se rompiera...

Susannah se rió hasta que gritó ante el recuerdo.

—Si no recuerdo mal, eso no nos detuvo en absoluto.

—Como el frío no nos detuvo esta noche.

Volvió la cara a la almohada.

—Detente.

—Uno pensaría que estábamos batiendo nuestro propio récord.

—Ryan...

Se rió de su incomodidad.

—¿Soy yo o lo que siempre fue increíble, ahora es extraordinario?

—No eres sólo tú —dijo en voz baja—. Tal vez es porque nos apreciamos más después de estar separados durante tanto tiempo.

—Eso no es todo. Aunque podría ser parte de ello.

Extendió la mano para girar un mechón de su cabello alrededor de su dedo.

—Entonces, ¿qué es?

—Es lo que traté de decirte que faltaba antes. La forma en que hablaste hoy, sobre cosas que realmente importan... Me hizo sentir conectada contigo aquí —dijo con su mano sobre su corazón.

—Ahora lo entiendo, Suze. Realmente lo hago. Sabía lo que tenía, lo que extrañaba, cómo me sentía sin ello. —Llevó la mano a sus labios—. ¿Sabes que todavía te busco en el estadio donde acostumbrabas sentarte? Cada vez que anotamos esta temporada, te buscaba, deseando compartirlo contigo. Era como perderte de nuevo cada vez que te buscaba y no estabas allí.

Abrumada por él, Susannah luchó contra el impulso de llorar.

—Muchas veces el año pasado quise llamarte —continuó—. Especialmente cuando...

Estudió su cara, que estaba repentinamente apretada por la tensión.

—¿Qué sucede?

Suspiró.

—Supe de mi padre.

—¿Qué? —Se quedó sin aliento—. ¿Cuándo?

—Hace unos seis meses.

—Pero, quiero decir... ¿qué te dijo?

—Que había seguido mi carrera, que quería verme. —Se encogió de hombros—. No mucho.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Lo viste?

Ryan asintió.

—Llegó a un juego, y fuimos a cenar después.

—¿Cómo supiste que era él? —preguntó, pendiente de cada palabra.

—Nos parecemos —dijo con una sonrisa irónica—. Es irreal. Es una versión más vieja de mí.

—Vaya, eso debe haber sido tan raro. ¿Cómo te sentiste cuando te llamó así de la nada así?

—Aturdido —confesó—. Me moría de ganas de hablar contigo acerca de él. No sabía qué hacer.

—Ojalá hubiera estado allí contigo. Todos esos años te preguntaste acerca de él...

—Me hubiera gustado que estuvieras ahí también, sobre todo cuando me enteré de lo que realmente quería.

—Casi tengo miedo de preguntar...

—Dinero, por supuesto.

—Oh, Ry —suspiró mientras sus ojos se llenaban—. ¿Qué hiciste?

—Se lo di. ¿Qué otra cosa se supone que debía hacer?

Le apretó la mano.

—Lo siento mucho.

Se encogió de hombros, pero el dolor estaba grabado en su rostro.

—Fui un estúpido. Tenía esperanzas. Desde que mi madre murió y tú y yo rompimos, he estado un poco corto de familiares. Pero debería haber sido más listo, antes de tener alguna esperanza en él.

—No es un padre —dijo Susannah ferozmente—. Es un donante de esperma.

Ryan sonrió.

—Supongo que en cierto modo sospeché lo que podría suceder. Es por eso...

Las luces parpadearon de nuevo, asustándolos. Cuando empezó a levantarse para apagarlas, Susannah lo detuvo.

—¿Qué ibas a decir?

—Sólo que tuve una corazonada sobre cómo podría resultar. Es por eso que no le dije a nadie que había llamado. Ni siquiera a Bernie.

—¿Averiguaste dónde estuvo todos estos años?

—En California. Está casado de nuevo. Ni siquiera sabía que mi madre había muerto.

—¿Tiene otros hijos?

Ryan asintió.

—Tres.

Susannah lo estudió mientras absorbía todo.

—Tienes hermanos.

—Sí. No estoy muy seguro de qué hacer al respecto. Pienso y pienso sobre cómo contactarlos. No pueden ayudar a su padre más de lo que yo puedo.

—¿Por qué te pidió dinero?

—Al parecer, se había metido en algunos problemas con el juego.

—¿Cuánto le diste?

—Medio millón.

—¡Ryan! ¡Dios mío!

—Sí, ya sé que es una barbaridad —dijo, disgustado—. Pero para el momento que me dijo lo mucho que los necesitaba, sólo quería deshacerme de él.

Susannah tendió los brazos.

Se deslizó en su abrazo con un profundo suspiro de alivio.

—Parecía agotado, Suze. Nada como esas viejas fotos que tengo de él. Pero sigue siendo el mismo tipo que dejó a su esposa y a su hijo de dos años y nunca miró hacia atrás.

—Es algo bueno que no estuviera allí. —Se sentía furiosa con un hombre al que nunca había conocido—. No te hubiera sacado un centavo si hubiera estado.

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Pensé lo mismo en ese momento. Después de que le di el cheque, conduje a casa. Me senté afuera por una hora tratando de tener el descaro de llamarte, golpear a tu puerta o algo. Lo único que quería era estar contigo.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Lo siento —susurró—. Siento que te lastimara y no haber estado allí para ti. Le hubiera sacado los mocos.

Se echó a reír, pero sus ojos brillaron de emoción.

—Me encanta cuando mi pequeña debutante habla como un conductor de camiones.

—Lo digo en serio. Lo hubiera lastimado.

—No tengo ninguna duda. —Limpió las lágrimas de su cara—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por escuchar y por ponerte tan loca en mi nombre. Estuve entumecido durante un tiempo después de que ocurrió.

—Y estabas solo.

Se encogió de hombros.

—Me siento mejor ahora que sabes sobre eso. —Le besó la mejilla—. Debes estar cansada, nena.

Miró el reloj en la repisa y vio que eran más de las tres.

—En realidad no. ¿Qué hay de ti?

—Tengo hambre —dijo mientras la besaba y se levantaba para apagar las lámparas.

—¿Por qué no estoy sorprendida? —Lo vio moverse desnudo. Incluso con los moretones multicolores en su pecho y cara, era tan hermoso que no podía apartar la mirada.

La atrapó mirándolo y sonrió.

—¿Ves algo que te guste, cariño?

—Emm... ajá.

Apagó la última de las luces y volvió a su improvisada cama en el suelo.

Susannah chilló cuando aterrizó encima de ella.

—¡Tus costillas!

—Están bien. —Capturó su boca en un beso apasionado.

—Pensé que tenías hambre —dijo cuando volvió su atención a su cuello.

—Así es.

Levantó la cabeza para darle mejor acceso.

—¿Quieres que te prepare algo?

—¿Realmente dejarías esta buena, cama caliente por mí?

—Si tengo que hacerlo.

Se echó hacia atrás para mirarla.

—Me amas.

—Que Dios me ayude —bromeó.

—¿Qué vas a hacer, Susie?

—Te haré un sándwich si quitas tu gran cuerpo de mí.

Fijó su rostro para que no pudiera apartar la mirada.

—Eso no es lo que quise decir, y lo sabes.

—Esta ha sido la más increíble día y noche. —Extendió la mano para tocarle el cabello y luego su rostro—. Sólo quiero disfrutar de estar aquí contigo sin ningún tipo de presión para decidir algo. ¿Podemos hacer eso?

La estudió por un largo tiempo, y pareció costarle decir:

—Está bien.

—¿Qué hay de ese sándwich?

—No hace falta que lo hagas tú. —Se puso el pantalón—. Yo puedo hacerlo. ¿Quieres la mitad?

—Sólo un bocado y un poco de agua.

—Voy.

Regresó unos minutos más tarde con un gran sándwich de pavo y una botella de agua para compartir.

—¿Ry?

—¿Qué, nena?

—Me estaba preguntando...

—¿Acerca de?

Se mordió los labios vacilante. Le tomó de la mano.

—No hay nada que no puedas preguntarme, Susie.

—Si me amas tanto, ¿por qué esperaste hasta el último momento para hacer esto? ¿Para regresar?

Se tragó el último bocado de sándwich y tomó un largo trago de agua.

—No tenía intención de esperar tanto tiempo. Cuando el juez nos ordenó que esperáramos seis meses más antes de concedernos el divorcio, la temporada acababa de empezar. Quería estar a solas, sin distracciones, y sabes lo loco que es todo durante la temporada.

Asintió.

—Nadie esperaba hacer nada este año. Era supuestamente un “año de reconstrucción”, pero todo salió de otra forma. Le ganamos a equipos que nunca deberíamos haber derrotado. Estaba empezando a sentirme desesperado porque el tiempo se estaba alejando de mí, y seguíamos ganando. Jugamos contra Miami en la post-temporada.

—Vi ese partido —confesó.

—Entonces sabes que no deberíamos haber ganado.

—Me puse como loca cuando Willy recuperó ese balón y anotó el touchdown.

—Fue una locura. No podía creer que iríamos al Super Bowl de nuevo. Fue una temporada increíble, en muchos aspectos más emocionante que cualquiera de las otras. Entonces me lesioné, y fui al hospital. Me estaba volviendo loco. Faltaban diez días hasta nuestra cita en la corte, y me dijeron que tenía que pasar por lo menos tres en el hospital. Así que me di de alta contra las órdenes del médico.

—No deberías haber hecho eso.

—Te comprometiste. —Jugueteó con la manta—. Estaba desesperado. Deberías haberme visto cuando me enteré de que ibas a casarte con ese hombre. Seguía imaginándote... con él, y pensé que me volvería loco. Me puse apestoso y asquerosamente borracho. Incluso perdí una práctica por primera vez en la historia.

Susannah tragó.

—Había planeado decírtelo yo misma.

Se giró hacia ella.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Henry le dijo a un par de personas, y se corrió la voz. Después de que se mencionó en un artículo, supe que no había punto en llamarte.

—Deberías haberme llamado, Susie. Me debías eso.

—Tienes toda la razón. Lo hacía.

La estudió con atención.

—¿Esperabas lastimarme? —le preguntó finalmente.

—No.

—Lo hiciste.

—Lo sé. Lo siento.

—El viejo Henry no perdió el tiempo, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo le tomó mudarse a Denver después de que nos separamos?

—Tres o cuatro meses.

—Renunció a un trabajo cómodo en Wall Street para dirigir el First Mercantile de Denver. Todo un retroceso en su carrera, pero estoy seguro de que valió la pena el sacrificio, ya que por fin te habías deshecho del tonto deportista.

—No fue así —protestó.

—Claro que lo fue.

—Ryan, por favor... no hagas esto. —Colocó sus brazos a su alrededor y lo besó de regreso—. Por favor. No arruines todo.

—Pensé que ya lo había hecho. ¿No es eso lo que dijiste cuando me pediste que me fuera?

Apoyó la frente contra su espalda.

—Ry —dijo, su voz atorándose en un sollozo.

Se dio la vuelta y puso sus brazos alrededor de ella.

—Nunca quise lastimarte —dijo—. Nos lastimamos tanto uno a otro. No quiero hacer eso.

—Yo tampoco.

—¿Realmente crees que, a la luz de todo lo que ha pasado, tendremos una oportunidad para recomponer nuestro matrimonio?

—Si no lo pensara, no estaríamos aquí. —Se acostó y la acercó—. Podemos hacerlo, Susie. Sabemos que podemos.

—¿De verdad vas a retirarte?

—Sí.

—¿Y a hacer qué?

—Dirigir mis negocios, y he estado jugando con la idea de tal vez seguir como entrenador.

—¿En la NFL?

—En la secundaria.

Lo miró.

—¿De verdad?

—Creo que podría tener un impacto mayor a ese nivel. Fui un niño desordenado sin padre y con una madre que trabajaba todo el tiempo. Jimmy Stevens es la razón número uno por la estoy donde estoy hoy —dijo, refiriéndose a su entrenador de fútbol americano de la secundaria—. Me mostró de lo que era capaz.

—Pero puedes escribir tu propio boleto de liga.

—¿Dónde estaría la diversión en eso? ¿Entrenar a un montón de ególatras pagados en exceso? No, gracias.

—¿Y qué sabes tú de eso? —preguntó con una sonrisa.

—No sé de lo que estás hablando. —Le devolvió la sonrisa con su marcada sonrisa arrogante—. Cuando fui a la ciudad hoy, llamé a Duke. Me voy a reunir con él y Chet pasado mañana cuando regresen de Washington. No sé cómo voy a decírselos. Se volverán locos. Te quiero allí conmigo cuando se los diga.

—No sé, Ry. No tiene nada que ver conmigo.

—Por supuesto que sí —insistió.

Bostezó.

—¿Cómo?

—Estás cansada, nena. —La besó—. Hablaremos de ello por la mañana.

Sus ojos se cerraron.

—Quiero hablar de eso ahora.

—La calefacción ya volvió. ¿Quieres dormir en una cama de verdad o quedarte aquí?

—Aquí. Contigo.

Se quitó el pantalón y se deslizó a su lado.

—Estoy aquí.

Le tomó la mano y tiró de su brazo apretado alrededor de ella.

—¿Susie?

—Mmm.

—Te amo. —La besó en el hombro y luego en la mejilla—. Te extrañé tanto.

—Mmm. Yo también.

Capítulo 9

Ryan la abrazó mientras dormía y tenía la esperanza de que hubieran dado un gran paso de regreso con el otro. Tenerla cálida, suave y desnuda en sus brazos era como un sueño hecho realidad. ¿Cuántas noches había fantaseado sobre estar así otra vez? Habían cubierto mucho y enderezado un montón de errores, pero, ¿sería suficiente?

Cuando regresaran al mundo real, ¿sería suficiente para evitar que se fuera? No sabía qué más podía hacer o decir para convencerla de que su matrimonio sería diferente esta vez.

Se había entregado y rendido tan completamente a él, como siempre lo había hecho.

Nunca había entendido cómo una mujer podía tener tal poder sobre él. Susannah tenía razón cuando dijo que otras mujeres siempre se le acercaban, pero ninguna era tan atractiva como ella había sido desde la primera vez que la vio en Purple Porpoise en Gainesville. Después de eso, le había tomado dos días y toda influencia en el campus seguir su rastro.

Todavía podía recordar la expresión de su cara cuando abrió la puerta de la habitación de su dormitorio para encontrarlo allí. Que realmente no hubiera tenido ni idea de quién era o qué hacía en la universidad le había encantado totalmente.

Había estado comenzando su último año, y para entonces ya se había cansado de su propio sonido. Había sido una refrescante tonada que lo traía de nuevo a la tierra, negándose a comprar todo el alboroto que había con salir con el hombre más importante de un gran campus.

Lo aterrizaba. Había sido aterrador entonces, y siguió siéndolo todos los años que siguieron en la NFL. Sin ella alrededor para recordarle que no era más que un simple mortal con un brazo extraordinario, se habría vuelto completamente insufrible en lugar de sólo un poco insufrible.

Se rió bajo de sí mismo recordando el llegar a casa después de que ganó su primer Super Bowl.

Habían entrado en la casa, y ella había dicho:

—Ew, algo apesta. Averigua lo que es, ¿quieres, Ry?

No, su gran victoria no iba a subírsele a la cabeza, con ella en casa recordándole que sólo era un chico apestoso.

Se movió para aliviar el dolor de sus costillas, y terminó con un puñado de suaves respiraciones que lo hicieron desearla de nuevo. Pero en lugar de molestarla, presionó sus labios en su espalda y hombro. Cerrando los ojos, por fin se quedó dormido, pero mantuvo su mano justo donde estaba.

Cuando Susannah se despertó después de las diez de la mañana, Ryan estaba envuelto en ella y compartiendo su almohada. Recordó las burlas de muchas mañanas de dormir en una cama King-size, pero tener que compartir una almohada con él.

Me siento solo por allá sin ti, decía con su puchero como de niño.

Colocando su mano sobre la suya en su pecho, se quedó inmóvil durante mucho tiempo disfrutando de los sentimientos que despertaba, que ahora sabía sólo habían permanecido en estado latente durante el largo año de distancia. A pesar de lo que trataba de decirse a sí misma, no habían desaparecido. Mientras suavemente se salía del abrazo de Ryan, lo único que sabía con certeza era que no podía pensar con claridad cuando estaba desnuda y en la cama a su lado. Alcanzando su camisón, se lo deslizó por la cabeza y se puso los calcetines. El fuego se había apagado, pero la habitación estaba caliente por la calefacción. Caminó a la cocina para hacer café antes de ir al cuarto de baño. Después de cepillarse los dientes y hacer lo que pudo con su cabello, examinó su reflejo en el espejo. Sus labios estaban hinchados y casi magullados, y sus mejillas encendidas con color.

—Parece que has estado haciendo el amor como loca —susurró. Con una risita, añadió—. ¿Hay algún otro tipo como Ryan? —Le hacía el amor de la misma forma en que vivía, con todo lo que tenía, y era por lo que estaba dolorida y ardida en algunos lugares interesantes hoy.

Camino de regreso a la cocina, se detuvo a mirarlo tumbado en su cama en el suelo. Las sábanas se habían deslizado hasta su cintura, dándole una vista panorámica de sus costillas lesionadas. Hizo una mueca cuando se imaginó el dolor que debió haber sentido cuando sucedió por primera vez.

Debí haber estado allí con él, pero una parte de mí se alegra de no haber estado.

Verlo lastimarse jugando fútbol había sido una de las partes más difíciles de un duro matrimonio. Definitivamente era guapo. Suspiró, pensando en cuán a menudo la palabra “guapo” no comenzaba a describirlo. Nunca había superado su temor de ser elegida entre la multitud por un hombre que podría haber tenido a cualquier mujer que quisiera. Con los años, había hecho un esfuerzo de no dejarle ver su asombro porque mantenerlo humilde era un trabajo suficientemente duro tal como estaba.

Se sirvió una taza de café y contempló la brillante y blanca mañana. El sol estaba aún escondido, pero todas las señales de tormenta se habían ido. La ciudad parecía haber sido esmerilada por la nieve, y la montaña estaba llena de pequeños puntos de esquiadores aprovechando la nieve fresca. Si hubiera estado saludable, Ryan podría haber estado allí con ellos. O tal vez este nuevo Ryan se habría quedado en casa con ella disfrutando de un precioso tiempo a solas.

Mientras estaba allí soñando despierta, se acordó de otra mañana en ese mismo lugar, la mañana en que había sentido a Justin moverse dentro de ella por primera vez. El recuerdo hizo que Susannah inconscientemente buscara su vientre donde su bebé una vez había vivido. El dolor y el vacío la golpeaban en sus ratos libres, igual que ahora, cuando ni siquiera había estado pensando en él. Había sido confortada ayer al

escuchar que Ryan pensaba en él a menudo, también. De alguna manera, saber eso la hacía sentirse menos sola con su pérdida.

Ryan la sobresaltó cuando se acercó por detrás y le besó el cuello.

—Estabas a un millón de kilómetros de distancia. ¿En qué estabas pensando?

—En Justin —dijo sin dudarlo.

Envolviendo sus brazos alrededor de ella por detrás, Ryan la sostuvo cerca.

—¿Qué pasa con él?

—Estaba parada aquí la primera vez que sentí que se movió. ¿Recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Estabas gritando y gritando para que viniera. Me asustaste como la mierda.

Susannah sonrió, y de pronto el recuerdo fue uno feliz. Se giró y no se sorprendió de encontrarlo todavía desnudo. Mirándolo dijo:

—Antes de ayer no te habría dicho que estaba pensando en él. Te habría dicho que estaba pensando en otra cosa, o pensando en algo más. Estaba triste en este momento, pero compartirlo contigo me hizo sentir mejor. Eso es lo que debería haber hecho todo el tiempo, y siento no haberlo hecho. Siento si te hice sentir como si no fuera tu pérdida, también.

Le acarició la cara.

—Es parte del pasado. Tenemos sólo cosas buenas delante de nosotros. —Moviendo sus cejas, agregó—: Tal vez hicimos un nuevo bebé anoche.

—Después de lo que pasamos para quedar embarazados la primera vez, lo dudo. —Se encogió ante el recuerdo de los kits de ovulación, de los termómetros y de las pruebas invasivas que no encontraron nada mal con ninguno de ellos—. El rayo podría no caer dos veces.

—Mis chicos estaban muy bien descansados —dijo con esa sonrisa suya.

El estómago de Susannah se retorció ante la idea.

—Dios, ni siquiera se me ocurrió usar protección porque tuvimos tales problemas antes. ¿No sería tentar mi suerte?

Su sonrisa se desvaneció.

—¿No sería justo?

—No te ofendas. Sólo digo que el momento apestaría.

—Con mamá comprometida con otro hombre y todo eso.

Poniendo sus brazos alrededor de su cuello, lo jaló para darle un beso. Al principio se resistió, pero trabajó hasta que accedió.

—¿Te gusta saber que puedes tenerme en cualquier momento que me quieras? —preguntó con una mirada feroz en sus generalmente suaves ojos marrones.

Completa de su propio poder, encontró su intensa mirada con una de las suyas.

—Sí. —Sin mirar lejos, se permitió deslizar las manos por su pecho para agarrar su erección palpitante.

Lo acarició de la forma en que sabía que le gustaba, duro y rápido. Siseó mientras cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza. Mantuvo los rápidos movimientos de sus manos hasta que estuvo muy duro y respirando con dificultad.

Retrocedió a la mesa de la cocina.

—¿Aquí?

Susannah podría decir que lo sorprendió cuando dijo:

—¿Por qué no?

Empujó su camisón hasta la cintura y enterró sus dedos en ella. El sonido y la sensación de su humedad parecieron hacer despegar su estado de ánimo ya feroz.

—Ahora, Susie. Ahora mismo.

—Sí —susurró.

—¿Qué pasa con la protección? —le preguntó en el último momento posible.

—Me voy a arriesgar.

Todos sus dolores y molestias anteriores fueron olvidados cuando la penetró. Las estocadas de su lengua en su boca reflejaban los empujes casi airados de sus caderas. Ella lo había empujado a algún tipo de punto de ruptura, pero en lugar de estar asustada por su furiosa posesión estaba eufórica por ella. Enganchó sus piernas sobre sus caderas llevándolo más profundo, y le dio una palmada. Un gemido retumbó a través de él, y tiró con furia de la parte delantera de su camisón. Botones saltaron, dándole el acceso que anhelaba. Atrapó su pezón entre los dedos, y aun así la besó con profundos golpes apasionados de lengua que la dejaron débil. La combinación hizo que alcanzara el borde del clímax al instante. Arrancó su boca de ella y gritó un momento después de ella. Respirando con dificultad, se desplomó y enterró su rostro en el hueco de su cuello.

—Lo siento —dijo cuándo pudo hablar de nuevo.

Sus dedos hicieron un túnel en su cabello mientras besaba las gotas de sudor en su frente.

—¿Por qué?

—Por actuar como loco —dijo, todavía respirando con dificultad. Cuando empezó a retirarse de ella, lo sostuvo más estrecho con sus piernas.

—¿Por qué? Me gustó.

Levantó la cabeza para mirarla.

—Nunca te había tratado así antes.

—Podrías haberlo hecho. No soy frágil.

—Después de todos estos años todavía puedes sorprenderme...

—Justo detrás de ti.

Se miraron a los ojos durante un largo momento, sin aliento antes de que bajara la cabeza y pasara sus labios sobre los de ella con todo el cuidado que sus besos anteriores habían carecido. Mordisqueó y lamió y adoró cada rincón de su boca, poniéndose duro de nuevo en el proceso.

—Susie —susurró cuando empezó a mover sus caderas con un lento, movimiento dolorido.

—Me matas. —La levantó y tiró del camisón por su cabeza para poder acariciar sus pechos—. Haces que me sienta débil y fuerte al mismo tiempo. —Se las arregló para poner en palabras todo lo que sentía por él—. Ry. —Se quedó sin aliento cuando chupó de su pezón. Arqueó su espalda hacia su cabeza, deseándolo como si fuera su primera vez de nuevo. Tal vez lo era. Tal vez lo que una vez había declarado terminado estaba renaciendo en ese mismo momento. Sólo tal vez. Si los latidos de su corazón y el cosquilleo en su vientre eran una indicación, esta relación estaba muy viva.

—Vente para mí, Susie —susurró—. Quiero verte.

Dado que ya se tambaleaba en el borde, sus palabras hicieron que se viniera. Verla fue todo lo que necesitó para venirse con ella. Las lágrimas brillaban en sus ojos cuando la besó suavemente.

—Nunca te he amado más que en este momento.

—Y nunca me he sentido más amada por ti. Podría ahogarme muy fácilmente en ello.

—Yo te salvaré —dijo con otro beso suave.

—Nunca voy a mirar esta mesa de la misma manera —bromeó.

Sonrió.

—¿Por qué no hicimos esto nunca antes?

—No lo sé —dijo mientras la ayudaba a levantarse—. ¿Tal vez porque hay algo un poco depravado sobre hacerlo sobre la mesa de la cocina?

—Si eso fuera depravado, tengo que decir que me gusta.

La detuvo cuando llegó a su camisón.

—Vamos a tomar una ducha.

Lo siguió hasta el enorme dormitorio principal y se detuvo en la puerta cuando vio que había reorganizado la habitación.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es diferente.

—Tenía que hacer algo para cambiar las cosas de aquí. No tenía ni idea de cómo sería estar aquí sin ti. Hubo muchos días cuando deseé sólo habértela cedido o haberla vendido.

—Se ve bien —decidió, conmovida por sus palabras y sintiendo más por él a cada momento. Admitió que no tardaría en llegar a un punto de no retorno, si no lo

había hecho ya, cuando cualquier plática adicional de una vida sin él no tendría sentido.

Le tendió una mano y la llevó al espacioso cuarto de baño, con el cielo iluminado donde era todo suyo tal como lo había dejado. Entraron en la ducha de vapor. Cuando envolvió sus brazos a su alrededor desde atrás se estremeció.

—¿Qué sucede?

—El ataque al corazón parece estar de vuelta —dijo con una mueca, pasando una mano por encima de su lado lesionado.

—Nada más de sexo loco para ti. Estás herido.

—Dispárame y sácame de mi miseria si me vas a cortar la inspiración ahora. — La sonrisa que le envió sobre su hombro fue lasciva, pero vio el dolor en sus ojos—. Tendré que dejarte hacer todo el trabajo hasta que me recupere.

—Creo que eso se puede arreglar —dijo mientras le enjabonaba la espalda y amasaba los musculosos hombros.

Apoyó una mano en la pared de la ducha y dejó caer su cabeza sobre su pecho.

—Se siente bien.

—Estas contusiones parecen estar cada vez más mal en lugar de estar mejor.

—Por lo menos mi hermoso rostro se ve mejor hoy.

—Sí, lo hace.

Se volvió hacia ella.

—¿Qué es esto? ¿Sin ninguna respuesta ingeniosa o sarcástica? Me decepcionas.

—Es un rostro hermoso. —Extendió la mano para acariciarlo—. Fácilmente el rostro más hermoso que haya visto nunca.

—Ahora me estás asustando, cariño.

Se veía tan genuinamente preocupado que se echó a reír.

—¿Soy tan mala?

—Por lo general —dijo sin dudar—. Pero está bien. Puedo tomarlo. Sé que me amas.

—Cuando estuvimos juntos antes, ¿te conté alguna vez lo que realmente pensaba de ti?

—De vez en cuando, pero no con palabras. A veces era una mirada o una caricia, o un suspiro justo en el momento correcto. No te preocupes. Lo sabía.

—Solía mirarte cuando dormías, lo hice esta mañana, de hecho, me pregunté que había sobre mí que hacía que un increíble modelo, sexy, devastadoramente guapo me quisiera más que a todas las demás.

La sonrisa arrogante cubrió su cara.

—Devastador, ¿eh?

Le golpeó su hombro.

—No dejes que se te suba a la cabeza.

—Demasiado tarde. —Se inclinó para darle un beso—. ¿De verdad quieres saber lo que hay acerca de ti?

Asintió.

—Me alegra que lo preguntes porque me encantaría decírtelo.

Dejó un rastro de besos sobre su cuello.

—La primera cosa fueron tus increíbles ojos azules. Fue como golpe, un puñetazo en el estómago cuando me miraste. Estabas sentada allí, tan bonita y remilgada, rodeada de todas tus chicas.

—¿Remilgada? —preguntó, levantando una ceja altanera.

Él asintió mientras ella ponía champú en su cabello.

—Después de que me recuperé del puñetazo en el estómago y te perseguí, tengo que decir que lo siguiente fue que no tenías idea de quién era, y cuando te enteraste, realmente te importó una mierda. Me gustó eso, aunque no lo creas. Estaba tan harto de las polluelas suspirando porque jugaba fútbol.

—Oh, pobrecito —dijo, imitando su acento.

—Uff. Estás de vuelta. Había esta otra Susie aquí hace un minuto, y fue muy amable conmigo. Me asustó como la mierda.

Se rió.

—La encerraron de nuevo en el manicomio.

—Bien, porque sólo hay una Susie para mí, la que me dice las cosas como son y no me guarda ni una. Esa es la Susie que necesito. Esa es la Susie que extrañé al llegar a casa durante todo el año pasado. —La besó—. Y esa es la Susie que va a dejar un agujero en mi corazón y en mi vida si no me da otra oportunidad.

—Ry. —Suspiró, pasando sus manos jabonosas sobre su pecho.

Levantó su cabeza para poder ver su rostro.

—¿Qué dices, Suze? ¿Podemos intentarlo de nuevo? Si quieres que te lo ruegue, lo haré. Haré lo que sea para mostrarte que he cambiado. Que no soy la misma persona que era hace un año.

—Lo sé. Puedo ver eso.

Se iluminó.

—¿Eso es un sí?

—Quiero mucho creer que podría ser mejor.

—Será mejor. Te prometo eso.

—Sólo necesito un poco más de tiempo. Hay tantas cosas a considerar.

—Te refieres a Henry —dijo con un destello de ira mientras cerraba el agua.

—Entre otras cosas.

Salió de la ducha, se ató una toalla a la cintura, y le entregó otra a ella.

—Tómate todo el tiempo que necesites, pero sólo recuerda: regresamos a la corte en seis días. Así que piensa rápido. —Girando sobre sus talones, salió del cuarto de baño y al amplio camino al armario, cerrando la puerta detrás de él.

Entristecida por el dolor que le estaba causando, Susannah se dirigió a la habitación y se vistió. Metió la mano en su bolso por su cepillo y agarró su celular en su lugar. Con una mirada culpable sobre su hombro, abrió el teléfono, y recibió un pitido salvaje con mensajes.

Marcando al correo de voz, descubrió seis mensajes nuevos. Los cuatro primeros eran de Henry.

Susannah, siento la forma en que dejamos las cosas. Sé que nada de esto es culpa tuya. Llámame cuando puedas. Te amo.

Hizo una mueca mientras borraba el mensaje y escuchaba el siguiente.

Pensé que ya me habrías hablado para ahora. Llámame.

Decía el tercero: *¿Estás tratando de castigarme? Si es así, está funcionando.*

El último de ellos le dio dolor de estómago.

No te acuestes con él, Susannah, declaró. Por favor, no te acuestes con él. Creo que podría perdonar cualquier cosa menos eso.

El siguiente mensaje era de su hermana.

Llama a Henry, Susannah. Lo que estás haciendo es tan injusto. ¿Estás acostándote con ese hombre? No seas débil. ¿Me oyes? Acuérdate de lo que es capaz. Acuérdate de lo que te quedó después de que perdiste al bebé y se fue a jugar fútbol. Recuerda eso, Susannah.

La última llamada era de Diane, su abogada de divorcio.

Escuché un interesante rumor sobre ti y tu futuro exmarido. Necesito que me llames de inmediato. Podríamos tener un problema. Un gran problema.

Susannah salió de correo de voz y llamó a Diane.

—Susannah, gracias a Dios que llamaste. ¿Es cierto? ¿Estás de vuelta con él?

—No técnicamente. ¿Cómo te enteraste?

—Por el periódico.

—Oh, ¡el hospital! Estuvimos en el hospital, y fui mencionada en el periódico.

—Ha habido todo tipo de especulaciones acerca de ustedes dos en los últimos días.

—Oh, Dios mío —gimió.

Henry. Oh, Dios mío. La noticia estaría por toda la ciudad de que su novia estaba de vuelta con su exmarido.

—¿Estás con él ahora mismo?

—Estamos en Breckenridge por unos días. ¿Por qué?

Diane se quedó en silencio.

—¿Diane? ¿Qué sucede?

—¿Leíste la orden del juez como te dije que hicieras?

—La cosa es como un ladrillo de cenizas. Lo revisé superficialmente. ¿Por qué?

—Insertó un par de cláusulas ahí, el final. ¿Llegaste tan lejos?

El estómago de Susannah se torció con ansiedad.

—¿Qué tipo de cláusulas?

—Oh, el tipo que dice que si pasas una sola noche bajo el mismo techo que tu marido, el período de seis meses de espera se vuelve un día.

—¿Qué? —Susannah se quedó sin aliento—. ¿Dónde dice eso? ¡Nunca vi eso!

—Justo antes de donde dice que si vuelves a consumir el matrimonio, el divorcio se anula y queda sin efecto.

—No. —Susannah se sentó en la cama, mientras todo el oxígeno dejaba su cuerpo a la vez.

—No quisiste pasar el rato después de la audiencia sobre eso, por lo que te dije que lo leyeras —insistió Diane—. Este juez quiere mantenerlos a los dos juntos por alguna razón. Se negó a explicar su decisión a ningún abogado, pero pegó todo tipo de cosas cobardes allí que ninguno de nosotros había visto nunca antes. —Hizo una pausa antes de preguntar—. No te acostaste con Ryan, ¿verdad? ¿Susannah?

—Me tengo que ir. —Cerró el teléfono e irrumpió en la cocina, donde Ryan estaba comiendo tostadas y bebiendo café en la misma mesa donde habían hecho el amor como locos, sólo hace media hora. Estaba leyendo el periódico que había comprado en la ciudad y levantó la vista cuando entró en la habitación.

—Te hice tostadas —dijo en un tono cortante que le dijo que todavía estaba molesto acerca de su conversación en la ducha. Lo miró—. ¿Qué pasa?

—Eres un hijo de puta.

—¿Qué pasa? —preguntó, confundido.

Las lágrimas caían por su rostro mientras caminaba a través del cuarto y le golpeaba con los puños.

—¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Lo sabías, y me engañaste!

Se defendió de su ataque y trató de agarrar sus manos.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Cuidado con mis costillas! ¿Estás tratando de matarme?

—¡Sí! —gritó—. ¡Al parecer, esa es la única manera de que alguna vez voy a deshacerme de ti!

Poniéndose de pie tan rápido que derribó la silla en la que había estado sentado la agarró antes de que sus puños volando lo pudieran golpear de nuevo.

Luchó por liberarse de su apretado abrazo, pero no era rival para él. Respirando con dificultad y sin dejar de llorar, explotó.

—¡Suéltame! Ahora mismo.

Su rostro estaba tenso por la ira.

—No hasta que me digas qué diablos está pasando aquí.

—¡Me engañaste!

—¡No sé lo que estás hablando!

Le golpeó con su hombro en su sección media. Abrió la boca y soltó sus manos.

Dejándolo doblado por la mitad, entró en la habitación, secándose las lágrimas mientras lanzaba ropa en una bolsa.

—Eres una tonta —murmuró para sí misma—. Fuiste una tonta sobre él desde el principio. Todo el mundo trató de decírtelo, pero no quisiste escuchar. Bueno, ahora lo sabes con seguridad.

—¿Qué es lo que crees que sabes? —preguntó desde la puerta.

—Que eres un bastardo baboso.

—Me gustaría que me dijeras lo que piensas que hice.

—Quiero volver a la ciudad.

—¿Cómo vas a llegar?

Lo miró y tuvo que trabajar para que no le importara que su rostro estuviera pálido y pellizcado con el dolor que le había causado.

—Voy a llevarme el auto.

—Como el infierno que lo harás. No irás a ninguna parte hasta que me digas lo que se te metió y qué te está pasando.

Se cruzó de brazos.

—Bien. ¿Quieres saberlo? Aquí está: tu pequeño plan fue un fracaso. Sé exactamente de lo que es este viaje de “reconciliación”.

Respiró hondo y miró hacia el techo como si buscara orientarse o tal vez paciencia.

—Todavía no me dijiste lo que piensas que hice.

—Una vez más estás obteniendo exactamente lo que quieres, arruinaste mi vida como te propusiste hacer. Felicitaciones. Ahora, me harías un gran favor y podrías morirte para que pueda casarme con Henry como estaba previsto. Es lo menos que puedes hacer.

—Tú no quieres casarte con él —dijo Ryan quedamente.

—¡Sí! ¡No me digas lo que quiero!

—Si realmente quisieras casarte con él, no lo habrías hecho conmigo en la mesa de la cocina hace menos de una hora.

Susannah se colocó las manos sobre las orejas.

—¡Cállate! ¡Sólo cállate! ¡Estoy tan harta del sonido de lo que tu voz vomita!

—¿Qué está pasando, Susie? —suplicó, dando un paso a la habitación.

Levantó la mano para detenerlo.

—No me llames así, y no te atrevas a tocarme. Estoy harta de ti. ¿Me oyes? ¡De todo! Se acabó. S-E A-C-A-B-Ó.

Dio otro paso hacia ella.

—Esto no ha terminado.

—¿Necesitas otro golpe en las costillas para hacerte llegar el mensaje?

—No.

—Entonces dame las llaves.

—No te irás hasta que me digas lo que sucede. ¿Qué quisiste decir cuando dijiste que te había engañado?

Decidida a no dejarse engañar por su preocupación o el acento suave de su voz, mantuvo los brazos cruzados a través de su pecho.

—La última vez que estuviste tan enojada, terminé en la corte de divorcio, y todavía no estoy del todo seguro por qué.

Su voz era tranquila y paciente, pero sus ojos eran duros.

—Esta vez no vas a deshacerte de mí tan fácilmente. Puedo esperar todo el día, pero no nos iremos hasta que me indiques lo que pasó entre la ducha y el desayuno.

—Hablé con mi abogada. Eso es lo que pasó.

—¿Y qué te dijo que te hacen pensar que te engañé?

—Me habló de las cláusulas del acuerdo de divorcio, de ambas.

—Todavía no te sigo.

—¡Cómo el infierno que no lo haces! Sabes exactamente de lo que estoy hablando.

—Susannah, estás tentando seriamente mi paciencia. ¿Cuáles cláusulas en el contrato? La cosa era de dos centímetros de grosor, no puedes esperar que me la aprendiera de memoria.

—Sabes sobre las dos partes que importan.

—La única parte que me importaba era la de que no serías más mi esposa. No he leído mucho más allá de eso.

—¿Tu abogado no le dijo al resto?

—Le dije que no quería hablar de ello. Tenía que reportarme en el campamento al día siguiente, y mi mente estaba dondequiera excepto en mi trabajo. Lo único que importaba eran los seis meses que el juez nos dio para refrescarnos y repensar las

cosas. Estaba encantado de que salimos del tribunal todavía casados cuando esperaba que lo hiciéramos divorciados.

—¿Así que quieres que crea que no sabías acerca de la cláusula al final que dice que si pasamos una noche bajo el mismo techo, los seis meses se reiniciarían al primer día?

Su cara se aflojó con sorpresa.

—No —dijo con voz ronca mientras su rostro registraba su conciencia—. Así que pensaste... Oh, Susie, no. —La alcanzó. Esquivó su alcance.

—¿Qué pasa con la cláusula del sexo?

Ryan tragó.

—¿Había una cláusula de sexo?

—Como si no supieras que si teníamos sexo durante esos seis meses, el divorcio se habría cancelado.

Sacudiendo la cabeza, la sostuvo de los brazos.

—No leí la cosa, Susie. ¡Lo juro por Dios!

—No te creo. —Tiró sus brazos liberándose—. Hiciste esto a propósito. Ayer fue todo sobre meterme a la cama para poderte salir de un divorcio que nunca quisiste en primer lugar. Dijiste todo lo que sabías que necesitaba escuchar, y caí como la tonta que siempre he sido en lo que a ti concierne. Fue una gran actuación, y funcionó como un encanto, ¿no?

—¿Es eso lo que piensas? —preguntó con incredulidad—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad.

—Hablamos de nuestro hijo. Del hijo que amábamos y perdimos. ¿De verdad me acusarás de utilizarlo para conseguir meterte en la cama?

Miró su angustiado rostro por un largo momento antes de decir:

—No. Pero el resto, sí.

—Todo lo que pasó entre nosotros ayer fue real. Juro por mi vida que no sabía nada de ninguna de esas cláusulas. Tienes que creerme.

—No, no lo hago. Me chantajeaste para venir aquí contigo, ¿por qué debo creer que no jugarías sucio para conseguir lo que quieres, sin importar lo que me cueste?

—Lo que quiero es a ti. Eso es todo lo que siempre he querido.

—Quise decir lo que dije antes. Se terminó entre nosotros. No puedo vivir más así.

—Yo no hice de lo que me estás acusando. Si no me crees, llama a Terry —dijo, refiriéndose a su abogado de divorcio—. Te dirá que estaba tan feliz de conseguir un aplazamiento de la ejecución que apenas le di un vistazo a la orden del juez. Salí al día siguiente para el campamento. Lo juro por Dios, Susie. No lo sabía.

Se quedó con las manos en las caderas mientras lo estudiaba, sin querer admitir que estaba empezando a creerle.

—Vamos a decir, por el bien del argumento, que no lo sabías.

—No lo hacía —insistió.

—Si eso es cierto, entonces le dirás al juez que te quedaste conmigo porque estabas lastimado y no tenías a donde ir, ¿correcto?

—No va a creer eso. Sabe que tengo a decenas de personas que podría haber llamado.

—Pero no otro familiar.

—Así que déjame ver si lo entiendo. ¿Estás sugiriendo que le diga al juez que en mi hora de necesidad me volví hacia la mujer que me echó de mi propia casa y estaba tratando de divorciarse de mí? —Resopló—. Mierda, querida, no creerá eso. ¿Por qué lo haría?

Susannah se mordió la uña del pulgar mientras su mente corría.

—Bueno, nos metiste en este lío al chantajearme para que pasara tiempo contigo, así que será mejor que pienses en algo que vaya a creer.

—¿Por qué?

No podía creerlo.

—Así no tenemos que reiniciar los seis meses, por lo que el divorcio no será cancelado.

—Yo iba a conseguir el ambiente para que no hubiera divorcio.

—¿Qué te dio esa sensación?

—Oh, no lo sé. Tal vez las cinco veces que lo hiciste conmigo en las últimas doce horas.

—Te dije antes de que sucediera que eso no significaba nada —le recordó—. Fue sólo sexo.

—Tal vez la primera vez. Pero la tercera vez, diría que eso significó algo.

—No lo hizo —dijo, levantando la barbilla desafiante.

La estudió durante un minuto antes de decir:

—Sabes, estoy empezando a preguntarme por qué te quería tanto de vuelta. —Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Susannah empezó a ir tras él, pero se contuvo.

—Al infierno con él —murmuró, dejándose caer en la cama junto a su bolso medio lleno—. No lo quiero de regreso, tampoco.

Pero si eso era cierto, ¿por qué se sentía como si acabara de dejar que su mejor amigo se alejara? ¿Por qué estaba tan arrepentida acerca de que llevarlo a creer que su amor no había significado nada para ella? ¿Y por qué estaba tan decidida a

empujarlo cuando todavía lo amaba tanto como siempre, si no más? Si seguía presionando, un día se iría, y si conocía a Ryan, no volvería una segunda vez.

Se quedó allí repasándolo durante mucho tiempo antes de levantarse pasando los dedos por su todavía húmedo cabello, y se limpió las lágrimas de la cara. En la sala, se encontró con que había guardado las mantas y las almohadas, y movido el sofá de nuevo a donde pertenecía, sin dejar nada para recordarle su mágica noche juntos.

Ryan estaba sentado con los hombros caídos frente al fuego que había reconstruido. Parecía tan solo que Susannah sintió que su corazón iba hacia él y lo último de su ira se esfumaba lejos.

—Significó algo —dijo suavemente.

No la miró cuando dijo:

—Sé que lo hizo, querida. Estuve allí, ¿recuerdas?

Se arrodilló a su lado en la alfombra frente al fuego.

—Me duele que no me des el beneficio de la duda, Susannah. Fui un marido de mierda a veces. No niego eso. Pero nunca te mentí. Así que, ¿por qué empezaría ahora, cuando hay tanto en juego?

Debido a que no tenía buena respuesta, no dijo nada. Le tomó la mano.

—Fue pobre de mi parte aparecer de la forma en que lo hice y causarte tantos problemas con Henry. Sé eso. Pero no sabía acerca de esas cláusulas. No estaba tratando de engañar.

—Bien.

Frunciendo su ceja, dijo:

—¿Me crees?

—Quiero hacerlo.

—Bueno, supongo que es un comienzo. —Ató un mechón de su cabello alrededor de su dedo—. Debes tener hambre.

Negó. Su estómago estaba tan revuelto que hasta la idea de comer la ponía enferma.

—No.

—¿Todavía quieres volver a la ciudad? Te llevaré si es así.

Sorprendida, lo miró. Le dolía el corazón por la expresión de su cara de anhelo y esperanza y de miedo y de amor. Todo en un solo lugar, y todo envuelto en ella.

—¿Cuándo es tu junta con Chet y Duke?

—A las cinco en punto de mañana.

—Supongo que podemos volver mañana a casa, entonces.

Su expresión se suavizó de alivio.

—Bien —dijo.

—Está bien.

—¿Vas a cansarte de mí y a marcharte antes de decidir qué hacer?

—Probablemente debería hacerlo —dijo con una risa amarga.

—Pero, ¿no lo harás?

Soltó el cabello con el que había estado jugando y le acarició la cara.

—No, cariño, no lo haré.

Luchó una batalla perdida para contener las lágrimas que de pronto reaparecieron.

La jaló a sus brazos y la abrazó con fuerza mientras lloraba.

—Estoy tan confundida, Ry —dijo varios minutos después.

—Cuéntame.

—Quiero creer que las cosas podrían ser diferentes, pero luego tenemos una fea gran pelea, que trae todos los recuerdos de cuando las cosas estaban mal entre nosotros. —Se apartó las lágrimas restantes en su rostro—. Muero un poco en el interior cada vez que tenemos una de esas horribles peleas.

Le acarició el cuello.

—Sí. Pero, ¿recuerdas cómo hacíamos las paces?

—Detente. Estoy tratando de ser seria.

—Yo también. Nuestra relación es apasionada en el dormitorio y fuera de él. Es sólo la forma en que somos juntos.

—Quiero un poco de paz. Eso es lo que tengo con Henry. Es callado. No peleamos.

—No tienes sexo, tampoco —le recordó.

—Lo tendremos. Cuando nos casemos.

—Estás empezando a molestarme por seguir insistiendo en que te vas a casar con ese hombre.

—Estoy comprometida con él.

—¿Deja de recordármelo! ¡Lo entiendo! Pero no es el correcto para ti.

—¿Y tú eres el adecuado para mí?

Tomó sus manos y las apretó con fuerza.

—Si no estuviera en la foto, ¿habría una decisión para hacer acerca de nosotros?

—Sí —dijo, pero podía decir que no le creyó—. Una no tiene nada que ver con la otra.

—Quiero que me prometas algo.

Le lanzó una mirada cautelosa.

—Esto es importante, Susannah.

Cada vez que la llamaba por su nombre completo, por lo general lo era.

—¿Qué?

—Quiero que me prometas que, incluso si no te quedas conmigo no te casarás con él.

Trató de tirar de sus manos, pero las apretó con más fuerza.

—No me puedes pedir que te prometa eso.

—Serás miserable con él.

—¡Era miserable contigo!

—No, no lo eras. No siempre. Lo pasamos mal después de que perdimos a Justin, pero no fuiste miserable antes de eso, no de la manera que serías con él. Estarías sacrificando tanto de lo que eres si te casas con un hombre al que no amas sólo para no estar sola.

—Eso no es justo. Estuve sola durante gran parte del año pasado, y estaba bien.

—Prométeme que no te casarás con él — declaró.

—No puedo hacer eso.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas.

Su suspiro fue profundo y doloroso.

—Puedes tener tu paz, pero tendrás que pagar un precio terrible por ella. —Se inclinó para besar su mejilla—. Voy a dar un paseo. Necesito un poco de aire.

—No irás todo el camino a la ciudad de nuevo, ¿verdad?

—No. —Se levantó lentamente y se estremeció cuando sus costillas protestaron—. No creo que pueda hacer eso hoy. Tuve un retroceso en mi recuperación.

—Lo siento —dijo, mortificada, estirando una mano—. No puedo creer que te haya hecho eso, pero es tu culpa. Me vuelves tan loca.

Le sonrió y apretó la mano.

—Lo sé. A veces es algo bueno, y a veces no tanto.

—¿Qué vamos a hacer con el juez?

—Te dije que si pasábamos estos diez días juntos y todavía querías el divorcio no lo detendría. Si se trata de lo que realmente quieres, haré todo lo que esté a mi alcance para conseguirlo para ti.

—¿Dices eso en serio?

Suspiró.

—Sí, Susannah, lo digo en serio. No quiero el divorcio, pero no te voy a mantener como rehén en un matrimonio que te hace infeliz.

—Gracias —dijo, entristecida por su resignación.

Lo siguió con la mirada mientras se ponía sus botas, abrigo, gorro y guantes.

—Ten cuidado —le gritó mientras abría la puerta

Su sonrisa había perdido algo de su arrogancia.

—No querrás que piense que te importo, ¿verdad, querida?

Estuvo fuera de la puerta antes de que pudiera decirle que sí le importaba.



Susannah permaneció junto al fuego y se revolcó en la tranquilidad que había anhelado, excepto que no había paz en medio de la agitación en su corazón y mente. Ryan la había sorprendido con lo que dijo sobre el divorcio. Que estaría dispuesto a sacrificar su propia felicidad para darle lo que quería decía mucho, pero también se añadía a su confusión.

Con una pesada sensación de hundimiento, se levantó y fue al dormitorio para conseguir su teléfono para poder tomar ventaja de la ausencia de Ryan y llamar a Henry.

Respondió tan rápido que sospechaba que había estado esperando a que sonara el teléfono.

—Susannah.

—Hola.

—He estado tan preocupado. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo, pero apenas se las arregló para convencerse a sí misma.

—No sueñas bien. ¿Está tratándote bien?

—Sí.

—¿Cuándo vas a volver a la ciudad?

—Mañana.

—Ah, bueno —dijo con un profundo suspiro de alivio—. Me estoy muriendo aquí, cariño, imaginándote en una cabaña aislada con él.

—Lo siento. —Todo lo que podía pensar era en Ryan suplicándole que no se casara con este hombre—. Sé que es terriblemente difícil para ti.

—Es difícil. Sí, se podría decir que es difícil. La mujer con la que me voy a casar a finales de este mes está sola en el bosque con el hombre al que la revista People recientemente llamó el atleta más sexy del mundo. Sí, Susannah, es difícil.

—Lo siento —dijo de nuevo, esta vez en un susurro—. No sé qué decir.

—Sueñas gracioso. ¿Segura que todo está bien? No te está acosando para tener sexo, ¿verdad? No lo dudaría de él.

Hizo una mueca.

—No, no lo está haciendo.

—Eso es un alivio. Mi imaginación ha estado un poco hiperactiva, por decir lo menos.

Ansiosa por cambiar de tema, dijo:

—Debes saber que habrá una noticia respecto a Ryan y al equipo en los próximos días.

—¿Qué tipo de noticia?

—No puedo decir mucho ahora, pero quería que lo supieras porque puede haber... algo... sobre nosotros.

—¿Qué tipo de algo?

—No es nada de lo que debas preocuparte. Regresaré en un día o dos. Bueno, será mejor que me vaya. Te llamaré cuando vuelva a la ciudad mañana.

—No puedo esperar a verte. Te he echado de menos, cariño. Te amo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se le cerró la garganta.

—Sí —logró decir—. Yo también. Adiós.

Cerró su teléfono y se hizo un ovillo en la cama.

—Oh, Dios, ¿qué voy a hacer? —susurró a la habitación vacía.

Capítulo 10

Ryan Blazed aceleraba por el nuevo camino de una de sus rutas favoritas. La tormenta había dejado el tipo de día en Colorado que amaba, con el sol brillante, frío, aire fresco, y una interminable extensión de cielo azul resplandeciente. Cuando el resplandor del sol en la nieve hizo sus ojos aguarse, sacó unas gafas de sol Oakley del bolsillo del abrigo.

Sólo el penetrante dolor de sus costillas lesionadas restaba valor a su disfrute de un día perfecto. Casi se había desmayado por el bien colocado golpe de Susie a sus intestinos. En retrospectiva, podía ver por qué pensaba que se lo merecía. Pero, maldita sea, ¡había dolido! Mezclado con su dolor, sin embargo, estaba el respeto a regañadientes. Le gustaba saber que su pequeña debutante podía cuidar de sí misma si tenía que hacerlo.

Inhaló una buena bocanada de aire frío, tanto como sus costillas se lo permitieron y contempló la espectacular vista de las Montañas Rocosas. Como un buen muchacho oriundo de Texas, nunca se había imaginado que le encantaría un lugar fuera de su estado natal tanto como le encantaba aquí. Después de estos últimos días con Susie, sin embargo, sabía que no vendría aquí de nuevo sin ella. Si no podían salvar su matrimonio, vendería la cabaña. Las cosas estaban cambiando. En poco más de veinticuatro horas, su carrera futbolística profesional habría terminado, y unos pocos días después de eso, tal vez su matrimonio, también. Esas eran dos cosas muy grandes que perdería en el marco de un par de días. Su decisión de retirarse todavía se sentía como correcta, pero mientras se acercaba el momento de apretar el gatillo, se llenaba con tantos pensamientos, recuerdos, y emociones. Implicadas en esas emociones, inevitablemente, estaban sus preocupaciones acerca de su matrimonio.

Su mente vagó a las cláusulas del acuerdo de divorcio.

Ese juez seguro que era un astuto vejestorio, pensó Ryan con una sonrisa, recordando la cara de Susannah cuando el juez había ordenado un período adicional de espera de seis meses antes de concederles el divorcio.

Él había dicho que no creía por un momento que realmente quisieran el divorcio, lo cual era cierto para Ryan. Susie había farfullado con indignación, pero el juez desestimó sus argumentos con un movimiento de su mano. Cuando se fueron de los tribunales, había acusado a Ryan de sobornar al juez, pero no podría haberle pagado al tipo de aliado que había encontrado en el anciano.

Ryan aún tenía la esperanza de que no hubiera más días en la corte, pero si Susannah insistía en seguir adelante con el divorcio, se preguntó cómo iban a llegar ahí diciéndole al juez que no sólo habían pasado varias noches juntos bajo el mismo techo, sino que habían tenido algo de buen condenado sexo, también. Sólo la idea hizo que Ryan quisiera más.

Se dio la vuelta para regresar a la cabaña y fue golpeado con un dolor penetrante en el pecho que lo dejó sin aliento. Apoyándose contra un árbol, luchó contra el fuego que hasta le causó lágrimas en los ojos. Se quedó sin aliento por aire y se preguntó si estaría teniendo un ataque al corazón mientras sus piernas cedían bajo él y se deslizaba hasta la nieve.



—¡Ryan! —gritó Susannah mientras se abría paso en cuclillas junto a él—. ¡Oh, Dios mío, Ryan! ¿Qué sucede?

—Estoy bien —susurró—. Sólo es un dolor.

Ella acunó su rostro entre las manos.

—Estás todo sudoroso y pálido. ¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—¿Tal vez una hora?

Ella se quedó sin aliento.

—¿Crees que puedes levantarte?

—No lo sé.

—Vamos, deja que te ayude. —Ella enganchó el brazo a su lado por encima de su hombro—. ¿Listo?

Él gruñó.

Susannah hizo un intento vano de levantarlo, y él aulló de dolor.

—¿Qué vamos a hacer? Tenemos que sacarte de aquí. Estás húmedo y frío.

—Dame un segundo. Me estoy sintiendo mejor. —Con los ojos cerrados apoyó la cabeza contra el árbol, tomando respiraciones superficiales dentro y fuera—. Está bien —dijo un par de minutos más tarde—. Vamos a intentarlo de nuevo.

Esta vez lo lograron. Con su brazo alrededor de sus hombros, se abrieron paso lentamente a la cabaña.

—Dijiste que no tardarías mucho, así que no sabía qué hacer cuando no volviste. Seguí tu camino a través de la nieve.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Tenía frío.

—¿Qué pasó?

—No estoy seguro. Creo que fue un mal calambre. Parece que se fue ahora, pero tengo miedo de ir demasiado rápido. No quiero que vuelva.

Ella gimió.

—Es porque te golpeé.

—No, cariño. Probablemente me excedí de nuevo.

—Estás siendo amable.

Él apretó su hombro para tranquilizarla.

Unos lentos veinte minutos más tarde, llegaron a la cabaña. Susannah le ayudó a entrar y le quitó el abrigo húmedo.

—Debemos llevarte a un médico.

Él negó mientras temblaba incontrolablemente.

—No necesito un médico.

—Pero Ryan...

—¿Sabes lo que ayudaría?

Ella negó.

—¿Qué?

—Un baño caliente.

—Está bien, pero todavía digo que necesitas un médico. Iré a llenar la bañera. ¿Estarás bien?

Él asintió, y Susannah se precipitó hacia la cubierta de la cocina. Para cuando regresó, él se había despojado de su bóxer. Ella tomó su mano para llevarlo fuera. Sus movimientos eran lentos y cuidadosos mientras dejaba caer su pantalón y se metía en el agua burbujeante.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella.

—Sí. —Él cerró los ojos y apoyó la cabeza—. Ven conmigo.

—Veré lo de tu ropa mojada.

—Te quiero conmigo.

Ella vaciló antes de decir.

—Regresaré en unos minutos.

—Date prisa.

Después de que ella entrara en la casa, Ryan se relajó mientras el agua caliente y los chorros lo acariciaban. Su piel se estremeció por el repentino calor después del frío, y se preguntó qué habría hecho si Susie no hubiese ido cuando lo hizo. El dolor había pasado cuando ella llegó, pero se había quedado drenado por el sufrimiento.

La puerta corredera se abrió y Susie salió con el cabello recogido en una coleta alta, llevando un bikini rojo bastante cutre que agitó otro dolor en él mientras se unía a él en la bañera.

Él alargó la mano hacia ella.

Ella le tomó la mano y se deslizó más cerca de él.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, a excepción de este nuevo dolor que parezco tener.

—¿Dónde? —preguntó, alarmada.

Él guió su mano a su excitación.

—Aquí.

—¡Ryan! ¡Detente!

—¿Por qué?

Ella tiró liberando su mano.

—Estás herido, y necesitas tomarlo con calma.

—Me lo estoy tomando con calma. Ven aquí —La guió a su regazo, acomodándola para que quedara frente a él. Tiró de ella más cerca, hasta que se apretó contra su erección—. Susie —suspiró—. Sabes que me encanta el bikini rojo.

Ella amasó la tensión de sus hombros.

—Fue el único traje de baño que pude encontrar.

—Eres tan sexy —susurró él—. Sólo de pensar en ti me pongo duro, y luego vienes aquí con tu bikini rojo. Eso no es justo.

Ella sonrió.

—Sólo tú podrías pasar de estar incapacitado a pensar en sexo en media hora.

—Soy resistente. —Él tomó sus pechos y jugó con sus pezones.

—Ry —dijo mientras la parte de arriba de su bikini se alejaba flotando—. Tu calambre podría volver. Detente...

Él la deslizó hacia arriba y rodó su lengua por su pezón.

—No pelees conmigo —susurró él—. ¿No se siente muy bien?

Levantando sus cálidas manos de sus pechos, vio que sus pezones se endurecían en el aire frío.

—Oh, mira eso...

—Ryan...

Él pasó sus pulgares en pequeños círculos alrededor de sus pechos, tomándose su tiempo para llegar al evento principal.

—¿Qué?

—Duele —gimió ella.

—Mmmm, no podemos permitir eso

Su lengua se arremolinó alrededor del erecto pezón, infundiéndole calidez. Completamente inconsciente del efecto que estaba teniendo en él, ella giró contra su erección. Él se quitó de su pecho, tirando de su pezón profundamente al centro caliente de su boca y pasando su lengua atrás y adelante. Ella agarró su cabello mientras él le daba al otro pecho el mismo trato.

—Ry —jadeó ella—, necesito.....

Él podía sentir su control de escabullirse.

—¿Qué, nena? ¿Qué necesitas?

—Más.

Él tiró de los arcos en sus caderas, y la mitad inferior de su traje se alejó igual que la parte superior. Usando sólo la punta de un dedo, él la llevó a un fuerte, rápido clímax. Cuando se recuperó, ella envolvió sus brazos y piernas alrededor de él y apoyó la cabeza en su hombro mientras el agua burbujeante los abrazaba en el calor y en el vapor.

—¿Qué hay de ti?

Él la sostuvo apretado contra su palpitante erección.

—Lo guardaré hasta que pueda tenerte horizontal en una cama.

—No deberíamos hacerlo.

—¿Por qué demonios no? —resopló él.

—Se supone que debes estar en reposo y curándote. En vez de eso estés teniendo sexo loco y saliendo a caminar en el frío.

—Renunciaré a los paseos si me dejas mantener lo del sexo loco.

Ella se echó a reír, y su corazón estaba tan lleno de ella que se quedó sin aliento por razones que no tenían nada que ver con ella desnuda y envuelta alrededor de él.

—Vamos —dijo él unos callados minutos después. Se desenredaron a sí mismos, y Susannah alcanzó su traje y sus toallas. Una vez dentro, Ryan olió algo que venía de la cocina que le hizo agua la boca—. ¿Qué hiciste?

—Estofado.

—Me encanta la comida de cabaña. —Con las manos en las caderas, la dirigió al dormitorio principal.

—¿Dónde vamos?

—A acurrucarnos —Tiró la toalla y dejó caer la que había colgado alrededor de sus caderas.

—No te gusta acurrucarte —le recordó ella.

Él se deslizó entre las sábanas de franela y la invitó a unirse.

—Ahora me gusta.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con Ryan Sanderson? —preguntó mientras subía a la cama con él.

—Lo golpeaste. ¿No es esto lo que querías?

—Sí. Lo es.

Él envolvió sus brazos alrededor de ella.

—Entonces, ¿por qué tan solemne, de repente?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué pasa, nena? Dímelo.

—¿Dónde estuvo todo esto antes? ¿Cuándo me ibas a pedir eso? Es como si te hubieras ido de campamento y hubieras aprendido cómo ser el esposo que siempre quise.

—Fui enviado lejos —le recordó—. Y descubrí que la única vida que quiero es la que tuve contigo.

—Todavía me cuesta creer que hayas hecho cambios permanentes.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

Inclinando la cabeza para poder ver su rostro, ella se mordió el labio y pareció estar pensándolo.

—¿Qué piensas de acurrucarte ahora?

Él se rió entre dientes.

—Definitivamente lo extrañé.

Ella apretó los labios contra su pecho. Con cuidado de evitar su lado lesionado, dejando un rastro de besos suaves y húmedos hasta su vientre.

—Susie —jadeó él—. ¿Qué estás haciendo?

—Acurrucándome —dijo ella con una sonrisa tímida.

Ryan estaba resbaladizo por el sudor y jadeando para cuando ella terminó con él.

—Jesús —dijo en una larga exhalación.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Lo leí en Cosmo.

Él se echó a reír.

—No lees Cosmo.

—Fue en la sala de espera del dentista.

—Debe haber sido una espera bastante larga.

Ella se rió, y sus mejillas se volvieron una sombra de rosa.

—Pensé que te gustaría.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó él, pasando los dedos por su cabello.

—Eh, ajá.

—Cuando leíste sobre ello, ¿te imaginaste a Henry o a mí?

Su sonrisa se desvaneció.

—No me acuerdo.

—Sé honesta, Susie.

Sus ojos, cuando se encontraron con los suyos, estaban serios.

—A ti —dijo en un hilo de voz.

Él tiró de ella a sus brazos y la abrazó con fuerza. Las lágrimas ardieron en sus ojos al darse cuenta de que había pensado en él durante su larga separación, que lo deseaba, que se imaginó a sí misma realizando un íntimo, desinteresado acto de amor por él. Ningún regalo que jamás podría darle significaría más.

—Mañana, cuando volvamos a la ciudad, le diré a Henry que se acabó.

El corazón de Ryan se detuvo por el más breve de los instantes. Bien, ese regalo significaba más.

—¿En serio?

—Sí —dijo ella con un suspiro—. Tenías razón antes cuando dijiste que no debía casarme. Si nada más, el tiempo que hemos pasado aquí me ha demostrado eso. Pero la sola idea de decirle me pone enferma.

—Sé que será difícil para ti.

—Será imposible. Ha esperado toda su vida por mí, y lo único que he hecho es defraudarlo.

—Susannah, escúchame. —Con la mano en su barbilla, la obligó a mirarlo—. Mientras estuve esperando por ti, él también estuvo esperando que nuestro matrimonio fracasara. Si realmente te ama de la forma en que piensas que lo hace, ¿por qué quiere que seas infeliz con el hombre que habías elegido para casarte? Eso no lo hace un muy buen amigo, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Estás haciendo lo correcto, nena. Nunca serás feliz con él.

—Eso no significa que tú y yo estemos juntos de nuevo. No quiero que saltes a ninguna conclusión.

—¿Por qué iba a sacar conclusiones? Sólo porque estás desnuda y encima de mí en este momento...

Cuándo él le pellizcó el trasero, ella se sacudió y luego se echó a reír bajo.

—Y está claro que no puede mantener tus manos fuera de mí. Pero no, no estamos de nuevo juntos ni nada.

—Oh, cállate, ¿quieres?

—¿Por qué no me callas? Estoy seguro que puedes pensar en alguna manera de...

Fue interrumpido cuando su lengua invadió su boca. Enterrando las manos en su cabello, la devoró. El beso fue interminable y minucioso y profundo. Cuando ella se habría retirado de lo que la mantenía inmóvil, impregnado de esperanza después de escuchar que planeaba ponerle fin a su relación con Henry. Que iba a volver a él, un pequeño paso a la vez, incluso si no se daba mucha cuenta todavía. En un arranque de pasión, él rodó sobre ella, haciendo caso omiso de la protesta de sus costillas.

—Se supone que debo estar haciendo todo el trabajo —le recordó ella.

—Cállate —susurró, besando su camino hacia sus pechos. Pasando sus pulgares sobre sus pezones, él miró sus ojos volverse blancos y su boca formó su nombre.

Reemplazó sus manos con sus labios, y su espalda se arqueó hacia él—. Podría pasar un día entero aquí —dijo él al instante antes de que la atrajera profundamente a su boca.

—Por favor...

Él levantó la mirada para encontrar sus ojos locos de deseo. Sabiendo que quería lo que despertó, lo quería más que nada que hubieran tenido.

Pero no estaba pensando para nada en sus propias necesidades, sino que estaba centrado por completo en ella. Sus dedos la acariciaron mientras mordisqueaba primero un hueso de su cadera y después el otro. Finalmente, se acomodó entre sus piernas.

—Ry —jadeó, enterrando sus dedos en su cabello—. Oh, Dios mío, ¿qué estás haciendo?

—También he estado leyendo Cosmo.

La declaración fue tan ridícula que ella se rió, pero su risa se convirtió rápidamente en un gemido que fue seguido poco después por un agudo grito de éxtasis.

Capítulo 11

Susannah insistió en conducir de vuelta a la ciudad al día siguiente. Estuvieron callados cuando salieron de la cabaña, cada uno preguntándose si alguna vez volverían a estar allí juntos y preocupados por lo que les esperaba fuera de su idílico capullo. Ella miró por encima y encontró a Ryan mirando por la ventana mientras subían por la colina de Breckenridge. El camión limpia-nieve no había estado allí para un segundo pase desde la tormenta, por lo que Susannah mantuvo el Escalade a cuarenta kilómetros por hora.

—Me encanta el olor a coche nuevo —dijo.

—Eh-ajá.

—¿Qué hiciste con el otro?

—Lo doné al club de Niños.

Ella se quedó impresionada por su gesto. El Club del Metro de Denver para Niños y Niñas probablemente obtendría más de cien mil dólares por el coche que Ryan había recibido como JMV del Super Bowl hace dos años.

—Estoy segura de que lo apreciaron.

Él se encogió de hombros.

—Supongo. Mi oficina lo manejó.

—Éste tiene muchas más cosas que el otro tenía —dijo ella, señalando la elaborada navegación y los equipos de sonido.

Em-ajá.

—¿Qué tienes en mente, Ry? Estás a un millón de kilómetros de distancia allí.

—En muchas cosas.

—¿Te importaría compartir alguna de ellas?

—Sólo estoy pensando en los próximos días y en todo lo que está a punto de suceder.

—Sabes, nada dice que tienes que hacer esto ahora.

—En realidad, lo hago. Mi contrato vence el domingo. No he firmado el nuevo todavía, así que todo el mundo está en el borde. No puedo arrastrarlo más. Eso no sería justo. Tienen que empezar a hacer sus planes para el próximo año ahora que esta temporada terminó.

—Quiero decir, si no estás listo para retirarte, siempre está el próximo año.

—No. Estoy listo. He pensado mucho en ello, y se siente como el momento adecuado.

—Entonces, ¿cómo será? Los próximos días, quiero decir.

—Cuando llegemos a casa, llamaré a Aaron —dijo, refiriéndose a su agente—. Le debo la cortesía de un adelanto antes de reunirme con el equipo. Ha pasado una gran cantidad de tiempo insistiendo en mi nuevo contrato, por lo que no estará muy feliz de escuchar mis noticias.

—No es su vida —dijo Susannah acaloradamente, lo que reflejaba su disgusto de toda la vida por “El Tiburón” que dirigía la carrera de Ryan.

—También mis endosos se tienen que considerar. No estoy seguro de qué impacto tendrá mi jubilación en ellos. Tengo que llamar a Chuck acerca de eso —dijo, refiriéndose uno de sus abogados.

—¿Qué más tienes que pasar?

—Después de que me reúna con Chet y Duke esta tarde, me gustaría invitar al equipo a la casa para poder decírselo a tantos de ellos como sea posible en persona. ¿Te importa?

—No —dijo ella, a pesar de que estaba preocupada por darle a sus amigos la impresión de que estaban de vuelta juntos cuando nada se había decidido aún.

Él sintonizó su vacilación.

—¿Estás segura?

—Sí. Está bien. Voy a llamar a Carol cuando llegemos a casa y a pedirle algo de comida.

Alcanzando su mano, se la llevó a sus labios.

—Gracias, nena. —Dejó caer sus manos unidas a su regazo mientras continuaba—. En algún momento mañana probablemente se celebrará una conferencia de prensa para anunciarlo al mundo. Tal vez puedas ayudarme a redactar la declaración que tenga que decir. Eres tan buena en ese tipo de cosas.

—Um, bien, si piensas que ayudará —dijo, sintiéndose un montón como una esposa de nuevo.

Él se volvió en su asiento para poder verla.

—Será una locura por un día o dos, pero te quiero recordar que no es lo más importante con lo que estaré lidiando ahora. —Apretando su mano, añadió—. Hacer las paces contigo es mi prioridad, y es la única razón por la que dejaré estas otras cosas, porque mi contrato se vence al mismo tiempo que nuestro matrimonio.

—Irónica coincidencia.

—Sí. Irónico es la palabra. En cinco días, tendré todo o nada.

Ella lo miró.

—No hay presión, sin embargo, ¿no?

Sus hoyuelos se mostraron completamente cuando su rostro se torció en una sonrisa perezosa.

—Ninguna en absoluto. —Pasando su pulgar sobre la palma de su mano, le preguntó—: ¿Cómo me veo? —Sacó la mandíbula en una pose dramática.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mucho mejor.

—¿Así que no voy a verme horrible en todas las fotos que se desplegarán en las portadas de todos los periódicos del país?

Ella soltó un bufido de risa.

—Ahí está legendario ego Sanderson en su completa expresión.

—¿Qué ego? Es una pregunta honesta —Movié el visor y abrió el espejo para estudiar su reflejo—. ¿Qué tal guapetón?

—Por favor. Escucha lo que dices. ¿Qué tal guapetón?

—Te quiero dar la oportunidad de explotar mi burbuja —dijo él con una sonrisa—. Lo haces bastante a menudo.

—Tengo que mantenerte fuerte. Mantenerte humilde fue mi mayor desafío como tu esposa.

—Es tu mayor desafío.

—Fue.

—Es.

—Fue.

—Es.

—Cállate.

—Cállame.

—Estoy conduciendo.

—¿Y? —Él deslizó su mano por su muslo.

Cuando llegó a su destino, ella respiró hondo y le agarró la mano. Sin desanimarse, él besó su cuello, susurrándole al oído:

—Es.

—Cállate.

Él se rió y se recostó en su asiento, pero mantuvo un firme control sobre su mano.

No llegaron a casa sino hasta veinte minutos después y ya Susannah anhelaba la paz de la cabaña. Ryan estaba en el estudio participando en una conversación telefónica caliente con El Tiburón, que al parecer no estuvo nada complacido por la noticia de su cliente.

Susannah se dirigió a la puerta para escuchar.

Ryan sostenía el teléfono lejos de su oído mientras Aaron le gritaba. Ella hizo una mueca de disgusto y le hizo señas para que Ryan cortara al iracundo agente. Ryan le sonrió antes de ladrar en el teléfono.

—Es suficiente, Aaron. Siento que estés tan molesto, pero es mi vida y mi decisión. Ahora, te di la cortesía de avisarte con antelación. No te atrevas a decir una palabra de esto antes de la conferencia de prensa mañana. ¿Está claro? —Hizo una pausa para escuchar—. Bien. Hablaré contigo entonces.

Cerrando el teléfono, miró a Susannah.

—Está completamente enojado.

—Así lo escuché. Fuiste muy firme con él, sin embargo. Autoritario.

Él movió las cejas, la tensión de los últimos minutos olvidada mientras se levantaba del escritorio y se acercaba a ella.

—¿Y eso excitó a mi pequeña debutante?

Ella levantó la mano para acomodar el cuello de su camisa.

—Puede ser.

—Lo hace —dijo él con una sonrisa encantada. Tomándola en sus brazos, le dio un beso ligero sobre sus labios—. Tendré que recordarlo. Le gusta que sea autoritario. Tal vez debería probarlo en ella. Hmm, vamos a ver si funciona: bésame.

—No.

—Oh, una luchadora. Me gusta eso. —El teléfono sonó, pero él no la dejó ir—. Dije que me besarás.

—Y yo digo que contestes el teléfono.

—No hasta que me beses.

—Bien. —Ella le dio un rápido beso en la mejilla, se liberó de su abrazo, y se lanzó fuera de la habitación, chillando cuando él la persiguió. La atrapó en la cocina y ella maniobró contra el centro de la isla.

—Te dije que me besarás.

El teléfono volvió a sonar.

—Y yo te dije que no.

Su sonrisa fue sexy y lasciva.

—Veo que tendré que intentar una forma diferente. —Con su erección empujada apretado contra ella, dijo—: Por favor, por favor, ¿me das un beso?

Sus brazos rodearon su cuello.

—Sólo para que conste, un “por favor” habría hecho el truco

Lo atrajo para darle un beso descorazonador que ardió rápidamente fuera de control. De alguna manera terminó de espaldas en el mostrador con él fijándola abajo. Sus manos se deslizaron dentro de sus vaqueros y aferraron su trasero.

Ella se quedó sin aliento cuando le apretó los senos debajo de su suéter. A través de su sujetador de encaje, rozó una uña sobre su pezón mientras su lengua exploraba cada rincón de su boca.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —rugió Henry desde la puerta.

Mientras él continuaba besándola como si nada hubiera pasado, Susannah juró que Ryan flexionó su trasero para evitar que sus manos se escaparan.

—Bájate de ella, tú, bruto. —Henry empujó a Ryan—. Y pon tu mano fuera de su camisa.

Ella tiró sus manos liberándolas mientras su rostro ardía de vergüenza.

Ryan finalmente levantó la cabeza y fijó los ojos en Susannah por un largo momento.

—¿No tocas? —le preguntó a Henry sin romper el intenso contacto visual con ella.

—No tengo que hacerlo. Tengo llave. Ahora bájate de ella. Ahora mismo.

—Henry, por favor —dijo Susannah, todavía sin aliento por la pasión y la sorpresa de ser atrapada—. Espérame en el estudio. Estaré allí en un minuto.

—No te voy a dejar aquí con él. Ya tuve suficiente, Susannah. Entrar aquí y encontrar que estás haciendo... bien, haciendo eso, con él... ¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Tal vez deberías irte y salir —dijo Ryan, levantándose lentamente a sí mismo de Susannah y ayudándola a levantarse también—. Esta es nuestra casa, y no tienes nada que hacer entrando aquí.

—Mi novia me invitó a entrar y salir cuando me diera la gana —replicó Henry, tomando la mano de Susannah—. Tú eres el que no pertenece aquí.

—Crees que es así, ¿eh? —preguntó Ryan con acero en sus ojos marrones.

Susannah ignoró la mano extendida de Henry mientras pasaba sus dedos por su cabello y trataba de calmar su acelerado corazón. Ser atrapada en un apasionado abrazo con su exmarido en el mostrador de la cocina a plena luz del día, nada menos, no era cómo había planeado decirle a Henry que su compromiso estaba terminado.

Con las manos en las caderas y una mirada suplicante en sus ojos, Ryan la ayudó a bajar del mostrador.

Pasó su dedo sobre sus labios hinchados.

Le resultaba difícil apartar la mirada de él hasta que Henry tomó su mano y la sacó de la habitación.

—¡Oye! —gritó Ryan—. No te atrevas a arrastrarla así. Susie, si no estás en condiciones de hablar con él ahora, sólo di la palabra, y le mostraré la puerta.

—Yo te mostraré la puerta. —Henry soltó un bufido—. Sólo escucha a este tipejo.

Ryan se movió tan rápido que Henry no tuvo tiempo de reaccionar antes de que el gran hombre lo estuviera mirando hacia abajo.

—Estás rogando que te dé una patada en el trasero.

Henry tragó, pero no apartó la mirada de Ryan.

—Eres un cliché, Sanderson.

Los ojos de Ryan pasaron de duros a furiosos.

—Es suficiente —dijo Susannah con una mano en el pecho de Ryan—. Sólo danos unos minutos. ¿Por favor?

Ryan mantuvo los ojos fijos firmemente en Henry, pero dio un paso atrás.

—No seas duro con ella, o me pondré áspero contigo. ¿Me entendiste?

Susannah empujó a Henry de la sala antes de que pudiera echarle más leña al fuego de Ryan.

En el momento en que estuvieron solos en el estudio, Henry la envolvió en un fuerte abrazo.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te lastimó?

Ella lo rechazó.

—¿Lastimarme? ¿De qué diablos estás hablando?

—Te estaba atacando. Allí mismo, en la cocina. Lo vi con mis propios ojos. Esa es la única explicación posible para lo que acabo de presenciar.

—Oh, por el amor de Dios, Henry. Tal vez no te diste cuenta de que estaba envuelta alrededor de él. Difícilmente estaba siendo atacada. Estaba siendo torturada.

Henry palideció.

—¿Me estás diciendo que estabas dejando que te molestara?

—¡No me estaba molestando! En todo caso, ¡yo le estaba molestando a él!

—Me decepcionas, Susannah.

Ella se pasó una cansada mano por el despeinado cabello.

—Sí, lo sé. Me gustaría pensar que estarías acostumbrado a eso ahora.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tenemos que hablar, Henry —dijo con un suspiro profundo.

Él negó.

—No mientras estés cohabitando con él. No voy a “hablar” contigo cuando él está esperando en la habitación de al lado, probablemente escuchando cada palabra que digamos.

—Pero...

—El domingo tenemos el baile. El lunes, iremos a los tribunales para conseguir tu divorcio, y en veinticinco días, nos vamos a casar.

—Um, sobre el divorcio...

—Cinco días. Entonces finalmente estarás divorciada.

—Había cláusulas, en el acuerdo...

—No me preocupan las cláusulas. No me importa nada, excepto tú y nuestra boda. A menos que quieras hablar de eso, no tengo nada más que decirte hasta que él se haya ido.

—Yo lo estaba besando también.

—Eres débil en lo que a él respecta. ¿Crees que no sé eso después de todos estos años de verte estar en su mierda?

Picada, Susannah dio un paso atrás de él.

—Quiero que te vayas.

Era demasiado orgulloso para dejarla dar por finalizado su compromiso cuando Ryan estaba en la habitación de al lado. Captaba eso. Pero también ahora sabía con seguridad que cualquier sentimiento que hubiera pensado que tenía por este hombre se había ido. El amor acababa de convertirse en desprecio.

—Cariño, no te ofendas —dijo él en un tono más suave mientras pasaba sus manos por sus brazos—. Sabes que tienes un punto ciego de un kilómetro de ancho con él. ¿Cómo podrías haberte quedado con él durante todo el tiempo como lo hiciste?

—Sí, Henry, tienes razón. —Ella liberó sus brazos—. Soy débil y cobarde. Es algo bueno que tengas que recordarme eso en cada oportunidad que tienes de cuando estuve casada con él.

Él besó su mejilla y no se inmutó cuando ella volvió la cara.

—Nunca dije que fueras débil o cobarde. Nunca dije eso, Susannah. Todo estará bien después del lunes. Ya verás. Una vez que te deshagas de él tendrás tu punto de vista de regreso. Voy a buscarte a las siete el domingo para el baile.

Con un rápido beso en su frente, se fue.

Susannah se estremeció y se abrazó a sí misma como una protección contra un repentino escalofrío. Ryan entró en la habitación, la llevó hasta el sofá, y la atrajo a su regazo. La sostuvo hasta que el temblor pasó.

Capítulo 12

— **N**o soy débil —dijo Susannah.
—Por supuesto que no lo eres. Eres la persona más fuerte que conozco.

Apoyó la cabeza en el hombro de Ryan.

—Él cree que soy cobarde cuando se trata de ti.

Él se rió suavemente y tocó con sus labios su frente.

—Nosotros lo sabemos mejor, ¿no?

—Sí, lo hacemos. ¿Por qué es tan difícil para él y para todos los demás en mi vida creer que realmente nos amamos el uno al otro?

—No lo sé, pero hicieron todo lo posible para llenarte de suficientes dudas como para hundir el Titanic.

—Fui débil por habérselos permitido. Deberías haberte puesto a ti, y a nuestra relación lejos de ellos.

—Vives y aprendes, nena. La próxima vez vamos a poner un muro a nuestro alrededor para que ninguna de esa basura pueda entrar.

Ella levantó una ceja, divertida.

—Estás muy seguro de que habrá una próxima vez.

La besó en la mejilla.

—Creo que ya existe.

—No tuve la oportunidad de decirle a Henry que el compromiso terminó. No me dejó.

—Eso deduje.

—Estabas escuchando.

—Infiernos, sí, estaba escuchando. No confío en ese tipo más allá de poderle escupir. No me extrañaría que se ponga físico contigo cuando le digas que se acabó.

Ella se burló.

—Henry nunca me pondría una mano encima.

—Yo no estaría tan seguro, Susie. Está obsesionado contigo. Siempre lo ha estado, sólo que ahora ve todo lo que ha esperado por años a punto de deslizarse por sus dedos. Se está volviendo desesperado. Hará lo que sea necesario para mantenerte.

—Estás exagerando, Ry. Es inofensivo.

—No, no lo es. Es manipulador y vengativo.

—Y tú eres muy sexy cuando estás celoso —dijo ella con una sonrisa burlona.

Él ahuecó su mejilla.

—Lo digo en serio, Susannah. Quiero que tengas cuidado.

—Lo tendré. —Ella envolvió sus dedos alrededor de su muñeca—. No tienes de qué preocuparte.

—Estoy preocupado. —Él volvió su rostro y la besó tan suave, tan tiernamente, que el efecto fue devastador—. Estoy preocupado por muchas cosas, y todas ellas te involucran.

Ella llegó a él, deseando más de esos besos que estaba repartiendo. Pero no hubo nada suave o tierno en el estallido de pasión posesiva con la que respondió. Ella encontró su ardor con una dosis igual de la suya propia, y cuando finalmente se apartó de ella, parecía aturdido.

—Esa es una manera de cambiar el tema.

—¿Funcionó?

Él negó.

—Prométeme que tendrás cuidado, Susie. Si algo te pasara...

El teléfono sonó de nuevo, pero ninguno de los dos se movió.

—Oye —dijo ella, sacudida por su preocupación—. Nada va a pasarme. Puedo cuidar de mí misma, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Todavía puedo sentir tu hombro en mis costillas. —Girando un mechón de su cabello alrededor de su dedo, añadió—: No me lo has prometido.

—Te lo prometo. Tendré cuidado, pero no tienes de qué preocuparte.

—No quiero que estés a solas con él de nuevo.

Cuando ella comenzó a protestar, él la silenció con otro suave beso.

—Esto no es yo siendo celoso, Susie. Te juro que no lo es. Sólo tengo este sentimiento de que habrá problemas cuando se entere de que no vas a casarte con él.

Conmovida por la sincera preocupación reflejada en sus ojos marrones, apoyó su frente contra la de él.

—No estaré a solas con él. ¿Eso te hace sentir mejor?

—Sí —dijo él con un profundo suspiro de alivio. La abrazó con fuerza—. Sí, lo hace.

El teléfono sonó de nuevo, y esta vez Susannah se levantó de su regazo para responderlo.

—Hola, Bernie. Sí, está aquí. Espera un minuto. —Le pasó el teléfono a Ryan y lo dejó para que tomara la llamada.

Ella fue a la cocina y escuchó los mensajes en su contestador automático. Varios eran de los miembros de su comité sobre cuestiones de última hora con el Baile en Blanco y Negro, así como dos de la madre de Henry preguntando sobre las invitaciones de la boda y de los planes de los asientos. Susannah se apoyó en el mostrador y bajó la cabeza mientras escuchaba los emocionados mensajes de Henrietta. Había estado tan segura de que estaba haciendo lo correcto casándose con Henry. Podría haber sido tan malo que la hacía estremecerse.

Borrando los mensajes, tomó su celular para devolver las llamadas de su comité y pedir la comida para más tarde.

Ryan entró en la cocina sosteniendo el teléfono portátil contra su pecho.

—¿Con esposas y niños? —susurró, levantando una ceja interrogante.

—Por supuesto. —Ella volvió a calcular sus números para el servicio de catering—. ¿Por qué no?

Él sonrió y se volvió hacia la sala hablando con Bernie con gestos animados.

Susannah estaba aliviada al ver que su espíritu estuviera tan animado el día que planeaba terminar una carrera que los había llevado a los dos, a él en particular, por una travesía extraordinaria.

Él pasó la mayor parte del día en el teléfono con sus compañeros de equipo mientras ella asistía los preparativos de la fiesta y recibía llamadas de sus colegas del comité del baile, quienes se sintieron aliviados al oír que estaba de vuelta en la ciudad y de vuelta en su cargo.

Justo después de las cuatro, Susannah subió a cambiarse. Ryan se reunió con ella unos minutos más tarde.

—¿Cómo te va? —preguntó ella—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, ya sabes, un poco triste, pero supongo que es normal.

—Estaría preocupada si no estuvieras triste.

—Me siento mejor sabiendo que estarás allí conmigo. —Él le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella—. Aprecio que vengas.

—Claro. No es ningún problema.

Él le besó la mano y la soltó para que pudieran vestirse.

Ella se puso un traje oscuro con zapatos de tacón y los pendientes de diamante de dos quilates que le había dado el día de su boda. Él salió de su vestidor con pantalón de vestir azul marino, una camisa blanca almidonada y una chaqueta tweed de deportes.

—Me alegro que todavía tuviera algo de ropa aquí. Me salvó de un viaje a la ciudad.

—Dado que nunca viniste a recogerla, había estado pensando en donarla al Ejército de Salvación.

Él sonrió.

—No tan rápido, cariño. —Cruzando la habitación, la abrazó por la espalda—. Estás preciosa, como siempre.

—Gracias. —Ella se volvió hacia él mientras aseguraba la parte posterior de su segundo pendiente—. Tú también, como siempre.

Él jugó con uno de sus pendientes.

—Me alegro de que todavía los uses.

—Los adoro. Sabes que lo hago.

—Y yo también te amo. No creo que lo haya mencionado el día de hoy.

Ella lo obsequió con una sonrisa burlona.

—No, no lo has hecho. ¿Me estás dando por sentada de nuevo?

Sus ojos eran serios.

—Nunca más.

—Estaba bromeando, Ry.

—Lo sé.

—Escucha, antes de que nos vayamos y antes de que todo se vuelva loco, hay algo que quiero decirte.

—¿Qué, nena? —preguntó él, preocupado.

—No es nada malo —dijo mientras alisaba las manos por su impecable camisa—. Quiero que sepas que aunque no lo diga muy a menudo debido a la situación con tu ego y todo eso...

—Oh, Dios, ¿a dónde va esto? —se quejó.

Ella se rió de la expresión de dolor en su rostro.

—Sólo iba a decir que siempre estuve orgullosa de ti y de todo lo lograste en tu carrera. Estoy orgullosa de la forma en que manejaste con clase todas las situación en la que incluso no se lo merecieron. Siempre tomaste el mejor camino. —Se estiró hasta acariciarle el cabello de la frente—. Y estoy orgullosa de que a pesar de todo lo que te pasó, de todos los elogios y la atención, las partes más importantes de ti son exactamente las mismas que el día que te conocí. Sólo quería que supieras eso.

—Susannah —susurró, su voz llena de emoción cuando la tomó en sus brazos—, gracias. Me agrada más de lo que podrías imaginar oírte decir eso. Puedo haber hecho todas esas cosas que dijiste, pero me equivoqué en la única cosa que realmente importaba. No creas que no me di cuenta de eso.

—Sé que lo haces.

Él se inclinó para besarla.

—Vamos, hagamos esto, para poder volver a casa y hacer *esto* —dijo, presionando sus caderas en las de ella.

—¡Alto! —chilló ella—. Ya tuviste suficiente de eso por un tiempo.

—Oh, no, no lo he hecho. Me debes el valor de un año. Pero estoy dispuesto a dejarte pagarme en plazos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mira que eres demasiado *bueno* para mí.

—No podría estar más de acuerdo.

Ryan no dijo mucho en el corto trayecto hasta el estadio de los Mavericks en el lado sur de la ciudad, y Susannah decidió dejarlo a solas con sus pensamientos. Él utilizó su pase para tener acceso al estacionamiento de jugadores.

—Tenemos aproximadamente veinte minutos —dijo—. Demos un paseo.

Él llevaba un abrigo de cuero marrón largo que combinada con su sombrero Stetson. Ni un alma estaba a la vista mientras caminaban de la mano a través de los pasillos bajo el estadio que lo llevó a los vestuarios en expansión, que estaban impecablemente limpios y casi quirúrgicamente aseados. El suelo púrpura y las paredes amarillas estaban adornados con el logo de los Mavericks. Cascos púrpuras se alineaban en la plataforma superior sobre la larga fila de armarios.

Un viejo calvo entró por una de las muchas puertas que alimentaban el vestuario.

—¡Sandy! Oye, te ves muy bien. ¿Cómo te sientes?

—Hola, Tony. Estoy muchísimo mejor. Recuerdas a mi esposa, Susannah, ¿verdad?

Tony miró a Ryan antes de tenderle la mano a Susannah.

—Por supuesto. Encantado de verla de nuevo, señora Sanderson. Ha pasado un tiempo.

—Hola, Tony. —No estaba segura de cómo se sentía acerca de ser denominada la esposa de Ryan, como si todo el mundo no supiera que estuvieron a minutos de un divorcio—. Encantada de verte, también.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Tony a Ryan—. Pensé que estabas en casa recuperándote.

—Tengo una reunión con Chet y Duke. Quería sacar algunas cosas de mi armario, si está bien contigo. —Para Susannah, Ryan añadió—: Sabemos que no debemos tocar nada aquí sin consultar con el jefe primero.

Tony rió.

—¿Crees que es fácil ser el consejero cabeza en el campo Runamok? —Pasó la mano hacia el vestuario de Ryan en el centro de la larga fila—. Siéntete como en casa.

Ryan le estrechó la mano.

—Gracias, Tony. Por todo.

—Claro, Sandy —dijo Tony con expresión de desconcierto.

—Cuídate.

—Igualmente.

Tony asintió hacia Susannah y los dejó solos. Ryan se acercó a la puerta que llevaba al gran número dieciocho y pasó una mano por el casco de la plataforma por encima de su casillero.

—Esto debe ser nuevo. Oí que los médicos de urgencias utilizaron una sierra para cortar el que llevaba en el Super Bowl.

—¿No te acuerdas?

Él negó.

—De ninguna cosa después de que Rodney Johnson me golpeó, hasta cerca de ocho horas más tarde.

Susannah se estremeció.

—Lo siento, cariño. —La besó en la frente—. Sé que no te gusta hablar de esas cosas.

Abriendo la puerta del armario amarillo, revolvió en el caos. Susannah dio un paso más cerca para tener una mejor visión de las fotos que había colgado en la puerta: su foto del compromiso, de su boda, Ryan y su madre en su graduación en Florida, y algunas fotos de su grupo de compañeros actuales y anteriores. Estaba mezclada junto con el collage de la ecografía de una foto.

—Oh —dijo ella con una pequeña exclamación mientras tocaba los bordes amarillentos de la imagen en blanco y negro—. ¿Guardaste ésta?

—Es la única foto de él que teníamos.

Miraron la imagen granulada de diminutos dedos de manos y pies, una columna vertebral en pendiente, el pequeño corazón.

—Estaba tan orgulloso de esa imagen —dijo Ryan en voz baja—, se la mostré a todos.

—Lo recuerdo. —Lo miró—. Me alegro de que la conservaras.

—¿La quieres? Puedes tenerla.

—Todavía tengo la mía, también.

Compartieron una pequeña y triste sonrisa.

—Pensándolo bien —dijo él, inhalando hondo—.Vendré a buscar mis cosas en otro momento. —Golpeando la puerta la cerró, tomándole la mano—. Vamos afuera.

A la salida de los vestuarios, agarró una pelota de fútbol de una enorme cesta de alambre llena de ellos. Caminaron por el oscuro túnel que conducía al campo, emergiendo en la línea de las cuarenta yardas de los Mavericks. Como un novato en su primera visión del gran momento, Ryan salió al campo e hizo un círculo lento mientras tomaba las filas de imponentes asientos morados y amarillos, las banderas de campeonatos, y los palcos.

Susannah se quedó en el banquillo y lo observó. Él tiró la pelota de un lado a otro entre sus manos con una gracia inconsciente.

—¿Sabes lo que me encantaba más de este juego?

—Puedo pensar en muchas cosas.

—Había una en particular. —Fijó sus ojos en el poste de la zona de anotación al otro extremo del campo—. Que sé lo que estoy haciendo aquí. Es tan claro para mí como respirar. —Pasó la pelota y la atrapó sin quitar los ojos de la zona—. Fuera de estas paredes la mayoría de las cosas son un misterio. Pero aquí... aquí, lo entiendo, ¿sabes? —La miró—. Suena tonto, ¿no es así?

—No. —Se unió a él en el campo—. No es así.

—Hablan de mis habilidades y capacidades y lanzan grandes adjetivos que, en ocasiones, se me fueron a la cabeza. No voy a negar eso.

Susannah rió.

—Pero gran parte de mi buena fortuna en este campo se debió al talento dado por Dios y a pura buena suerte pasada de moda. A un buen equipo, a los entrenadores adecuados marcando las jugadas correctas, al receptor correcto puesto en el momento adecuado. Es cuestión de suerte tanto como lo es de trabajo duro y de disciplina. Al final del día, sólo tuve suerte.

—Deberías decir eso. En tu conferencia de prensa, debes decir todo lo que acabas de decirme a mí.

—¿Eso crees?

—Sí.

Ladeando su brazo en formación escopeta, dijo:

—¿Quieres correr conmigo, querida?

Ella levantó una ceja, divertida.

—¿En tacones altos?

—Sí, supongo que no.

—Nunca fui buena receptora de todos modos.

—¿Seguimos hablando de fútbol? —preguntó él con una sonrisa.

—¡Ryan!

Él se echó a reír, y se sostuvo las costillas con la mano libre, lanzando la pelota lo mejor que pudo. Incluso incapacitado la pelota se elevó a más de cincuenta metros.

—No está mal para un viejo jubilado —dijo Susannah.

—No está nada mal, si me permites decirlo.

—Me imaginé que lo dirías.

Él sonrió y dobló su brazo alrededor de sus hombros.

—Vamos a hacer esto.

Ella lo detuvo cuando él había comenzado a dirigirla al interior.

—¿Vas a poder vivir sin la única cosa que tiene sentido para ti?

Él tomó un largo último vistazo.

—Estoy esperando que me ayudes en los baches, pero sí, estaré bien. Tal vez algún día encuentre algo más que tenga tanto sentido.

—Te estarías vendiendo barato si piensas que esto es lo único en lo que puedes sobresalir. Si no recuerdo mal, ese pedazo de papel que conseguiste en Florida decía algo sobre ser *magna cum laude*. Ahora, no me he graduado de la universidad, no todavía de todos modos, pero no creo que eso se lo den a los tontos.

—¿Así que no vas a dejar que me revuelque en calzoncillos y engorde en mi jubilación?

Ella se dio la vuelta hasta que estuvo sobre su nariz.

—Ni siquiera pienses en ello.

—Tendrás que mantener un ojo muy cerca de mí para asegurarte de que eso no suceda. —La llevó al interior—. Podría ser un trabajo de cuarenta o cincuenta años que requiera un compromiso diario.

—Pensaré en eso y te contactaré.

—Mira, hazlo, cariño. — Él apretó el botón del ascensor que los llevaría hasta las oficinas ejecutivas—. Mientras tanto, estaré esperando en calzoncillos.

Ella se rió y lo siguió hasta el ascensor púrpura.

Capítulo 13

El ayudante de Chet tomó sus abrigos y los hizo pasar a su gran oficina con vista al campo mucho más abajo. Las brillantes paredes amarillas de la oficina estaban cubiertas con fotos enmarcadas del colorido dueño de los Mavericks con todos, desde presidentes a actores, atletas de todos los rincones del mundo del deporte.

—¡Ahí está! —rugió Chet cuando se levantó de detrás de su enorme escritorio.

Ryan se sintió aliviado al recibir sólo un entusiasta apretón de manos más que el aplastante abrazo de costumbre de Chet.

—Te ves muy bien, Sandy —dijo, volviendo su atención a Susannah—. Y es tan bueno verte, Susie. Martha y yo nos emocionamos al saber que estaban de nuevo juntos.

—Estamos trabajando en ello —dijo Ryan rápidamente, antes de que Susannah pudiera protestar.

—¿Cómo te sientes, Sandy? —preguntó Duke mientras le besaba la mejilla a Susannah y sostenía una silla para ella en la mesa de reuniones de Chet donde estaba el trofeo Lombardi como pieza central.

—Mucho mejor, pero las costillas todavía me dan un poco de dolor.

—Toma tiempo —dijo Duke—. Las costillas son difíciles.

—Dímelo a mí.

—El presidente envía sus saludos. —Chet mordió un puro apagado mientras descorchaba una botella de champán y servía cuatro vasos—. Siente no poder hacer el viaje, y quiere que le des una llamada si llegas a D.C.

Ryan sonrió.

—Sí, claro. Vamos a salir a tomar unas cervezas.

—Apuesto a que le encantaría eso —dijo Duke.

Chet metió la mano en el bolsillo para sacar un trozo de papel que le entregó a Ryan.

—Dice que tienes que llamar a este número si deseas verlo. Es gran fan tuyo, pero por supuesto que sabes eso.

Ryan miró asombrado a Susannah y tuvo que luchar contra el impulso de reír. Incluso después de una década como un atleta profesional, la atención y la adulación aún podían ser una sorpresa.

Chet alzó su copa en homenaje a Ryan.

—Aquí, por otro año de éxito y por el mejor mariscal de campo que este juego ha visto nunca.

—Voy a brindar por eso —Duke se hizo eco.

Humilde, Ryan dijo “Gracias” mientras tomaba un sorbo de la espuma burbujeante y se acomodaba en la silla junto a Susannah.

—Seguro que es bueno verte mucho mejor, Sandy. —Chet se reclinó en su silla mientras estudiaba a Ryan con ojos viejos sabios—. Nos diste tremendo susto.

—Seguro lo hizo —agregó Duke con un estremecimiento—. Me sacaste cinco años de vida, cuando no te moviste por lo que se sintió como una eternidad.

Ryan tomó la mano de Susannah debajo de la mesa, sabiendo que ella había hecho todo lo posible por evitar ver o leer acerca de la jugada que había causado sus lesiones.

—Bueno, ahora estoy bien.

—Y listo para firmar el nuevo contrato grueso que El Tiburón redactó para ti, espero —dijo Chet.

Ryan miró a Susannah, y ella le apretó la mano.

—Um, acerca de eso —dijo él, vacilando mientras se preparaba para bajar al precipicio a lo desconocido.

—¿Hay algún problema? —preguntó Chet—. Estaba bastante seguro de que teníamos un acuerdo después de la última reunión.

—Has sido muy generoso —dijo Ryan—. Sabes cómo odio todo el regateo sobre dinero y esas cosas.

—Vales cada centavo, y algo más. —La astuta mirada de Chet se iluminó con una sonrisa grande alrededor de su puro. Había dejado el cigarro hace tres años después de un problema de salud—. Pero no le digas a Aaron que dije eso.

Ryan se rió entre dientes, respiró hondo y dijo:

—Me voy a retirar.

Los dos hombres le miraron como si estuviera hablando un idioma extranjero. Chet sacudió la cabeza como si no hubiera oído bien Ryan.

—¿Podrías repetirme eso una vez más?

—Me retiro. Con efecto inmediato.

—No puedes estar hablando en serio, Sandy —dijo Duke—. Recibiste un duro golpe allí en Nueva Orleans, pero renunciar...

—Tomé esa decisión semanas antes del Super Bowl.

—Simplemente no lo entiendo... —tartamudeó Chet.

Ryan se inclinó sobre la mesa.

—Siento que esto sea una sorpresa para ti, Chet. Realmente lo hago. Has sido mucho más que un jefe. Has sido un buen amigo para mí y Susie durante los últimos

diez años. No podríamos haber pedido nada más de lo que tuvimos con la organización de los Mavs. Pero quiero irme, mientras todavía estoy en la cima, en lugar de quedarme para mi ocaso.

—No es posible que puedas quedarte para tu ocaso, con este equipo o en ningún otro, para el caso. —Chet golpeó la mesa—. Eres el Ryan Jodido Sanderson, por el amor de Cristo. —Para Susannah, añadió—: Perdona mi francés, cariño.

Susannah alzó una mano para decirle que ninguna ofensa había sido tomada.

—Tuvimos una gran carrera. —Ryan luchó por mantener sus emociones bajo control—. Dejé un momento de mi vida aquí en Denver, pero estoy listo para un cambio.

Chet estudió a Ryan durante un largo rato, como para evaluar si el joven estaba abierto a la negociación.

—¿Qué tienes que decir a eso, Duke? —le preguntó a su entrenador en jefe.

—No estoy muy sorprendido —dijo Duke.

Los otros tres lo miraron con interés.

—Me di cuenta de que trabajaste con Toad mucho más en los últimos meses, casi como si estuvieras preparándolo para algo.

Ryan se encogió de hombros.

—Trabajó muy duro, y se ha ganado la oportunidad de mostrar lo que tiene.

Duke cruzó las manos sobre la mesa.

—Te diré algo, y quiero que me escuches, ¿de acuerdo?

Con una mirada a Susannah, Ryan asintió.

—Chet no exageró antes cuando dijo que eres el mejor mariscal de campo que este juego ha visto nunca. Después de este último Super Bowl, no habrá nada más que debatir. Nunca he conocido a un jugador con una habilidad más natural que la que tienes. Tienes años delante de ti, Sandy. Años. —Duke puntuó eso golpeando la mesa con su dedo índice—. Tienes la oportunidad de romper los records, todos los Quarter Back registrados en los libros, pero necesitas un par de temporadas más para hacerlo. Nada me gustaría más que ver que llegaras allí. Así que si hay algo que cualquiera de nosotros pueda hacer para cambiar tu opinión, sé que hablo por Chet cuando digo que todo lo que tienes que hacer es nombrarlo.

Chet asintió.

La mandíbula de Ryan se apretó con la tensión y emoción.

—No puedo decirte lo mucho que aprecio eso, entrenador. Ha sido un honor jugar para ti, trabajar contigo, llamarte mi amigo. Espero que no tengas ni una sola duda acerca de lo que significa para mí personalmente. Pero terminé con el fútbol. — Con los ojos fijos en Susannah, agregó—: Aprendí que hay otras cosas en la vida más importantes que tener mi nombre en todos los registros en los libros.

Su sonrisa estaba llena de amor, y lo llenó de confianza.

—Trabajaste muy duro, y estás tan cerca —añadió Duke con un borde de súplica en su voz.

—Jugué mi último partido —dijo Ryan con firmeza—. Me hubiera gustado haber terminado con más gracia que con la que fui, pero bueno, ¿qué puedes hacer?

—¿Qué tienes que decir sobre esto, cariño? —le preguntó Chet a Susannah.

Ella miró a Ryan cuando dijo:

—Creo que Ryan siente que ha logrado todo lo que se propuso hacer en este juego, y quiere ver qué más hay por ahí antes de recibir demasiadas palizas para poder hacer mucho con cualquier otra cosa.

Ryan asintió mientras Duke y Chet intercambiaban miradas resignadas. Después de una larga pausa, Chet se levantó, se acercó a su escritorio, y apretó un botón en el teléfono,

—Jenny, pídele a Bob que venga a la oficina, por favor.

Bob era el oficial de asuntos públicos del equipo y guiaría a Ryan a través de la conferencia de prensa y del bombardeo mediático que seguiría a su anuncio.

—Gracias —dijo Ryan cuando Chet volvió a la mesa.

—En lo que a mi respecta siempre tendrás sitio en esta organización —dijo Chet con brusquedad—. ¿Entiendes eso?

Los ojos de Ryan se llenaron de lágrimas.

—Sí, señor.

—Eso cuenta para mí también —agregó Duke—. Lo que quieras.

El nudo en la garganta hizo imposible que Ryan hiciera nada más que asentir. La conferencia de prensa se fijó para el mediodía del día siguiente. Bob hizo todo lo posible para preparar a Ryan y a Susannah para el predicho circo mediático que seguiría el anuncio de Ryan.



—¿Estás bien? —le preguntó Susannah en el viaje a casa.

—Sí. Me siento mejor ahora que lo saben, pero odio perturbarlos. Ambos han sido tan buenos conmigo.

—Y tú has sido bueno para ellos —le recordó Susannah—. Le hiciste ganar un montón de dinero a Chet y ayudaste a elevar a Duke para entrenar a la realeza. No te olvides de eso.

Él le besó su mano.

—Trataré de tener eso en mente.

—¿Se siente raro? ¿Hacerlo oficial?

—Algo así —admitió él—, creo que realmente lo será cuando los chicos se vayan para el campamento y yo no lo haga.

—Estarás tan ocupado haciendo otras cosas para entonces que casi no lo notarás.

Su sonrisa con hoyuelos se mostró escéptica.

—Mañana será una locura. ¿Estás listo para eso?

—Estaré bien.

—No me gusta tener que hacer esto ahora. Pero los medios están esperando el anuncio de que firme el nuevo contrato, así que no puedo postergar la conferencia de prensa hasta después de que resolvamos las cosas entre nosotros.

—Hablando de resolver las cosas entre nosotros, quiero hablar contigo acerca de eso cuando lleguemos a casa.

Él apartó la vista de la carretera para mirar por encima de ella.

—¿Acerca de qué?

—Vas a tener que esperar hasta que lleguemos a casa.

Empujando el acelerador a fondo, él dijo:

—Bien, entonces ¡vamos a casa!

—¡Ryan! ¡Ve más despacio!

Él se lanzó entre dos coches en la carretera interestatal 25.

—No, a menos que estés lista para empezar a hablar.

—Deja de conducir como loco, o no te diré ni una palabra cuando lleguemos a casa.

—Arruinas toda mi diversión. —Hizo un puchero mientras soltaba el acelerador, pero sólo ligeramente.

—Ese es mi trabajo.

Después de un viaje rápido, se detuvieron en el camino de entrada, y fueron al interior.

—Está bien, empieza a hablar.

—¿Al menos puedo quitarme el abrigo?

Él quitó el abrigo de sus hombros y lo arrojó sobre la barandilla. Un momento después, aterrizó sobre ella.

—Habla.

—En un minuto —dijo mientras empezaba a subir las escaleras.

Ryan la siguió en persecución y se obligó a estar en silencio mientras ella se tomaba su tiempo para colgar su chaqueta.

—Vas a torturarme, ¿no es así?

Ella le dedicó una sonrisa tímida.

—Es divertido, en realidad. Eres como un niño de cinco años esperando su helado prometido.

—Yo te voy a dar un helado —dijo él con un gruñido mientras cruzaba la habitación hacia ella. Puso sus brazos alrededor de ella y retrocedió a la cama, que descendía sobre ella—. Empieza a hablar. Ahora mismo.

Sus manos encontraron su espalda debajo de su chaqueta deportiva.

—No importa qué tan matón te pongas, no me vas hacer hablar.

—¿Lo crees así? —Pasó sus dedos sobre sus costillas, y chilló de risa—. ¿Estoy siendo lo suficientemente claro ahora?

Ella empujó su pelvis en su erección.

—Sí, lo eres —dijo con una risita.

—Susannah... vamos. Estoy sufriendo.

—Lo sé. Lo estoy disfrutando.

Con un profundo suspiro de frustración, él apoyó la cabeza en su hombro. Pasando los dedos por su pelo, ella lo besó en la mejilla.

—Te amo.

Ryan casi dejó de respirar mientras levantaba la cabeza para mirarla.

—Te amo, también.

—Estuviste bien hoy con Chet y Duke.

—Me alegro de que así lo creas. Era un manojito de nervios.

—No lo mostraste.

—Gracias por estar ahí.

—Por supuesto que estuve allí. Soy tu esposa, ¿no?

—Sí, lo eres —susurró, su corazón palpitando de esperanza—. ¿Qué estás diciendo, Susie?

—Quiero intentarlo de nuevo.

Ryan sólo pudo mirarla fijamente durante más tiempo.

—Di algo.

Él bajó la cabeza y encontró sus labios en un beso profundo, que chisporroteó mientras le decía todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

—¿Supongo que estás feliz de escuchar esta noticia? —preguntó ella, sin aliento por su apasionado beso.

Él asintió y fue por más. Desabrochó su blusa, arrastrando la lengua por cada pedacito de piel mientras la descubría.

—Ry. —Ella se quedó sin aliento—. Tenemos invitados viniendo.

Echando un vistazo al reloj de cabecera, dijo:

—No por noventa minutos.

—Pero Carol...

—Ella entrará. Lo ha hecho antes.

—Pero...

—Shh. —Él le desabrochó el cierre frontal de su sujetador y lo empujó a un lado—. Quiero hacer el amor con mi esposa. Ahora mismo.

—Nunca he hecho el amor con un retirado —bromeó ella.

—Mmmm —dijo mientras sus labios iban sobre su pecho—. Entonces será mejor que sea memorable.

Susannah flotaba en una nube de placer y satisfacción.

En todos sus años juntos, Ryan nunca había hecho tal amor tan tierno con ella, como si fuera el más frágil, delicado objeto, rompible en el mundo. Había estado en agonía de un tercer orgasmo cuando la puerta se había abierto en la planta baja, y Carol gritó para ver si alguien estaba en casa. Ellos se habían disuelto en carcajadas impotentes que sólo habían dado lugar a más pasión.

Ryan dormía junto a ella, agotado de hacer el amor y del emotivo encuentro con Chet y Duke. Sabiendo que había otra ronda difícil delante de él con sus compañeros de equipo, Susannah quería que durmiera durante el tiempo que pudiera. Se acomodó en su abrazo, se sentó, y lo miró. No estaba exactamente segura cuando decidió darle otra oportunidad, pero oyéndole decir que el campo de fútbol era el único lugar que tenía sentido para él la llenaba de tanta tristeza abrumadora. Imaginarlo solo en el mundo sin ella y sin su querido juego era más de lo que podía soportar.

Le creyó cuando dijo que había cambiado y que estaba dispuesto a darle lo que necesitaba. A cambio, ella le ayudaría a atravesar esta enorme transición en su vida.

Quitando el cabello rubio sucio de su frente, lo besó en la mejilla y se levantó para tomar una ducha.

Estaba cepillando su cabello mojado frente al espejo cuando el reflejo de su anillo de compromiso le recordó que todavía tenía un problema muy grande. Poniendo el cepillo en la encimera de granito, giró el anillo alrededor en su dedo y se lo quitó. Mañana, se lo regresaría a Henry. Se le hizo un nudo en el estómago cuando imaginó lo que él tendría que decir a la noticia de que regresaría con Ryan. Y entonces tendría que decírselo a sus padres y a su hermana...

—No me importa lo que digan —le susurró a su reflejo—. Tengo que aguantar esa pared para que no puedan llegar a nosotros como hicieron antes. Todo tiene que ser diferente esta vez. Ryan cambió, y yo tengo que cambiar también, o esto nunca va a funcionar. —El pensamiento le dio un momento para hacer una pausa, mientras se daba cuenta del gran salto de fe que estaba tomando.

Después de que se secó el cabello, fue a su habitación, puso el anillo lejos, en su joyero, y consiguió vestirse. En una muestra de apoyo de lo que iba a hacer, se puso la

camiseta de la selección de Ryan. ¿Por qué no? Cerró las cortinas del dormitorio y jaló las mantas sobre los hombros de Ryan, con la esperanza de que fuera a dormir durante otra media hora. En la planta baja, descubrió que el personal de Carol había transformado la sala de estar; la sala, y el comedor era el centro de la fiesta. Bares se acomodaron en la sala de estar, y platos vacíos estaban listos en la mesa del comedor.

—Carol, ¡eres una hacedora de milagros! —exclamó Susannah cuando entró en la cocina.

—Cualquier cosa por ti, cariño —dijo Carol, levantando la mejilla para recibir el beso de Susannah. Carol era una pequeña dínamo hispana a mediados de sus años cincuenta.

—Muchas gracias. Siento el corto aviso.

—No fue problema. Siempre estoy lista para una fiesta de emergencia.

Susannah se rió, sabiendo que era verdad.

—¿Me atrevo a preguntar dónde estabas cuando llegué aquí?

Encogiéndose de hombros Susannah se llenó de inocencia.

—En la ducha.

—Em, ajá. Claro. Me di cuenta de un nuevo Caddy espumoso en el camino de entrada con placa de los Mavericks y el delator número dieciocho, que veo que llevas con orgullo esta noche. ¿Te importaría decirme lo que está pasando?

—Todavía no —dijo Susannah, sabiendo que no podía respirar ni una palabra de su reconciliación con Ryan hasta que hubiera tenido la oportunidad de hablar con Henry—. Pero pronto, espero.

Carol le tomó la mano.

—Espero que tú y ese magnífico marido tuyo estén juntos de nuevo donde pertenecen. Nunca entendí lo que podría haber salido tan mal entre dos personas que claramente están locas la una por la otra.

—Gracias —dijo Susannah, conmovida por el apoyo de su amiga—. Soy consciente de que es más de lo que podrías saber nunca.

—Nunca creí lo que la gente decía de él y de Betsy James. Sabía que tenías tus sospechas...

—Sólo el sonido del nombre de esa mujer todavía me dan ganas de golpear algo —dijo Susannah con un estremecimiento—. Pero él jura que nunca me fue infiel. No me atreví a preguntarle sobre ella, porque todo eso se me pone enferma.

—Le debes creer. Ella no te llega ni a los talones, y Ryan seguramente lo sabe. Si te hubiera engañado, Susannah, no habría sido con esa perra.

Susannah se rió.

—Tú sí que sabes como animarme.

—Ella no vale que le des ni un segundo pensamiento... entonces, ¿dónde está el magnífico marido? —preguntó Carol con una sonrisa diabólica.

—Durmiendo —dijo Susannah, sintiendo el rubor en las raíces de su cabello.

Carol se rió.

—Lo desgastaste, ¿verdad?

—Se desgastó él mismo, si me entiendes.

—Oh... Necesito un trago y un cigarrillo. Ahora.

Susannah se rió, pero luego se puso seria.

—No le menciones esto a nadie, ¿de acuerdo? Necesito hablar con Henry.

—Lo entiendo, cariño. —Carol puso una mano sobre el brazo de Susannah—. Te prometo que no diré una palabra de eso. Pero, ¿supongo que esto significa que el último sábado de febrero de repente está abierto en mi agenda?

—Sí. —El estómago de Susannah se anudó de nuevo con el pensamiento de cancelar su boda y lastimar a Henry—. Lo siento.

—No lo sientas. En realidad estoy aliviada.

—¿Aliviada? ¿Por qué?

—Trabajo con un montón de novias, y nunca he visto una menos entusiasmada en planear su casamiento. Él no era el indicado para ti, Susannah.

—¿Por qué soy la última en darme cuenta de eso?

—Esa es por lo general la manera en que es. Lo que importa es que te diste cuenta... y lo detuviste. Sabes dónde estoy si necesitas una amiga, ¿no?

—Siempre. Gracias.

Mientras Carol se movía por toda la cocina, repasaron algunos detalles finales para el Baile en Blanco y Negro, que Carol también atendería. Antes de que Susannah subiera para despertar a Ryan, le pidió a Carol un último favor.

—Escucha, cuando llegue el equipo aquí, ¿crees que podrías llevarte a tu gente? Ryan tiene algo que quiere hablar con sus compañeros de equipo, y es algo privado.

—Absolutamente. Dejaremos todo listo y haremos una parada de emergencia.

—No tienes que irte. No quise decir eso.

—Tengo que volver a la oficina de todos modos. No importa.

—Gracias de nuevo, Carol.

—El gusto es mío. Ve y despierta al trozo de pastel. Necesito un poco de caramelo en mi ojo antes de irme.

Susannah resopló de risa y fue arriba.

Capítulo 14

Susannah se acostó junto con Ryan, quien todavía estaba profundamente dormido. Odiaba despertarlo, pero sus amigos llegarían pronto.

—Ry —susurró, besando su mejilla y luego sus labios—. Despierta.

—Mmmm. —Con los ojos todavía cerrados, la atrajo más cerca de él—. Estaba teniendo el sueño más asombroso.

—¿Ah sí? ¿Sobre qué?

—Mi esposa me dijo que me daría otra oportunidad. Así que quien quiera que seas, se acabó entre nosotros.

Susannah rió mientras golpeaba su hombro.

—Muy divertido. Saca tu trasero de la cama. Tus invitados estarán aquí pronto.

Cuando intentó levantarse, él tiró de ella hacia abajo y rodó encima de ella.

—¡Ry! ¡Vamos! —Ella empujó su pecho con una risita nerviosa—. ¿Qué estás haciendo?

—Besando tu cuello. ¿Qué te parece que estoy haciendo?

—Comenzando algo que no podrás terminar.

—Puedo terminarlo. —Su mano se sumergió debajo de su camisa y tomó su pecho—. Oh... llevas mi jersey. Sabes lo que eso me atrae.

—La brisa que pasa te excita. Ahora, ¡levántate!

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Más tarde, te pones la camiseta sin nada más.

—Bien, ahora levántate.

La besó largo y duro.

—¿Prometes lo de mi camiseta? Necesito algo que esperar.

—¡Sí! ¡Bájate de mí!

Riendo, él se dio la vuelta y se estiró antes de levantarse e irse derecho a la ducha.

—Deja de mirarme el trasero —gritó por encima del hombro.

Avergonzada de ser sorprendida haciendo precisamente eso, Susannah hundió la cara en la almohada que aún tenía el aroma amaderado que reconocería en cualquier lugar como el de Ry.

Diez minutos más tarde, él salió de su armario vistiendo jeans desteñidos y una camisa polo negra. Sentado en el borde de la cama, se ató los cordones de sus tenis Nike.

—Gracias de nuevo por hacer esto esta noche. Me aseguraré de que no destruyan totalmente la casa.

—Sólo mantenlos alejados de la porcelana de la abuela Sally, y seré feliz.

—Hecho. —Llevando su mano a sus labios, se detuvo en seco—. Oh, nena... te pasaste. Gracias.

Ella asintió. La tomó en sus brazos. Susannah lo abrazó tan fuerte como él la sostuvo.

—Deseo no tener compañía esta noche —susurró.

—No van a estar aquí para siempre.

—Será mejor que no.

—¿Me harías un favor?

—Puedes tener lo que quieras. Me hiciste el hombre más feliz del mundo.

Acariciando su mejilla, ella dijo:

—No le digas a nadie que estamos de nuevo juntos hasta que haya tenido una oportunidad de hablar con Henry

Él la estudió mientras reflexionaba sobre ello.

—Supongo que podría hacerlo, pero hazlo rápido. No podré mantener esto en secreto por mucho tiempo.

—Iré a verlo a su oficina mañana por la mañana, antes de la conferencia de prensa.

—Yo te llevaré.

—Eso no es necesario.

—Me prometiste que no estarías a solas con él.

—Estaré en un lugar público —protestó ella.

—Te llevaré. —Su rostro se puso en una expresión obstinada que le dijo que no tenía sentido discutir más.

—¿Ry?

—¿Qué, nena?

—No quiero que tus compañeros de equipo piensen que estás restringido por mi culpa. Captarán que como que estamos de nuevo juntos, así que...

—No me importa lo que piensen. Tú y yo sabemos por qué estoy haciendo esto. Eso es todo lo que me importa.

Cuando el timbre sonó en la planta baja, la ayudó a levantarse. En la puerta de su habitación, la detuvo para un último beso y pasó las manos por encima del jersey de seda.

—No te olvides de tu otra promesa. No podré pensar en otra cosa que tú y esa camiseta esta noche.

Ella le dio un empujón.

—Ponte en movimiento. Carol está esperando por ti.

—Ella me quiere mucho —dijo él con una sonrisa burlona.

—Justo ahora, puede tenerte.

Él se echó a reír.

—Ahora, nena, sé que no quisiste decir eso.

Tenía el brazo sobre sus hombros cuando empezaron a bajar las escaleras hasta el vestíbulo, donde Carol saludó a Bernie y a su familia. Ryan le había pedido que fuera antes que los demás, para poder compartir la noticia con su mejor amigo primero.

Cuando la esposa de Bernie, Mary Jane, levantó la vista y los vio juntos, sus ojos se abrieron con deleite. Se estiró hacia Susannah y la abrazó.

—Estoy tan feliz de verte —susurró.

—Yo también. —Susannah se sorprendió cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. Hasta ese momento, no se había dado cuenta lo mucho que había echado de menos a Mary Jane, a Bernie, y a sus dos hijos, que habían crecido medio metro desde que Susannah los había visto por última vez—. Eso no puede ser Cole.

El rostro del niño de doce años, se puso rojo brillante. Ryan envolvió al niño en una llave de cabeza.

—No peeles —le advirtió Bernie a su hijo—. El tío Ryan está algo lesionado y no debe comenzar algo que no puede terminar.

—Curioso —dijo Susannah—. Acabamos de tener una conversación similar.

—Algo me dice que no estabas hablando de la misma cosa —dijo Carol con una risa seca. Ryan le sacó la lengua, y ella lo recompensó con una mirada que hizo reír a todos.

—No me tientes, niño grande —dijo ella por encima de su hombro mientras se dirigía a la cocina.

—Vamos ustedes. —Ryan soltó a Cole y se acercó para abrazar a su hermano menor, Hayden.

—¿Podemos ir abajo y jugar con los video juegos? —preguntó Hayden.

—Claro que sí, amigo —dijo Ryan—. De hecho, estaba esperando que se encargaran de todos los niños. Recuerdan mi regla sobre la mesa de billar, ¿verdad?

—Sí —dijo Cole.

Bernie golpeó el hombro del muchacho.

—Quiero decir, sí señor, tío Ryan. No vamos a acercaremos a ella.

—¿Los videojuegos siguen en el mismo lugar? —preguntó Hayden.

Ryan miró a Susannah por su confirmación.

—Sí que lo están, cariño —dijo—. Juega con lo que quieras.

—Eso sí, no dejes que los otros niños se vuelvan locos —le dijo Bernie a los chicos.

—Carol puso algunos aperitivos y bebidas allí para ustedes —agregó Susannah.

—Genial —gritaron los muchachos mientras despegaban hacia las escaleras.

—No puedo creer lo grande que están —dijo Susannah, enlazando su brazo con Mary Jane mientras seguía a sus maridos a la guarida.

—Se dieron el estirón este año. —Mary Jane estuvo de acuerdo. Ryan jugó al camarero, abriendo cervezas para él y para Bernie, y una botella de vino para las mujeres, que se acomodaron en uno de los sofás.

—Me sorprendió escuchar que estaban teniendo una fiesta —le susurró Bernie a Ryan—. La última vez que los vi apenas se hablaban.

—Hemos hecho algunos progresos desde entonces.

Bernie miró hacia el sofá donde Susannah estaba en animada conversación con su esposa.

—Puedo ver eso.

—Suenas sorprendido.

—Un poco —admitió Bernie.

Ryan sonrió.

—¿Estabas apostando contra mí?

—No diría eso. Exactamente. Digamos que no era tan optimista como tú.

—Vamos a estar de nuevo juntos —susurró Ryan. Los ojos azules de Bernie se abrieron con sorpresa.

—¿Qué hay sobre el novio?

—Él no lo sabe todavía. Es por eso que estoy susurrando. No puedo decirle a nadie hasta que ella se lo diga.

—Bueno, que me aspen. —Bernie frotó la barba roja en su barbilla—. Estoy feliz por ti, hombre. En verdad. Sólo espero que, ya sabes...

—¿Qué no la cague de nuevo?

—No iba a decir eso. Exactamente.

Compartieron una risa mientras les llevaban vasos de vino a sus esposas.

—Entonces escucha —dijo Ryan—. Quería que vinieras temprano porque hay una razón por la que pasaremos el partido esta noche.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bernie.

Susannah tomó la mano de Ryan.

—Me reuní con Chet y Duke hoy.

—¿Firmaste el nuevo contrato? —preguntó Bernie.

—No.

—¿Por qué no? ¡Oí que era increíble!

—Porque decidí retirarme.

Bernie se echó a reír.

—Es gracioso. Pero en verdad, ¿por qué no firmaste?

—Lo digo en serio, Bern.

Bernie miró a Susannah, y ella asintió.

—Pero, ¿por qué? No lo entiendo.

Ryan le explicó sus razones a Bernie.

—Yo sólo... no sé qué decir. No me puedo imaginar a los Mavs sin ti.

—Oh, estarán muy bien. Es probable que no vayan a ganar ningún otro Super Bowl, pero estarán bien.

Susannah puso los ojos en blanco hacia Mary Jane.

—Esto es por lo que has pasado tanto tiempo con Toad, ¿no? —preguntó Bernie—. Sabías que te irías.

—También fue porque Toad es un buen maldito mariscal de campo. Tiene un gran futuro por delante.

—Pero no es tú.

—Berna...

Bernie se levantó y se acercó a la chimenea, donde se puso en cuclillas para agregar un leño a la llama. Ryan lo siguió.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Bernie.

—Quería esperar hasta que la temporada hubiera terminado.

Bernie miró a su amigo.

—¿Qué demonios harás sin este juego?

—Estoy pensando en entrenar.

—¿A profesionales?

—En la secundaria.

Bernie se sobresaltó, pero antes de que Ryan pudiera explicárselo, Carol asomó la cabeza en la guarida.

—Nos vamos. Todo está fuera o en el horno. Disfruten de la velada.

Ryan y Susannah se acercaron a abrazarla.

—Un millón de gracias, Carol —dijo Susannah.

—Lo mismo digo —dijo Ryan, recompensando a Carol con un beso en la mejilla.

El timbre sonó, y minutos más tarde la casa estaba llena de gente.

Con la ayuda de Mary Jane y la esposa de Darling, Cindy, Susannah mantuvo la comida y las bebidas fluyendo.

La novia de Toad, Nancy sostenía a su hija de un año, Kara, en su cadera y hacía lo que podía para ayudar a las otras mujeres.

—No puedo creer lo rápido que Ryan se recuperó de sus heridas —dijo Cindy con un estremecimiento—. Estaba tan asustada cuando no se movió durante lo que pareció una eternidad.

Con una mirada a Susannah, Mary Jane dijo:

—Todos nos asustamos.

—Es algo bueno que no estuvieras allí, Susie —dijo Nancy, sosteniendo una galleta para Kara—. Fue horrible.

—Eso oí. —Susannah se acercó a la bebé, desesperada por cambiar de tema—. ¿Ya camina?

—Cualquier día lo hará —dijo Nancy.

El corazón de Susannah brincó cuando los regordetes dedos de la niña se cerraron alrededor de ella un poco apretado.

—¿Tú y Ryan están de nuevo juntos? —susurró Nancy, y todos los ojos se posaron en Susannah.

—Estamos trabajando en ello.

—Eso es bueno —dijo Cindy—. Ustedes dos se pertenecen. No fue lo mismo sin ti con nosotros esta temporada, Susie.

El recordatorio de que se había perdido la última temporada de Ryan en la NFL entristeció a Susannah. Con un fuerte silbido, Ryan llamó a todos a la guarida.

—Nos está llamando —dijo Susannah. Un nudo se instaló en su estómago mientras anticipaba la reacción que los compañeros de equipo tendrían al anuncio de Ryan.

La gran guarida se convirtió rápidamente en pequeña mientras los jugadores, sus esposas y novias se movían juntos. Ryan le tendió una mano a Susannah. Tenía un balón de fútbol escondido bajo el otro brazo. Ella se abrió paso entre el grupo hasta que llegó a su lado.

Con su brazo alrededor de ella, Ryan dijo:

—Susie y yo queremos agradecerles a todos por venir con tan corto aviso previo. Pero antes de que les diga por qué les pedí que vinieran esta noche, quiero que sepan que estoy muy orgulloso de este equipo y de lo que logramos este año. Decían que estábamos en reconstrucción y las expectativas eran bajas, pero les mostramos lo contrario, ¿no es así?

La pregunta despertó multitud de gritos, silbidos y aplausos.

—Esta temporada fue el viaje más increíble, y nunca olvidaré un minuto de él. — Ryan se aclaró la garganta y miró a Susannah.

Ella asintió dándole ánimo.

—Eso me lleva a la razón de la fiesta esta noche. Esta tarde, me reuní con Duke y Chet.

—¿Y firmaste el nuevo contrato de cincuenta millones de dólares? —preguntó Darling, comenzando otra explosión de silbidos.

—¡Quiere más !—gritó Toad desde el fondo de la guarida.

—No, no. —Ryan levantó la mano—. Dijeron que si firmaba, no habría suficiente para pagarles, Toad.

El rostro del joven cayó, y los demás se rieron a carcajadas.

—En realidad —dijo Ryan después que terminaron las risas—. No firmé el contrato porque decidí retirarme.

La guarida se quedó en silencio.

—No puedo imaginar un mejor momento para irme después de la increíble temporada que acabamos de tener. —Él levantó su brazo y arrojó el balón que había estado sosteniendo hacia Toad—. Es tu turno ahora. Estás listo, has trabajado duro, y les pido a todos te apoyen de la misma manera en que me han respaldado a mí.

Como un ciervo ante los faros de un auto, Toad atrapó el balón mientras su novia Nancy comenzaba a llorar suavemente.

Los compañeros de Ryan tenían un centenar de preguntas y argumentos en contra de su decisión. Durante la siguiente media hora, él manejó a cada uno con inquebrantable paciencia. Cuando no hubo nada que hacer o contestar, Darling se puso de pie y levantó la botella de cerveza hacia Ryan.

—No hay hombre cuyas manos prefiera tener en mi trasero que las tuyas —dijo el central del equipo, con una expresión tan seria y tan solemne que los otros se murieron de risa.

—Gracias, Darling —dijo Ryan con una gran sonrisa.

—Estoy emocionado.

—Te extrañaremos —dijo Darling. Para los demás, añadió—: En estos tiempos que prueban el alma de un hombre, lo mejor que hay que hacer es beber con ganas.

Su proclamación fue recibida con aplausos y gritos. Las botellas de cerveza tintinearón unas con otras, seguidas por tragos de ron.

En medio del caos, Ryan abrazó a Susannah.

—Eso salió bien, ¿eh?

—Fue genial —dijo ella—. Perfecto.

Pronto él fue arrastrado a beber un trago con sus compañeros de equipo.

Susannah aprovechó de la oportunidad para escapar a la cocina donde encontró a Nancy todavía con lágrimas.

—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó Susannah a la mujer más joven.

—No sé si estoy preparada para todo esto —dijo Nancy en su cadencioso acento de Georgia—. Todd estaba contento con jugar por la retaguardia de Ryan. Pensó que tenía años por recorrer antes de estar en esta posición. No habría tanta presión ni atención...

Susannah puso las manos en los hombros de Nancy.

—Todo lo que tienes que hacer es proporcionarle un lugar cálido y suave en la tierra en medio de toda la locura. Ese es tu trabajo.

—¿Es eso lo que hiciste? —preguntó Nancy, secándose las lágrimas de sus mejillas.

Susannah pensó en ello.

—No siempre. No tan a menudo como debería haberlo hecho —dijo, sorprendida al descubrir que era verdad—. Sólo haz lo mejor que puedas. Eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer. Y mientras estás en ello, disfruta de las gratificaciones y de utilizar la influencia que tendrás como su novia... o tal vez incluso su esposa, algún día, dándole algo a la comunidad.

—Él quiere casarse.

—¿Tú no?

Nancy se encogió de hombros.

—No sé si esta vida es para mí, Susie. No soy como tú. Eres tan tranquila y fría todo el tiempo. Ojalá pudiera ser más como tú.

Susannah resopló de risa.

—Soy un desastre en el interior, igual que todos los demás. Te contaré un secreto. Cuando conocí a Ryan, no tenía ni idea de qué era un mariscal de campo.

—¡Eso no es cierto! —dijo Nancy, escandalizada—. ¿Cómo podías no saber eso?

—Crecí rodeada de mujeres con un padre cuyo principal interés en los deportes era participar en carreras de caballos. Te darás cuenta que no estaba preparada para la vida que llevé. Recuerda: no es acerca de si esta vida es para ti. Se trata de si ese hombre es para ti.

El hombre en cuestión escogió ese momento para entrar en la cocina, sosteniendo a Kara en sus hombros.

—Allí estás, cariño. —Toad puso su brazo alrededor de Nancy—. ¿Estás bien?

Con una mirada de agradecimiento a Susana, ella dijo:

—Lo estaré

Capítulo 15

Poco después de medianoche, Susannah terminó de recoger todas las botellas y latas desechadas por toda la casa.

Ryan regresó después de acompañar a Darling y a Cindy a su coche.

—Qué gran fiesta. —Sus ojos estaban brillantes de emoción y alcohol—. Gracias de nuevo por juntar todo tan rápido, nena.

—Vas a tener que pensar en alguna manera de agradecerle a Carol. Ella es la que lo logró.

—Hmm. —Se rascó la barbilla—. Estoy seguro de que puedo pensar en alguna manera de darle las gracias.

—Recibirá cualquier cosa que le des —dijo Susannah. Ató la bolsa de basura y la dejó junta a la puerta de atrás para sacarla en la mañana.

Ryan deslizó sus brazos alrededor de ella desde atrás.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tomarás lo que sea que te dé?

Cuando no respondió, le dio la vuelta.

—Oye, ¿qué te pasa?

Susannah dobló los brazos alrededor de su cintura y apoyó la frente contra su pecho.

—¿Susie? ¿Qué sucede? No cambiaste de opinión en las últimas cuatro horas, ¿verdad? No puedo creer que llené la casa con jugadores de fútbol diez minutos después de que acordaste darme otra oportunidad. Buen movimiento, Sanderson.

—Estuvo bien. Estuvieron muy bien atendidos.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Me di cuenta de algo esta noche cuando estaba hablando con Nancy acerca de qué esperar al tener a su novio como el nuevo mariscal.

—¿Qué?

—Nunca me hice responsable por lo que pasó entre nosotros...

—La mayor parte fue mía.

—Pero no toda. Yo no fui un apoyo para ti y tu carrera como debería haber sido.

Su rostro se contrajo con confusión.

—¿De qué estás hablando? Fuiste a cada uno de mis juegos, tomaste el trabajo del equipo en el Hospital infantil y continuaste incluso después de que nos separamos. ¿Cómo puedes decir que no fuiste de apoyo?

—No fui de apoyo para ti. Aprendí sobre fútbol, sobre todo estando cerca de él, pero nunca me importó tanto como podría haberlo hecho. Quería que te fuera bien y que no te lastimaras, pero podría haber estado más interesada en los detalles.

—No me habría gustado eso, Suze. En el momento en que llegaba a casa, a ti, lo último en lo que quería pensar o hablar era de fútbol. Te lo dije el otro día, me gustó que no fueras una groupie del fútbol. Le diste equilibrio a mi vida. Sin eso, y sin ti, no puedo imaginar lo que estos últimos diez años hubieran sido. Probablemente me hubiera convertido en uno de esos atletas con excesos de los que lees en los informes de la policía.

—De ninguna manera. Eras demasiado inteligente y estabas demasiado enfocado para tomar ese camino.

—No lo sé. —Con su brazo alrededor de ella, apagó las luces y la condujo hacia la escalera—. Podría haber estado tentado para convertirme en uno de los famosos malos muchachos del fútbol, con muchas borracheras, con una mujer diferente todas las noches, ya conoces de qué tipo.

—Lo dudo.

—Nunca vamos a saberlo, sin embargo, ¿verdad? Porque tenía a mi hermosa esposa para mantenerme en el buen camino. —Dejó suaves besos por su cuello, haciéndola temblar—. Y tú, mi amor, tienes kilómetros por recorrer y promesas que cumplir antes de dormirte.

—¿Qué es lo que quiere decir, Sr. Frost? —preguntó ella con una sonrisa tímida.

—Lo sabes. —Él se sentó en la cama y se quitó los zapatos—. Estoy esperando.

—Sólo tienes que esperar un poco más —dijo ella, dirigiéndose hacia el baño.

Él se dejó caer en la cama con un suspiro profundo.

—¡Date prisa!

Susannah se entregó a su habitual rutina para el cuidado de su piel de todas las noches. Cuando se había aplicado su crema hidratante y se cepilló los dientes, se quitó todo excepto la solicitada camiseta, que le caía a la mitad del muslo. La sedosa tela contra su piel desnuda la hacía sentirse sexy y, a la vez, como una novia nerviosa en su noche de bodas. En cierto modo, era como una noche de bodas. Todo era nuevo, y estaba decidida a hacer que funcionara esta vez.

Llena de emoción y de anticipación de todo lo que estaba delante de ellos, esa noche y en el futuro, salió del baño para encontrar a Ryan en la cama de espaldas a ella. Apagando su lámpara, rodeó la cama hasta su lado. Sonrió al ver que sus ojos

estaban cerrados y su respiración era tranquila. Y así es como sus grandes planes acababan.

Dejó la luz encendida, se metió a la cama y se acomodó de costado para poder mirarlo.

Cómo pude pensar que podría vivir sin él el resto de mi vida, nunca lo sabré. Bueno, sí, pero no sirve de nada pensar en eso. Todo quedó atrás ahora.

Susannah se acercó más a él y extendió la mano para acariciar su pecho. Él se abalanzó de repente, haciéndola chillar.

—Pensaste que estaba durmiendo, ¿no? —preguntó él con una sonrisa encantada.

Con la mano en el corazón, ella dijo.

—Me asustaste como la mierda.

—¿De verdad crees que me iría a dormir sabiendo que estabas a punto de venir aquí sólo llevando mi camiseta? —Levantó el dobladillo de la camisa para asegurarse de que hubiera seguido sus instrucciones. Sus ojos se oscurecieron con lujuria cuando vio que había hecho exactamente lo que le había pedido—. ¿Estás loca?

—¡Estabas fingiendo!

—Sí.

—Y yo que pensaba que eras toda charla y ninguna acción.

—Esas son palabras de pelea —dijo él con una mueca amenazadora.

Ella había olvidado lo divertido que era estar con él. Nada era simple o aburrido o rutinario. No con Ryan Sanderson.

—Te extrañé, Ry —confesó—. Te extrañé cada noche. Odié ir a la cama sola después de dormir contigo durante tantos años.

Él la acercó más.

—Te extrañé tanto que me enfermé, sobre todo cuando te imaginé durmiendo con Henry. Ugh. Insoportable.

Ella apretó los labios contra su pecho y pasó la mano hacia arriba y abajo de su espalda.

—¿Por qué nunca te acostaste con él, Susie? ¿En serio?

—No lo sé. No fue por una falta de intentos de su parte, créeme.

—Ahórrate los detalles. Por favor.

—Simplemente no me atreví a hacerlo realmente.

—¿Por qué te comprometiste a casarte con él? No lo entiendo.

—Era muy atento y romántico. Dijo e hizo todas las cosas que pensé que necesitaba y que eran sólo para mí. Luego fuimos a Chicago por un fin de semana, y me propuso matrimonio. Yo estaba completamente sorprendida.

—¿No tenías ni idea de que iba a hacerlo?

—Ninguna en absoluto.

—¿Por qué dijiste que sí?

—Estaba tan entumecida y perdida y asustada. Él representaba la seguridad y la paz para mí. Es difícil explicar el lugar en el que estaba en ese momento. Había perdido a Justin, te había perdido a ti... Nada importaba.

—Sabía que estabas vulnerable y se aprovechó de eso.

—No creo que hubiera algo siniestro en sus intenciones, Ry. No fue así.

—Él se aprovechó de la situación para conseguir lo que quería. Nunca me vas a convencer de lo contrario.

—Entonces no voy a intentarlo.

—Por cierto, nunca me perdiste. Nos desviamos un poco, pero nunca me perdiste.

—Casi nos divorciamos —le recordó—. Con cualquier otro juez estaríamos divorciados ahora. Probablemente estaría casada con alguien más y todavía te extrañaría cada minuto de cada día.

—Entonces, gracias a Dios que nos dieron al juez justo. —La besó y le acarició los pechos a través de la sedosa tela—. Mmm, tan sexy...

Susannah le dio un codazo en la espalda y con cuidado descansó encima de él.

—¿Te duele eso?

—No mis costillas, si es eso lo que quieres decir.

—Sí —dijo con una risita—. Eso es lo que quise decir.

—Gracias —dijo él, alcanzando bajo la camiseta para tomar su parte inferior.

—¿Por qué?

—Me diste otra oportunidad. Voy a asegurarme de que nunca te arrepientas.

—No lo haré.

—Suenas bastante confiada.

—Tengo fe en ti. —Lo besó y suspiró cuando sus brazos se apretaron alrededor de ella—. ¿Ry?

—¿Sí?

—Quiero volver a intentar tener un bebé.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Estoy tan cansada de tener miedo todo el tiempo. Los médicos dijeron que fue una casualidad, y tengo que creerles. No sucederá de nuevo.

—Eso es correcto. Estoy listo para hacer mi parte.

Ella se rió entre dientes.

—Sí, me doy cuenta.

Poniéndola debajo de él, con su lengua trazó el contorno de su pezón a través de la sedosa tela mientras la penetraba lentamente.

Ella gimió y se aferró a sus hombros.

—Llenaremos esta casa de niños, si eso es lo que quieres —susurró él.

—En este momento, lo único que quiero es a ti.



Susannah no se sorprendió al encontrar a Ryan compartiendo su almohada cuando se despertó a la mañana siguiente. Mientras escuchaba gruñir su estómago, se quedó allí por un largo tiempo preguntándose si podría estar embarazada. Las pasadas dos mañanas se había despertado hambrienta, y sus pechos estaban ultra sensibles, como habían estado desde el principio con Justin. Por supuesto que también podría ser por toda la atención que había estado recibiendo de Ryan últimamente. Sentirse famélica por la mañana, sin embargo, era inusual, y había sido una señal temprana de su primer embarazo. Después de intentar tan duro quedar embarazada la primera vez, había estado totalmente en sintonía con su cuerpo y supo casi al instante que estaba embarazada. Sólo tuvo ese presentimiento. No tenía esa sensación ahora, sólo algunas señales que eran difíciles de ignorar. ¿No sería eso?

Con todo lo que pasó la última vez podría ser más fácil esta vez. No te adelantes. Ni siquiera pienses en ello, y así no te decepcionarás si no es cierto. Sí, claro, no pienses en ello... Decidió concertar una cita con su médico para saberlo a ciencia cierta luego.

Susannah se levantó para ducharse y vestirse. Se debatió sobre qué ponerse para la rueda de prensa de Ryan y se decidió por un sencillo vestido negro que también sería apropiado llevar para ver a Henry. Metió el anillo de Henry en un compartimiento en su bolso y fue a despertar a Ryan.

Mientras él estaba en la ducha, bajó las escaleras para preparar el desayuno y hacer una cita para la siguiente tarde con su médico ya que era probablemente demasiado pronto para una prueba de embarazo casera.

Ryan llegó vestido a la planta baja con un traje marino a rayas y una corbata de los Mavericks.

—¿Te parece bien?

—Te ves maravilloso. —Le ajustó la corbata y alisó las manos por las solapas del traje que habían comprado en London's Seville Row hace varios años—. Como un hombre que siempre está en lo más alto.

Puso sus brazos alrededor de ella.

—Recuerdo que anoche estuve bastante alto... un par de veces al menos por lo que recuerdo.

Ella gimió.

—Siempre tienes que hablar de eso, ¿no?

—¿Qué es lo divertido si no puedo hablar de ello?

—Comamos para que podamos irnos.

En el camino a la ciudad, escucharon los deportes en la radio, que fue un hervidero durante la conferencia de prensa de Ryan. La mayor parte de la charla fue sobre el contrato de los cincuenta millones de dólares que los Mavericks le habían ofrecido por tres años más y la especulación de que la conferencia de prensa era para anunciar que Ryan y el equipo habían llegado a un acuerdo.

—Si fueras Chet Logler, ¿no le darías a Ryan Sanderson lo que quisiera? —Uno de los comentaristas formuló.

—Creo que sí —respondió el otro—. Sé que lo haría.

Susannah miró a Ryan en el asiento del conductor. Era evidente que no estaba escuchando una palabra de lo que se había dicho sobre él.

—¿Qué estás pensando?

—Quiero que esta cosa con Henry termine.

—Muy pronto.

—Quiero ir contigo.

—No, Ry. No puedo hacerle eso. Sólo necesito unos minutos con él. No tienes de que preocuparte. —Se estiró para acariciar su mejilla cuando un músculo palpitó con tensión—. Todo va a estar bien. Necesitas concentrarte en tu rueda de prensa.

—No puedo pensar en nada más que en ti y ese tipo solos en una habitación juntos cuando le digas que se terminó.

Con un profundo suspiro, ella apoyó la cabeza en su hombro. Poco tiempo después, se detuvieron en el First Mercantil Bank de Denver en la calle California.

Ryan la detuvo al llegar a la puerta.

—Si estás allí por más de quince minutos, iré a buscarte.

—No me tomará mucho tiempo. —Ella se inclinó para darle un beso y salió del coche. En el interior del banco, tomó el ascensor a la oficina del segundo piso de Henry. Su asistente la saludó con una sonrisa.

—Hola, Sra. Sanderson. El Sr. Merrill está en una reunión. ¿Sabía que iba a venir?

—No, no lo sabía —dijo Susannah, deseando ahora haber hecho una cita.

—Voy a avisarle que está aquí. Estoy segura de que querrá verla.

—Gracias. —Normalmente, Susannah rechazaría con disgusto llamarlo para que abandonara una reunión, pero no hoy. La asistente de Henry le indicó que tomara asiento mientras esperaba.

Susannah aprovechó el tiempo para sacar el anillo de su bolso. Lo escondió en su palma, que de repente estaba húmeda por la ansiedad. Cinco de sus quince minutos asignados habían pasado cuando Henry salió de su oficina con un grupo de compañeros de trabajo.

Su rostro se iluminó al verla.

—Susannah. —La hizo pasar a su despacho mientras los otros se movían hacia el ascensor. Hoy llevaba una pajarita burdeos con un traje gris marengo—. Esta es una bonita sorpresa. —La besó en la mejilla y se sentó a su lado en el sofá que daba a la calle. Si ella se estiraba sólo un poco más, habría podido ver a Ryan esperando en el coche.

—Lamento interrumpir tu reunión.

—Está bien. Ya habíamos terminado. ¿Qué te trae a la ciudad tan temprano?

Con una respiración profunda, dijo.

—Tenemos que hablar.

Su sonrisa se desvaneció.

—Eso no suena bien.

Susannah tomó su mano.

—Lo siento, Henry, pero he decidido darle otra oportunidad a mi matrimonio.

Él sonrió, pero no hubo calidez.

—No decidiste eso. Dejaste que *eso* decidiera por ti.

—Eso no es cierto. —Susannah tomó de nuevo su mano y se dijo que debía mantener la calma—. Tomo mis propias decisiones, y esto es lo que quiero.

—Debes estar loca si crees que vas a ser feliz con él.

—Soy feliz con él. Estuve feliz con él durante mucho tiempo.

Él se puso de pie.

—¿Estuviste feliz con él cuando te dejó para irse a jugar fútbol después de que perdiste al bebé? ¿Estuviste feliz cuando el pueblo entero estuvo hablando de él teniendo una aventura con Betsy James? ¿Fuiste feliz entonces, Susannah?

—No —dijo Susannah tranquilamente—. No fui feliz durante ninguno de esos períodos dolorosos que te encanta recordarme cada vez que puedes. —Se puso de pie para enfrentarse a él—. No es que sea de tu incumbencia, pero Ryan me dejó para jugar fútbol después de que perdimos a Justin porque yo lo rechacé por negarme a compartir mi dolor con él, y no por tener un romance con Betsy James o con cualquier otra persona.

—Él realmente te atrapó, ¿no?

—Siento si mi decisión hace que tú o tus padres se avergüencen. Te pagaré los costos incurridos por la cancelación de la boda.

—Quieres decir que él va a pagar, ¿no?

—¿Realmente importa?

—¡No puedo creer que me hagas esto, Susannah! Después de que dejé mi trabajo en Nueva York y me mudé aquí para estar contigo...

—¡Nunca te pedí que hicieras eso!

—Me necesitabas, ¡y estuve aquí para ti! Estuve aquí para ti, siempre.

—Sí, lo estuviste. Estuviste ahí diciéndome lo bueno para nada que era mi marido mientras pretendías ser mi amigo.

—¿Eso es lo que te ha estado diciendo? ¿Y vas a creértelo? ¡Hemos sido amigos desde que teníamos quince años! ¿No te está permitido tener amigos que sean hombres?

—Por supuesto que sí. Tengo muchos. Pero ninguno de ellos ha pasado la última década tratando de hacer que deje a mi marido para poder tenerme para sí mismo. Eso no es amor, Henry. —Puso el anillo en la mesa de café—. Eso es algo completamente distinto.

—¡Susannah! —gritó él mientras ella se movía hacia la puerta—. Espera. —Puso su mano en la puerta para no dejarla salir—. Por favor, cariño, no hagas esto. Te amo tanto. No hay nada que no hiciera por ti.

—Lo siento, pero mi opción está tomada. Me gustaría irme ahora, por favor.

—Dime que podemos seguir siendo amigos —le rogó él, agarrándola del brazo y atrayéndola a su pecho.

El dolor atravesó su brazo izquierdo cuando le torció la muñeca para evitar que se escapara de su abrazo.

—¡Henry! ¡Me estás haciendo daño! ¡Déjame ir!

—No puedo perderte, Susannah. Por favor. Dime que seguiremos siendo amigos.

—No somos amigos. —El dolor que irradiaba de su brazo le produjo lágrimas en los ojos—. Mis amigos quieren lo que es mejor para mí. Tú quieres lo mejor para ti. Ahora déjame ir, y abre esa puerta antes de que empiece a gritar.

—¿Sabes qué? —dijo mientras la soltaba bruscamente y giraba el pomo de la puerta. Sus increíbles ojos color avellana se habían vuelto helados—. Los dos se merecen uno al otro. Me hizo un gran favor al volver cuando lo hizo. Asegúrate de darle las gracias por mí.

—Haré eso.

Prácticamente trotó para alejarse de Henry, pero una vez dentro del ascensor sus piernas se ablandaron y sus manos comenzaron a temblar.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Henry se volvió para encontrar a su asistente mirándolo con la boca abierta.

—Ocúpate de lo tuyo —le espetó, cerrando de golpe la puerta de su oficina.

Se acercó a la ventana y miró hacia abajo a la calle donde Ryan Sanderson estaba apoyado en el Escalade negro. Usando un largo abrigo de cuero y ese maldito sombrero de vaquero que nunca se quitaba, Sanderson miró hacia arriba.

Los ojos de los dos hombres se encontraron.

Sanderson no apartó la mirada hasta que Susannah salió del banco y se arrojó a sus brazos. La sostuvo durante mucho tiempo, mientras Henry los miraba desde arriba. Después de que Sanderson la ayudó a entrar en el coche, él buscó de nuevo, pero esta vez su rostro se retorció en lo que sólo podría llamarse una sonrisa.

¡Se regodeaba! ¡Ese hijo de puta se regodeaba! Ellos se marcharon, pero Henry se quedó allí mirando fijamente la concurrida calle durante mucho tiempo antes de asomarse a su escritorio y tomar el teléfono.

—¿Betsy? Hola, habla Henry Merrill. Me preguntaba si podrías estar libre para almorzar hoy.

Capítulo 16

Después de un día lleno de emoción y de entrevistas sin pausa con varios medios de comunicaciones locales y nacionales, Ryan y Susannah volvieron a su casa en Cherry Hills justo después de las nueve. Una ligera nevada caía mientras caminaban en la oscuridad a la casa. Ryan colgó sus abrigos en el armario del vestíbulo y se volvió hacia ella.

—¿Qué tal un fuego?

—Me encantaría —dijo ella, haciendo una mueca cuando él frotó las manos sobre las de ella para entrar en calor.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Él levantó su cabeza para estudiarla.

—Algo.

—Me duele el brazo de antes. No es gran cosa.

—¿Cómo te lastimaste el brazo? —La llevó hacia la cocina para poder mirarlo a la luz—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Me golpeé, y nunca tuve la oportunidad de decírtelo.

La sentó en un taburete de la barra y subió su manga para encontrar su muñeca magullada e hinchada.

—¿Susannah! Nena, ¿por qué no me dijiste que estabas lastimada?

Ella se encogió de hombros.

—Estabas ocupado con la prensa. No quise molestarte.

—¿Molestarme? ¡Debes haber estado con dolor todo el día! Tenemos que ir a un médico.

—Tengo cita mañana para un chequeo de rutina. Le diré a Pam que le eche un vistazo después.

Él giró suavemente su brazo para poder ver la otra cara de la muñeca donde había cuatro pequeñas contusiones más.

—¡Esas son huellas dactilares! —Sus ojos se estrecharon con furia—. Henry te hizo esto, ¿no?

—No quiso hacerlo. Honestamente, no lo hizo. Estaba molesto de que me fuera, y trató de detenerme. No estaba tratando de hacerme daño.

Ryan resopló sonoramente en un esfuerzo por contener su rabia.

—Voy a matarlo.

—No, no lo harás. —Ella descansó su mano buena en su pecho—. ¿Qué tal si me consigues un poco de hielo para ponerme en la muñeca?

Con la boca apretada de ira, él se quedó mirando los moretones durante un buen rato antes de ir a buscar una bolsa de hielo. Ella la tomó con una sonrisa tranquilizadora.

—Ahora, dijiste algo acerca de un fuego. ¿Por qué no te cambias primero?

—¿Estás segura de que estarás bien?

—Estoy bien. Se siente bien el hielo. Ve, Ry.

La besó en la mejilla y se fue, pero lo que realmente quería hacer era encontrar a Henry Merrill y patearlo como la mierda. Sólo la idea de ese tipo poniendo sus manos sobre Susie... En la mañana le habría una visita a ese gusano para darle una idea de lo que pasaría si alguna vez la tocaba de nuevo. Ryan colgó su traje y se puso unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Con las manos en la encimera del baño, bajó la cabeza y se tomó un minuto para recuperarse. Susannah entró en el cuarto de baño y suspiró cuando lo vio luchando con sus emociones. Puso sus brazos alrededor de él y apoyó la cabeza en su espalda.

—No te molestes, Ry. Estoy bien.

—Sabía que no debí haberte dejado ir allí sola. —Golpeó la encimera con frustración—. ¡Lo sabía! Esto es exactamente lo que estaba tratando de advertirte ayer.

Ella le dio la vuelta para poder ver su rostro.

—Cariño, estoy bien. No es gran cosa. Por favor, no dejes que arruine lo que ha sido un día tan importante para ti.

Él puso sus brazos alrededor de ella y la abrazó con fuerza.

—Quiero sentarme junto al fuego y escucharte tocar tu guitarra. ¿Harás eso por mí?

La besó en la frente.

—Cualquier cosa que desees. Pero todavía quiero matarlo. Juro por Dios que si alguna vez se acerca a ti otra vez, no va a haber quien me contenga.

—No hables así. Él no va a molestarnos. Te lo dije, le dejé muy claro que todo terminó entre nosotros. Por completo.

—Lo creeré cuando lo vea.

—Ve a preparar el fuego mientras me cambio.

—¿Necesitas ayuda?

—No, yo puedo hacerlo. Gracias.

—Bien. No tardaré.

—Yo tampoco.

En el momento en que estuvo sola, Susannah tomó la botella de Advil de su botiquín. Su muñeca le dolía mucho más de lo que le había mostrado a Ryan, y sospechaba que podría haber sufrido un esguince o algo peor. Se estremeció al imaginar la reacción de Ryan si en realidad se lo hubiera roto. Sólo había defendido a Henry porque tenía miedo de que Ryan en realidad pudiera matarlo, si supiera que Henry había estado tratando de lastimarla cuando le había torcido el brazo con tanta violencia. Por un breve momento se había asustado por la intensidad de la reacción de Henry. Lo había conocido media vida y nunca lo había visto perder el control de la forma en que lo había hecho hoy.

Con un estremecimiento, empujó esos desagradables pensamientos a un lado y se puso un camisón de seda rosa pálido y una bata a juego. Las tareas simples tomaban mucho más tiempo del habitual debido al dolor en la muñeca. Para cuando se unió a Ryan en el estudio, él había preparado ya un gran fuego y estaba sentado frente a él perdido en sus pensamientos.

—Hey —dijo cuándo se sentó en el sofá detrás de él.

—Pensé que te habías olvidado de mí.

—Nunca. ¿En qué estabas pensando?

Poniéndose de rodillas se volvió hacia ella.

—En ti.

—¿En mí? —preguntó con una sonrisa.

Él pasó una mano sobre la seda que cubría sus muslos.

—En realidad, estaba pensando en la conversación que tuve con tu padre antes de pedirte que te casaras conmigo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Hablaste con papá primero?

—Por supuesto que sí. Conduje hasta la casa de tus padres, el fin de semana antes de proponerte matrimonio. Tu padre estaba pescando en el lago. Me ofreció una de las cervezas que tenía en su refrigerador y el cebo de un poste. Y después, durante la mayor parte del tiempo no dijo una palabra.

Susannah sonrió ante la escena que describió.

—Estaba empezando a sudar cuando finalmente dijo: “Viniste a decirme que te vas a llevar a mi Susannah de mí, ¿no es así?” —imitó el profundo acento sureño de su padre a la perfección.

—¿Por qué nunca me dijiste esto antes? —preguntó ella, con sus ojos brillosos.

Él se encogió de hombros.

—Fue algo entre él y yo, ¿sabes?

Ella asintió.

—Entonces, ¿qué le dijiste?

—Le dije: “Vine a pedir su mano, señor. La amo, y me encargaré de ella siempre”. Él dijo: “Eres un buen chico, Ryan, pero estoy preocupado por la vida que elegiste y por cómo mi niña va a caber en ella”. Dijo que siempre te había imaginado casada con un buen caballero sureño, tal vez un médico o un abogado, alguien más como Henry. Incluso lo utilizó como ejemplo.

Susannah se enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas, y su corazón se llenó de amor mientras imagina a Ryan acercarse a su padre con valentía, un hombre que apreciaría tal cortesía anticuada.

Ryan había hecho eso a pesar de que su padre había sido muy vocal en su desaprobación de la carrera que Ryan había planeado tras su graduación.

—Hablamos durante mucho tiempo. Traté de convencerlo de que mientras el fútbol no era una profesión tan noble como medicina o leyes, me gustaría poder proporcionarte una vida cómoda, y que nunca tendrías que trabajar a menos que lo quisieras. Como puedes imaginar, no se dejaba influir mucho por mi descripción de las ventajas que vendrían con tu matrimonio con un atleta profesional. Finalmente cedió cuando le dije simplemente que estarías a salvo conmigo. No pudo discutir mucho con eso, supongo.

—No puedo creer que ninguno de los dos haya dicho nunca una palabra sobre esto.

—No había pensado en ello en años, para ser honesto, hasta hoy cuando hubo un momento muy breve, cuando no estuviste segura. —Puso sus labios en la contusión en la muñeca—. Ahora lo único que puedo pensar es en que le prometí a tu padre que me ocuparía de ti, y no lo hice hoy. No confié en la molesta sensación que tenía en mi interior, que me decía que Henry podría hacerte daño.

Susannah puso sus brazos alrededor de él y descansó su cabeza contra su pecho.

—Te amo.

Su suspiro fue a la vez contento y conflictivo.

—¿Sabes de ese caballero sureño que papá esperaba que fuera a encontrar?

Él asintió.

—Me casé con él. Me casé con el mejor hombre que he conocido, y si tuviera que hacerlo otra vez, incluso después de todo lo que ha pasado, lo haría en un santiamén.

Mirando hacia ella, le preguntó,

—¿Quieres? —En la palma de su mano estaban los anillos de compromiso y de boda que le había dado hace más de una década—. ¿Quieres casarte conmigo de nuevo?

—Sí —dijo ella, con las manos en su cara—. Sí, lo haré.

Él le tomó la mano izquierda y metió los anillos en su dedo.

—Quiero que renovemos nuestros votos para poder poner el breve período de locura detrás de nosotros y hacer un nuevo comienzo.

—Me gustaría eso. —Miró los familiares anillos y se llenó de alivio de verlos de nuevo donde pertenecían—. Supongo que esto significa que no olvidaste la combinación de la caja fuerte.

—Me alegré de que no la hubieras cambiado, pero estos son sólo temporales hasta que pueda conseguir los nuevos.

—No quiero nuevos. Estos me encantan. Lloré todo el día cuando finalmente reuní el valor para quitármelos después de que te mudaste.

Él se sacudió la humedad de sus mejillas.

—No más lágrimas. Esos días terminaron. Tenemos lo mejor de todo por delante.

Lo besó y lo instó a ir al sofá con ella. La tomó en sus brazos y se tendió al lado de ella.

—Pensé que querías que tocara para ti.

—Prefiero que me abrases.

—Estaré feliz de hacerlo, cariño.

—¿No tienes curiosidad en cuanto a lo que se diga acerca de ti en la televisión esta noche?

—No, en absoluto. Estoy seguro de que será noticia de primera plana en la sección deportiva de mañana. Vamos a averiguar lo que tienen que decir suficientemente pronto. ¿Cómo se siente tu muñeca?

—Bien. Me tomé un Advil.

Ryan tomó una respiración profunda agitada.

—Claro que deseo que me dejes matarlo. Me daría tanto placer...

—¿De qué me serviría que estuvieras en la cárcel? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Eso es cierto —concedió—. Vaya que hoy resolvimos asuntos pendientes, ¿no?

—Definitivamente. Se siente bien no tener nada que pueda entorpecer nuestro camino. Somos libres de hacer lo que queramos.

Se volvió hacia su lado bueno para poder verla.

—Sólo deseo que pudiéramos pensar en algo que hacer con nuestra recién descubierta libertad.

Ella fingió darle algún pensamiento significativo.

—Podríamos jugar algo.

—O ver una película —dijo él, con la mano sobre su bata de seda.

—Eh... ajá. —Ella se atragantó con un grito ahogado cuando su errante mano encontró su pecho—. Espero que no seamos aburridos como los jubilados. Puede que tengamos que hacer un puente o tejer para llenar nuestro tiempo.

Él resopló de risa.

—Del fútbol a tejer. ¿Puedes imaginar los titulares?

Ella se rió, pero rápidamente se convirtió en un gemido cuando él arrastró su lengua por su labio inferior.

—Ry. —Suspiró, enterrando sus dedos en su cabello para acercarlo más. Pero en lugar de ceder a su necesidad de urgencia, le dio a su labio superior el mismo tratamiento lento.

Su corazón se agitó cuando levantó la vista para encontrarlo mirándola con ojos marrones que se habían vuelto suaves con ternura.

—Te amo —susurró ella.

—Me tienes. Soy todo tuyo.

Con las manos en su cara, ella llevó su boca de nuevo a la suya. El beso fue poco exigente. Él acarició su boca con la lengua y luego la hundió profundamente en rápidos, fugaces trazos que la dejaron desesperada por más.

Susannah tuvo que recordarse a sí misma respirar mientras concentraba toda su atención en el beso. Sus manos nunca se movieron mientras la besaba como un hombre que tuviera todo el tiempo del mundo para darle, todo el tiempo del mundo para amarla.



—Déjame levantar para poder ir a buscar el periódico —dijo ella a la mañana siguiente, cuando la luz del sol entraba en el dormitorio. En su prisa anoche, se habían olvidado de cerrar las persianas—. Me muero por saber lo que están diciendo acerca de mi hombre.

—En un minuto —murmuró él, sus labios se arrastraron sobre su cuello.

Cuando bajó hasta su vientre, Susannah se retorció y luego se sacudió mientras su mano bajaba entre sus piernas.

—¡Ry!

Él presionó su erección contra su espalda.

—¿Hmm?

—No podemos.

—¿Por qué no?

—Esto es una locura —dijo ella, sin aliento por lo que le estaba haciendo. ¿Cómo es posible que lo deseara otra vez?

Él la ayudó a acostarse sobre su vientre y levantó los brazos por encima de su cabeza.

Ella se dio la vuelta para poder verlo.

—¿Ry? ¿Qué estás haciendo?

—Besando tu espalda.

Ella se movió debajo de él.

—¡Eso no es besarse! ¡Eso es morder!

—Son detalles, nena. —Con una combinación de labios, dientes y lengua, él se abrió paso por su columna.

Llenando sus manos con sus suaves nalgas, dijo:

—Me encanta tu trasero. ¿Nunca te dije eso?

—Um, no. —La estaba poniendo nerviosa—. No con esas palabras.

—Es una lástima —dijo él, mordisqueándole una nalga y luego la otra—. Debería habértelo dicho, porque lo he pensado tantas veces. —Deslizó un dedo en medio para descubrir que sus esfuerzos estaban teniendo el resultado deseado. Susannah casi levitaba fuera de la cama—. Tranquila, nena. Tómallo con calma.

—¿Cómo se supone que voy a tomarlo con calma cuando estás haciendo eso?

Él deslizó su dedo en su humedad y la tentó con pequeños movimientos de juego.

—¿Haciendo qué?

—¡Eso! —Ella empujó sus caderas hacia atrás para tratar de capturar su dedo juguetón—. ¡Dios mío! Ryan...

—Abre las piernas un poco.

—¡No! Detente. Vamos.

Con las rodillas, la instó a abrir las piernas y levantó sus caderas. Entró en ella por detrás y le dio un minuto para ajustarse antes de retirarse casi por completo.

—¡Ryan!

—¿Quieres más?

—Sí —gimió—. Por favor.

Él besó la parte posterior de su cuello y le susurró al oído:

—Me encanta cuando mi pequeña debutante es educada en la cama.

—¡Maldita sea! ¡Hazlo!

—Oh, Dios, eso me gusta aún más —dijo con un gruñido mientras la llenaba de nuevo.

Con cuidado de proteger su muñeca dolorida, la mantuvo sobre sus codos y rodillas mientras sus juegos la volvían loca. Cuando alcanzó sus pechos, sus piernas cedieron, y ella aterrizó boca abajo en la cama con él encima.

—¿Estoy aplastándote?

—No —jadeó ella, empujándose hacia atrás para instarlo a más—. No te detengas.

Mientras giraba dentro de ella, su sudor se mezcló con el de ella. La cubrió, rodeándola, poseyéndola. Y cuando le dijo al oído que la amaba, ella respondió con un grito de liberación que se lo llevó directo con ella.

—Oh, Dios —gimió ella bajo él.

Ryan le devolvió el beso, en el hombro, en el cuello, y finalmente, en su mejilla.

—Buenos días.

—Esto es una locura —repitió ella.

—¿Qué?

—Esto —susurró ella, tan agotada que era difícil creer que acababa de despertar.

Él apretó sus pechos para recordarle que sus manos estaban todavía allí.

—¿Por qué?

—No puedo seguir haciendo esto todo el tiempo.

—¿Por qué no?

Ella se echó a reír.

—¡Deja de contestar con preguntas!

—Estoy esperando que me des una buena razón.

—Estoy tratando de pensar en una.

Él se echó a reír, y se hizo eco a través de ella.

Cuando ella cerró los ojos y apretó sus músculos internos, gimió.

—Susie...

—Tenemos que pensar en alguna otra manera de llenar nuestro tiempo.

—¿Por qué?

Ella levantó la mano para pellizcar su hombro.

—¿Ahora puedo ir a buscar el periódico?

—Si tienes que hacerlo. —Él se retiró de ella y rodó sobre su costado—. ¿Cómo está tu muñeca?

—Rígida pero no con dolor como ayer. —Sintió sus ojos en ella mientras tomaba su bata.

—No puedes salir a la calle con sólo eso. Causará un gran revuelo en el barrio.

—¿Por qué? Estoy cubierta.

—Esa cosa se aferra a cada deliciosa curva, querida. Toma mi palabra en eso. Causará un gran revuelo.

—¡Honestamente! —dijo ella con exasperación.

Al salir del baño unos minutos más tarde en chándal negro, su estómago gruñó ruidosamente mientras subía la cremallera de su sudadera sobre sus pechos sin restricciones.

—¿Mejor?

—Sí, pero nunca imaginé que estaría tan celoso de una cremallera.

Ella puso los ojos en blanco.

—Vuelvo en un minuto.

—Estaré aquí.

Ella bajó las escaleras, hizo café, y puso un trozo de pan en la tostadora, con la esperanza de calmar su estómago.

Mientras la tostadora hacía lo suyo, se puso las botas y salió para encontrar el periódico envuelto en una bolsa de plástico azul que era un agudo contraste con la nieve en el césped. Llevó la bolsa al interior, sacó el periódico de la bolsa, y lo abrió.

—Oh, vaya —susurró.

Capítulo 17

Ryan descansaba sobre su vientre y esperaba a que Susie volviera. Había resperado sentirse extraño esa mañana, después de anunciarle su retiro al mundo, pero nada se sentía diferente. Suponía que estaría desanimado si no hubiera tenido a Susie para darle algo más en qué pensar. Bueno, a decir verdad, sólo había una cosa en la que estaba pensando en los últimos tiempos, y por fin lo había invocado. Se rió bajo para sí mismo. Siempre habían tenido una intensa relación sexual, pero los últimos días habían sido extremos incluso para ellos.

El latido sordo en sus costillas le indicó que había exagerado la actividad física, pero había valido la pena cada dolor y molestia. Ella estaba de vuelta, era suya, y nada alguna vez se interpondría entre ellos de nuevo. Pensó en la conversación que planeaba tener después con Henry, y una vez más su sangre hirvió por lo que ese tipo le había hecho al brazo de Susie. Tal vez le haría lo mismo a Henry, era lo menos que se merecía ese hijo de puta.

Susannah regresó con dos tazas de café y el periódico bajo el brazo.

—Despierta, dormilón.

Él se dio la vuelta y se incorporó para recibir la taza de café que le entregó.

—¿Cómo lo hicimos? ¿Estamos en la página principal de deportes?

—No exactamente. —Ella levantó la primera página del Denver Post, que tenía el gran titular “Sanderson Lo Deja Todo” con una foto enorme de él secándose una lágrima durante la rueda de prensa.

—Mierda —dijo en un largo suspiro. La mayor parte de la primera página estaba dedicada a él—. Debe haber sido un día de pocas noticias.

—Más bien, es la historia del año en esta ciudad.

Él puso su café en la mesita de noche y tomó una almohada para ponerla en su rostro.

—Léemela. No puedo soportar mirar.

Ella se rió entre dientes mientras se estiraba a su lado.

—¿Estás listo?

Él gruñó.

—Una de las carreras con más historia de la NFL terminó ayer con el sorprendente anuncio de que el mariscal de campo estrella de los Mavericks de Denver Ryan Sanderson se retira —leyó—. Aun teniendo los moretones de sus recientes lesiones

del Super Bowl, Sanderson, de treinta y dos, dio una conferencia de prensa al mediodía en el estadio de los Mavericks, donde calificó su entrada al Salón de la Fama como una combinación de “buena suerte y buenos genes”. Con su esposa Susannah, el entrenador de los Mavericks, Duke Simmons, y el dueño del equipo Chet Logler a su lado, un Sanderson a menudo lloroso le rindió tributo a muchos compañeros de su equipo, entrenadores y competidores que hicieron de sus diez años en la NFL un “viaje alegre”. —Susannah miró por encima de él—. Me gustó eso, por cierto.

—Sueno como un friki total —dijo él, con la voz amortiguada por la almohada.

Ella se echó a reír.

—¡Claro que no! Cállate y escucha. “También quiero darle las gracias a la gente de Denver y a los tremendos fans de los Mavericks”, dijo Sanderson. “Nos dieron la bienvenida a mi esposa y a mí con los brazos abiertos cuando llegamos por primera vez a esta ciudad, e hicieron de jugar aquí la experiencia más gratificante que jamás podría haber esperado. Fui guiado por una pendiente de personal de asesoramiento liderado por mi buen amigo, Duke Simmons, y fui bendecido con trabajar para el mayor propietario de la liga”. El actual contrato de Sanderson se vence el domingo, y los recientes informes ponían la oferta con los Mavericks en cincuenta millones por tres años más.

»El una vez Novato Ofensivo del Año de la AFC lideró a los Mavericks a tres victorias de Super Bowl en los últimos cinco años, el único Super Bowl ganado por la franquicia en sus treinta y seis años de historia y fue nombrado dos veces Jugador Más Valioso del Super Bowl, incluyendo este año. Fue cinco veces ganador del Juego de Estrellas y fue elegido recientemente de nuevo, pero no pudo jugar debido a la conmoción cerebral y a tres costillas rotas que sufrió en los minutos finales del Super Bowl con la goleada de los Mavericks 35 a 7 contra los 49ers de San Francisco.

»Ganador del Trofeo Heisman que dirigió los Gators de la universidad de Florida a un campeonato nacional en su último año, Sanderson fue nombrado el jugador más valioso de la AFC en seis de sus diez años en la liga y dio pases por 39.620 metros durante su carrera. Un quarterback físico quien no le tenía miedo a enredarse con las líneas defensivas oponentes, corrió más de 3,500 yardas y anotó veintitrés touchdowns.

»Afirmando que este era el momento adecuado y el lugar correcto para ponerle fin a su carrera, Sanderson dijo que tomó la decisión de retirarse antes de lesionarse en el Super Bowl. “Quiero dejar constancia diciendo que la espectacular tacleada de mi amigo Rodney Johnson no tuvo nada que ver con mi decisión de retirarme”, dijo Sanderson riendo a la prensa reunida y a sus compañeros de equipo, quienes atiborraron la habitación vistiendo el número dieciocho de Sanderson. También su esposa llevaba su camiseta, quien solicitó el divorcio hace meses. En la conferencia de prensa, Sanderson anunció que la pareja, quien perdió un hijo en su nacimiento hace más de dos años, recientemente se reconcilió.

Ryan quitó la almohada de su cara e hizo una mueca.

—Tuvieron que poner eso ahí, ¿no?

—Nunca estoy preparada para verlo impreso.

—Lo siento, cariño.

Ella se inclinó para darle un beso.

—No es tu culpa. Escucha el resto: “Además de todos los miembros de la organización de los Mavericks pasados y presentes, hay tres personas en particular a quienes deseo agradecerles hoy”, dijo Sanderson. “La primera es mi difunta madre, Theresa Sanderson, quien nunca se perdió uno de mis juegos a pesar de trabajar en dos empleos. Fue mi mayor animadora, y la extraño. El segundo es mi entrenador de fútbol en el instituto, Jimmy Stevens, quien fue el primero en sugerir que podría tener lo que se necesitaba para jugar en la NFL. Me animó a apuntar alto y a pensar en grande. Hoy estoy aquí gracias a él. Finalmente, me gustaría darle las gracias a mi esposa, quien me aguantó y me sostuvo mientras hizo su mejor esfuerzo para mantenerme humilde durante este loco viaje. Te amo, Susie”.

—Eso fue muy dulce —dijo ella.

—Es cierto.

—Tu madre habría estado tan orgullosa de ti ayer.

—Espero que sí.

Susannah continuó.

—Sanderson, graduado con honores de la Universidad de Florida con una licenciatura en Administración Empresarial, es circunspecto sobre sus planes futuros. Dijo que estaba buscando pasar más tiempo con su esposa y tener el tiempo para centrar un poco de atención en sus vastas propiedades comerciales que, combinadas con lucrativos contratos de patrocinio, le han ayudado a elevar su patrimonio neto a una cifra estimada en cuarenta y cinco millones.

—Son cuarenta y seis, en realidad —comentó él secamente. No tenía idea de cuál era el número real.

Susannah se rió entre dientes.

—Sus posesiones incluyen varios restaurantes, un concesionario de coches, una estación de televisión, y numerosas propiedades de bienes raíces. Él y su esposa también son bien conocidos en la ciudad por su trabajo filantrópico, especialmente en nombre de los Clubs de Niños y Niñas del área metropolitana de Denver y del Hospital de Niños.

—¿Eso es todo? —preguntó él.

—Esa es la historia principal. Tenemos un par de columnas, también. Me gustó la de Paul Dimbrosk.

—Siempre fue bueno conmigo.

—Escucha esto: Sanderson terminó su carrera de la misma forma en que jugó el partido, con clase y emoción. Mientras impactante en su momento, haber estado tan cerca de la mano de una tercera victoria del Super Bowl, la decisión de Sanderson de irse en lo más alto dice más de lo que se pudiera decir acerca de su personaje. Mientras muchos jugadores ordeñan el paseo por todo lo que vale y obligan a sus equipos a tomar decisiones difíciles sobre los jugadores una vez dominantes, Sanderson nos mostró una vez más ayer que el juego en sí fue siempre su principal prioridad.

—Me gusta eso —dijo Ryan.

—Me imaginé que lo haría.

—Entonces, ¿dónde es la mala noticia?

—No hubo ninguna.

—Vamos. Tiene que haber algo negativo.

Ella pasó las páginas.

—Bueno, Bobby Temple tiene un palo en el trasero, pero, ¿qué más hay de nuevo?

Ryan aulló de risa.

—Me encanta el hablar sucio de mi pequeña debutante. ¿Qué dijo mi amigo Bobby?

—No vale la pena repetirlo —resopló.

—Alégrame.

—Está bien, tú lo pediste: Debe ser agradable ser Ryan Sanderson para poder darte el lujo de despreciar con su nariz cincuenta millones. Eso es básicamente la esencia de la misma.

—Bobby nunca creerá que no todos estamos en esto por dinero.

—Él me irrita.

—Lo sé. A mí también.

Ella tomó su café.

—Por supuesto que es por lo que hace lo que hace.

—Basta de hablar de él. ¿A qué hora es tu cita?

—A las dos.

—Te llevaré.

—No, no —protestó ella—. Puedo ir sola.

—Tienes dolor en la muñeca.

—Es mi mano izquierda, y no estoy indefensa. Te llamaré en el minuto en que mi cita haya terminado.

—Yo quiero ir.

Ella volvió de lado para estudiarlo.

—¿Qué está pasando realmente? Esto no se trata sólo de mi muñeca.

Él fijó sus ojos en la visible escisión en la parte superior de su cremallera.

—Dos cosas: una, me preocupa que Henry te moleste.

—No tiene idea de dónde estaré hoy, así que, ¿cuál es la número dos?

Su mandíbula se movió con tensión.

—¿Pam va a pensar que yo le hice eso a tu muñeca?

—Oh, cariño, ¡no! Voy a decirle que no tuvo nada que ver contigo.

—Sí, claro —dijo él con un amargo bufido de incredulidad—. Como si fuera a comprar eso.

—Le diré la verdad.

—¿Ella te creerá?

—Me aseguraré de que lo haga.

El teléfono sonó, y Ryan lo alcanzó.

—Sí, aquí está —dijo—. Sólo un segundo. —Le pasó el teléfono a Susannah, la besó en la mejilla y salió de la cama—. Voy a tomar una ducha.

—Está bien. —Lo miró irse antes de tomar la llamada—. ¿Hola?

—Hola, Susannah, soy Diane —dijo su abogada de divorcio.

—Oh, hola, Diane. Supongo que viste la conferencia de prensa.

—Lo hice. Te llamo para decirte que el juez también la vio, y todavía quiere verlos a los dos el lunes a las once como estaba previsto.

—¿No podemos simplemente retirar la petición? —preguntó Susannah.

—Nada es tan simple con este juez. Deberías saber eso.

—Bien. Estaremos allí.

—Yo también. Por si acaso me necesitas. ¿Eres feliz, Susannah? ¿Es esto lo que realmente quieres? Estabas tan decidida a seguir adelante con el divorcio.

—Estoy más que feliz. Trabajamos todo. Gracias por toda tu ayuda y apoyo. Fuiste una roca.

—Me alegro por ti y por mí, también. No llego a ver muchos finales felices.

—Este lo es, sin duda será un final feliz. Nos vemos el lunes.

—En realidad, nos veremos en el baile.

- Grandioso. Espero eso. Gracias de nuevo por todo lo que hiciste por mí, Diane.
- No hay problema.



Susannah llegó a su cita de las dos de la tarde con cinco minutos de sobra. Había logrado convencer a Ryan de que podía cuidar de sí misma durante un par de horas y había ido sola a la ciudad. Mientras esperaba por la doctora, su corazón latía de emoción y ansiedad, a pesar de todo su duro discurso de ayer, tenía miedo. ¿Cómo iba a soportar esperar treinta y nueve semanas para averiguar si su embarazo podía llegar a término?, y, ¿qué haría si sucedía lo mismo otra vez?

Antes de que tuviera tiempo para entrar sola en un total estado de histeria, fue puesta en la sala de exámenes y se le entregó una bata. Se cambió rápidamente y se sentó en la mesa, enfriándose hasta los huesos, de repente.

Era difícil decir lo que tenía más miedo de escuchar, que estaba embarazada o que no lo estaba. Tal vez era demasiado pronto para saberlo de todos modos. Mordiéndose la uña de su pulgar, Susannah quiso que la puerta se abriera para poder terminar con esto.

Pam Dennis entró en la habitación diez minutos más tarde, llena de disculpas por mantener a Susannah esperando.

Saludó a su paciente con un cálido abrazo. Además de su relación médico paciente, habían trabajado juntas en varios comités y se habían vuelto buenas amigas con los años.

—Es tan bueno verte, Susannah, y estuve encantada de oír que estás de vuelta con Ryan.

—Sí, ha sido una semana interesante.

Pam se sentó y cruzó las piernas.

—¿Cómo tomó Henry la noticia?

—No tan bien. De hecho, esto sucedió cuando rompí nuestro compromiso. — Susannah alzó su magullada muñeca—. No creo que hubiera querido hacerme daño...

Pam se levantó, se puso las gafas, y encendió una luz brillante para tener una mirada más cercana.

—¿Esas son huellas dactilares?

—Me temo que sí. —Susannah hizo una mueca cuando la doctora presionó sus dedos contra el hueso—. No está rota, sin embargo, ¿no?

—No puedo decirlo sin una placa de rayos X.

—Pero no crees que lo esté, ¿verdad?

—Realmente no lo sé. Parece haberte lastimado.

—Lo hizo.

—No puedo imaginar a Henry haciendo algo como esto.

—Yo tampoco, antes de ayer.

—Sabes —dijo Pam, pareciendo sopesar cuidadosamente sus palabras—, esto califica técnicamente como asalto. Si quisieras presentar cargos...

—No. —Susannah negó—. Sólo quiero seguir adelante con Ryan, y quiero olvidarme de lo que pasó ayer. De hecho, la razón principal por la que estoy aquí es que me pregunto si podría estar embarazada.

Los cálidos ojos marrones de Pam se abrieron con deleite.

—¿En serio? ¿Qué estás sintiendo?

—Estoy hambrienta todo el tiempo. Y siento los senos llenos y con hormigueo —dijo, con una mano sobre su pecho—. Aquí. Igual que antes, con Justin. —Dejó caer su mano sobre su regazo.

Pam puso su mano sobre Susannah.

—Y ya te estás preparando para perder un bebé sin incluso saber con seguridad que lo tendrás. ¿Estoy en lo cierto?

—Algo así.

—¿Por qué no damos un paso a la vez? Una prueba de orina rápida nos dirá lo que queremos saber. Mientras estamos en espera de los resultados, haremos un examen. También voy a tomar una placa de tu muñeca para descartar una fractura. ¿Suena bien?

Susannah asintió.

—Si estoy embarazada, no es por mucho, sólo una semana más o menos. Puede ser que sea demasiado pronto...

Pam le apretó la mano.

—Entonces vamos a hacer un análisis de sangre, también, sólo para estar seguras. Todo va a estar bien, Susannah.

—Haré mi mejor esfuerzo para creerte.

Capítulo 18

Ryan estaba estacionado en casi el mismo lugar en frente del banco que había tenido el día anterior. Se sentó allí durante varios minutos recordándose que Susie le habían prohibido matar a Henry. Cuando decidió que estaba listo para enfrentar al otro hombre sin lastimarlo, se bajó del auto y entró en el edificio. Estaba tan concentrado en su misión que perdió las miradas que recibió de varios clientes del banco.

Sosteniendo su sombrero de vaquero, salió del ascensor en el segundo piso y se dirigió a la oficina de Henry. La boca de su asistente se abrió cuando reconoció a Ryan.

—Um, buenos días, señor Sanderson. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Me gustaría ver al señor Merrill, por favor.

—Ah, déjeme revisar si está disponible. ¿Le gustaría tomar asiento?

—Me quedaré de pie. Gracias.

Ella se levantó y corrió al despacho de Henry. Pasaron varios minutos antes de que regresara.

—El Sr. Merrill lo verá ahora.

—Gracias.

Ryan entró en la espaciosa oficina y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué quieres? —preguntó Henry.

—Antes de decir cualquier cosa, necesitas saber que la razón por la que no estoy aquí para matarte es debido a que Susannah me lo pidió.

—Eso es un gran alivio. Gracias por aclarar eso.

En un instante, Ryan lanzó su sombrero sobre una mesa, cruzó la habitación, y arrastró al diminuto tipo desde su silla de cuero.

Con su rostro a medio centímetro del de Henry, Ryan dijo:

—Sólo te voy a decir esto una vez, así que será mejor que escuches. Si alguna vez pones una mano sobre ella otra vez, te voy a matar, y te aseguro que será una muerte lenta y dolorosa. ¿Me entiendes?

El rostro de Henry se puso rojo de rabia por el estrangulamiento que Ryan tenía en él.

—¿De qué estás hablando? ¡Nunca la toqué!

—¡Como el infierno no lo hiciste! ¡Está en el médico en este momento para averiguar si su muñeca está rota de lo que le hiciste ayer!

—No era mi intención lastimarla —dijo Henry, pero la frialdad en sus ojos color avellana contaba una historia diferente.

—No te creo, y ella tampoco. Así que haré esto realmente simple. Permanece de una puta vez lejos de ella, o te las vas a ver conmigo, y la próxima vez no voy a ser tan amable como estoy siéndolo ahora. ¿Estoy siendo lo suficientemente claro? —Cuando el otro hombre no contestó, Ryan apretó con más fuerza.

—Sí —respondió Henry con voz ronca.

Ryan lo soltó, y Henry se dejó caer en su silla, tirando del cuello de su camisa.

—Realmente tienes el acto del hombre machista perfeccionado, ¿no?

—Prefiero ser machista que pasivo agresivo, que es tu método preferido. Por lo menos mi forma es honesta.

Los ojos de Henry se estrecharon.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No me salgas con eso. Sabes exactamente lo que quiero decir. Tu objetivo en la vida ha sido llenarla de dudas acerca de mí y socavar nuestro matrimonio. Irónico, ¿no es así?, que por el que debería haber estado preocupándose fuera por ti.

—Nunca he sido otra cosa que un buen amigo con ella.

—Ese es el mayor montón de mierda que he oído nunca.

—Tú habrás ganado esta ronda, pero no se ha terminado, Sanderson.

—Oh, sí lo hizo. Se termina en este momento. Estarás fuera de su vida, fuera de nuestras vidas, para siempre.

—Te estás engañando a ti mismo si crees que no regresará a sus cabales y se dará cuenta de qué gran error está cometiendo.

—Ya recuperó sus cabales. El error que cometió fue pensar que podía confiar en ti.

—Estás jugando fuera de tu liga con ella, y así ha sido desde el principio. Pero por supuesto, sabes eso.

El comentario fue un golpe directo a una de las más profundas inseguridades de Ryan que a pesar de todo su éxito, todavía tenía.

—Claro que sí —dijo con bravuconería que en realidad no sentía—. Pero ella no parece estar protestando. ¿Cuánto decía el periódico de esta mañana que valía? ¿Cuarenta millones? —Se rascó la barbilla—. ¿O cuarenta y cinco? No puedo recordarlo.

La sonrisa de Henry se desvaneció.

—Lástima que ni todo el dinero del mundo pueda comprar decencia, y seguro como el infierno que no puede comprar clase, dos cosas de las que estás muy incompleto. Ella lo notará. Lo hizo antes, y lo hará de nuevo. Y cuando lo haga, el bueno de Henry estará allí para recoger los pedazos, como siempre.

Tomó toda la voluntad en Ryan no golpear al tipo.

—Ni se te ocurra acercártele de nuevo. Lo digo en serio. No querrás meterte conmigo.

—Ya conoces la salida

Ryan tomó su sombrero pero, antes de irse, se volvió hacia Henry.

—¿Por qué no te vas de nuevo a Nueva York o a donde estaba antes? Aquí no hay nada para ti ya.

—Oh, no estoy de acuerdo. Te doy un mes, dos a lo mucho. Meterás la pata. Siempre lo haces. Y cuando lo hagas, estaré esperando aquí para limpiar tu desorden. Es lo que mejor sé hacer.

Ryan lo miró.

—Déjanos en paz, o lo sentirás de veras.

—Tú eres el que va a sentirlo.

Ryan decidió darle la última palabra. Había dicho todo lo que tenía para decir, y estaba orgulloso de sí mismo por dejar que el pequeño gusano viviera. Decidió salir de allí antes de que se olvidara que le había prometido a Susie no matar al bastardo. Pero, maldita sea, ¡cómo quería hacerlo! Con su corazón latiendo con fuerza y su respiración pesada, Ryan se montó en el ascensor hasta el primer piso. El pequeño gusano le había dado unos cuantos tiros bien dirigidos, pero Ryan creía que había ganado la batalla y la guerra. Miró su reloj y descubrió que eran las dos y media. *¿Por qué Susie no me ha llamado todavía?* En el auto, trató de llegar a ella, y cuando no respondió, se llenó de miedo irracional. Algunas de las púas de Henry habían dado demasiado cerca de casa, y Ryan estaba desesperado por algo de tranquilidad de que todo estaba bien. Oírla en el buzón de voz la hizo sentirse mejor. Colgó sin dejar un mensaje, segura de que le llamaría en el minuto en que saliera de la oficina del médico.

—¿Él cree que no sé con quién me casé? —dijo Ryan en voz alta mientras entraba en el tráfico. Tenía una reunión a las tres con sus abogados para averiguar cómo afectaría su retiro a sus acuerdos—. Tendrá un rudo despertar si cree que tendrá otra oportunidad con ella —murmuró Ryan—. La única manera que pasará es si estoy muerto.

Susannah finalmente llamó mientras él entraba en el estacionamiento de la oficina de sus abogados.

—Hola, nena, ¿Qué te dijo la doctora? ¿Está rota?

—No, sólo un esguince malo.

—Oh, bien —dijo él con un profundo suspiro de alivio.

—Quiere que use un aparato ortopédico por una o dos semanas hasta que se sienta mejor.

—Sé exactamente lo que necesitas. Recogeré uno por ti.

—Eso sería genial. Gracias.

—¿Todo lo demás está bien?

—Todo está bien. ¿Dónde estás?

—Yendo a ver a los abogados, pero puedo hacerlo en otro momento, si me necesitas.

—No, adelante. Tengo un par de recados que hacer. Cuando termines allí, ¿te reunirías conmigo en The Brown Palace? —preguntó, refiriéndose a uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

—¿Qué hay en The Brown? —preguntó, confundido.

—Ya verás.

—Estás muy misteriosa.

—¿Me encontrarás allí?

—Caballos salvajes no podrían mantenerme lejos.

Ella se rió entre dientes.

—Pregunta en la recepción. Te dirán donde estoy.

—Haré eso. ¿Susie?

—¿Sí?

—Te amo. Lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué me preguntas eso?

—Sólo me aseguraba.

—Te amo también, y te veré pronto.

—Sí, seguro.



Un portero vestido de libre verde saludó a Ryan cuando llegó a The Brown Palace justo después de las cinco y media.

—Buenas tardes, señor Sanderson. —El esfuerzo por mantener su comportamiento profesional estaba claramente comprometido por la emoción de estar frente a la joven superestrella—. Es un honor darle la bienvenida al Brown Palace. ¿Puedo encargarme de su auto por usted?

Con una mirada al broche del joven, Ryan dijo:

—Gracias, Tom. —Agarró una bolsa de plástico del asiento del pasajero y le dio a Tom las llaves y un billete de veinte dólares—. Cuida bien de él por mí. Es nuevo.

—¡Sí, señor! —Le silbó a otro valet y dio instrucciones estrictas de darle el tratamiento VIP al auto. Ryan rió cuando escuchó a Tom susurrar emocionado—: ¡Es Ryan Sanderson!

—¿Qué lo trae al Brown, Sr. Sanderson?

—Quedé de verme con mi esposa. ¿Puedes ayudarme a localizarla?

—Por aquí.

Ryan lo siguió al interior donde se servía el té en el vestíbulo.

—Deme un minuto —dijo Tom, señalándole una silla a Ryan.

Mientras esperaba, Ryan reconoció las miradas, y caras del personal y de los huéspedes por igual, con un gesto amistoso que desanimó a cualquiera de aproximarse. Era una rutina que había perfeccionado a lo largo de los años, y que le permitía incursionar en público sin ser acosado por todas partes a donde iba. A Susannah le encantaba burlarse del hecho de que sólo necesitaba “el visto bueno” de Denver, donde era una celebridad local.

Durante su separación, sin embargo, él había tenido que llegar a través del aeropuerto de La Guardia. Tendría que decirle acerca de eso uno de estos días. Tom volvió con una tarjeta de acceso para Ryan.

—Su esposa está esperando por usted en una de las mejores suites del Brown en el noveno piso.

Perplejo, Ryan dijo:

—¿Ah, sí? —Había esperado encontrarse con ella en el bar o en uno de los restaurantes.

Tom le dio el número de la habitación, mientras señalaba a un banco de ascensores junto a la puerta principal.

—Interesante. —Ryan estrechó la mano de Tom—. Gracias por tu ayuda.

—El gusto es mío. Disfrute la velada.

—Creo que lo haré —dijo Ryan con una sonrisa y un saludo. Sosteniendo su abrigo y sombrero, se montó en el ascensor con creciente curiosidad. ¿Qué estaría planeando?

Usando la llave en la puerta, Ryan entró para encontrar la elegante sala de estar bañada en luz de velas. Música suave llenaba el aire y una botella de champaña fría estaba junto a una mesa puesta para dos. Se dio cuenta de un par de regalos bien envueltos cuando Susannah apareció en la puerta del dormitorio.

—Pensé que nunca llegarías hasta aquí.

Aun absorbiendo el resto, por fin la miró y casi se tragó la lengua. Ella estaba de negro de la cabeza a los pies: un encaje con peluche que no dejaba nada a la imaginación, ligeros, medias de rejilla hasta el muslo, se extendían hasta sus tacones, y una bata de seda que fluía que había dejado abierta para asegurar el máximo efecto, que fue instantáneo y doloroso.

Se había quedado sin palabras.

Capítulo 19

Ella se movió hacia él y tomó su sombrero y abrigo.

Colocándolos sobre una silla, pasó sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Te comieron la lengua, cariño? —le preguntó con una ceja divertida elevándose.

—Se podría decir eso.

La moldeó a él y se inclinó para capturar su boca en un profundo y sensual beso. Le costaba respirar cuando su lengua se encontraba con la suya en una ráfaga explosiva de pasión, como si no lo hubiera visto en días en lugar de horas. Con sus manos rodeando su cintura, la levantó contra su instantánea erección. Sus labios estaban húmedos y resbaladizos mientras se deslizaban con entusiasmo sobre los suyos.

Cuando finalmente él se retiró para tomar aire, se las arregló para preguntar:

—¿A qué se debe esta sorpresa más que increíble?

—Estamos celebrando.

Él quería sentirla en todas partes, y luego saborearla, y entonces, bueno... obligándose a llevar sus ojos de regreso a los de ella, le preguntó:

—¿Celebrar qué?

—Tu retiro, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Pensé que nos íbamos a reunir para tomar una copa o algo así.

—Lo hacemos. —Lo tomó de la mano y lo llevó hasta donde el champán les esperaba—. ¿Te importaría hacer los honores?

—Claro. —Él le entregó la bolsa de plástico—. Te traje esto, pero puedo ver que debería haber puesto más pensamiento en mi regalo.

Ella se echó a reír cuando abrió la bolsa para encontrar el brazalete que le había prometido.

—Gracias. Lo atesoraré siempre, pero entenderás si no me lo pongo ahora mismo. No combina con mi traje.

Dejó de torcer el alambre que cubría el corcho.

—Sólo así estaré seguro de que me dieron la llave correcta, ¿eres la misma chica que me decía esta mañana que necesitábamos buscar otra cosa que hacer, además de tener sexo todo el tiempo?

Con una mirada de pura inocencia, ella le preguntó:

—¿Quién dijo algo sobre sexo?

Él echó la cabeza hacia atrás y rió. Un momento después hizo saltar el corcho hasta el techo.

Susannah ya tenía preparadas dos copas de cristal. Le entregó una a él.

—He aquí a mi marido, el jubilado, quien no sólo se salió en la cúspide de su carrera, sino que lo hizo con una tremenda gracia y mucha clase. Estoy muy orgullosa de ti, y no puedo esperar a ver qué sucede después.

Mientras él chocaba su copa con la de ella, Ryan quiso decir, “Toma eso, Henry”. En cambio, lo que dijo fue:

—Gracias, nena. Estoy abrumado. No puedo creer que hayas hecho todo esto.

—Tuve un poco de tiempo por matar esta tarde.

—Me gustaría ver lo que podría llegar ser si hubieras tenido una *gran* cantidad de tiempo por matar.

—Ya no tenemos nada excepto tiempo en estos días, tal vez te lo muestre.

Divertido y sorprendido, sólo pudo mirarla.

—Eres tan increíblemente hermosa. En serio casi me tragué la lengua cuando te vi levantarte.

—¡No hagas eso! Podría tener un uso para eso más adelante.

—Susie... —Extendió el brazo hacia a ella, pero ella dio un paso atrás.

—No tan rápido. Tenemos una agenda.

—Oh, ¿en serio?

Ella sostuvo una silla para él en la mesa.

—Toma asiento.

—¿Tengo que hacerlo?

Su expresión severa respondió por ella.

—Bien. Si insistes.

Ella le sirvió caviar, paté, y galletas.

—¿De dónde sacaste todo esto? —preguntó él.

—Tuve que correr a Nordstrom para tomar mi vestido para el baile, así que pasé por la tienda gourmet y al departamento de lencería mientras estaba allí.

Recordándose masticar y tragar, tomó un largo trago de champán. Estaba duro como una roca, ¿y ella esperaba que se sentara aquí y comiera galletas y conversaran casualmente?

—¿Qué sigue en la agenda? —preguntó, moviéndose en su asiento en un esfuerzo por encontrar algo de alivio.

—No seas tan impaciente. —Ella puso algo del caviar negro en una delicada galleta y se la entregó a él—. ¿Recuerdas la primera vez que probaste el caviar?

—En París, después de mi primera temporada con los Mavericks —recordó él—. Me engañaste para comerlo antes de decirme lo que realmente era.

Ella sonrió ante el recuerdo.

—Me gustaría haber tomado una foto de la cara que hiciste cuando te di la noticia. Fue impagable.

—Aprendí a que me gustará siempre y cuando no piense demasiado en lo que en realidad me estoy comiendo.

—Has aprendido a que te gusten un montón de cosas que nunca habías probado antes. Caracoles, paté, paella...

Él jugueteó con el eje de su copa de vino.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella, tomando un sorbo de champán.

—¿Alguna vez te sentiste como, ya sabes, menos?

Sus ojos se estrecharon con confusión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tuviste dinero al crecer. Incluso fuiste debutante. Yo era solo un niño duro de Dallas que podía lanzar una bola más lejos que nadie. No sabía incluso lo que era una debutante hasta que fui tu pareja para tu cosa esa de presentación. —Él se rió—. Diablos, ni siquiera sabía cómo lo llamabas.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Hablas en serio? Tienes más dinero que nadie que conozca.

—No es lo mismo que crecer con él.

—¿De dónde viene todo eso?

—Me lo estaba preguntando. —Había decidido no molestarla diciéndole sobre su visita con Henry—. Olvídate de eso. No quise arruinar tu estado de ánimo.

Ella se levantó y rodeó la mesa para sentarse a horcajadas sobre su regazo.

—No sé de dónde estás teniendo esas tontas ideas, pero déjame aclarártelo.

Él aprovechó la oportunidad de alcanzar el interior de su bata y poner sus manos sobre sus nalgas suaves.

—Ahora, tienes que prometerme que esto no se te irá directamente a tu gruesa cabeza...

Su risa murió en su garganta cuando ella pasó la lengua por su cuello.

—Soy la envidia de todas las mujeres que conozco. No sólo tengo a un rico jugador de fútbol exitoso por marido, sino que también pasa a ser el más reciente repunte de la revista People como el atleta vivo más sexy.

Él hizo una mueca.

—Viste eso, ¿verdad?

—Oh, sí, lo vi. Me dio pena no estar contigo para bajarte a tierra.

—Como solamente tú puedes.

—Como sólo yo puedo hacerlo. —Ella regresó su atención a su oreja—. Así que no quiero oír hablar más acerca de sentirte menos o de cualquier otra locura.

—¿Qué te parece no hablar en absoluto? —preguntó con una sonrisa de esperanza.

Ella se movió provocativamente en su regazo, sacando un gemido agónico de él.

—Aunque puedo ver y sentir... los méritos de esa sugerencia, lo siguiente en nuestra agenda son regalos.

Él se iluminó.

—¿Puedo elegir qué regalo quiero?

—Desafortunadamente, no. —Ella se levantó y se acercó a donde había dejado un regalo muy grande y uno muy pequeño—. Vamos a ver, ¿cuál primero? —Recogió el mayor de los dos y se lo dio—. Éste.

—Esa no habría sido mi primera opción. Me gustaría que se reflejara en el acta.

Su risa gutural sexy solo se añadió a su malestar.

—Anotado.

El paquete, envuelto en papel dorado brillante, era de tres metros de altura y dos metros de ancho. Él no podía empezar a suponer qué era lo que encontraría dentro. Debido a que estaba todo rebosante de anticipación, decidió darle una probada de su propia medicina. Sacudió el presente ligeramente.

—Solo ábrelo, ¿quieres?

—Lo haré. Es mi regalo. Debería poder abrirlo de cualquier manera que quiera.

Ella suspiró con frustración.

—No recibirás el otro a menos que te des prisa.

Él arrancó el papel y encontró la primera plana del periódico del día enmarcado y enmarañado con los colores amarillo y púrpura de los Mavericks.

—¡Susie! ¡Esto es genial! ¿Cómo lograste que hicieran esto tan rápido?

—Tengo un par de conexiones propias en esta ciudad.

—Puedo ver eso.

—Pensé que te gustaría para tu colección.

Él asintió.

—Me encanta. Gracias.

—¿Dónde están todas tus cosas de fútbol? Pensé que te las habías llevado a la cabaña.

—Están en mi casa cruzando la ciudad.

—Nunca hice nada con esa habitación después de que te mudaste, así que puedes llevarte todo a casa ahora —dijo ella con una sonrisa tímida—. Si quieres, claro.

—Quiero hacerlo. —Extendió una mano hacia ella—. Lo deseo mucho. Gracias por mi regalo. No hay nada que me hubieras podido dar que me encantara más.

—Oh, veremos eso —dijo ella con una sonrisa tímida.

Él giró su mano y apretó los labios contra su palma.

—No solo es hermosa y muy sexy, sino que mi esposa también está muy misteriosa esta noche. Me tiene tan excitado que no podría decir mi propio nombre en este momento, y todavía me atormenta.

Ella bajó la mirada hacia su regazo, lo que solo sirvió para hacer peor su situación.

—Te ves incómodo.

—¿Lo crees? —preguntó él en un tono estrangulado.

—Soy reacia a apartarme de la agenda, pero quiero que te relajes y disfrutes de tu celebración. —Lo instó a pararse—. Por qué no nos ocupamos de tu pequeño problema para poder volver a tiempo.

Él levantó una ceja.

—¿Pequeño problema?

—Quiero decir gran problema. —Se rió—. Enorme.

—Mejor.

Ella se acercó y comenzó a desabrochar la camisa azul claro que él había llevado con pantalón de color caqui a su reunión con los abogados.

—Estás sobre-vestido para esta fiesta de todos modos. —Empujando la camisa de sus hombros, acarició su vello en el pecho y dejó caer besos calientes a lo largo de su clavícula.

Él gimió.

—¿Se supone que debe ayudar? Porque no está funcionando. Mi problema parece ser cada vez más grande a cada segundo.

Cuando ella tiró del botón de su pantalón, él tuvo que apretar los dientes para no estallar en el acto. Tomó su mano.

—Dame un segundo, nena —dijo con una respiración profunda.

Ella lo miró con ojos tan azules que él se podía ahogar en ellos.

—Te ves como si te estuviera doliendo. Quería que disfrutaras esto.

—Oh, confía en mí, lo hago. —La abrazó con fuerza contra él—. No siempre recuerdo disfrutar de una celebración.

—Y estamos empezando.

—¿Podré salir de aquí con mi propio vapor cuando hayas terminado conmigo?

Ella soltó una carcajada.

—Supongo que lo averiguaremos. ¿Cómo va todo por allí?

—La crisis pasó. Siéntete libre de proceder.

Rápidamente lo despojó del pantalón y lo acostó en un sillón.

—Vamos a la cama —le suplicó.

—Todavía no —susurró ella, arrodillándose delante de él.

Él casi se lanzó fuera de la silla cuando ella arrastró su lengua por la cara interna de su muslo.

—Susie... —Jadeó—. ¿Qué estás haciendo?

—Mientras estaba esperando a Pam hoy, leí la nueva edición de Cosmo.

—Oh, dulce Jesús —gimió—. ¿Qué aprendiste esta vez? —Ella le acarició a través de sus bóxers.

Él cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla, y exhaló otra respiración larga y profunda.

—¿Sabías... —preguntó ella, mientras liberaba su tensa erección—... que los hombres son más sensibles justo aquí? —Utilizó su lengua para hacer su punto.

—Susannah —dijo él entre dientes.

—No tenía ni idea. Hubiera adivinado que serías más sensible aquí.

Ryan rompió a sudar mientras su corazón martilleaba en su pecho.

—Susie, por favor...

—¿Es esto lo que quieres? —Sin dejar de acariciarlo con la mano, lo tomó en su boca.

Él agarró puñados de su cabello suavemente en un vano intento de recuperar algo de control sobre algo de la situación. Colgando de un hilo, casi se pierde por completo cuando ella añadió su lengua a la mezcla. Mordió con fuerza su labio en un esfuerzo por restar algo de atención lejos del edificante fuego en su regazo.

—Susie, ya es suficiente... ¡Susie! —El orgasmo lo golpeó duro, como una ola tras otra latía a través de él hasta que estuvo tan agotado que lo único que pudo hacer fue respirar.

Ella besó su camino desde su vientre a su pecho.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. —Jadeó él, sus ojos todavía cerrados y sus dedos todavía enterrados en su cabello—. Necesito retirarme más seguido. Nunca habías hecho esto antes...

Sus mejillas se volvieron una sombra de color rosa que estaba en marcado contraste con su traje de diosa del sexo.

—¿Te gustó?

—No, lo odié. ¿No te diste cuenta?

Riendo suavemente, le preguntó:

—¿Podemos volver a mi agenda ahora?

—Me aniquilaste. Puede ser que necesite una siesta primero.

—¿En serio?

Ella sonaba tan alicaída que él se obligó a recuperarse.

—Nah. Sólo quédate aquí conmigo por otros minutos. Como no tengo idea de cuánto tiempo tomará poner mis manos en ti de nuevo con esta maldita agenda tuya, me temo que tendré que dejarte ir.

—Tenemos sólo unos pocos artículos que revisar antes de llegar a nuevos asuntos.

—¿Es cuando llego a echar un vistazo más de cerca a lo que tienes bajo esa bata?

—Si eres bueno.

—Perdiste tu vocación como dominatriz.

Su rostro se iluminó con lo que podría haber sido placer.

—¿Te parece?

—Estoy aterrizado de responder a esa pregunta.

Ella se rió entre dientes mientras se levantaba para conseguir el otro presente. Cuando regresó, se acurrucó en su regazo.

—¿Qué tienes ahí?

—Solo es algo que encontré hoy en el centro comercial de la calle Decimosexta.

—Anduviste por ahí toda la tarde, ¿no?

Ella se puso seria.

—Ábrelo, Ry.

Arrancó el papel y se encontró con la que tenía que ser la más diminuta camiseta de Ryan Sanderson en todo Colorado.

—Muy linda, pero no creo que me quede.

—No es para ti.

—Entonces, ¿para quién...? —Se detuvo y la miró fijamente—. ¿Susie?

Ella asintió.

—¿En serio? —preguntó, con los ojos llenándoseles de lágrimas—. ¿Ya?

—Probablemente sucedió la primera vez en la cabaña.

Las lágrimas rodaron por su rostro cuando se quedó mirándola.

—Te dije que mis muchachos estaban bien descansados.

Ella se echó a reír a través de sus propias lágrimas.

—Ahora sabemos el secreto: nada de sexo por un año, y luego bam, embarazada.

Él apoyó una reverente mano en su vientre.

—Si eso es lo que se necesitas, espero que a este chico no le importe ser hijo único, porque no hay forma de que me quede nunca más sin ti por un año. —La abrazó con fuerza mientras tenía problemas para asimilar la noticia—. ¿Esto es por lo que tuviste una cita con la doctora?

—Ajá. He estado despertando cada mañana muerta de hambre y estaba sintiendo algunas otras señales que me recordaron cuando estuve embarazada la primera... de Justin. —Su voz se había desvanecido en un susurro cuando dijo su nombre—. Igual que entonces, me di cuenta casi de inmediato.

Quitando el cabello de su cara, le preguntó:

—¿Tienes miedo, nena?

Su barbilla tembló.

—Estoy petrificada —dijo con una sonrisa valiente incluso mientras sus ojos brillaban con nuevas lágrimas.

—Yo también —confesó él.

—Pam dijo que todo está bien, y tenemos que creer que va a seguir así.

—Tiene razón, por supuesto.

—Serán unas largas treinta y nueve semanas —dijo ella con un suspiro.

—Agonizantes.

—Pero al final, podríamos tener un bebé.

—Vamos a tener un bebé.

—Sí. —Jugó con la minúscula camiseta—. Pero hasta que lo hagamos, esta es la única cosa que quiero que cualquiera de nosotros compre, ¿está bien?

Recordando el doloroso desmantelamiento de la habitación de Justin, entendía exactamente lo que estaba pidiendo de él. Y asintió.

—Lo que quieras.

—Tampoco quiero decírselo a nadie hasta que comience a notárseme. De esa manera no habrá nadie para decírselo si, bueno... no quiero decírselo a nadie.

—Eso está bien. Será nuestro secreto hasta que decidamos compartirlo.

—Gracias por comprender. —La vio hacer un gran esfuerzo por recobrar la compostura y no dejar que sus miedos se hicieran cargo de su noche especial—. Lo siguiente en la agenda es más champán.

—Um, no me odies por preguntar, pero, ¿deberías estar bebiendo eso?

—Es sidra espumosa —dijo con una sonrisa mientras se levantaba para volver a llenar sus copas—. Estaba esperando que no te dieras cuenta.

—Muy inteligente. —Tomó su vaso de ella y la llevó de vuelta a su regazo—. ¿Qué viene ahora?

—Nuevos negocios.



MARIE FORCE

—Finalmente —suspiró él, enganchando su mano alrededor de su cuello para traerla a un beso que fue suave, posesivo, y muy, muy completo.

Capítulo 20

Ryan yacía con la oreja pegada al estómago de Susannah.

—Hola ahí dentro, soy yo, papá. Siento si te molesta, pero vas a tener que acostumbrarte. Me parece que tengo problemas para mantener las manos fuera de mami, sobre todo últimamente. Algún día lo entenderás.

Sus dedos peinaron su cabello, Susannah se disolvió en risa tranquila.

—Haznos un favor —continuó Ryan—, y avísanos si hay algo que podamos hacer para que tu estancia sea más cómoda. —Le besó el ombligo—. Eso sí, no eches un vistazo sin decirnos.

—Ry...

Con sus labios fue marcando un camino de besos hasta su boca.

—Lo siento.

Ella lo abrazó y vio los destellos de luz procedentes de las velas que había llevado al dormitorio. Después de un largo período de feliz silencio él dijo:

—Me preguntaba...

—¿Acerca de?

—¿Crees que es posible que Justin sospechara que no estábamos listos para él?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, sorprendida por la pregunta.

—Bueno, nos tomó tanto tiempo concebirlo.

Ella asintió.

—Años.

—Pero este chico —dijo él, pasando la mano por su vientre.

—O chica...

—O chica. Él o ella no parece estar tan reacio a unirse a nuestra familia. Quizás es porque estamos listos para él o ella, y no lo estuvimos antes. Mamá y papá todavía tenían algunas cosas por resolver. —La miró con sus ojos llenos de sentimientos—. ¿Eso es tonto?

—No —susurró ella—. De ningún modo.

—Entonces no debemos tener nada de qué preocuparnos. Esta pequeña persona estaba destinada a ser, y Justin quiso enseñarnos algunas cosas.

Susannah hipó mientras trataba en vano de detener un mar de lágrimas. Alarmado, Ryan se sentó y la tomó en sus brazos.

—¿Qué, nena? No quise hacerte llorar.

—No lo hiciste —dijo entre sollozos tragando profundo.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Tú sólo...

—¿Qué, Susie? Dime. ¿Qué hice?

—Lo que dijiste... Le da sentido a su vida. Entró en nuestras vidas para mostrarnos lo que realmente importaba.

Ahora fueron los ojos de Ryan los que se llenaron de lágrimas.

—Sí. Eso es lo que quise decir. Nos tomó un tiempo captar el mensaje, pero creo que estaría orgulloso de nosotros ahora.

—Yo también lo creo.

—Lo siento, te molesté.

—Estas no son lágrimas de tristeza.

—¿No?

Ella negó.

—Gracias —dijo ella, agarrando su mano—. Por ayudarme a verlo de esa manera.

Él apoyó su frente contra la de ella.

—¿Te acuerdas cuando nos hicieron sostenerlo en la sala de parto?

—Sí —susurró ella.

—Yo no quería hacerlo, pero ahora me alegro de haberlo hecho.

—Yo también. Dijeron que tardaríamos un tiempo en entender por qué era tan importante.

—Sólo tomó dos años.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Qué hay de ti?

—Nunca he estado mejor.

—Vas a tener que acostumbrarte a las lágrimas. ¿Recuerdas la última vez?

Él gimió y cayó sobre la almohada, llevándola con él.

—Lo había olvidado.

—Y el ardor de estómago y los antojos.

—¿Me dejarás frotarte manteca de cacao en tu vientre de nuevo? Me gustó esa parte.

—A mí también. —Ella arrastró un dedo perezosamente sobre su pecho y estómago—. ¿Recuerdas lo que ansiaba más?

Él sonrió.

—Claro que sí. Por suerte para ti, ahora estoy retirado y disponible en cualquier momento para satisfacer cualquier y todos tus deseos.

—En un momento, ¿eh?

—Sí. —Bostezó y se estiró—. ¿Tienes hambre?

—No.

—¿Cansada?

—No.

La miró y pareció sorprendido por su expresión.

—¿Qué?

Ella lo llamó con su dedo y mirada pícara. Cuando inclinó su cabeza a la de ella, le susurró al oído. Impresionado, le preguntó:

—¿Ahora?

Ella asintió.

Él la miró fijamente.

—Dijiste que te podía avisar en un momento...

—¿Qué pasa con ese traje?

Ella se echó a reír.

—Al parecer, llegó con actitud.

—¿Tenemos que mantenerlo?

—¿El equipo o la actitud?

—Ambos.

—Comprado y pagado. Ahora, deja de hablar y ponte a trabajar. No estoy haciéndome más joven aquí.

—Sí, señora.

—Oh, me gusta eso —jadeó ella un momento después—. Y eso.



—Hemos convertido el Brown Palace en un motel —dijo Ryan a la mañana siguiente, mientras se preparaban para irse.

—¿Por qué dices eso?

Él tomó la página del periódico enmarcado.

—Saliendo con la misma ropa que usábamos, sin equipaje... todo es muy cutre.

—Tengo mi equipaje. —Ella giró la bolsa de Nordstrom en su dedo—. Así que eres el único que es cutre.

—Fui atraído aquí bajo falsas pretensiones.

—Te encantó.

Apoyado en el marco de la silla que aún sostenía su gorra y su abrigo, la tomó en sus brazos.

—Tienes toda la razón. Me encantó cada minuto pecaminoso de eso. Muchas gracias por la noche más inolvidable.

Ella se inclinó de puntillas para besarlo.

—Fue enteramente mi placer.

—¿Tenemos que salir?

—Nah, pagué por hora —bromeó ella y fue recompensada con la sonrisa con hoyuelos que tanto adoraba.

—¿Tienes todo? —preguntó él.

—Creo que sí.

—¿No hay medias de rejilla debajo de la cama o cualquier otra cosa que vaya a terminar en el periódico? —Estaba bromeando, pero habían aprendido a tener cuidado.

—No te preocupes. Ya revisé.

—Vamos. —Sostuvo la puerta para ella—. Si supieran lo que había en esa bolsa tuya...

—A ver si puedes comportarte hasta que salgamos de aquí, ¿quieres?

En el ascensor, la inmovilizó contra la pared y la besó como si no hubiera pasado toda la noche haciendo precisamente eso. Ella se rió mientras empujaba su pecho.

—Detente.

—Vamos a tener un bebé —susurró él.

—Sí, lo haremos.

—No puedo esperar.

Riendo suavemente, tomó su mandíbula.

—Será mejor que encuentres un poco de paciencia. Tenemos un largo camino por delante.

Una campana sonó para indicar que habían llegado al vestíbulo, donde se encontraron con el portero del que Ryan se hizo amigo anoche.

—Buenos días, Tom.

El rostro de Tom se iluminó de alegría de que Ryan se hubiera acordado de él.

—Buenos días, señor Sanderson, señorita.

—Esta es mi esposa, Susannah.

—Encantado de conocerla —dijo Tom, estrechando su mano.

—Encantada, también —dijo Susannah.

—Me preguntaba si podrías hacerme un favor, Tom —dijo Ryan.

—Por supuesto. Todo lo que necesites.

Ryan apretó el boleto y un billete de cien dólares en la mano del asombrado hombre.

—¿Puedes llevar el Escalade a mi casa en Cherry Hills cuando termines con tu trabajo?

—¿De verdad?

Ryan se rió.

—Sí, de verdad. —Le dio su dirección—. Te lo agradecería mucho.

—Estaría encantado de hacerlo —tartamudeó Tom.

—¿Puedes conseguirnos un aventón a casa?

—No hay problema.

Ryan le estrechó la mano.

—Grandioso. Si no estamos en casa, deja las llaves en el buzón.

—Lo haré.

—Gracias de nuevo —dijo Ryan, llevando a Susannah a la puerta con su brazo alrededor de ella.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó ella.

—Quiero llevarte a casa.

—Oh, por el amor de Dios, ¡Ryan! Puedo conducir yo misma. ¿Y si ese chico roba tu auto?

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Él y yo somos viejos amigos.

Ella se echó a reír y le entregó el boleto del valet a la operadora.

—Serán unas treinta y nueve semanas muy largas si vas a estar haciendo este tipo de cosas todo el tiempo.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Llevando a mi esposa a casa?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Revoloteando a su alrededor.

—Amándola —la corrigió él.

—Asfixiándola.

—Adorándola.

—Sofocándola.

—Protegiéndola.

Suspendieron el debate cuando el valet llegó con su Mercedes plateado coupé.

Ryan sostuvo la puerta de pasajeros para Susannah y luego caminó hacia el lado del conductor después de poner el marco en el maletero.

—Muchas gracias —dijo, dándole al valet veinte dólares. Se metió en el auto y movió el asiento hacia atrás tanto como pudo, pero todavía podría haber utilizado otro metro.

—Es necesario que reduzcas tu generosidad —dijo ella cuando habían entrado en la calle 17—. Odio recordártelo, pero estás desempleado.

—Te alegrará saber que no vamos a estar en la línea de que nos falte el pan en corto plazo. Me enteré ayer que mis endosos están seguros a pesar de mi retiro.

—Oh, quería preguntarte lo que te habían dicho.

—Al parecer, mi puntuación Q está intacta —dijo, en referencia a la fórmula utilizada para determinar el valor de una persona o imagen.

Susannah asintió.

—Estarían locos si te dejaran ir, especialmente ahora cuando estarás en todos los medios por un tiempo. Me sorprendería si alguna vez cayera tu Q.

—Debería haberte llevado conmigo a la reunión. Ese título de publicidad tuyo sería útil.

—Espero tener la oportunidad de terminarlo antes de que llegue el bebé.

—Debes tener un montón de tiempo, ¿verdad?

—Vamos a ver cómo me va esta vez. Estuve tan cansada la última vez. Si me pongo igual que entonces, tal vez la universidad tenga que esperar.

—Quiero que la termines, así lo haríamos juntos. Te ayudaré a estudiar.

—Sólo puedo imaginar qué clase de ayuda sería esa.

—*Magna cum laude*, nena. Tendrías suerte de tenerme, y ya que eres tú, voy a hacer mi cuota muy razonable.

—Algo me dice que no estamos hablando de dinero.

—Más de lo que manejaste ayer por la noche debería hacer el truco.

—Ojos en la carretera, Ryan.

Llegaron a casa veinte minutos más tarde para encontrar el Toyota de Henry estacionado en la calzada.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —Ryan echaba humo. Saltó desde el auto, pero se detuvo cuando fue la madre de Henry quien salió—. Oh...

Susannah salió de su auto.

—¿Sra. Merrill?

Con una mirada nerviosa a Ryan, Henrietta dijo:

—¿Crees que podría hablar contigo un momento, Susannah?

—Por supuesto. Por favor, pase.

Ryan abrió la puerta principal y quitó la alarma. Tomó el abrigo de Susannah y se ofreció a llevar el de Henrietta.

—Me lo quedaré, gracias —dijo ella, pareciendo hacer un gran esfuerzo para abstenerse de mirarlo.

—¿Puedo traerle algo de beber? —preguntó.

—No, gracias.

—Vamos a la sala de estar —dijo Susannah, haciendo breve contacto visual con Ryan.

Él le apretó la mano y la dejó con una sonrisa alentadora.

Ella llevó a Henrietta a la sala de estar.

—¿Estás segura de que no puedo ofrecerte nada?

—Puedes ahorrarte los modales, Susannah. Estamos más allá de eso en este punto, ¿no te parece?

Sobresaltada, Susannah dijo:

—Sí, supongo que lo estamos. Siento que estés molesta. Nunca quise que nada de esto sucediera.

—¿Qué quieres decir con que sucediera? Cuando aceptaste la propuesta de mi hijo, ¿alguna vez tuviste de hecho la intención de casarte con él?

—Sí —dijo Susannah suavemente—. Tenía toda la intención de casarme con él.

—Rompiste su corazón de nuevo. Durante años vi que lo utilizabas como tu hombre de reserva, pero nunca imaginé que podrías hacerle algo como esto. —Hizo un gesto hacia la otra habitación a donde Ryan presumiblemente se había ido.

—Siento el dolor de Henry, pero hay cosas acerca de nuestra relación que no conoces.

—Hay cosas que no conoces tú. Como, por ejemplo, ¿sabías que dejó la universidad un semestre después de que rompiste con él la primera vez?

—No —dijo Susannah, aturdida—. No sabía eso. Me dijo que tenía una pasantía...

—Apenas salió de su dormitorio durante tres meses. Su padre y yo estábamos abatidos sobre su estado. Finalmente se le pasó, pero nunca se recuperó de lo que le hiciste, hasta recientemente, he de decir. Nunca lo vi tan feliz como era cuando ustedes dos estaban comprometidos. Ha esperado siempre por ti, Susannah.

—¿No lo ves? —gritó Susannah—. Mientras que me estaba esperando, ¡esperaba que mi matrimonio fracasara! Tenía diecinueve años. No deberías estarme haciendo sentir responsable de arruinar su vida porque no estaba preparada para comprometerme con mi novio de la secundaria para toda la vida.

—¿Qué pasa ahora? ¿Eres responsable esta vez, Susannah?

—Lamento profundamente lo que le causé a Henry, y tu dolor. Esa nunca fue mi intención.

—¿Cuál fue tu intención cuando enviaste a tu marido a intimidar a mi hijo a su lugar de trabajo?

Susannah se quedó sin aliento.

—¿De qué estás hablando? Nunca le pedí a Ryan...

El rostro redondo de Henrietta se torció en una sonrisa fría mientras se levantaba para irse.

—Te deseo la mejor de las suertes, Susannah. Al parecer, vas a necesitarla. Puedo salir sola.

Después de oír la puerta delantera cerrarse, Susannah permaneció inmóvil durante mucho tiempo.

Ryan entró en la sala sosteniendo un sándwich.

—¿Se fue? —preguntó—. Maldita sea, eso fue extraño, ¿eh?

—¿Fuiste a la oficina de Henry ayer y lo amenazaste?

Sin pestañear, Ryan dijo:

—Por supuesto que lo hice.

—¿Por qué? —gritó Susannah cuando se levantó para enfrentarlo—. ¡Te pedí que no lo hicieras!

—No, dijiste que no podía matarlo. Estaba muy orgulloso de mí mismo por haberlo dejado vivir.

—¿Por qué no me dijiste al respecto?

—Debido a que no había manera de que lo dejara entrar a esa habitación con nosotros anoche, no después de que te habías tomado todos esos problemas para sorprenderme. —Terminó el sándwich con un gran mordisco—. Y no quería molestarte.

—No me lo dijiste porque te había dicho que no lo hicieras.

—Puede ser.

—¿Por qué no acabas por dejarlo en paz?

Sus ojos se endurecieron.

—Él te lastimó, Susannah. ¿Honestamente esperabas que lo dejase pasar? Si lo hiciste, supongo que no me conoces muy bien.

—No espero que peeles mis batallas por mí. No puedes ir con la gente intimidándolos. Es incivilizado.

—Incivilizado. —Se tomó un momento para absorber eso—. Correcto. ¿Y cómo llamarías a lo que te hizo? ¿Civilizado?

—No estés torciendo mis palabras. No deberías haberlo hecho.

—Bueno, lo hice, y me niego a pedir disculpas por ello. Haría lo mismo si tuviera que hacerlo de nuevo.

—Casi tengo miedo de preguntar, pero, ¿qué hiciste?

—Sólo le hice saber lo que pasaría si alguna vez se acercaba de nuevo a ti.

—¿Te importaría explicarte?

Se encogió de hombros.

—En realidad no.

—¿La palabra “matar” fue utilizada?

—Tal vez.

—¡Ryan! ¡No puedes amenazar con matar a la gente!

—No fue una amenaza.

Alzó las manos con frustración y salió de la habitación.

Ryan le siguió hasta la cocina.

—No te enojés, Susie. No vale la pena. Él no vale la pena.

—Tienes razón, no lo vale. No vale la pena bajarse al nivel de un delincuente común. Eso es exactamente lo que él espera de ti.

—Entonces me alegro de no haberlo defraudado. Lastimó a mi esposa, y lo hizo a propósito. Tiene suerte de que no metiera su trasero a la cárcel. —Con las manos en sus hombros, la instó a mirarlo—. Necesitaba hacerme cargo de eso, Susie. ¿Puedes por favor tratar de entender eso?

Ella estudió su rostro serio.

—No quiero que hagas ese tipo de cosas. Él está muy por debajo de ti.

—No, no lo está en realidad.

Ella se quedó sin aliento.

—Oh, Dios mío. —Su mano voló hasta cubrir su boca—. Lo que dijiste anoche sobre casarte conmigo... Henry puso esa idea en tu cabeza, ¿no?

—No importa.

—¡Lo hizo! ¡Ese podrido hijo de puta!

Ryan se rió.

—Nena, sabes cómo me enciende cuando hablas así.

—No puedo creer que diga una cosa semejante, sobre todo a un hombre que puede comprar y vender más millones de veces que él.

—Bueno, dije algunas cosas que podrían haberlo impulsado a ello —admitió Ryan.

—¿Qué más te dijo?

—Nada que valga la pena repetir.

—Dime.

—Susie...

—Quiero saberlo, Ryan.

Él suspiró.

—Algo sobre que todo el dinero del mundo no podía comprar la clase y que nos da un mes, tal vez dos antes de que meta la pata de nuevo. Al parecer, planea quedarse en Denver para poder recoger los pedazos, como siempre hace.

Enfurecida, lo miró.

—Siento que hayas tenido que oír cosas tan feas.

—Bueno, yo lo empecé, así que supongo que me lo merecía. —La tiró con fuerza contra él—. ¿Podemos por favor olvidarnos de todo esto y retroceder el reloj a cuando estábamos teniendo un buen día?

Ella apoyó la cabeza en su pecho.

—No me gusta haberlo oído de otra persona.

—Te pido disculpas por eso, pero no por el resto.

—No quiero que tengamos secretos entre nosotros. Hemos llegado demasiado lejos para eso.

—Nunca intencionalmente escondería algo de ti a menos que pensara que podría molestarte.

—No necesitas protegerme de la vida, Ryan. No estoy hecha de cristal.

—No, pero tienes a mi hijo y mantenerte segura y feliz es la única cosa en este mundo que realmente me preocupa. Así que por favor no me pidas que sea alguien más de quien soy.

Ella lo golpeó ligeramente en el pecho con los puños.

—Quiero un compañero, no un protector.

—¿No puedo ser los dos a la vez?

—Eres enormemente exasperante a veces, ¿sabes eso?

Él sonrió.

—Y me amas de todos modos.

—No tientes a tu suerte, y deja de actuar como un matón. Ya que Henry planea quedarse, te encontrarás con él de vez en cuando. Así que hay que intentar una nueva táctica. Si lo ignoras, será mucho más eficaz que si actúas como si quisieras matarlo cada vez que lo veas. Nuestra felicidad será la mejor venganza. No nos puede tocar a menos que se lo permitimos.

Pensó en eso por un momento.

—Odio admitir que tienes un punto, pero tienes un punto.

Ella esbozó una sonrisa victoriosa.

—Excelente. Ahora, tengo una cita para peinar mi cabello, y no, no puedes venir conmigo.

—Pero...

—Ryan, juro por Dios que me vas a volver loca si sigues así. Consíguete un hobby, llama a Bernie, juega al golf, encuentra algo que hacer.

—¿A qué hora estarás de vuelta? —preguntó él hoscamente.

—Más tarde. —Se veía tan patético que ella se estiró para darle un beso que le dio mucho que pensar acerca de su ausencia.

—Eso no fue agradable —gruñó mientras ella se alejaba—. De hecho, ¡fue francamente poco civilizado!

Ella se rió.

—Sobrevivirás.

Todavía estaba haciendo pucheros en la cocina cuando ella gritó “te amo” de camino hacia la puerta.

—Yo también —respondió él, mientras la seguía. Entonces recordó que no tenía auto—. ¡Mierda! —Su motocicleta todavía estaba en el garaje, pero nunca la utilizaba en invierno, y desde luego no se arriesgaría con las costillas rotas, que por fin, estaban empezando a sanar—. Maldita sea. Está bien —dijo a la habitación vacía—. Oficialmente te perdiste. Sólo estará ausente por unas pocas horas, y nada va a pasar con ella en el salón de belleza.

Sus entrañas se tensaron con la ansiedad al pensar en el bebé y la mirada de loco que había visto en los ojos de Henry el día anterior. La combinación era suficiente para llenar a Ryan con el tipo de miedo que experimentaba raramente. La indefensa sensación le recordaba a su madre siendo diagnosticada con cáncer de pulmón a los cuarenta y cinco años después de nunca haber fumado un cigarrillo en su vida.

En un esfuerzo por recuperar la compostura, le hizo llamadas a Bernie y a Darling, pero ninguno de ellos contestó sus teléfonos. Con nada más que hacer, se fue a la sala de estar para ver Sports Center⁸ donde supo que los Mavs habían promovido oficialmente a Todd “Toad” McNeil como mariscal de campo titular.

—Eso no tomó mucho tiempo —se quejó Ryan.

Por primera vez, tuvo una pequeña punzada de pesar por su decisión de retirarse. Sintióse como la noticia de ayer, vio la cobertura de la conferencia de prensa de Duke en la que anunciaba la promoción de Toad. El pobre Toad todavía parecía un ciervo ante los faros cuando se enfrentó con los medios de comunicación por primera vez como líder del equipo.

Ryan miró todo lo que pudo soportar antes de pasar los canales, aterrizando en un especial de los canales locales sobre su propia carrera.

—Eso está mejor —dijo con una sonrisa.

⁸Sports Center: Canal de deportes

Pero mientras revivía los días de gloria en Florida y su paso por los Mavs, se dio cuenta de que Susie tenía razón. Necesitaba conseguir una vida. Apagando la TV, tomó el teléfono para llamar a su agente. Era hora de hacer planes. Seguía hablando con Aaron una hora más tarde, cuando sonó el timbre de la puerta. Esperando que fuera Tom regresando con su coche, Ryan continuó su conversación mientras abría la puerta principal.

Cuando vio quien estaba en su porche, le dijo a Aaron:

—Voy a tener que llamarte de vuelta. —Cerró el teléfono—. ¿Qué estás haciendo aquí?



Susannah luchó contra el impulso de dormitar mientras la estilista le secaba el cabello. La acción del cepillo y el secador de cabello eran fascinantes, y después de una noche de todo, excepto de dormir, estaba lista para una siesta. Pero mientras su cuerpo se relajaba, su mente corría. Cuanto más pensaba en las cosas que Henry le había dicho a Ryan, más enojada se ponía. ¡Sugerir que Ryan se había casado para subir de clase! ¡Qué cosa para decir! Eso debió realmente haberlo lastimado. Era sensible acerca de sus humildes comienzos y muy orgulloso de los muchos sacrificios que su madre había hecho para asegurarse de que tuviera todas las ventajas.

Susannah pensó en su suegra a quien había adorado desde la primera vez que la conoció. Theresa no había vivido lo suficiente para acabar de decorar la casa en expansión que Ryan compró para ella en un suburbio de Dallas. Él solía firmarle bonos, el primer dinero real que había hecho, para asegurarse de que ella no tuviera que trabajar otro día en su vida. Fue diagnosticada con cáncer apenas cuatro meses después y murió poco después. La pérdida de ella había sido uno de los eventos más impactantes y devastadores en la vida de Susannah, y durante mucho tiempo después, se había preguntado si Ryan alguna vez se recuperaría del golpe. Después de tantos años era todavía una herida abierta, y solo pensarlo la ponía más enojada con Henry de lo que le había dado a entender a Ryan.

Estoy tan contenta de haber visto al verdadero Henry antes de casarme con él.

Susannah todavía estaba sorprendida por los giros y vueltas que su vida había tomado desde que las botas de Ryan habían aterrizado en su vestíbulo nueve días antes. ¿Habían pasado tan sólo nueve días? Se rió suavemente y luego se hundió con alivio de que hubieran regresado a lo que casi habían perdido para siempre. *Gracias, Dios, por haberlo enviado de nuevo a mí. Incluso con todos sus defectos, es el único hombre para mí.*

Mientras que la mitad de ella quería estrangularlo por enfrentar a Henry, la otra mitad nunca admitiría que secretamente estaba emocionada por lo que había hecho. Tener un protector fuerte, y tal imprevisible loco enamorado con ella era estimulante, por decir lo menos.

Dejó el salón e hizo algunos recados de última hora en preparación para el baile. De camino a casa, se reportó con Carol y con varios de los otros vendedores, quienes le informaron que estaban listos para la fiesta de mañana por la noche. En ese punto, Susannah solo podía esperar lo mejor. Meses de planificación estaban dando sus frutos, y había aprendido por experiencia que toda la preocupación en el mundo no cambiaría el resultado. Algunas cosas podían salir mal, pero solo se preocuparía por reunir tanto dinero como fuera posible para el hospital. Los Mavericks igualarían lo que se recaudara, para un gran total que normalmente revoloteaba alrededor de dos millones de dólares.

Un coche que no reconoció estaba estacionado en el camino de entrada al llegar a casa. Abriendo la puerta del garaje, descubrió que el auto de Ryan todavía no había sido devuelto y se preguntó si alguna vez volvería a verlo. Eso de confiar en un hombre al que apenas conocía con algo tan valioso como su coche, no había sido buena idea. Tenía que admitir, sin embargo, que sus instintos sobre la gente rara vez eran equivocados. Después de todo, a él nunca le había gustado Henry, y al final había tenido razón acerca de él. Cerró la puerta del garaje y entró en la casa a través de la cocina, con la esperanza de atraer a Ryan a unirse a ella para una siesta.

—¿Ry?

—Aquí —gritó él desde la sala de estar.

—Oye, cariño, ¿de quién es el coche...? —Las palabras murieron en sus labios cuando entró en la sala de estar para encontrar a sus padres y a su hermana esperándola—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Hola, cariño. —Su madre se puso de pie para saludar a Susannah con un cálido abrazo. Grace Freeman era una versión anterior de Susannah, pero su cabello era corto y se veía, como siempre, como si también acabara de salir de la peluquería.

—Mamá —tartamudeó Susannah—. Estoy muy sorprendida de verte. ¿Por qué no me dijiste que vendrías? —Abrazó a su padre—. Hola, papá.

—Te ves hermosa, cariño —dijo Dalton Freeman. Era un hombre alto con el cabello blanco y ojos azules brillantes—. Pero nos tenías muy preocupados.

—¿Preocupados? —preguntó Susannah, dirigiéndose a su hermana, quien no hizo ningún intento por ocultar su consternación.

—Sí, Susannah. —Melissa abrazó a su hermana—. Preocupados.

—Supongo que han estado hablando con Henry.

Melissa miró a Ryan.

—¿Te importaría darnos un momento a solas, Ryan?

Cuando se estaba yendo de la habitación, Susannah tomó su mano.

—Él se queda. Todo lo que tengan que decirme a mí, lo pueden decir delante de él.

—Esto es personal, Susannah —dijo su madre.

—Él es mi marido. Lo que es personal para mí es personal para él.

Ryan le apretó la mano.

—Pensamos que ustedes dos se estaban divorciando —dijo Dalton.

—No lo haremos —dijo Susannah.

—¿Qué pasa con Henry? —gritó Missy—. ¿Cómo le puedes hacer esto?

—¡Tú no sabes nada al respecto, Missy! Si te gusta tanto Henry, ¿por qué no te casas con él?

—No hay necesidad de ese tipo de contestaciones —dijo Missy—. Sabes muy bien que quiero lo mejor para ti.

—Si ese es el caso, entonces apoyarás mi matrimonio con el hombre que amo. Y por una vez, podrás salirte de mi vida y dejarnos en paz.

—¡Susannah! —dijo Grace.

—Lo siento, mamá. No quiero faltarle el respeto, pero ya me cansé de tratar de justificar mi matrimonio con ustedes. Si no pueden tratar a mi esposo con el respeto que se merece, entonces no tengo nada que decirle a ninguno de ustedes.

—Ten cuidado, Susana —le advirtió Missy—. No digas algo de lo que no te puedas retractar.

A pesar de sus valientes palabras, las manos de Susannah temblaban de nervios.

—Lo que estoy diciendo es algo que debería haber dicho hace años.

Ryan puso su brazo alrededor de ella.

—Tómalo con calma, nena.

—¿Qué le pasó a tu brazo? —preguntó Grace.

Susannah de repente deseó no haberse quitado el corsé.

—Me torcí la muñeca.

—¿Cómo? —preguntó Dalton.

—Moviendo algunos muebles.

Su madre le tomó la mano.

—Déjame ver.

Susannah no se movió lo suficientemente rápido.

Grace se quedó sin aliento.

—¿Esas son huellas? —Miró a Ryan con ojos llenos de desprecio.

—Oh, claro. —Él sacudió la cabeza con furia apenas disimulada—. Naturalmente, yo lo hice.

—¿Estás diciendo que no lo hiciste? —preguntó Dalton.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Él no lo hizo —dijo Susannah.

—Bueno, entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Melissa.

Susannah y Ryan se miraron.

—Fue Henry —dijo Susannah.

Melissa resopló con incredulidad.

—¿De verdad esperas que crea eso?

—Es curioso que no tengan ningún problema en creer que yo sea capaz de hacerlo —dijo Ryan, maldiciendo por lo bajo.

—Ahora, Ryan —dijo Dalton—. Nadie está diciendo...

—Seguro que sí. Sé que piensan que no soy nada más que un deportista tonto, Dalton, pero soy suficientemente inteligente para saber cuando estoy siendo acusado de algo.

Susannah dobló su brazo alrededor de la cintura de Ryan.

—Henry me retorció el brazo y sufrí un esguince en la muñeca cuando terminé nuestro compromiso. Esa es la verdad si deciden creerla o no. —Hizo una pausa, respiró, y añadió—: Quiero que todos ustedes dejen mi casa. Ahora mismo.

—No sé lo que te pasa, cariño —dijo Dalton—. Pero si él está presionándote...

—¡Papá! ¿Te escuchas a ti mismo? Ryan es mi marido. No está presionándome para que haga todo lo que no quiera hacer. O aceptan eso y a él, o no queda nada para decirnos el uno al otro.

—No quieres decir eso, Susana —dijo Grace—. Te sorprendimos viniendo de esta manera, y es obvio que no estás pensando con claridad.

—Lo dije en serio, mamá, y estoy pensando con claridad. —Dio un paso atrás para que pudieran quedar junto a ella—. Por favor, váyanse ahora.

—Estábamos esperando llevarte a cenar esta noche —dijo Dalton con una sonrisa que hizo que Susannah se preguntara si había oído algo de lo que había dicho—. Igualmente, a Ryan, por supuesto.

—Lo siento —dijo Susannah—. Tenemos planes para esta noche.

—Cuando le dijimos a Henry que vendríamos para el fin de semana, nos consiguió entradas para el baile —dijo Missy—. Nos veremos allí.

Susannah no dijo una palabra mientras su madre y su hermana pasaban junto a ella en su camino hacia la puerta del frente. Su barbilla temblaba cuando su padre se detuvo y le dio un beso en la frente.

—Te quiero, cariño.

—Adiós, papá —susurró ella.

Ryan cerró la puerta detrás de ellos y se giró hacia a Susannah. La abrazó con tanta fuerza que la levantó sobre sus pies.

—¡Ryan! ¡Tus costillas! Bájame.

—En un minuto. —Pero un minuto se extendió a dos y luego a tres. Finalmente, bajó—. Siento tanto que tuvieras que pasar por eso. Realmente lo hago. Pero, maldita sea, nena, me dejaste anonadado.

—¿Lo hice? —le preguntó ella con una sonrisa tímida.

—Oh sí. Fuiste atterradoramente dura.

Ella apoyó las manos en su pecho.

—Siento que hayas tenido que oírlo. Estaba deseando haberte dejado salir de la habitación.

—No, tienes razón. Tenemos que presentar un frente unido. —Hizo una pausa cuando su voz se quebró—. Me mostraste un montón allí hace un momento, Susie.

—Con suerte, viste lo mucho que te amo y lo mucho que quiero que nuestro matrimonio funcione.

—Vi todo eso y mucho más.

Susannah alzó la mano para darle un beso. Cuando finalmente lo soltó, sus dedos habían ido a su cabello.

—Extraño tu bonito cabello —dijo él, dejando caer besos suaves a lo largo de su mandíbula.

Ella inclinó la cabeza para darle mejor acceso.

—No me importa.

—Huele tan bien. Mmmm. Me encanta.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí antes de que llegara a casa?

—Unos veinte minutos.

Ella hizo una mueca.

—¿Fueron buenos contigo?

—Estuvieron bien —dijo él encogiéndose de hombros—. No estaban muy contentos de verme, sin embargo. Creo que esperaban que no fuera cierto.

—Bueno, ahora saben que lo es.

—Son tu familia. No puedes simplemente cortarlos completamente.

Con sus dedos en sus labios, lo hizo callar.

—Tú eres mi familia. Tú y el bebé.

—Te amo, Susie. Siempre te he amado, pero lo que hiciste hace un momento, dar la cara por mí de esa manera... te amo más que nunca. No sé lo que hubiera hecho si no me hubieras dado otra oportunidad.

Ella le tomó la mano y se dirigió a las escaleras.

—Estoy tan contenta de que me chantajearas para ello.

—Chantajear es una palabra tan fea.

Ella se echó a reír.

—¿A dónde vamos? —preguntó él.

—Esperaba engatusarte para tomar una siesta conmigo cuando llegara a casa.

—¿Qué pasa con aquellos planes que les dijiste que teníamos esta noche?

—Eso fue todo.

Él aulló de risa.

—¡Me encanta!

—Tuve la sensación de que lo harías. Por cierto, no hay señales de tu auto, sin embargo, ¿eh?

—Él estará aquí.

Ella se sentó en la cama.

—Está a medio camino a Las Vegas por ahora.

—Qué poca fe. —Chasqueó con desaprobación mientras se arrodillaba frente a ella y le quitaba los zapatos—. ¿Cómo está el *bambino*⁹?

—Ella tiene hambre.

Él levantó una ceja.

—¿Ella? ¿Es esa una corazonada o una huelga para la liberación de las mujeres?

—No hay corazonadas. Sólo me aseguraba de que estés consciente de la posibilidad de que pudiera ser mujer.

—¿Puedes imaginarte con una niña? —le preguntó mientras le masajeaba los pies.

—Dios la ayude y a cualquier hombre que quiera salir con ella.

La idea lo hizo estremecerse.

—Que Dios me ayude a mí. Si es aunque sea un poco como su madre me tendrá comiendo de la palma de su mano.

El estómago de Susannah gruñó, lo que los hizo reír.

—Está bien, te escuchamos —le dijo Ryan a su vientre—. ¿Quieres salir?

Ella negó.

—Ordenemos comida a domicilio.

—Me parece bien.

—¿Ry?

—¿Hmm?

—Va a seguir siendo así, ¿verdad?

—¿Así cómo?

⁹Bambino: hijo, italiano en el original.



MARIE FORCE

—Sólo quiero pellizcarme porque nunca he sido tan feliz. Incluso antes, cuando estaba realmente bien entre nosotros, no era así. Tengo tanto miedo de que no vaya a durar.

—Susannah —suspiró él—. Durará para siempre.

—¿Lo prometes?

La besó una de sus manos y luego la otra.

—Te lo prometo.

Capítulo 21

Susannah echó una última mirada a todo el espejo. Su sencillo vestido de seda negro dejaba un hombro y la mayor parte de su espalda desnuda, por lo que descartó un sostén. Mientras se movía de un lado para asegurarse de que nada se saliera del vestido, se le hizo un nudo en el estómago por tensión.

Henry estaría allí esta noche, muy probablemente con sus padres, sus padres, su hermana...

Deseó poder saltarse todo el asunto y pasar otra noche tranquila en casa con Ryan. Si no fuera la presidenta del evento, hubiera inventado un virus estomacal para salir de ello. Después de esto, ella y Ryan bajarían su ritmo social por un rato. Tenían que pasar algún tiempo juntos que no incluyera regularmente encontrarse con Henry.

—Sólo espero que no haga una escena esta noche —le susurró a su reflejo. Los colgantes de su pulsera tintinearón mientras pasaba una mano sobre el nudo francés en su cabello—. Por favor, díles a todos que nos dejen en paz.

Con una última respiración profunda por valor, tomó su abrigo de piel sintética y cartera de mano y se dirigió a las escaleras.

Ryan esperaba en el vestíbulo.

—Vaya —dijo—. Mírate.

—No, mírate tú —dijo ella, enderezando su corbata de lazo. Él había conseguido un corte de cabello más temprano y estaba aún más guapo de lo habitual, especialmente debido a que las contusiones en su rostro casi habían desaparecido—. Me encanta tu cabello corto.

Él la estudió de pies a cabeza.

—Tendré que hacerme un corte más a menudo entonces.

—¿El vestido está bien?

—Mucho, mucho mejor que bien.

—¿Qué? —Ella se retorció bajo el calor de su mirada—. ¿No te gusta el frente, no? ¿Muestra en exceso?

—Me encanta la parte delantera, pero necesitas esto —dijo él, sacando una caja de joyería de su espalda.

—¿Qué es?

—Ábrela y averígualo.

Su corazón latió de emoción mientras se mordisqueaba una pulida uña.

—Tú ábrela.

Cuando él abrió la caja para revelar un enorme colgante de diamantes en forma de lágrima, ella se quedó sin aliento.

—¡Oh, Dios mío! —balbuceó—. Por qué, por qué lo hiciste, me refiero a... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es hermoso.

Él le dio la vuelta y fijó el collar, besando la parte posterior de su cuello cuando terminó.

—Para responder a tus preguntas, lo compré hoy cuando fui a la ciudad para sacar mi esmoquin en el apartamento. Por qué... —dijo, moviéndose para quedar frente a ella—, esperaba que eso fuera obvio. —La besó suavemente—. Eres absolutamente preciosa, y la idea de compartirte con el mundo esta noche me vuelve loco.

Con los dedos sobre el colgante, ella dijo:

—Me gustaría que no tuviéramos que ir.

—No tenemos que hacerlo.

—No me tientes. Tenemos que ir.

Él envolvió sus hombros en la piel sintética.

—Muy bien, entonces. Después de usted, mi señora.

Cuando Ryan y Susannah llegaron al malecón del gran salón de baile en el Centro para las Artes Escénicas de Denver, la mayoría de las esperadas quinientas personas ya estaban dentro de la habitación. A mil dólares por plato, el Baile en Negro y Blanco atraía a la flor y nata de la sociedad de Denver y estaba entre los eventos más esperados del año.

Antes de que entraran en la habitación, Susannah lo detuvo.

—¿Qué pasa, nena?

—Necesito un minuto.

Él puso sus manos sobre sus hombros.

—Respira profundo.

—Este es nuestro gran debut —dijo ella, mirándolo con una pequeña sonrisa.

—Re-debut.

—Quédate cerca, ¿de acuerdo?

—Seré como pegamento.

Ella tomó su mano.

—¿Por qué se siente como si estuviéramos nadando en un tanque de tiburones?

—Debido a que lo hacemos.

—Hey, chicos —dijo Bernie desde atrás Ryan. Ryan besó la mejilla de Susannah y se volvió para saludar a sus amigos.

—Vi que me llamaste ayer —le dijo Bernie a Ryan.

—Estábamos en un partido de fútbol de Hayden.

Susannah los oyó hablar, pero no tenía idea de lo que estaban diciendo. Con ojo crítico, comprobó las cortinas amarillas y púrpuras suspendidas del techo sobre las mesas cubiertas con los colores de los Mavericks.

Iluminación decorativa arrojaba una luz cálida y lograba hacer que la enorme habitación pareciera casi íntima.

Había una gran variedad de vestidos blancos y negros y una mayor variedad de gemas. Susannah se llevó la mano al pecho hasta tocar su nuevo colgante y se sintió aliviada al encontrarlo justo donde debía estar.

Por desgracia, sus colegas en el comité le informaron que las cosas progresaban perfectamente, y que nada necesitaba su atención inmediata. No tenía más remedio que soportar las miradas inquisitivas y las miradas dirigidas completamente hacia ella y Ryan. La parte de atrás de su cuello se estremeció, fue la única advertencia que tuvo de que Henry estaba cerca.

Por el rabillo del ojo, lo vio presentarlo a sus padres a algunas personas dentro de la puerta. Llevaba la gran sonrisa del hombre que no tenía ninguna preocupación en el mundo, pero cuando una de las mujeres con las que estaba hablando se inclinó para susurrarle algo al oído, Henry se puso serio y asintió.

No pasó mucho para deducir que le había expresado sus simpatías sobre su compromiso roto a Henry. Susannah entró de nuevo en la conversación que Ryan estaba teniendo con el maestro de ceremonias de la noche, el entrenador de los Mavericks Duke Simmons, y su esposa Abigail.

—¿Estás lista, cariño? —le preguntó Duke a Susannah.

—Tan lista como nunca podría estar.

Duke le ofreció el brazo.

—Nos vemos en un rato —le dijo Susannah a Ryan.

Él se inclinó para besarla.

—Mátalos, nena.

—No te pierdas —dijo ella sobre su hombro mientras Duke la llevaba al escenario.

—Estaré aquí.

En la parte delantera de la habitación, Duke dejó a Susannah junto a las escaleras hacia el escenario cuando subió al estrado.

—Buenas tardes, señoras y señores —dijo Duke, silenciando a la multitud—. En nombre de los Mavericks de Denver, es para mí un gran honor darles la bienvenida al XVI Baile Anual en Blanco y Negro. No les puedo decir cuánto apreciamos que desafiaran el frío esta noche para apoyar nuestra causa preferida, el Hospital de Niños. Este ha sido un año extraordinario para los Mavericks. —Fue interrumpido por un estruendoso aplauso—. Y la mayor parte de mi equipo está aquí esta noche —dijo, señalando a un grupo de mesas al frente de la habitación.

Susannah se rió entre dientes mientras los chicos, que llevaban una amplia variedad de esmóquines, lo apoyaron con aplausos entusiastas.

—Sé que hablo por todos en la organización de los Mavericks —continuó Duke—, cuando les doy las gracias por su apoyo durante la temporada y durante todo el año en eventos como este, donde tratamos de dar algo a la mejor ciudad de Estados Unidos. —Hizo una pausa para otra ronda de aplausos—. Ahora, sólo estoy aquí para mantener las cosas en movimiento. La verdadera estrella de la noche, como bien saben, es un miembro de la familia Mavericks que no necesita presentación en esta ciudad. Es para mí un gran placer darle la bienvenida a mi querida amiga y presidenta del Baile Blanco y Negro en los últimos siete años, Susannah Sanderson.

Mientras subía las escaleras hacia el escenario, el rotundo aplauso la avergonzó, pero el ulular y los chiflidos de los jugadores era divertido.

Duke besó su mejilla y salió del escenario.

Mientras esperaba a que los jugadores se calmaran, ella examinó la habitación. Encontró a Henry observándola con una intensa expresión en su cara y se movió rápidamente.

Junto a él, sus padres estaban haciendo su mejor esfuerzo para no mirar hacia ella. Los padres y la hermana de Susannah estaban sentados en la mesa de Henry igual que Betsy James, quien encontró la mirada de Susannah con una sonrisa satisfecha. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? Él sabía lo mucho que detestaba a esa mujer. ¿Por qué dejó que se sentara en su mesa? *Tal vez es porque sabe que la desprecia, y está tratando de provocarme.* Bien, está funcionando. Quitando los ojos de Betsy James, Susannah fue hacia el micrófono.

—Gracias, Duke, y gracias a todos por esa cálida bienvenida. —Los jugadores silbaron y abuchearon un poco más. Se rieron cuando ella dijo—: Tranquilos, muchachos.

Entre otros amigos, Susannah se consoló al ver a su abogada de divorcio en una de las mesas del frente, así como a su amiga de catering, Carol, quien al parecer había proveído al evento de su personal, ya que estaba vestida con un traje formal. La única persona a la que Susannah no pudo encontrar fue a Ryan. ¿A dónde se fue?

—Si todos pudieran tomar sus asientos, tengo sólo un par de cosas por mencionar antes de que se sirva la cena. —Dio una bienvenida repetitiva en nombre de su comisión, del hospital y del equipo. Señalando a la parte posterior de la habitación, habló de la subasta silenciosa e instó a los asistentes a ser lo más generosos posible—. Además de los elementos descritos en el programa, Ryan proporcionó un balón de fútbol firmado y fechado. Parece pensar que puede haber un cierto interés por lo que sucedió esta semana, pero soy escéptica. —Una ola de risa atravesó la multitud—. Ahora, yo soy la que tengo que vivir con él —dijo en un susurro de conspiración—. Así que lo que realmente me ayudaría es si alguien pudiera meter un poco de dinero para el baile. —Esta vez los aplausos fueron acompañados de risas—. Si también pudieran aparentar pelear por él un poco, bueno, eso ayudaría, también.

Sonrió ante su entusiasta reacción, pero sus ojos se sintieron atraídos por la mesa de Henry donde él compartió una risa con Betsy James. ¡Uf! ¡De toda la gente!

—Muchas gracias por haber venido. Los dejo este video que la gente del Hospital Infantil nos pidió mostrarles y que les dará una idea de lo que están apoyando. Disfruten de la velada.

Ryan apareció en la parte inferior de la escalera mientras Susannah dejaba el escenario. Cuando la besó, sus compañeros vitorearon. Él la acompañó a su mesa donde Duke y Abigail estaban sentados con el presidente honorario del evento, Chet Logler, y su esposa Martha.

Ryan sostuvo la silla de Susannah.

—Estuvo muy divertida allí, señora Sanderson.

—Tengo que mantener ese ego tuyo bajo control —dijo Susannah con una descarada sonrisa.

Él se inclinó para susurrarle:

—Como sólo tú puedes hacer.

Susannah jadeó y agarró la tarjeta del lugar junto al suyo que decía: 'Henry Merrill'.

—¿Qué es eso? —preguntó Ryan cuando se sentó junto a ella.

—Nada.

Estirando su mano, lo desenrolló.

—Bueno, alguien no recibió palabra, ¿verdad? —Rompió la tarjeta en pedazos y los tiró debajo de la mesa—. No te preocupes, cariño.

—Eso debería haber sido atendido —dijo Susannah con fastidio.

—No me extrañaría que Henry haya llegado hasta aquí antes para intercambiar las tarjetas. —Ryan le besó la mano—. Olvídate de eso, ¿de acuerdo?

Ella asintió y miró a la mesa de Henry.

—¿Qué estará tramando con esa mujer?

Los ojos de Ryan se estrecharon.

—Esa es una pregunta muy buena. Una pareja extraña, por decir lo menos.

Cuando miró a Ryan y vio sus ojos fijos en la mesa de Henry, se le hizo un nudo en el estómago. Los rumores sobre Ryan y Betsy James casi habían enloquecido a Susannah, y habían sido la gota final para su problemático matrimonio. Ella tomó su mano debajo de la mesa.

—¿En qué estás pensando?

Él sonrió, pero no hubo hoyuelos, y sus ojos fueron duros.

—En la cena. ¿Qué comeremos?



Horas más tarde, Susannah estaba bailando con Ryan cuando su padre le dio un golpecito en el hombro.

—¿Te importa si te la robó un minuto, Ryan?

Ryan miró a Susannah, y ella asintió.

—No huyas con mi chica, Dalton.

—No lo haré.

Con una sonrisa alentadora para Susannah, Ryan les dejó.

—Estás impresionante —dijo Dalton mientras la llevaba alrededor de la pista de baile.

—Gracias, papá.

—Es un evento muy impresionante el que has organizado, cariño. Me alegro de que finalmente llegáramos a asistir a uno de ellos.

—Yo también, sobre todo porque este probablemente será mi último año como presidenta.

—¿Por qué?

—Bueno, con Ryan retirándose y dejando el equipo, probablemente querrán que una de las otras esposas tome ese lugar.

—Me sorprendí al escuchar que se retirará.

—Te hubiera dicho antes que estaba en los papeles si pensara que te hubiera importado.

—No sé qué te hace pensar que no nos importa.

—Tal vez por la forma en que lo han tratado todos estos años.

—Susannah...

—Papá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro que puedes.

—¿Te importa en absoluto que lo ame? ¿Qué real, realmente lo ame?

Dalton se suavizó.

—Por supuesto que sí. De hecho, les dije a tu madre y a tu hermana esta tarde que es el momento de que te permitamos vivir tu propia vida y cometer tus propios errores.

—Estar con Ryan no es un error. Estar sin él sí.

—Todo lo que quiero es que seas feliz.

—Si eso es lo que quieres, entonces tendrás que aceptar a Ryan. Me ama tanto. ¿Qué más se puede pedir en un nuero?

—No mucho, supongo —le concedió Dalton.

Henry y Betsy bailaron junto a Susannah y su padre.

—Hola Susannah —dijo Henry con una leve sonrisa—. Otro gran éxito. Felicitaciones.

—Gracias —dijo ella, haciendo grandes esfuerzos para evitar hacer contacto visual con Betsy James, quien llevaba su cabello castaño rojizo en un elegante moño. Su vestido blanco se hundía para compensar un bronceado intenso y mostrar un espectacular par de pechos quirúrgicamente mejorados.

—Henry, me gustaría hablar contigo —dijo Dalton. Para Betsy, añadió—: ¿Podría por favor disculparnos un momento?

Sorprendida, Betsy dijo:

—Por supuesto. —Con una mirada perpleja a Henry, salió de la pista de baile. Dalton mantuvo un agarre en la mano de Susannah mientras ella y Henry iban a un rincón tranquilo.

—No me necesitas, ¿verdad, papá? Quiero ir a buscar a Ryan.

—Esto sólo tomará un momento, Susannah. —Se volvió hacia Henry—. Quiero hacerte una pregunta, y quiera una respuesta veraz, hijo.

—Por supuesto, Dalton —dijo Henry con una sonrisa encantadora—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Dalton levantó la muñeca de Susannah, que todavía estaba amoratada e hinchada.

—¿Tú le hiciste esto a mi hija?

—¡Papá! —Susannah luchó contra el agarre ligero que su padre tenía en su mano—. No.

—Te hice una pregunta, Henry.

—Estábamos hablando —tartamudeó Henry—, e iba a salir antes de que tuviera la oportunidad de decirle que...

—¿Tú le hiciste esto?

—Fue un accidente —soltó Henry, sus orejas llameantes de color.

La mandíbula de Dalton se movió, endureciendo su rostro por lo general amable.

Susannah estaba tanto mortificada por la confrontación como fascinada de ver un lado de su padre que era nuevo para ella.

—Estoy decepcionado de ti, Henry —dijo Dalton en tono mesurado—. Por lo menos, creo que le debes a mi niña una disculpa.

Henry finalmente miró a Susannah, pero no había desprecio en sus ojos.

—¿Qué hay de lo que me debe ella a mí?

—Ella no te debe absolutamente nada —gruñó Dalton—. Estoy esperando.

—Lo siento.

Susannah bajó los ojos.

—Mantente alejado de ella, ¿me oyes?

—Sí —dijo Henry, su crianza sureña lo obligó a añadir un reacio “señor” antes de alejarse.

—Papá —dijo Susannah, entrando en su abrazo—. No tenías que hacer eso.

—Sí, tenía que hacerlo, y cuando tenga la oportunidad, voy a pedirle disculpas a Ryan. Me equivoqué al inferir que te haría tal cosa. Puede no haber sido el marido del año, pero nunca te puso una mano encima por lo que sé.

—No lo hizo. Nunca lo haría.

Dalton besó la frente de su hija.

—Te quiero, Susannah, mi dulce niña.

—Te quiero, también.

Susannah levantó la cabeza del hombro de su padre para encontrar a Ryan teniendo una intensa conversación con Betsy James en el fondo de la habitación. Ella tenía las manos sobre su pecho, y parecía estar suplicándole algo. Él la tomó por los hombros mientras respondía a lo que le había dicho. Susannah sintió que se le encogía el estómago con náuseas cuando se dio cuenta de que todos en la habitación estaban viendo a su marido teniendo un apasionado momento con la mujer que la mayor parte de ellos una vez había creído que era su amante.

Liberándose de los brazos de su padre, Susannah cruzó la habitación. Sintió que su control de deslizaba a través de sus dedos, y mientras marchaba hacia Ryan, el espacio alrededor de ellos desapareció. Una neblina roja borró todo excepto Ryan y Betsy. Tocándose.

De espaldas a ella, Ryan no la vio venir.

—Susannah —dijo Carol, extendiendo la mano para tratar de detenerla. Susannah ignoró su amiga y siguió moviéndose, el rugido en su cabeza subía con cada paso que daba.

—Quita tus manos de mi esposo —gruñó Susannah.

Sorprendido por su repentina aparición, Ryan gritó:

—¡Susie! —Sacó las manos de los hombros de Betsy como si se hubiera escaldado.

Cuando Betsy no quitó inmediatamente las manos del pecho de Ryan, Susannah la empujó. Betsy se recuperó y le lanzó un golpe a Susannah, enviando un grito a través de la habitación. Ryan se movió rápido para ponerse entre ellas e hizo una mueca cuando el puño de Betsy hizo contacto con sus costillas.

—¡Aléjate de él! —gritó Susannah, removiéndose contra el agarre que Ryan tenía en sus brazos, que era lo único que le impedía golpear a Betsy.

—¡Susannah! —exclamó su hermana—. Estás haciendo el ridículo.

—¡Cállate, Missy!

Cuando Ryan trató de llevarse a Susannah, ella lo empujó.

—No me toques —le espetó—. No puedo creer que incluso hablaras con ella delante de todos, ¡y mucho menos que la tocaras!

—¡No estaba hablando con ella! Ella estaba hablándome a mí.

—¡Te vi con mis propios ojos! —Susannah sabía que estaba creando una escena que mantendría las lenguas moviéndose para siempre, pero no le importaba. Que él hubiera puesto sus manos sobre esa mujer y se dejara tocar había enviado a Susannah directo sobre el borde.

Sus ojos se oscurecieron con ira.

—No viste nada.

Ella se echó a llorar.

—¡Eres un mentiroso! Todo lo que dijeron acerca de los dos era cierto. ¡Me mentiste! ¡Una vez más arruinaste todo!

Ryan se inclinó, la levantó y se dirigió a la puerta.

Luchando contra él, ella golpeó su espalda.

—¡Bájame! —Antes de doblar la esquina, ella captó un último vistazo de la flor y nata de la sociedad de Denver mirando con expresiones atónitas en sus rostros mientras su enfurecido marido arrastraba a la estrella de la noche del salón de baile. Lo último que vio fue la victoriosa sonrisa de Henry.

Capítulo 22

Ryan la cargó hasta el final del estacionamiento donde finalmente la dejó en el suelo, quitándose la chaqueta de su esmoquin y envolviéndola alrededor de ella.

Bernie y Dalton estaban detrás de ellos.

—¡Ryan! —gritó Bernie—. Espera un minuto.

—Ahora no, Bern.

Susannah se quedó de pie en un silencio aturdido mientras Ryan abría la puerta del pasajero y la instaba dentro del Escalade. Bernie se puso entre la puerta y el coche, así que Ryan no pudo cerrar la puerta.

—Toma un respiro, Ry —dijo con una mano en el pecho agitado de Ryan.

—No quiero un respiro. Quiero irme, así que por favor sal del camino.

—No tan rápido —dijo Dalton, empujando a Bernie a inclinándose en el coche—. ¿No quieres ir con él, Susannah? —Se echó hacia atrás el cabello que se había soltado de su nudo francés—. Porque todo lo que tienes que hacer es decirlo y te sacaré de allí.

—Esto es entre yo y mi esposa, Dalton —rompió Ryan—. No necesitas entrometerte.

—No voy a dejar a mi hija contigo si no está donde quiere estar.

Susannah se estremeció por el frío y lloró en silencio, no del todo segura de dónde quería estar en ese momento. Bernie apretó el lado de Dalton y se inclinó para hablar con Susannah.

—Susie, cariño, sé que estás trastornada. Pero deberías darle a Ryan la oportunidad de explicarte lo que pasó allí. No es lo que piensas.

—Sé lo que vi.

—Y estoy seguro de que se vio muy mal, pero tienes que escucharlo.

—Estoy cansada de escucharlo, y estoy cansada de sus mentiras.

Ryan explotó.

—¡Nunca te he mentado!

Bernie dio un firme apretón en su mano.

—Somos amigos, ¿no es así, Susie? ¿Buenos amigos?

Un sollozo hipó a través de ella mientras asentía.

—¿Confías en mí? —preguntó Bernie.

Ella asintió de nuevo.

—Entonces, por favor ve con él y déjalo explicarse. ¿Harás eso por mí? Te doy mi palabra de que todo lo que te dirá es verdad.

Susannah lo estudió durante un largo rato antes de que le susurrara:

—Está bien.

Bernie le dio un beso en la mejilla.

—Todo va a estar bien. Te lo prometo. —Se enderezó y se volvió hacia Ryan.

—Gracias —dijo Ryan.

Bernie lo abrazó.

—Mantén la calma.

Ryan asintió.

—Dalton, Bernie te dirá lo que está pasando. ¿Alguno de ustedes por favor podrían recoger el abrigo y el bolso de Susannah? —Le entregó el boleto del abrigo a Bernie.

—Por supuesto —dijo Bernie.

Dalton se apoyó en el coche para besar a Susannah.

—Estamos en el Inverness. Si me necesitas, llama a mi celular e iré por ti. No me importa si es a mitad de la noche.

—Gracias, papá.

Dalton cerró la puerta del coche.

Ryan se subió y arrancó el coche. Antes de que diera marcha atrás, la miró con tal furia que ella se enterró profundamente en la gran chaqueta del esmoquin. Él no dijo una palabra durante el camino a casa.

Cuando llegaron, se dio la vuelta y la levantó del coche.

—¿Qué estás haciendo? ¡Puedo caminar! Bájame.

—Cállate, Susannah —dijo mientras la llevaba dentro y la depositaba en el estudio—. No te muevas. —Se dio la vuelta y regresó por la puerta principal.

Un momento después oyó cerrarse la puerta del coche y fue dentro llevando un pedazo de papel, que le entregó a ella.

Le temblaba la mano cuando se acercó a quitárselo.

—¿Qué es esto?

—Léelo.

Susannah desdobló el papel para descubrir algún tipo de formato. Vio su nombre escrito a máquina y galimatías legales de Betsy escritas debajo de los nombres.

—No entiendo...

—Es una orden de restricción.

Sobresaltada, Susannah lo miró.

—¿Ella tiene una orden de restricción en contra de ti?

—¡No! —gruñó él—. ¡Yo tengo una contra ella!

—¿Por qué?

Como un tigre enjaulado, él se paseó por la habitación.

—Al principio fue una molestia. Parecía estar en todas partes. Se aparecía en las prácticas, en presentaciones, en los restaurantes. Si yo estaba allí, ella también estaba. Nunca le presté mucha atención, porque siempre había tanta gente alrededor de nosotros. La puse en la categoría de los groupies y seguí con mi vida. Pero luego me enteré de que estaba diciéndole a la gente que estábamos viéndonos el uno al otro. Eso no pasó mucho tiempo después de que perdimos a Justin y sabía que íbamos a pasar momentos difíciles. —Se pasó una mano por el cabello—. De todos modos, fui a verla para decirle que dejara de difundir mentiras sobre mí. Eso resultó ser un gran error.

—¿Por qué?— preguntó Susannah en voz baja.

—Debido a que grabó en secreto nuestra discusión y amenazó con enviarte la cinta a menos que tuviera sexo con ella. Me entró el pánico, porque la cinta demostraría que había estado en su apartamento. Tú y yo estábamos en un terreno inestable realmente en ese momento y estaba bastante seguro de que algunos de los rumores que había extendido te habrían alcanzado para entonces.

—Lo hicieron.

—De todos modos, me negaba a acostarme con ella y se volvió loca. Estaba totalmente loca, me golpeó, me arañó la cara. Fue una locura.

—Me dijiste que te habías hecho esos arañazos en la práctica.

—¿Qué se supone que debía decirte? —Sus ojos eran duros y desapasionados—. Sabes, sin embargo, me di cuenta de algo esta noche. Cuando dijiste que había arruinado todo de nuevo fue lo mismo que dijiste cuando me echaste. Oíste algo acerca de mí y ella y sólo asumiste que estaba teniendo una aventura con ella, ¿no?

—Oí un montón de cosas.

—¡Pero nunca me preguntaste! Nunca saliste y dijiste: “¿Estás acostándote con ella, Ryan?”. —Ahora estaba gritando—. Porque si lo hubieras hecho, te habría dicho lo mismo entonces que te voy a decir ahora: No, no estoy acostándome con ella. ¡No me he acostado con ella ni con nadie desde el día que te conocí!

—Las cosas se habían puesto tan mal entre nosotros —susurró ella—. Estábamos apenas hablándonos el uno al otro. Todo el mundo estaba diciendo...

—Hemos estado casados por casi nueve años, Susannah. ¿No me debes más que creer en un montón de rumores?

—No habíamos tenido sexo en meses. Pensé...

—¡Pensaste mal! —rugió— ¡No podía deshacerme de ella! La encontré desnuda en mi coche después de la práctica un día. Fue entonces cuando le dije a Bernie lo que había estado pasando y él me convenció de llamar a la policía y pedir protección. Me

reí de eso. Me refiero a que ¿Ryan Sanderson el de un metro noventa y cuatro y cien kilos de peso en busca de protección por una mujer? Tenía más miedo de la burla de los otros chicos que de ella. —Su risa fue amarga—. Resulta que debí haber escuchado a Bernie.

Susannah casi tuvo miedo de preguntar.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Después de que tú y yo nos separamos, ella realmente intensificó su juego. Se empezó a aparecer cada día, en lugar de sólo dos veces a la semana. Entonces, mi apartamento en la ciudad fue asaltado y saqueado.

Susannah se quedó sin aliento.

—Dios mío.

—Supe que fue ella porque cada foto de ti y de mí juntos había sido destrozada.

—¿Debería estar en la cárcel!

—La detuvieron y la acusaron de allanamiento de morada.

—¿Por qué no salió eso en el periódico?

—El equipo utilizó su influencia para mantenerlo fuera de la prensa. Me aterraba que se volviera contra ti. Supuse que pensaría que habíamos tenido una pelea de amantes o algo así. No quería que supieras nada al respecto porque todavía tenía esperanzas de que pudiéramos volver a estar juntos. Sabía que pensarías lo peor si habías oído mi nombre y el de ella en la misma frase.

Mientras Susannah se sentaba en el sofá, se sintió enferma al darse cuenta de lo que había hecho exactamente eso esta noche, incluso después de todos los progresos que habían hecho en los últimos diez días.

—El juez la dejó en libertad condicional y emitió la orden de restricción. Lo que crees que viste esta noche fue a mí recordándole que no puede estar a cien metros de mí. Estaba dándole diez minutos para irse, o iba para llamar a la policía.

—La estabas tocando...

—¿Estaba tratando de deshacerme de ella! ¡Por el amor de Cristo, Susannah! Después de todo lo que pasamos, ¿sinceramente crees que arriesgaría todo por un pedazo de mierda como ella?

Susannah se llenó de vergüenza mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Lo siento mucho, Ry. Sólo asumí que...

—Sé lo que asumiste. La mayor parte de Denver sabe lo que asumiste.

El dolor irradiaba de él como una infección que amenazaba con destruirlos a ambos.

—Sólo te vi con ella, tocándola, dejando que te tocara y me perdí.

—Lo sé. Estaba allí.

—Apostaría a que Henry tuvo algo que ver con eso —dijo Susannah, recordando la sonrisa que había visto en su cara.

—Estoy seguro de que la puso allí para que me confrontara. Ambos sabían que no llamaría a la policía ni haría una escena allí contigo si podía evitarlo.

—En vez de eso fui yo la que hice la escena.

—Y fue un escándalo —dijo él, pero no había humor en la afirmación. Él extendió la mano para quitarse la pajarita y soltar el botón superior de su camisa.

—Deberías haberme contado todo esto.

—Probablemente tienes razón. Si lo hubiera hecho, entonces podría haber tratado en privado con sus acusaciones en lugar de tener que soportarlas delante de mis compañeros de equipo y de casi todo el mundo que conocemos.

Ella hizo una mueca.

—Siento mucho lo que dije.

—Yo también. Cuando estuvimos en la cabaña te juré que nunca te mentiría. Y nunca te he engañado. Sin embargo, a pesar de todo lo que hemos compartido durante la semana pasada, me viste con ella y automáticamente pensaste lo peor. Eso duele, Susannah.

—Lo sé, y lo siento. Me gustaría que hubiera algo que pudiera decir o hacer para compensarte.

—Necesito que tengas fe en mí. Necesito que me creas cuando digo que te amo, que te he sido fiel, que no hay nadie más para mí que tú. No puedo estar peleando estas batallas por el resto de mi vida. Simplemente no lo tengo en mí.

Ella se puso de pie y se acercó a él. Con sus brazos alrededor de su cintura, dijo:

—Te creo y tengo fe en ti. Siento haber dudado de ti, siquiera por un segundo.

—Un segundo es todo lo que se necesita para socavar todo lo que hemos trabajado tan duro en poner de nuevo junto. Sin mencionar que le da a gente como Henry y Betsy y tu hermana mucha satisfacción vernos pelear.

—Lo sé y lo siento mucho, Ry. —Ella se rompió en sollozos profundos—. Lo siento.

Él puso sus brazos alrededor de ella y la sostuvo cerca de él, pero su abrazo era rígido en lugar de acogedor.

—Debes estar cansada y tenemos que estar en la corte en la mañana.

—¿Qué vamos a decirle al juez?—preguntó ella.

—¿Qué quieres decir?

Ella puso su labio entre sus dientes y se limpió las lágrimas que quedaban en su rostro.

—Después de lo que sucedió esta noche, entendería si quisieras seguir adelante con el divorcio.

Él cerró los ojos y suspiró.

—No quiero el divorcio, Susannah. Esa es la última cosa que quiero. Tenemos un bebé en camino. ¿Olvidaste eso?

—Por supuesto que no. Pero no quiero que te quedes conmigo sólo por el bebé.

—No lo hago —dijo él, pero ella no estuvo convencida—. Vamos a la cama. Necesitas descansar un poco.

—¿Vienes?

—En un momento.

Ella se acercó para besarlo.

—Te amo y siento lo que pasó esta noche. Daría lo que fuera para poder volver a cuando me estabas dando ese hermoso colgante.

—Yo también.

Susannah lo dejó y fue arriba, donde se movió robóticamente para cambiarse, quitarse el maquillaje y liberar lo que quedaba de su peinado. Se quitó el colgante y lo sostuvo en la mano durante mucho tiempo antes de dejarlo a un lado en su joyero. Cuando llegó en la cama, fue golpeada por una nueva ola de indefensos sollozos. La imagen del rostro herido de Ryan era más de lo que podía soportar y lloró hasta que pensó que estaría enferma. Lo había avergonzado delante de las personas más importantes de su vida y acusado de cosas tan terribles, sólo para averiguar que había sido víctima de esa mujer horrible. Susannah se estremeció al recordar la espantosa escena en el baile.

—Nunca me va a perdonar por esto —le susurró al cuarto oscuro y vacío—. Y no puedo decir que lo culpo.

Se quedó allí reviviendo acontecimientos de la noche por un largo tiempo hasta que se sumió en un sueño inquieto.

Soñando con bebés bonitos y juegos de fútbol, se despertó con un sobresalto cuando las caras de los bebés empezaron a desaparecer. Su corazón brincó con fuerza mientras miraba y encontraba el otro lado de la cama vacío. El reloj de la cabecera decía que eran las tres y veinte. Susannah se levantó, tomó su manto, lo ató herméticamente alrededor de ella, y bajó las escaleras. Todavía con la mayor parte de su esmoquin, Ryan estaba dormido en el sofá con su brazo en su cabeza. El corazón le dolió con la vista de su hermoso rostro, suave en el sueño.

Se puso en cuclillas al lado de él y acarició su mejilla.

—¿Ry? —susurró.

Él no se movió.

Ella quitó varios de los pernos de ónix de la camisa de su esmoquin. Al presionar los labios contra su pecho, le dijo:

—Ryan.

—¿Sí?

Ella lo miró y vio el momento exacto en que se acordó de lo que pasó antes.

—Ven a la cama conmigo. —Agarrando su mano, agregó—: Te necesito.

Después de un interminable momento durante el cual Susannah temió que fuera a decir que no, dejó que lo ayudara desde el sofá y fueron arriba.

Ella le quitó el resto de los pernos y pasó la camisa por sus hombros. Cuando llegó a su pantalón, él se alejó de ella, fue al baño y cerró la puerta.

Susannah se subió a la cama y esperó.

Diez minutos habían pasado cuando salió vistiendo sólo sus calzoncillos y se metió bajo las sábanas. Él se quedó al otro lado de la cama, así que ella se acercó a él. Con la mano en su vientre, ella le besó el pecho. Él tembló ligeramente. Alentada por su reacción, deslizó su mano hacia abajo. Él la detuvo.

—No lo hagas, Susie.

—Déjame amarte, Ry.

—Ahora no.

Le ardieron los ojos por las lágrimas.

—Podría ayudar.

—No, no lo hará.

De lo primero que Susannah se dio cuenta cuando se despertó a las ocho y cuarto la mañana siguiente era que tenía la almohada para ella sola. El descubrimiento fue devastador. De espaldas a ella, Ryan dormía tan lejos como podía en la gran cama. El abismo entre ellos era amplio, y se preguntó si podrían acercarse una segunda vez. Estudió su ancha espalda, musculosa tratando de averiguar qué hacer cuando sonó el teléfono. Preguntándose quién estaría llamando tan temprano, alcanzó la extensión.

—¿Hola?

—¿Susannah?

Su corazón se hundió y su estómago se apretó.

—¿Qué quieres, Henry?

—Sólo estaba revisando para asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy maravillosamente. ¿Por qué no habría de estarlo?

Su respuesta pareció sorprenderlo.

—Pero... —balbuceó—. Ayer por la noche, estabas tan molesta.

—Oh, eso —dijo ella con una risa ligera—. Eso fue sólo un malentendido tonto. Ryan me explicó todo y nos reímos mucho sobre eso —gritó en el teléfono—. Ryan, ¡deja eso!

—Me pregunto si eso es lo que dice Betsy, también —dijo Henry bruscamente.

Susannah vio rojo, pero mantuvo su tono ligero y hablador.

—Dado que los dos sabemos que no puede acercarse a cien metros de Ryan, dudo que diga mucho de él. Realmente aprecio tu llamada de preocupación, Henry, pero mi marido y yo todavía estamos en la cama. Realmente es demasiado temprano para estar llamando. No nos levantamos hasta que es absolutamente necesario.

—Eres una perra, Susannah. —Él echaba humo—. Me alegro de haberme dado cuenta de eso antes de haberme encadenado a ti para toda la vida.

—Y tú eres una comadreja manipuladora. Gracias por mostrarme una vez más que volver con mi marido fue la cosa más inteligente que he hecho nunca. No me vuelvas a llamar. —Cerró el teléfono y lo devolvió a la base sobre la mesa. Cuando miró a Ryan y lo encontró viéndola con diversión en sus ojos, su corazón levantó con esperanza.

—Una actuación ganadora de un Oscar —dijo él.

—No se merecía nada menos.

Ryan extendió su mano hacia ella.

Su mano lo encontró a medio camino a través de la gran cama, y entrelazó sus dedos con los de ella.

Permanecieron allí mirándose el uno al otro durante un largo momento. Dándole a su mano un pequeño tirón, la acercó más.

—¿Qué es exactamente lo que estaba haciendo mientras estabas en el teléfono?

Con un tímido encogimiento de hombros, ella dijo:

—Oh, no lo sé. ¿Tal vez me besabas aquí? —Señaló su cuello.

Él reemplazó su dedo con sus labios.

—¿Aquí?

—Sí. —Suspiró—. Justo ahí.

Él acarició su pecho a través de la tela sedosa de su camisón.

—Ry...

—No digas nada.

—Pero quiero que sepas que...

La detuvo con un beso profundo hasta el alma. Liberando sus labios, ella dijo:

—Que te amo.

—Y yo te amo también —dijo él mientras la rodaba debajo de él y le subía el camisón hasta su cintura.

¿Su último pensamiento antes de que dejara de pensar en absoluto?

Muchas gracias por llamar Henry...

Capítulo 23

Tomados de la mano, Susannah y Ryan subieron las escaleras del palacio de justicia.

—Vamos a llegar tarde, y va a regañarnos —dijo ella.

—Traté de decirte eso cuando no levantabas tu trasero de la cama.

—¡Tú eras el que no me dejaba salir!

—Tenemos treinta segundos.

—¡Muévete!

Sin aliento, llegaron a la oficina exterior del juez exactamente a las once.

—Su señoría y sus abogados están esperando en las cámaras, Sr. y Sra. Sanderson —dijo el juez recepcionista con el ceño fruncido y adusto—. Adelante.

Ryan hizo pasar a Susannah delante de él.

—Sr. y Sra. Sanderson —dijo el juez Prescott Tohler—. Qué bueno que se unan a nosotros.

—Su señoría —dijo Ryan con un movimiento de cabeza a su abogado.

—Ustedes dos me han sacado más canas que nadie en mucho tiempo.

Ryan sostuvo una silla para Susannah mientras intercambiaban miradas perplejas.

—Primero, me tiene todo emocionado con esto. —El juez se refirió a la cobertura periodística del retiro de Ryan. Leyó—: “En la conferencia de prensa, Sanderson también anunció que la pareja recién se había reconciliado”. Oh, ¡eso le hizo bien a mi viejo corazón! Pensar que quizás los seis meses que les había dado habían hecho una diferencia... —Movié la cabeza con satisfacción, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente—. Y entonces, hoy, cuando estoy buscando escuchar todo acerca de cuán correcto era, casi me ahogo con mis Honey Nut Cheerios cuando vi esto. —Levantó la página de sociales del periódico matutino con una enorme foto de Ryan cargando a una furiosa Susannah fuera del Baile Negro y Blanco.

Susannah se quedó sin aliento.

—Oh, no...

—Oh, sí, señora Sanderson. Oh, sí. —Con un profundo suspiro él se sentó en su silla—. Ustedes dos me decepcionaron.

Ryan se puso a trabajar quitando algo de pelusa imaginaria de su pantalón de traje.

—¿Tiene alguna idea de cuántos chicos en esta ciudad lo ven como una especie de héroe, Sr. Sanderson?

—Sí —dijo Ryan con los dientes apretados—. Soy muy consciente de ello.

—Entonces, ¿cómo puede justificar la pelea con su esposa en público de esta manera?

—Su señoría —dijo Susannah—. No fue su culpa. Fue mía. Exageré algo totalmente. —Miró a Ryan que estaba obsesionado con la ventana detrás del juez. Su rostro se inundó de ira, enviando una ráfaga de energía nerviosa a través de ella—. Ryan sólo estaba tratando de sacarme de allí antes de que hiciera algo peor.

—¿Y lograron aclarar el malentendido? —preguntó el juez.

Susannah tomó la mano de Ryan.

—Sí, lo hicimos.

Ryan asintió.

El juez apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Tienen en absoluto curiosidad de por qué manejé su divorcio tan poco convencionalmente?

En ese momento, ambos abogados se animaron.

—Tenemos algo en común, ustedes y yo —dijo el juez.

— ¿Ah, sí? —preguntó Susannah, mirando a Ryan. El juez asintió.

—Yo también perdí un hijo. —Haciendo una pausa por un momento, añadió—: Mi hijo tenía dieciséis años cuando fue atropellado por un coche al cruzar una calle que había atravesado un centenar de veces antes. Y tan devastador como fue perderlo tan de repente, no me puedo imaginar cuánto peor hubiera sido que nunca lo hubiera conocido en absoluto.

Cuando su vista se inundó con lágrimas, Susannah miró su regazo.

Ryan le apretó la mano.

—Perdimos a nuestro hijo hace diecinueve años —continuó el juez—. Y durante mucho tiempo después, pensé que perdería a mi mujer, también. Pero al parecer pudimos volver a la pista. Tomó años y años para que nos riéramos juntos de nuevo.

—Siento su pérdida —dijo Susannah en un susurro.

—Y yo siento la suya. —Movié los ojos para concentrarse en Ryan—. He seguido su carrera, Sr. Sanderson, desde cuando usted y su joven y bella esposa llegaron aquí a Denver y he admirado su gracia bajo presión. Ustedes dos siempre parecían estar tan felices juntos, al menos eso era lo que mostraban en público. Así que me entristeció escuchar de su pérdida hace unos años e incluso más triste fue encontrar sus nombres en mi agenda un corto tiempo después de eso. Porque sabía mejor que nadie lo que había pasado y cuánto tiempo podía tomar conseguir llevar una unión de regreso a la pista después de una pérdida como la que habían sufrido, no pude evitar preguntarme

si estarían actuando en forma apresurada. Es por eso que insistí en el período de espera de seis meses, entre otras cosas.

—Tenía razón, su señoría —dijo Susannah—. Actué con demasiada precipitación.

—Sr. Sanderson, ¿se siente de la misma manera?

La expresión de Ryan fue impasible cuando dijo:

—Sí, lo hago.

—¿Está seguro? —preguntó el juez—. Tengo que estar seguro. Mi bolsa de trucos está vacía. Ya había decidido que si ustedes dos entraban aquí hoy y me decían que todavía querían el divorcio, se los concedería.

—Yo no quiero el divorcio —dijo Ryan.

—Ni yo —dijo Susannah.

El juez los estudió durante un largo momento antes de decir:

—Muy bien, entonces. La petición por este medio es retirada. Espero no ver sus nombres en mi expediente de nuevo.

—No lo hará —le aseguró Susannah.

El juez les dio la mano a los dos.

—Buena suerte.

—Gracias —dijo Susannah—. Evitó que cometiéramos un gran error.

—Sólo tuve un presentimiento con ustedes dos —dijo él. Su empleado lo llamó a la corte un minuto después.

Mientras Susannah recibía un abrazo de Diane, observó a Ryan darse la mano e intercambiar algunas tranquilas palabras con su abogado.

—¿Estás segura de que todo está bien, Susannah? —preguntó Diane.

—Estoy segura. Sé que hice toda una escena anoche...

—Oh, por favor. Esa fue lo más entusiasta que tuvimos en esta ciudad en el año. Quería levantarme y animarte cuando empujaste a esa perra podrida de Betsy James.

—Todavía estoy mortificada por haber actuado de esa manera.

—Si esa mujer hubiera puesto sus manos en mi marido, hubiera hecho lo mismo. La mayoría de las mujeres está de acuerdo conmigo. Así que no te preocupes por eso.

Con otra mirada vacilante a Ryan, Susannah añadió:

—Espero que podamos dejar todo esto bien atrás.

—Les deseo lo mejor a ambos, Susannah. Te lo mereces.

—Gracias por eso y por todo lo demás del año pasado. —Ella respiró hondo—. Entonces ¿cómo terminamos anoche? Mi abrupta salida me hizo perderme la mejor parte, ¿cuál fue el total general?

—dos millones cien.

—Wow. —Se quedó sin aliento—. Esos son doscientos mil más de lo que nunca hemos reunido.

—La pelota de Ryan puso esto en la cima. Recibimos doscientos diez mil por ella, mucho más de lo hemos reunido nunca por un artículo en la subasta silenciosa.

—Oh, muchacho —dijo Susannah con una risita—. Eso se va a ir directo a su cabeza.

Diane sonrió.

—En este caso, se justifica.

—Susannah, ¿estás lista? —preguntó Ryan.

Con un último abrazo rápido para Diane, Susannah se fue con Ryan.

En el estacionamiento, él mantuvo la puerta del coche para ella. Antes de que entrara, ella le preguntó:

—¿A dónde vamos desde aquí, Ry?

—Um, ¿a casa?

—Eso no es lo que quiero decir.

—No sé, Susie. Supongo que sólo tendremos que hacer lo mejor que podamos.

—Quiero más que eso. Quiero lo que teníamos antes de perder mi mente anoche. Quiero volver a antes de que mi padre nos interrumpiera.

Ryan dobló una mano sobre la parte superior de la puerta del coche y bajó la cabeza.

—Yo también

Susannah acunó su cabeza contra su pecho.

—Sólo deseo saber qué hacer —dijo—. Quiero arreglar esto, pero no sé cómo.

—Tenía razón su señoría —dijo Susannah—. Actué con demasiada precipitación. —Durante el curso de su reunión con el juez se había dado cuenta de que la cercanía que habían compartido esa mañana no iba a ser suficiente por sí sola para deshacer el daño que le había hecho a su frágil unión.

Movió sus ojos para encontrarse con los de ella.

—Vamos a tomar un paso a la vez. Primero, nos iremos a casa.

—¿Cuál es el segundo?

Él se encogió de hombros.

—Debido a que perdí mi gran oportunidad de dejarte allí, supongo que cruzaremos ese puente cuándo llegemos a él.

Ella sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no haberme dejado. No te habría culpado si lo hubieras hecho.

—No, estoy atrapado contigo. De una forma u otra, vamos a salir de esto, querida. De la manera en que lo veo, hemos pasado por cosas peores, ¿verdad?

—Ciertamente. Pero te lastimé, Ry. Nos lastimé a los dos.

—Sí, lo hiciste, pero soy un niño grande y lo superaré. Con el tiempo.

—Entonces voy a esperar.

—Es suficientemente justo.



Susannah movió la cortina a un lado para ver la nieve y se sorprendió por la rapidez con la que se estaba acumulando.

Una farola iluminaba las hojas borrascosas de nieve mientras se le hacía un nudo en el estómago por la preocupación. ¿Dónde estaría él?

Hace apenas unos días, me estaba volviendo loca con su vuelo estacionario. Ahora, no tengo ni idea de dónde está o cuándo estará en casa.

Suspiró y se volvió para inspeccionar de nuevo la mesa que había puesto para ellos. La cena estaba lista, y había pasado la última hora resistiendo la abrumadora necesidad de llamarlo. No quería que pensara que lo estaba comprobando. *Dios, odio esto. Todo es tan rebuscado y extraño entre nosotros.*

Las luces parpadearon mientras vagaba al foso para añadir más leña al fuego, queriendo mantenerlo encendido en caso de que se quedaran sin electricidad. Encendió la televisión, pensando que si estuviera en un accidente estaría en las noticias. Treinta minutos y ninguna mención de él más tarde, oyó la puerta del garaje abrirse y soltó un profundo suspiro de alivio. Fue a la cocina y movió los espárragos cuando entró por el garaje, con una ráfaga de aire frío con él.

—Hola. —Se quitó las botas, el sombrero Stetson y el abrigo de cuero en el cuartito de la entrada—. Las carreteras son un desastre. Siento llegar tan tarde.

—Está bien.

—¿Trataste de llamarme?

—No.

—Oh, bueno. Tenía miedo de que estuvieras preocupada. Mi teléfono está muerto. Lo cargué esta mañana, por lo que debe necesitar una nueva batería.

—Te conseguiré una mañana si quieres.

—Si tienes tiempo. —Su nariz estaba fría cuando la besó en la mejilla—. Algo huele increíble. ¿Qué hiciste?

—Cordero.

—Mmmm, mi favorito.

—Lo sé.

—¿Quieres que ponga la mesa?

—Ya lo hice —dijo ella, haciendo un gesto hacia el comedor.

Él se asomó a la habitación.

—Vaya, con vajilla y todo lo de la abuela Sally. ¿Cuál es la ocasión especial?

Ella se encogió de hombros.

—No hay ocasión especial.

Después de que Susannah encendió las velas en la mesa y le sirvió una copa de vino, se sentaron a comer.

—¿Cómo está? —preguntó ella.

—Fabuloso. Tu cocina era el número dos en la lista de las cosas que más echaba de menos sobre ti cuando nos separamos.

Divertida, ella tomó un sorbo de agua con hielo.

—¿Tengo que preguntar cuál era la número uno?

Él le lanzó una mirada fulminante que la hizo reír.

—Me siento mal bebiendo vino en frente de ti.

—Adelante. No me apetece en este momento.

Él la miró con preocupación.

—¿Te sientes enferma?

—Como mareada —dijo ella, empujando la comida alrededor de su plato. No estaba segura de si era el embarazo o la tensión entre ellos la que lo estaba causando.

—¿Llamaste a Pam?

Ella negó.

—Es normal.

—No lo tuviste antes, con Justin.

—Creo que tuve suerte.

—¿Estás segura de que estás bien?

Conmovida por su genuina preocupación, le apretó el brazo.

—Estoy bien. ¿Qué hiciste hoy?

Su expresión cambió a una de disgusto.

—Tuve una reunión en la estación de TV.

—¿Entiendo que no salió bien?

Él se encogió de hombros.

—No me gusta ir allí. Me tratan como si fuera un idiota.

—¿Qué quieres decir?

—Me hablan como si fuera demasiado tonto para entender la parte comercial de la estación. Es irritante.

—Eres propietario del lugar. ¿No deberían estar incluyéndote?

—Se podría pensar.

—Eso me vuelve loca.

Él se rió entre dientes.

—A mí también. Creo que voy a encontrar un imbécil que quiera comprar un canal de televisión.

Susannah se rió.

—Eso sería servirles lo correcto. No te olvides, eres Ryan Sanderson. Puedes hacer o no hacer cualquier cosa que desees. Deja que tu personal dirija la estación y no te molestes por ella.

—Buen punto. Sólo estaba tratando de mostrar cierto interés. De todos modos, ¿cómo estuvo tu día?

—Tranquilo. —No pensaba que él necesitara escuchar que había pasado la mayor parte del día en el teléfono cancelando lo que quedaba de su boda con Henry—. Pero tuve unas pocas llamadas de las personas que estuvieron encantadas de que le di a Betsy James su por qué en el baile. También estarás contento de saber que les encantó la forma en que me levantaste y me sacaste de ahí. Lo encontraron muy sexy.

Su sonrisa con hoyuelos iluminó su rostro.

—Eso se te fue directo al ego, ¿no?

—Por supuesto que sí. Supongo que toda esa aprobación significa que podemos mostrar con seguridad nuestras caras en una sociedad educada de nuevo.

—No salgamos solos. Sigo diciendo que nos mantengamos bajos hasta que alguien haga un escándalo más grande que nosotros.

—Es un buen plan.

—Hablé con mi madre hoy, también. De hecho, preguntó por ti.

—No me jodas —dijo él, sorprendido.

—No estoy bromeando —dijo ella, apreciando su reacción. *Estaba desesperada por hacer algo para complacerte*—. De verdad preguntó.

—Bueno, algo es algo. Lo tomo.

Las luces parpadearon de nuevo.

—Podríamos tener que pasar la noche frente al fuego —dijo ella.

—Eso estaría bien para mí.

Su sonrisa fue pequeña y triste al recordar la noche en que habían dormido junto al fuego en la cabaña y muy probablemente concebido al niño que llevaba. Él pasó el pulgar sobre su mano.

—¿Por qué tan triste, nena? Estamos haciendo todo bien, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo. Pero siento como que estamos intentándolo demasiado duro. Incluso cuando estamos haciendo lo que siempre hacemos, está en la habitación con nosotros.

—Al menos estamos tratando.

—Me gustaría tener algo con qué chantajearte —dijo ella.

Él se echó a reír.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, cuando estuviste en mis zapatos, arrastrando algunas terribles injusticias que tenías de mi boda con Henry para mantenerte por encima de mi cabeza. Tenías una manera de obligarme a lidiar contigo. Yo no tengo nada de eso.

Sus ojos se suavizaron cuando llevó su mano a sus labios.

—Realmente no tienes idea de lo que tienes sobre mí, ¿verdad?

Él tenía razón, no tenía ni idea.

—Todo, Susie. Tú. Eso es con lo que podrías amenazar con quitarme.

—¿Así que si te digo que voy a dejarte, te asustará más de lo que te hice?

—Puede ser.

Ella se puso de pie.

—¿A dónde vas?

—A hacer las maletas.

Él tiró su cabeza hacia atrás y rió mientras le tendía la mano para llevarla a su regazo.

—No te irás a ninguna parte.

—Te quiero de vuelta, Ry.

—Estoy aquí, cariño.

—Pero no es así.

—Sí, lo estoy.

—Quería llamarte. Cuando llegaste tarde, estaba preocupada. Estaba muy preocupada, en realidad, pero me daba miedo llamarte.

—¿Por qué? Eso es una locura. Puedes llamarme en cualquier momento que desees. Sabes eso.

—No quiero que pienses que te estoy vigilando.

—Susie. —Él le dio una pequeña sacudida juguetona—. Quiero que me vigiles. Eso me demuestra que me quieres.

—También tenía miedo de que pensaras...

—¿Qué?

—Que no confío en ti. —Ella respiró hondo.

—Supongo que no importa porque el teléfono estaba muerto de todos modos.

Las luces parpadearon de nuevo, pero esta vez se fue la luz, lo que los dejó con sólo la luz de las velas.

—Susannah, nena, escúchame. —Él volvió su barbilla para que lo mirara—. Si estás preocupada o asustada, o con náuseas, o sola, llámame. No importa dónde esté ni lo que esté haciendo, siempre voy a querer hablar contigo. Y te prometo que no voy a pensar nunca me estás vigilando. ¿Está bien?

Conmovida, ella negó a la mano que él le ofrecía.

—Hecho.

—¿Te sientes mejor?

Susannah asintió y movió la cabeza para tocar sus labios con los suyos. Lo que había querido que fuera un rápido beso se volvió algo apasionado cuando él pasó sus dedos en su cabello y arrastró su lengua por su labio inferior.

Después de varios besos largos y calurosos, él se levantó para llevarla al foso donde la sentó en el sofá y se tendió junto a ella.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, deseando reanudar el beso.

—Susie —susurró contra sus labios—. Te amo. No te molestes en chantajearme, ¿de acuerdo? Puedes tener lo que quieras.

—La única cosa que quiero, es todo de ti.

—Me tienes.

—Bien, porque estoy teniendo un antojo.

Él levantó una ceja, divertido.

—¿Hay alguna cosa que pueda ayudar?

Ella asintió.

—De hecho, eres el único que puede ayudar.

—Esto suena serio.

—Es una cuestión de vida o muerte —dijo ella, desabrochándose la camisa—. ¿Estás preparado para la tarea?

Él dobló sus caderas, empujando su erección en la V de sus piernas.

—¿Tú qué piensas?

Ella se rió.

—Parece que estás bien preparado para esta misión.

Él seguía riendo cuando capturó su boca en un beso que fue a la vez apasionado y tranquilizador. En ese momento, ella finalmente comenzó a creer que estarían bien.

Capítulo 24

Susannah se quedó paralizada en medio de la amarilla habitación vacía y abrió su corazón a la tormenta de emociones que le llegaron por aventurarse allí por primera vez desde que perdió a Justin. Si cerraba los ojos, todavía podía imaginar la cuna que con tanto amor armado para él con patos y cortinas de algodón a cuadros amarillos. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero no hizo nada para detenerlas, sabiendo que eran una parte necesaria de este acto final de decirle adiós al hijo que había perdido.

Durante dos largos años, su lugar había permanecido sellado en su casa y en su corazón, pero algún día pronto otro bebé llegaría a casa a esta habitación. Ese bebé vendría a casa. Lo sentía con una certeza que no podía explicar ni cuestionar.

El miedo había florecido con esperanza en las últimas dos semanas. Y esta noche, en la víspera de la que habría sido su boda con Henry, estaba llena de la paz que había deseado y finalmente encontrado con Ryan.

Estaba justo donde debía estar con su hijo creciendo dentro de ella, esperando que naciera con dos padres que lo querían a él o a ella, más de lo que querían cualquier otra cosa.

Cerró la mano en la pequeña camiseta de los Mavericks que había comprado para el bebé. Había venido aquí esta noche para encontrar un lugar para ponerla hasta que se necesitara. Moviéndose delante de la ventana, levantó la tapa del asiento construido a mano y metió la camiseta en el interior. Cerró el asiento y apoyó la mejilla contra él, como para sellar el trato que había hecho con el destino. Si creía sólo esa cosa, tal vez, sólo tal vez...

—¿Susie? ¿Qué estás haciendo, cariño? —preguntó Ryan desde la puerta.

Ella se limpió la cara y se volvió hacia él con una sonrisa.

—Simplemente poniendo algo. ¿Desempacaste todas tus cosas del fútbol?

Él entró para ayudarla a levantarse.

—Están justo donde pertenecen.

—No hay escapatoria ahora —bromeó ella—. Tu piso de soltero ahora es historia.

Inclinándose para besarla, él dijo:

—Que se vaya. ¿Segura que estás bien?

Ella asintió.

—No he estado aquí desde entonces...

—¿Nunca?

—No.

Él la sostuvo durante un largo rato, en silencio.

—Tengo un regalo para ti.

—¿En serio? —bromeó ella—. ¿Dónde?

Él se rió y la llevó de la habitación.

—Abajo.

—Te oí tocar algo antes —dijo ella mientras cerraba la puerta detrás—. ¿Era Enrique Iglesias? —Ella hizo una mueca—. No muy de tu repertorio habitual.

—Hay una historia divertida detrás de eso —dijo él con una sonrisa mientras bajaban las escaleras—. Después de que derrotamos a Atlanta, estábamos de fiesta en el bar del hotel y un tipo con cara de lagarto estaba cantando. Cantó Héroe y todo el equipo cantó con toda la fuerza de sus pulmones como idiotas. El chico estaba encantado. Yo realmente creía que no tenía ni idea de que estábamos haciéndole burla. Así que durante la siguiente semana, me enteré de la canción y la toqué para los chicos en el avión después del partido a Houston. Ellos se volvieron locos, y como que se convirtió en el himno de nuestra temporada.

—Eso es muy gracioso.

—Hay otra razón por la cual me la aprendí.

—¿Cuál?

La condujo al foso.

—Si te lo digo, no se lo puedes decir a los chicos —dijo él con toda seriedad.

—No lo haré —dijo ella, imitando su seria expresión—. Lo prometo.

—¿Sabes cómo dice él que ella le quita el aliento?

Susannah asintió.

—Bueno, eso me recuerda a ti —dijo con una sonrisa tímida—. Porque tú me dejas sin aliento.

—Ry... eso es tan dulce. ¿Vas a tocarla para mí?

—Después de que abras tu presente —dijo él, señalando un pequeño paquete, apoyado en la mesa de café.

Ella lo recogió y lo sacudió.

—¿Qué es?

—Ábrelo —dijo con exasperación.

—¿Te recuerda a alguien que conozcas?

—Susannah...

Ella arrancó el papel y encontró unos billetes de avión y un folleto de un centro turístico en Barbados.

—Oh, Ry, ¡esto es fabuloso! Es justo lo que necesitamos.

—Hay más. Dale la vuelta.

Dentro había una tarjeta grabada que decía:

Una renovación: Ryan y Susannah Sanderson, Puesta de sol en marzo veintiuno.

—Pensé que estaría bien renovar nuestros votos en la playa, sólo los dos, antes de comenzar el semestre del verano y antes de que nazca el bebé.

—¿Ya lo tienes todo arreglado? —preguntó, asombrada.

Él asintió.

—Creo que es importante que lo hagamos, ¿no?

—Sí —dijo, tratando de alcanzarlo—. Es realmente importante. Gracias por organizarlo.

—¿Está bien que sólo seamos nosotros? Quiero decir, si quieres invitar a tu familia.

—No. Debemos ser sólo nosotros. —Ella se apoyó en su pecho—. Gracias, Ry.

Él rozó sus labios sobre su cabello.

—De nada.

Ryan se movió para poder verlo, añadiendo:

—No sólo por esto. Por volver, por tomar una posición, por luchar por nosotros, por ser el tipo que necesito que seas. Por todo. Si me hubieras dicho la noche que llegué a casa que un día estarías dándome las gracias por ello...

Ella se rió suavemente.

—No debería decir esto, pero...

—¿Qué?

—No puedo.

Él le hizo cosquillas, sacándole un chillido de risa.

—Dime —dijo, amenazando con hacerle más cosquillas.

—Está bien, está bien. —Ella respiró hondo—. Secretamente estuve encantada de verte.

Él se echó a reír.

—Debe haber sido muy secretamente, porque podías haberme engañado.

—Oh, no me malinterpretes. Estaba enojada contigo, también. Como para tirarte algo.

—Creo que me acabas de dar las gracias por tirarme algo.

—Cállate.

Él sonrió.

—Oblígame.

—Pensé que tocarías para mí.

—¿De verdad quieres escuchar esa canción?

Ella asintió.

—En serio no puedes nunca decírselo a los chicos. Me darían mucha mierda si piensan que la usé para anotar un gol contigo.

—¿Lo hiciste? —preguntó ella, levantando una ceja.

Él tomó su guitarra.

—¿Qué?

—¿La usaste para anotar conmigo?

—Bueno, sí. ¿Por qué si no iba a cantar una canción tan dulce?

Ella se rió hasta que hubo lágrimas en sus ojos.

—No te preocupes. Tu secreto estará a salvo conmigo.

—No me mires, o me voy a reír —dijo mientras tocaba las primeras notas.

Susannah se sorprendió al emocionarse mientras lo escuchaba. Tanto su forma de tocar la guitarra como su canto eran increíbles.

El timbre sonó.

—Espera un momento —dijo Ryan, inclinándose para besarla antes de levantarse.

Abrió la puerta para encontrar a dos hombres de traje en el porche delantero.

—Buenas tardes, señor Sanderson —dijo el mayor de los dos, mientras le enseñaban sus insignias—. Soy el detective Cooper, y este es mi compañero, el detective Ortiz. ¿Podemos pasar un minuto?

Sobresaltado, Ryan se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

Susannah salió de la sala y se detuvo en seco cuando vio a los dos hombres.

—¿Qué está pasando?

—Esta es mi esposa, Susannah.

—Señora —dijo Cooper antes de volverse a Ryan—. ¿Hay algún lugar donde pudiéramos hablar en privado?

Ryan puso su brazo alrededor de Susannah.

—Aquí está bien.

Los policías se miraron.

—¿Conoce a una Misty Carmichael? —preguntó Ortiz.

—No, ¿debería hacerlo? —preguntó Ryan.

—Ella dice conocerlo.

—Nunca he escuchado ese nombre antes en mi vida. ¿Y tú, Susie?

—No —dijo Susannah—. ¿Qué es todo esto?

—Nos pusimos en contacto el día de hoy con el padre de la señorita Carmichael. Su hija, tiene seis meses de embarazo, y lo nombró como el padre del bebé.

Ryan se quedó sin aliento.

—¿Qué?

Susannah retrocedió conmovida.

Ryan aumentó la presión sobre ella.

—Nos gustaría que viniera a la central con nosotros para solucionar esto —dijo Cooper.

—¡No hay nada que resolver! —gritó Ryan—. ¡No la conozco! Y si hay un alegato de la mujer de que soy el padre de su hijo, ¿por qué están involucrados ustedes?

—Ella tiene dieciséis años —dijo Ortiz.

—Oh, Dios mío —susurró Susannah—. Oh, Dios.

—¿Estoy siendo acusado de algo? —preguntó Ryan mientras sus mejillas se sonrojaban con angustia.

—No en este momento —dijo Cooper—. En este momento, le estamos pidiendo cooperar con nuestra investigación viniendo con nosotros.

—No veo por qué no podemos solucionar el problema aquí.

—Normalmente, hacemos todo lo posible para que esté comfortable, señor Sanderson. Somos muy conscientes de su situación en esta comunidad. Sin embargo, el señor Carmichael es un buen amigo y hemos sido instruidos por la alcaldía de manejar esto de acuerdo al libro.

—Genial —dijo Ryan, con la mandíbula apretada con tensión. Se volvió hacia Susannah—. Llama a Chuck, y dile que nos vemos en la estación.

Ella salió de su aturdimiento y asintió.

—Estaré justo detrás de ti.

—Quédate aquí, Susie. Estaré de vuelta cuando se enteren de que no tuve nada que ver con esto.

—¡No puedo sentarme aquí! No me puedes pedir que haga eso.

—No te quiero cerca de esto.

Algo en su expresión la llenó de miedo, que debió haberse mostrado en su cara, porque él apartó la mirada de ella.

—¿Sr. Sanderson? —dijo Cooper—. Tome un abrigo.

Lo escoltaron sin esposas, afortunadamente, desde la casa un minuto más tarde. Susannah estaba paralizada cuando lo vio marchar. El coche se retiró de la calzada y se perdió de vista antes de que ella se obligara a moverse, sintiendo como si estuviera vadeando a través de las arenas movedizas.

Sus manos temblaban mientras rebuscaba entre los papeles sobre el escritorio de Ryan y finalmente encontró el teléfono del número de la casa del abogado que le había dicho que llamara.

—¿Estás bromeando? —exclamó Chuck cuando Susannah le explicó lo que había sucedido.

—Me gustaría que fuera así.

—¿Y nunca conoció a esta chica?

—Me dijo que nunca ha oído hablar de ella.

—¿Le crees?

—Sí, pero los policías parecían bastante seguros de que tenían a la persona correcta. No me puedo imaginar que fueran tan lejos como venir aquí y recogerlo, especialmente a la luz de lo que es, si no tuvieran algún tipo de prueba en su contra, ¿no?

—Susannah, escúchame. Se trata de una chica en crisis. Todo lo que diga y haga será sospechoso en este punto. No entres en pánico y no creo que pase lo peor hasta que sepamos más.

Susannah respiró hondo.

—Bien. ¿Puedes ir allí ahora mismo?

—Absolutamente. También voy a llamar a uno de mis compañeros que se especializa en derecho penal, en caso de que lo necesitemos.

—¿De verdad crees que es necesario?

—Lo será si lo acusan de violación estatutaria.

Ella se quedó sin aliento.

—¡No pueden hacer eso!

—Vamos a esperar y ver qué pasa. Me voy ahora mismo.

—Yo voy, también. Nos vemos allí.

La mente de Susannah corrió mientras conducía a la estación de policía, que estaba llena de gente la noche del viernes. Después de quince minutos en línea, se le dijo que se sentara y que alguien estaría con ella lo antes posible.

Unos tensos treinta minutos pasaron antes de que un oficial llegara a encontrarla.

—¿Sra. Sanderson?

Susannah se puso de pie.

—Por aquí.

Ella lo siguió a través de un sinuoso laberinto de pasillos a una habitación donde Ryan consultaba a su abogado. Ryan se puso de pie cuando ella entró.

—¡Susie! Te dije que no vinieras.

Su angustia era tan palpable que la ansiedad la recorrió.

—¿Qué está pasando? —preguntó Susannah mientras tomaba asiento junto a Ryan y tomaba su mano—. ¿Qué están diciendo?

—Al parecer —dijo Chuck—, esta chica, Misty, se había negado a nombrar al padre del bebé hasta ayer.

—¿Pero cómo pudo decir tu nombre? —le preguntó Susannah a Ryan—. Dijiste que nunca la habías conocido, ¿verdad?

—Sí —dijo él con los dientes apretados.

—¿Estás seguro, Ry? Te encuentras con tanta gente...

Sus ojos eran fríos mientras tomaba de nuevo su mano.

—Estoy seguro. ¡Nunca la conocí, y no tengo duda de que nunca me acosté con una chica de dieciséis años!

—¡Eso no es lo que quise decir!

Ryan se volvió a Chuck.

—¿Qué estamos esperando?

—Están hablando con ella de nuevo. Deben regresar en cualquier momento.

Esperaron en silencio durante veinte largos minutos hasta que la puerta se abrió y los detectives entraron.

—Sra. Sanderson, vamos a necesitar que espere afuera.

—¿Por qué? —preguntó Ryan—. Si no estoy bajo arresto y no estoy siendo acusado de nada, ¿por qué no se puede quedar?

Los detectives se miraron.

—Muy bien —dijo Cooper—. Ella puede quedarse. Por ahora.

—La Srta. Carmichael dijo que lo conoció la tarde de septiembre veintinueve después de uno de sus partidos —dijo Ortiz—. Hubo una fiesta en algún lugar del centro. No podía recordar la ubicación exacta, sólo que había muchas personas, entre otros miembros de su equipo. Dijo que usted le compró varias bebidas, bailó con ella, y luego la invitó a regresar a su casa en... —consultó su cuaderno y recitó la dirección del apartamento de Ryan en la ciudad—. Dónde tuvieron sexo.

Susannah se puso rígida mientras escuchaba el relato monocorde del detective.

—Ella está mintiendo —dijo Ryan primero a la policía y luego de nuevo a Susannah.

—Tendrá que ser un poco mejor que eso, señor Sanderson —dijo Ortiz.

—No hay problema. —Los ojos de Ryan se movieron con furia—. El veintinueve de septiembre jugamos contra los Patriotas de Nueva Inglaterra. Perdimos veinticuatro a veintiuno. Recuerdo esa fecha porque después del partido cené con mi padre por primera vez en treinta años.

Los detectives estaban claramente sorprendidos por esa noticia.

—¿Tiene un número de teléfono donde podamos comunicarnos con él para confirmar eso?

—No me lo sé de memoria. No estamos exactamente en contacto. Su nombre es David Sanderson, y vive en el área de San Francisco. No estoy seguro de dónde.

—¿En qué restaurante estuvieron?

—En el Sullivan's —dijo Ryan, refiriéndose al asador del centro.

—¿Quién pagó?

—Yo.

—¿En efectivo?

Ryan pensó por un segundo y luego negó.

—No. Con mi American Express.

—¿A dónde fue después de cenar? —preguntó Ortiz.

—Estaba molesto.

Susannah tomó su mano y se sorprendió cuando él la quitó de encima.

—¿Por qué estaba molesto? —preguntó Cooper.

—Porque todo lo que él quería era dinero. Medio millón de dólares, para ser precisos.

—¿Se los dio?

Ryan asintió.

—Puedo conseguirle el cheque cancelado para demostrarlo.

—¿Dijo él para que era el dinero?

—Deudas de juego. Después de que lo dejé me dirigí a la casa de Cherry Hills. Mi esposa y yo estábamos distanciados en ese tiempo. Me senté afuera por un largo tiempo. Quería hablar con ella, pero...

—¿Así que no entró?

Ryan negó.

—No creí que sería bienvenido. Con el tiempo me fui a casa.

—¿A su casa en la ciudad?

Ryan asintió.

—¿Vio o habló con alguna persona en el edificio?

Pensó en eso.

—No que pueda recordar, pero eso fue hace más de seis meses. La única cosa que sé con seguridad es que no tuve sexo con esta Misty Carmichael ni con cualquier otra persona por cierto.



MARIE FORCE

—Él me contó eso antes —dijo Susannah con una voz que sonaba alta y casi histérica, incluso para ella—. Todo este asunto de ver a su padre y el dinero y acercarse a la casa después. Me lo dijo un mes después de que volvimos.

—Denos la oportunidad de confirmar lo que nos dijo —dijo Cooper—. Estaremos de vuelta.

—Eso es bueno —dijo Chuck con una sonrisa entusiasta—. Es realmente bueno.

Pero una mirada a Ryan le dijo a Susannah que no era bueno. No era bueno en absoluto.

Capítulo 25

Ryan tenía la mirada fija en una despintada foto tamaño póster de las Montañas Rocosas, pero no dijo una palabra mientras una hora se extendía a dos mientras esperaban a que los detectives volvieran.

—Necesito ir al baño —dijo Susannah finalmente, y Chuck le mostró dónde estaba.

Se estaba lavando las manos cuando la puerta se abrió y una chica muy joven entró. Con sólo ver su abultado vientre, supo que era la chica que estaba tratando de poner sus vidas al revés. Su largo cabello rubio estaba en una cola de caballo, y sus ojos azules estaban rojos de tanto llorar. Susannah se sorprendió al darse cuenta de que la chica era una joven versión de sí misma. Podría haber sido su hermana o su hija.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Susannah—. Mi marido nunca te conoció, y mucho menos se acostó contigo.

—Por favor, perdóname —susurró—. Necesito ir al baño.

—¡Estás mintiendo! No sé lo que esperas obtener de esto, pero no vas a destruir su vida... *nuestra* vida. No te voy a dejar hacerlo.

La chica empezó a llorar.

—Por favor...

Una mujer policía entró para comprobar a la chica.

—Sra. Sanderson, por favor salga.

—Sólo quiero algunas respuestas —declaró Susannah. La policía hizo un gesto hacia la puerta, con una expresión clara de advertencia.

Con una última mirada mordaz a la chica, Susannah salió del baño.

—La vi a Misty Carmichael —les dijo a Ryan y a Chuck cuando regresó a la habitación de interrogación—. Se parece a mí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ryan.

—Justo lo que dije. Podía ser yo hace quince años.

—¿Qué demonios?

Chuck negó.

—Todo esto apesta.

Para el momento en que los detectives finalmente regresaron una hora más tarde, era la una de la mañana.

—Me temo que le debemos una disculpa, señor Sanderson.

El suspiro de alivio de Ryan fue audible.

—Les dije que estaba mintiendo.

—¿Dijo por qué? —preguntó Susannah.

—Fue contratada para decir que el señor Sanderson era el padre de su hijo. Sin embargo, no contaba con que su padre llamaría a la policía.

—¿Contratada? —rugió Ryan—. ¿Por quién?

Ortiz revisó su cuaderno.

—Por un tal Henry Merrill y una Betsy James. ¿Conocen a esas personas?

Susannah, quien había estado caminando por la pequeña habitación, se sentó con fuerza cuando sus piernas cedieron bajo ella.

—Sí —gruñó Ryan—. Los conocemos.

—¿Y saben por qué querrían hacer algo como esto?

—Sé exactamente por qué.

Le contó a la policía acerca de la historia de Henry con Susannah y la orden de restricción que él tenía sobre Betsy.

—Esto debería ser bastante fácil de confirmar por ustedes —dijo, apenas logrando contener su hostilidad.

—Tenemos gente revisando sus datos a través del sistema en este momento.

—Por favor, díganme que serán acusados de algo sustancial —dijo Chuck.

—Ambos fueron detenidos y están en camino en este momento para enfrentar numerosos cargos. Todavía estamos clasificando los detalles, pero al parecer la señorita James conocía a la familia de la Srta. Carmichael y de alguna manera descubrió que la chica escondía un embarazo.

—Entonces, ¿quién es el padre? —preguntó Ryan.

—La Srta. Carmichael ha estado viendo a un estudiante de la universidad de Colorado, sobre quien sus padres no sabían, y él es el padre del bebé. Cuando el Sr. y la Sra. Merrill James le ofrecieron veinticinco mil dólares por decir que él era el padre del bebé, lo vio como una forma de que ella y el novio vivieran juntos. Que se pareciera a la Sra. Sanderson fue una ventaja para ellos. Según la señorita Carmichael, pensaron que tendría sentido que se sintiera atraído por alguien que se parecía a su distanciada esposa. Su esquema se vino abajo porque tomaron una apuesta y escogieron una fecha en que tuvo una coartada sólida, que su padre confirmó, por cierto. Eventualmente, el ADN lo habría exonerado, pero hubiera tomado un tiempo. —No tuvo que añadir que hubiera tomado sólo el tiempo suficiente como para arruinar la vida de Ryan, lo que, por supuesto, había sido la meta.

Los labios de Ryan estaban blancos, y su mejilla pulsaba con tensión.

—Espero que la chica reciba cargos, también —dijo Chuck.

—Sí, como menor de edad. Cómo informar de un falso delito y difamación.

—¿No pueden dejarla fuera de esto? —preguntó Ryan—. Es tan víctima en esto como yo.

Cooper miró a Ryan con sorpresa.

—Sr. Sanderson, ¿tienes alguna idea de la cantidad de problemas en los que hubiera estado en caso de que hubiéramos procedido en este caso?

—¡Por supuesto que sí! —Dio una palmada en la mesa de formica—. Tuve tres horas sentado aquí para pensar en eso. Pero ella es una chica que fue víctima de dos personas con sed de venganza en contra de mi esposa y de mí. Déjenla fuera.

—Le informaré de sus pensamientos al juez familiar —dijo Cooper—. Eso es lo mejor que puedo hacer. Es libre de irse. Le agradezco su cooperación y su paciencia. Siento de nuevo cualquier inconveniencia.

—¿Esto estará en todos los periódicos? —preguntó Ryan.

—Recibimos varias llamadas de los periodistas. Por desgracia, la información es pública.

—Genial —dijo Ryan—. Eso es simplemente genial.

—Fue víctima de un crimen, Sr. Sanderson. Estoy seguro de que será reportado como tal.

—Sí, con mi nombre y las palabras “violación estatutaria” en la misma frase —dijo Ryan con una risa amarga—. Estoy seguro de que hará maravillas por mi reputación por no hablar de mis acuerdos de patrocinio. El daño está hecho, detective.

—Lo siento.

Ryan miró a Susannah.

—Vámonos.

Chuck los siguió mientras caminaban por el laberinto de la sala de espera, que casi se había limpiado desde que habían llegado. Las puertas se abrieron y cuatro policías entraron, escoltando a Henry y a Betsy, que estaban esposados. El saco de Henry se abrió, y había una mancha grande, húmeda en la parte delantera de su pijama.

Debido a que Ryan y Susannah estaban bloqueando su camino, los policías no tuvieron más remedio que parar con sus prisioneros.

—Estúpido hijo de puta —siseó Ryan a Henry, quien se negó a mirarlo. No funcionó mucho como lo planeaste, ¿verdad? Solo asumiste que pasé el tiempo que estuve separado de Susie de mujeriego, ¿no es así? Debe haber sido una gran sorpresa oír que tenía una coartada sólida como una roca que no tenía nada que ver con otra mujer. Tengo que darte una A por tu esfuerzo, sin embargo. Cuando vas sobre el borde, lo haces de forma espectacular.

—Vete a la mierda —murmuró Henry.

—Ryan, no lo hagas —dijo Susannah, colocando su mano sobre la espalda de Ryan—. No vale la pena.

Los ojos de Henry estaban llenos de pura furia cuando la miró.

—¡Esto es todo por tu culpa! Tú me llevaste a esto prefiriéndolo sobre mí por años.

—No, Henry —dijo Susannah tranquilamente—. Tú te obligaste a ti mismo a esto con tu obsesión enfermiza por la esposa de otro hombre.

—Se suponía que hoy sería nuestro día de boda, Susannah. Me hiciste promesas, y luego te fuiste con él, como siempre.

—Ryan —dijo Betsy con un borde frenético en su voz—. Yo sólo fui con él porque te amo. Ella no te aprecia. No como yo.

—Cállate, Betsy —le espetó Henry.

—Muy bien, eso es suficiente —dijo uno de los policías. Acompañaron a Henry y a Betsy hacia la reserva central.

—¡Ryan! —volvió a gemir Betsy con la puerta cerrándose tras ellos.

Susannah se agarró el estómago cuando una ola bulliciosas náuseas la recorrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan.

—Creo que voy a vomitar

Él la empujó fuera al frío, lo cual fue todo un choque a su sistema después del aire estancado de la estación de policía.

—¿Mejor? —preguntó él.

—Sí.

Él se volvió para estrechar la mano de su abogado.

—Gracias por todo lo de esta noche, Chuck.

—Es posible que desees considerar presentar cargos civiles contra ellos —dijo Chuck.

Ryan sacudió la cabeza.

—De ninguna manera. Habrá suficiente tinta sin mí perpetuándolo. Sólo quiero que se aleje.

—Serán llamados a testificar si esto va a juicio —les advirtió.

—Maldita pesadilla —murmuró Ryan.

—Lleva a tu esposa a casa —dijo Chuck, con la mano en el hombro de Ryan—. Se ve pálida. Ambos se sentirán mejor después de dormir un poco.

Los dejó, y Ryan guió a Susannah al lado del pasajero de su coche. Se dirigieron a casa en silencio, a una casa donde las luces seguían encendidas en la guarida, su guitarra todavía estaba apoyada en el sofá, y el fuego se había quemado a cenizas. La casa estaba exactamente como lo habían dejado, pero todo era diferente.

Se fueron a la cama y permanecieron despiertos durante horas, tratando ambos por su cuenta de absorber lo que había sucedido, lo que casi había sucedido, y la impresionante variedad de implicaciones.

—¿Ry? —dijo Susannah finalmente cuando el sol empezó a verse a través de las persianas.

—¿Qué?

—Háblame.

—¿Qué quieres que diga?

—Algo.

—Hmmm, ¿de cuán agradecido estoy de estar aquí contigo y no en la cárcel? O bien, ¿de qué tu ex novio hizo un verdadero número conmigo? ¿O qué tal esto? Aprecié tu apoyo. ¿Por dónde quieres que empiece?

Ella se sentó para mirarlo.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Aprecias mi apoyo? Yo tuve razón para estar allí contigo todo el tiempo.

Él se rió entre dientes, pero no había un borde en los que recargara ya sus nervios crispados cada vez más en el borde.

—Si tienes algo que decir, dilo.

—Lo vi. Por un instante, creíste lo que dijeron de mí. Lo vi en tu cara.

—Ryan Sanderson, no sé lo que crees que viste, pero lo único que sentí fue sorpresa... la misma que tú debes haber sentido.

—No, fue diferente para mí, porque sabía que no había hecho nada malo. Tú no estabas tan segura.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¡No pensé ni por un segundo que me engañaras por ahí con una adolescente!

Él imitó su tono y su acento cuando dijo:

—“¿Seguro que no la conoces, Ry? Conoces a tanta gente”.

—¡Esa fue una pregunta perfectamente honesta! Me preguntaba si tal vez la conocías, y ella había convertido algo inocente en algo más. Los dos sabemos cómo puede sucederle a personas como tú que están en el ojo público. Hemos visto que sucede. Eso es todo lo que estaba diciendo. —Fue entonces cuando su estómago se revolvió violentamente, Susannah fue al baño y vomitó.

Ryan llegó a la puerta.

—¿Estás bien?

Con la cabeza colgando sobre el inodoro, todo finalmente la golpeó, y sus sollozos se hicieron eco a través del cuarto de baño. Él humedeció un paño en su cara

y se sentó al lado de ella, atrayéndola a sus brazos. Pasando la tela sobre su cara y boca, le secó las lágrimas.

—No lo creí, Ry —dijo ella entre sollozos—. No lo hice. Te creí. Traté de ayudarte. Cuándo dije que me habías dicho esa historia de tu padre antes. Traté de ayudar.

—Está bien, nena. Vamos a olvidarnos de eso.

Ella se apartó de él.

—¿Me crees?

—Sí —dijo, con su cabeza hacia atrás para apoyarse en su hombro.

—Lo siento mucho —sollozó ella.

— ¿Por qué?

—Por Henry. Intentaste avisarme que era peligroso, pero nunca imaginé que te haría algo como esto.

—No lo hizo solo —dijo Ryan con amargura—. Encontró una cómplice capaz de ser una puta psicópata. Deberíamos haberlo denunciado cuando sufriste el esguince en la muñeca. Tal vez eso lo hubiera asustado antes de que nada de que esto pudiera haber sucedido.

Susannah se rió con tristeza.

—Simplemente no puedo creer...

—¿Qué, nena?

—Que nos odien tanto sólo porque estamos juntos y somos felices —susurró—. Es abrumador.

—Bueno, serán castigados por ello.

—Tú también. Lo que le dijiste al detective sobre tu reputación y tus endosos era cierto. Esto matará tu Q.

Él se encogió de hombros.

—Yo no hice nada. Eso tiene que contar para algo.

—Todo el lío feo estará en el periódico mañana: lo que pasó esta noche, Henry, nuestro compromiso roto, la orden de restricción, un refrito de pelea del baile. Todo.

—Probablemente.

Ella se estremeció.

Ryan la ayudó a levantarse y se apoyó en el mostrador mientras rechinaba los dientes.

—¿Por qué no vamos a la cabaña durante unos días hasta que se acalle todo? Sólo fingiremos que nada sucedió.

—¿Huir no nos hará parecer que tenemos algo que ocultar?

Él hizo una mueca ante la ironía.

—Nada tenemos que ocultar, así que vamos a irnos ahora antes de que esto tenga tiempo para instalarse y nos infecte con su fealdad. ¿Te sientes como para ir?

—Las náuseas van a ser igual aquí que allí.

La besó en la frente.

—Date prisa. Empaca lo que necesites y toma un abrigo. Dormiremos cuando lleguemos allí.



En el camino a Breckenridge, hicieron dos llamadas telefónicas a pesar de la temprana hora a Bernie y a sus padres en Florida. Todos estaban impactados al escuchar lo que había ocurrido y acordaron que Ryan y Susannah estaban haciendo lo correcto al ir a la cabaña.

—Avísame si necesitas algo, hombre —dijo Bernie—. Simplemente no puedo superar esto.

—Créeme, yo tampoco puedo —dijo Ryan.

Los padres de Susannah estaban atónitos.

—Es indignante —fue la afirmación de Dalton—. Ese Henry hizo algo tan malo y no sólo a ti y a Ryan sino a esa joven, también.

—Lo sé, papá —dijo Susannah—. Todavía estoy tratando de poder darle sentido a todo esto.

—Estamos aquí para ti si nos necesitas, Susannah —dijo su madre—. Estamos aquí para los dos.

—Gracias, mamá. Te llamaremos en unos pocos días. —En cuanto terminó la llamada, Susannah fue consiente que hizo falta un acto de maldad por parte de Henry para que Ryan finalmente se ganara el apoyo de sus padres. Lo miró—. ¿Estás teniendo problemas para mantenerte despierto?

Él negó.

—Me sorprendería si pudiera dormir cuando lleguemos allí. Estoy tan tenso.

Susannah tomó su mano y apoyó la cabeza en su hombro. Debió haber dormido porque se despertó mientras él la cargaba a la cabaña.

—Hey —susurró.

—Ese fue un viaje rápido.

—Sobre todo cuando dormiste la mayor parte de él.

—Lo siento.

—No lo sientas. Ha sido una larga noche. —La ayudó a ponerse el abrigo y la metió en la cama con un beso—. Vuelve a dormir.

—¿Entrarás?

—Todavía no.

Ella se acercó a él.

—Quédate un minuto. ¿Por favor?

Él se quitó la chaqueta y se tendió a su lado.

—Eso es mejor —dijo ella con un suspiro, mientras se acurrucaba hacia él.

Se quedó dormida sintiendo sus dedos pasando por su cabello. Cuando se despertó, eran las doce treinta, y estaba sola y con náuseas. Gimiendo, apoyó las manos en su abdomen todavía plano.

—Por favor, dime que no harás que tu mamá se enferme durante meses.

El estómago se revolvió, y salió corriendo de la cama, llegando al baño justo a tiempo. Como no había quedado mucho después de la última vez, sufrió un ataque perverso de arcadas que la dejó débil y sudando. Cayó al suelo con un gemido.



Ryan estaba de pie en su lugar favorito y absorbió la maravillosa vista de las Montañas Rocosas, en sustitución de la imagen plana del cartel de la sala de interrogatorios con la magnífica cosa real. Sus manos habían dejado de temblar finalmente, pero no habían podido dormir ni comer.

Todavía no podía creer lo fácil que había sido seriamente amenazado todo por lo que había trabajado tan duro. En su primer día en el campamento de novatos, Duke Simmons lo había hecho a un lado para darle un severo sermón acerca de protegerse de los locos que seguían a los atletas profesionales a todas partes. Fue una conferencia que Ryan había tomado a pecho, y tenía una regla estricta de nunca estar solo en una habitación con una mujer que no fuera su esposa. Había roto esa regla sólo una vez y pagado un precio enorme por ello.

En una cultura donde las celebridades eran culpables hasta que se demostrara lo contrario, había aprendido que las acusaciones podían ser lo suficientemente destructivas por si solas.

Otro consejo, éste de su madre en los días justo antes de que firmara con los Mavs, seguía dando vueltas por su cabeza: “Lleva toda una vida de trabajo duro construir una reputación y un minuto de estupidez perderla”. Había encontrado en las últimas veinticuatro horas que su reputación también podía ser robada de ti si alguien te odiaba lo suficiente como para llegar a tales extremos.

Se encogió cuando se imaginó los titulares del Denver Post en la mañana. Apenas unas semanas después de que había sido aclamado como el mejor futbolista de su generación, sus fans estarían leyendo sobre los cargos de violación de menores, órdenes de restricción, y compromisos rotos. Se preguntó cuántas personas no se molestarían en leer toda la historia y se alejarían pensando que había embarazado a una chica de dieciséis años, mientras estuvo separado de su esposa. Todo el asunto lo enfermaba, y por una vez estuvo realmente agradecido de que su madre no estuviera

cerca. También era repugnante darse cuenta de que tuvo que confiar en su incumplido padre para que le proporcionara una coartada. Pero, al menos, su viejo había respaldado a Ryan cuando lo necesitó por una vez, por lo que eso era todo.

Con un profundo suspiro, finalmente se permitió pensar en Susannah y el flash de repugnancia que había visto en su cara en los minutos antes de que la policía lo sacara de la casa. Cuando necesitó justa indignación, ella le había dado golpes de silencio. Quería que gritara y gritara y le dijera a la policía que no había manera de que pudiera ser culpable de esos cargos. De ninguna manera. Pero habían pasado catorce meses apartados, catorce meses durante los cuales ella fue muy consciente de que había sido confrontado con alguna oportunidad todos los días. Así que en alguna parte profunda y privada en ella donde vivían sus inseguridades, estaba seguro de que había creído lo que los policías dijeron, a pesar de sus protestas en sentido contrario.

Con un último vistazo en profundidad a la espectacular vista, se volvió para caminar de regreso a la cabaña para ver cómo estaba ella.

Mientras la nieve en el camino crujía bajo sus pies, se dijo que no podía dejar que esos sentimientos prevalecieran o que Henry tuviera éxito en destruir algo mucho más valioso para Ryan que su reputación. Él y Susie habían trabajado tan duro y llegado tan lejos, demasiado lejos para que el odio de otros los derribara. Así que cuando se acercó a la cabaña, tomó la decisión de apuntar su reacción a la sorpresa del momento y dejarlo ir. Puede que no sucediera durante la noche, pero lo dejaría pasar.

En el interior, dejó su abrigo y se quitó las botas antes de entrar en la habitación para ver si ella todavía estaba dormida. La cama estaba vacía, así que le gritó.

—Aquí —dijo ella desde el baño.

La encontró en el suelo llorando.

—Susie —dijo, alarmado—. Cariño, ¿qué pasa?

Los sollozos hiparon a través de ella mientras decía:

—Estoy sangrando.

Olvidando cada pensamiento que había tenido en la cresta, se dejó caer de rodillas frente a ella y tomó sus manos.

—Susie, mírame.

Ella levantó los destrozados ojos para encontrarse con los suyos.

—Necesito que me escuches, ¿de acuerdo?

De dónde venía esa calma, no podía decirlo, porque lo que realmente quería hacer era gritar junto con ella.

—¿Me estás escuchando?

Lagrimones cayeron de sus ojos mientras asentía.

—Estoy aquí, te amo, y todo va a estar bien. Vamos a llevarte a un médico, y nos dirán que el bebé está listo para un paseo, ¿de acuerdo?

—No puedo —sollozó ella—. No puedo hacer esto otra vez.



MARIE FORCE

—Susie —dijo él con firmeza—. Eres una mamá ahora. El bebé necesita que seas fuerte. Yo necesito que seas fuerte.

Con sus manos bajo sus brazos, la ayudó a levantarse, y luego la jaló cerca de él.

—¿Puedes ser fuerte? ¿Por mí?

Con la cabeza apoyada en su pecho, susurró:

—No hay nada que no hiciera por ti.

Sus ojos se inundaron de lágrimas y su voz era ronca por la emoción cuando dijo:

—Vamos, nena.

Epilogo

—Es un día perfecto para el fútbol en la ciudad de Mile High en Denver, Colorado. Bienvenidos a la cobertura de Fox del último partido en casa de los Mavericks de Denver en la temporada regular. Soy Steve Tate junto con Terrell Peterson. Terrell, los Mavs se aseguraron un lugar en los playoffs con el espectacular regreso desde atrás el domingo pasado para ganar contra Chicago y terminar su temporada de este partido en marcha hoy contra los Chiefs de Kansas City. Y qué temporada ha sido para los Mavericks, en el primer año del mariscal de campo Todd “Toad” McNeil, que ha hecho un trabajo admirable entrando en los formidables zapatos dejados por Ryan Sanderson.

—Así es, Steve —dijo Terrell—. Y hoy los Mavericks honran a Sanderson, que trajo a casa tres trofeos de Super Bowl durante sus diez años con el equipo, retirándose con su número.

—Mientras esperamos a que comience la ceremonia en el campo —dijo Steve—, nos acompaña el entrenador de fútbol de Ryan Sanderson en la secundaria, Jimmy Stevens, quien está en los estudios de nuestra filial KDFW Fox 4 en Dallas. Gracias por estar con nosotros, Jimmy.

—Es un placer estar con ustedes, pero, ¡seguro que deseo estar allí!

—Debemos mencionar que a Jimmy lo acaban de operar de una rodilla o si no estaría aquí en Denver hoy —dijo Terrell.

—Puedes apostar tu vida que lo haría —dijo Jimmy.

—Dinos lo que este día significa para ti como el entrenador que viste por primera vez a un mariscal potencial para la NFL en Ryan Sanderson —dijo Steve.

—Oh, te puedo decir que estoy muy orgulloso de él y de todo lo que ha logrado en su carrera. Ryan siempre jugó con agallas e inteligencia. Veo a un montón de jugadores con una u otra, pero pocos con ambas. Fue un verdadero placer entrenarlo, y estoy encantado de que los Mavericks lo estén honrando de esta manera.

—Y pocos días después de que escuchamos que Sanderson firmó un nuevo contrato de cinco años con Nike, salió esta semana la noticia de que se hará cargo por ti como entrenador de los Arlington Colts cuando te jubiles el próximo mes —dijo Steve—. ¿Puedes decirnos cómo sucedió eso?

—Bueno, ya que Ryan anunció su retiro de los Mavs a principios de este año, él y yo hemos tenido varias conversaciones sobre su interés en entrenar a nivel secundaria.

—¿Esa es una sorpresa para ti, entrenador? —preguntó Terrell—. Quiero decir que podía hacer lo que quisiera en la NFL, en la televisión...

—No, en realidad no me sorprende —dijo Jimmy—. Cree que tiene algo que ofrecerle a estos niños, y yo no podría estar más de acuerdo. He estado pensando en jubilarme desde hace algún tiempo, con mi rodilla mal y todo, y la idea de entregarle las riendas a Ryan se apoderó de mí en los últimos meses. Quién mejor para entrenar a los Colts que un tipo que comenzó su carrera aquí en Arlington y que llegó hasta el final, y lo hizo con tanto estilo y clase.

—Bien dicho, entrenador —dijo Steve—. Gracias por compartir tus pensamientos con nosotros. Parece que están listos en el campo, así que vamos a regresar con Darren Murphy quien está con el dueño de los Mavericks, Chet Logler. ¿Darren?

—Gracias, Steve. Chet, antes de empezar, permíteme preguntarte si pensabas que verías a tu equipo de nuevo en los playoffs este año, el primer año en una década sin Ryan Sanderson en las jugadas.

—No —dijo Chet sin rodeos—. No lo esperaba en absoluto, pero como hemos visto en toda la temporada, Toad McNeil no estuvo sentado al margen recogiendo el polvo de los últimos años. Estuvo viendo a Ryan, tomando notas, y preparándose mentalmente para hacer exactamente lo que ha hecho por todos nosotros en la temporada. Aprendió del mejor.

—Gracias, Chet —dijo Darren—. Voy a pasarte el micrófono ahora.

—¡Buenas tardes, Mavericks, fans! —dijo Chet entre aplausos—. Soy Chet Logler, ¡y es un placer para mí presidir este día muy especial en la historia de los reinantes campeones del mundo Denver Mavericks! Hoy honramos al mayor jugador de la historia en usar los colores morado y amarillo de los Mavericks.

La multitud enloqueció.

Ryan y Susannah esperaron en el túnel junto a la línea cuarenta mientras Chet daba una rápida visión de los muchos logros de Ryan como Maverick.

Ella pasó las manos por su camiseta de los Mavericks

—Te ves muy bien.

Él inclinó hacia atrás su sombrero Stetson y se recargó para besarla.

—Tú también. —Moviendo las cejas, añadió—. Sabes que me encanta cuando te pones mi camiseta.

—Me disimula la gordura que me quedó por el embarazo.

—¡No estás gorda! Estás preciosa. Y ya está siendo retirado mi número, tal vez podrías retirarte esta noche llevando sólo mi número, ¿hmmm?

Ella puso los ojos en blanco.

—Dos semanas más hasta que estés de vuelta en la silla de montar, vaquero.

—Nunca lo lograré —se quejó él.

Se quedaron en silencio cuando Chet dijo:

—Damas y caballeros, por favor denle una cálida bienvenida al último hombre que llevará siempre el número dieciocho de los Mavericks Ryan Sanderson, acompañado por su esposa, Susannah.

Susannah miró a Ryan.

—¿Listo?

Él asintió y ajustó su Stetson.

—Vamos.

Tomados de la mano, salieron del túnel al atronador aplauso que duró casi diez minutos. Ryan y Susannah saludaron a la multitud mientras sus excompañeros de equipo se levantaban en los bancos y dejaban de lado las ovaciones.

Mientras Ryan se acercaba al micrófono, Bernie salió del túnel y le entregó un bulto morado y amarillo a Susannah.

—Muchas gracias —dijo Ryan mientras se quitaba la gorra y saludaba de nuevo a los fans. Tomó un minuto completo para que la multitud se callara, como si fuera a bebérselo todo una última vez.

—En un día muy parecido a éste, pero bajo circunstancias muy diferentes —dijo Ryan—, Lou Gehrig se paró ante su público local en Nueva York y se declaró el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra. —Ryan hizo una pausa, se aclaró la emoción de su garganta, y dijo—: Gracias a todos, esa distinción seguramente pertenecerá a mí hoy.

La multitud respondió con otra entusiasta ronda de aplausos.

—Fui bendecido para jugar este juego con algunas de las mejores personas que he tenido el privilegio de conocer.

Hizo un gesto a sus compañeros de equipo mientras decía:

—Todo el mundo en la organización de los Mavericks, desde Chet Logler a Duke Simmons y a todos mis compañeros de equipo y entrenadores hasta Tony en el vestuario, y todas las personas que trabajan detrás de escena hicieron de mi estancia aquí en Denver los mejores diez años de mi vida. Pero ustedes, los fans, hicieron que venir a trabajar todos los domingos fuera un verdadero placer. Me respaldaron en los buenos tiempos como en los tiempos no-tan-buenos, y nunca los olvidaré.

Mientras la multitud le respondía, Ryan se enjugó los ojos y extendió la mano para traer a Susannah más cerca de él.

—También estoy bendecido de estar acompañado hoy por mi esposa, Susannah, y por nuestra hija, de un mes de edad, Hope Teresa Sanderson.

Después de que los fans habían expresado su amor bullicioso por Susannah y por la bebé, Ryan dijo:

—Ciertamente no es ningún secreto que Susie y yo tuvimos nuestras peleas y nuestros desafíos, pero su amor y apoyo me sostuvieron. No hay manera de que estuviera aquí en este momento si no la hubiera tenido a ella recordándome todos los días lo que realmente importa en esta vida. Ahora, escucharon esta semana que nos

estaremos mudando a Texas, pero quiero asegurarles que seguiremos teniendo nuestra casa en Breckenridge, por lo que no se van a deshacer de nosotros por completo. —Con su mano sobre su corazón, Ryan concluyó diciendo—: No importa dónde esté ni lo que esté haciendo, siempre será el fan más grande y el mayor fan de los Mavericks y de los fans de los Mavericks de Denver. Muchas gracias a todos, muchas gracias por este abrumador honor.

Lidiando con su propio mar de lágrimas, Susannah le sonrió mientras se limpiaba la cara y absorbía el ensordecedor rugido de la ovación de pie.

Chet volvió al micrófono.

—En este momento, por favor dirige tu atención por encima de la zona de anotación de los Mavericks donde el dieciocho se convertirá en el tercer número en la historia de la franquicia que se retira. Ryan, se está uniendo como el número cuatro, Johnny Palmer, y el número doce, George Urban, como una leyenda entre leyendas. — Le entregó a Ryan una elaborada placa para conmemorar el momento.

—Felicitaciones.

—Gracias, Chet —dijo Ryan, al recibir el premio con un abrazo de su exjefe.

La multitud se quedó en silencio mientras el número de Ryan hacía el lento ascenso en la historia. Del mismo modo que llegó a su destino a la derecha del número doce en púrpura, los compañeros de equipo de Ryan, liderados por Marcus Darlington, irrumpieron en un coro desafinado pero ruidoso y entusiasta de Héroe.

Ryan miró a Susannah, y se echó a reír.

Con su hija entre ellos, él se inclinó para besarla antes de envolver sus brazos alrededor de sus chicas.

Tenían todo lo que siempre habían soñado, y más.

Fin

Sobre la Autora

Marie Force



Con más de tres millones de libros vendidos, Marie Force es ganadora de múltiples premios con más de treinta romances contemporáneos escritos.

Mientras su marido está en la Marina, Marie vive en España, Maryland y Florida, y tiene su casa establecida en Rhode Island. Es madre de dos adolescentes, y de dos cariñosos perros, Brandy y Loou.

Para saber más sobre esta autora y sus libros, visítala en facebook en www.facebook.com/MarieForceAuthor/. O en su página web <http://marieforce.com/connect/>.

Contacta con Marie a: marie@marieforce.com

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

